



La magia del monje,
o el elixir de la vida

ALEXANDER DE CO

Lectulandia

El más impenetrable misterio rodea la vida de Alexander de Comeau, autor del que tan sólo se sabe su nombre (tal vez seudónimo) y su nacionalidad británica. Las guías literarias de terror más especializadas —que reseñan otra obra de De Comeau, «Fire of Isis» (1927)— recomiendan con entusiasmo la lectura de «La magia del monje» (1931) como una novela memorable, de un gótico tardío, delirante y única. La historia que nos cuenta De Comeau en esta obra inclasificable posee sin embargo todas y cada una de las características del género gótico.

Su protagonista, el hermano Dimas, es un religioso laico aficionado a la Alquimia, a quien el anciano y corrupto abad de su monasterio comisiona para encontrar el Elixir de la Vida Eterna. Dimas parte de viaje, en pleno otoño de la Edad Media, a la busca de los sabios ocultistas que, antes que él, aseguraron haber buscado el Elixir... e incluso haberlo encontrado.

Viajará a la tierra de los muertos, se enfrentará con un embrutecido noble feudal, conseguirá amuletos mágicos y manos de gloria, será testigo de Misas Negras, prisionero de brujas y magos...

Pero estas siniestras aventuras por el lado más oscuro se tornan divertidas peripecias gracias al hábil tono satírico de De Comeau, que lo emparenta con el no menos delirante mundo de Potocki en su sin par «Manuscrito encontrado en Zaragoza» (en esta misma colección), y nos recuerda el alegre mundo, sensual y pícaro, de Chaucer o las canciones de taberna goliárdicas.

Lectulandia

Alexander de Comeau

**La magia del monje, o el elixir de la
vida**

Valdemar: Gótica - 42

ePub r1.0
orhi 09.03.17

Título original: *Monk's Magic*
Alexander de Comeau, 1931
Traducción: Santiago García
Ilustración de cubierta: *Donum Dei*, ilustración III (siglo XVII)

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

DE MONJES Y DEMONIOS

El que no ha vivido en los claustros
no ha visto nunca la faz de Satanás.

ANNE Y SERGE GOLON, *Angélica*

La novela gótica y la religión van unidas prácticamente desde los inicios de la primera. Tanto en su forma como en su fondo, el género gótico se nutrió, y se sigue nutriendo hoy día en buena parte, no sólo del escenario monástico y sus componentes atmosféricos y arquitectónicos (celdas, iglesias, catedrales, altares, etc.), sino también del fanatismo y oscurantismo religiosos, como uno de los motores fundamentales de sus argumentos.

Dejando de lado las peculiaridades de cada caso, y sus implicaciones políticas o culturales (por ejemplo, el hecho nada desdeñable de que la novela gótica sea un invento anglosajón y protestante y, por lo tanto, bien opuesto ideológicamente al catolicismo), todo aficionado sabe que desde obras clásicas y seminales como *El Monje* de Lewis, *Los elixires del diablo* de Hoffmann, *La letra escarlata* de Hawthorne, *El Italiano o el confesionario de los penitentes negros* de Anne Radcliffe, y tantas otras, hasta títulos modernos como *El agujero del infierno* de Adrian Ross o best-sellers como *El nombre de la rosa* de Eco, por no hablar de la obra sadiana, el escenario y la temática religiosos imponen su sombría presencia, cargada de ominosos presagios y represión, a un género en el que el paisaje y, en definitiva, la atmósfera, son los elementos principales, además de un claro reflejo metafórico de los fantasmas reprimidos de los personajes, e incluso de los propios autores.

Desde el satánico y patético monje Ambrosio y su Monja Ensangrentada, hasta los inquisidores implacables del cine de Serie B, el gótico ofrece una galería de personajes oscuros y osunas historias en las que el fanatismo, la superstición y el oscurantismo, propagados por sacerdotes, predicadores y religiosos de toda calaña, juegan un papel fundamental. Asociada desde sus comienzos al gusto y la moda medievalizantes del primer Romanticismo, la novela gótica encuentra en las edades oscuras una fuente inagotable de morbo, pavor y fascinación, en la que los monasterios de clausura, los monjes flagelantes, los inquisidores, las monjas poseídas y los sacerdotes corruptos, nutren de pesadillas los sueños húmedos de los lectores, justificando, de paso, el anticlericalismo, e incluso el racionalismo ilustrado (o esotérico e iluminista) de muchos de los autores del género.

La manía religiosa, que diría un Schopenhauer, y sus siniestros efectos sobre la sociedad, llevado todo hasta los extremos del melodrama exacerbado y el folletín más truculento, son, en definitiva, dos de las características fundamentales de la novela gótica.

Y ambos elementos forman parte de *La magia del monje, o el elixir de la vida*, de Alexander de Comeau. Pero si, habitualmente y como es de esperar, la novela gótica suele utilizar este fanatismo religioso como condimento esencial para su truculencia y su carácter violentamente siniestro, oscuro, en el caso de esta singular y deliciosa novela, lo que encontramos es una divertida, luminosa e irónica historia de aventuras fantásticas, en la que el oscurantismo religioso queda tan evidente y condenado como en cualquiera de las novelas clásicas del género, pero, gracias a un carácter casi diríamos amable y sarcástico, con muchísima más gracia y eficacia.

La magia del monje, o el elixir de la vida puede que sea la primera y quizá única novela gótica optimista, pero ello no impide ni el que pueda ser considerada como tal ni, mucho menos, el que cumpla su función anticlerical y descreída con mucha más eficacia que *El Monje* de Lewis. La historia que nos cuenta, con estilo vigoroso y ameno, el casi desconocido Alexander de Comeau, posee todas y cada una de las características fundamentales del género gótico. Su protagonista, el hermano Dimas, es un religioso laico, aficionado a la Alquimia, comisionado por el anciano y corrupto Abad de su monasterio para encontrar el Elixir de la Vida Eterna. Agotado por búsquedas infructuosas, intrigas de monasterio y ante el peligro de caer en manos de la Inquisición, Dimas parte en un viaje, en pleno otoño de la Edad Media, a la búsqueda de los sabios ocultistas que, antes que él, afirmaron buscar el Elixir... e incluso haberlo encontrado.

Peripecia iniciática clásica, a lo largo de su viaje, Dimas encontrará no sólo amor y amistad, peligro y aventuras, sino también una galería de prodigios y personajes netamente góticos: viajará a la tierra de los muertos, se enfrentará con un embrutecido noble feudal, conseguirá amuletos mágicos y manos de gloria, será testigo de Misas Negras, prisionero de brujas y magos... hasta que, finalmente, de vuelta en su monasterio, tendrá un inevitable pero sorprendente encuentro con el mismísimo Diablo.

Sin embargo, este Medievo lleno de prodigios, espectros, violentos señores, sacrificios de vírgenes y alquimistas desquiciados, no es tratado por nuestro autor ni con el sombrío y tremendista carisma de la novela gótica en sentido estricto... ni con la epicidad plúmbea, por otro lado, de un Tolkien o del *Fantasy* anglosajón más tópico, género con el que, por su carácter eminentemente aventurero, podría también relacionarse *La magia del monje, o el elixir de la vida*. No, Alexander De Comeau nos presenta su cuento de hadas gótico en un estilo también medievalizante y hasta medievalista... pero en lugar de resucitar trágicas sagas o románticas tragedias, elige evocar con total acierto y engañosa falta de pretensiones el alegre mundo sensual y pícaro de Chaucer y sus peregrinos de Canterbury, de las canciones de taberna goliárdicas, que resucitara para el siglo xx Carl Orff, del buen Falstaff shakespeariano, de los poemas y cuentos eróticos de Boccaccio, del humor rabelaisiano e incluso del espíritu tabernario y descreído de Villon. Más cerca, pues, de la novela picaresca que de la fantasía heroica, pero con un componente fantástico

y hasta macabro netamente gótico, *La magia del monje, o el elixir de la vida* se muestra como una pieza francamente singular y agradecida dentro del género, además de poco conocida fuera del ámbito estrictamente anglosajón... e incluso en éste.

Por otro lado, y de ahí el arranque de estas notas, *La magia del monje, o el elixir de la vida* responde también al espíritu anticlerical propio, al menos en términos generales, de la narrativa gótica. Por ella desfilan abades y monjes corruptos, que ocultan bajo sus hábitos el deseo de la vida eterna y la eterna juventud, dispuestos para ello incluso a pactar con el mismísimo Diablo. Los santos anacoretas resultan no ser sino farsantes, que utilizan su fama para seducir a las lugareñas además de esconder, convenientemente, tesoros y bodegas bajo su retiro cenobítico... Nuestros protagonistas, sin embargo, no hacen sino tatuar al amor, la bebida y los placeres de una vida quizá breve, pero vivida con intensidad y alegría, que acepta con sabia dignidad los reveses del destino, y sabe aprovechar hasta el último rayo de sol para calentar el cuerpo y el espíritu.

Frente a la perversa y falsa religiosidad de la Iglesia y sus servidores, De Comeau opone una lectura humanista de la figura de Cristo, y un lúcido neopaganismo que bebe, como decíamos, en las fuentes libertinas del lado luminoso de la Edad Media. Buen conocedor de las tradiciones esotéricas, su jocosa y hasta cáustica sátira de alquimistas y brujas esconde un profundo sentimiento gnóstico y pagano, que procede del mismo sentimiento vitalista de los cantores del amor cortés del Languedoc, de los trovadores y juglares que cantaron las alegrías de la carne, como metáfora de una vida espiritual plena... y las alegrías del espíritu, como culminación natural de aquellas propias de la carne.

El misterioso Alexander de Comeau, oscuro autor donde los haya, del que sólo sabemos que era inglés y que, además de esta novela, en 1931, publicó otra intrigante obra de fantasía titulada *Fire of Isis* en 1927, cuyo título pone de manifiesto una vez más interesantes connotaciones esotéricas, es un moderno gnóstico, que ve con severa acidez la Iglesia y la religión organizada, que se burla abiertamente del masoquismo fanático de santos varones y monjes, que se muestra divertido y escéptico ante las supersticiones de alquimistas, brujas y falsos sabios... pero que al mismo tiempo ofrece atisbos de una esfera sobrenatural o mística bien distinta a la judeocristiana, en la que el Diablo que finalmente se nos muestra, inquietante y sutil, pareciera un avatar del propio Baphomet, totalmente alejado de maniqueísmos pueriles, como alejado está su reino de los muertos de cielos e infiernos al uso.

A través de una emocionante aventura, con un lenguaje sencillo e inteligente, que puede evocar el estilo sin pretensiones de un Stevenson, y de una galería de deliciosos personajes y peripecias, que tienen ese aire juguetón de las comedias de Shakespeare y los relatos de Chaucer, *La magia del monje, o el elixir de la vida* se nos ofrece como un clásico único, con algunos puntos en común con otras obras bien atípicas del género (por ejemplo, con *El manuscrito encontrado en Zaragoza* de

Potocki, con la que comparte el aire feérico y libertino, o con el *Jurgen* de James Branch Cabell, con la que tiene en común su anticlericalismo y estilo satírico...), y, sobre todo, como una luminosa aportación al universo gótico.

Luminosa porque, sin pretensión ni pedantería alguna, con humor, sentido de la maravilla y de lo macabro, nos desvela la verdadera esencia de la vida: comer, beber... amar.

Como en tantas parábolas iniciáticas, el verdadero saber no se ofrece al final del camino, sino que es el camino mismo. Un camino erizado de peligrosos lances, falsos milagros, criaturas maléficas, humanas y más o menos humanas, pero también de la alegría única de sentirse y saberse vivo. Todo ello, prescindiendo de mensajes moralistas, arremetiendo con humor pero con saña contra fanatismos y supersticiones, contra la Iglesia y contra los falsos profetas.

Un ejemplo atípico y memorable dentro del género, una novela, escrita en plena época neopagana (esos años veinte y treinta, tan crowleyanos) especialmente recomendable cuando las hordas de hobbits católicos y pequeñoburgueses, o los fantasmas moralistas llenos de sexto sentido, parecen haberse adueñado, otra vez, del género fantástico y gótico.

Dejemos que *La magia del monje, o el elixir de la vida*, como el buen vino, se derrame sobre nosotros... ¡Y que el diablo se lleve a los muertos!

JESÚS PALACIOS

LA MAGIA DEL MONJE

ALEXANDER DE COMEAU

*Algunos dedican al elixir sus esfuerzos y labores
Con la esperanza de obtener la vida eterna;
Pero al final son privados de su aliento
Por esta vieja reina ramera que los hombres llaman Muerte.*

** * **

O vitam scilicet beatissimam, qua ut fruatur mortis quaerit auxilium.

CAPÍTULO I

LAS ÚLTIMAS GOTAS DE LA SANGRE DE DRAGÓN

El hermano Dimas derramó en el alambique las últimas gotas de la auténtica sangre de dragón disueltas en unguento bautismal, y se detuvo, meditabundo. Un tinte rojo permaneció en el fondo del vaso del cual la había vertido. Dubitativo, el hermano Dimas añadió más unguento y aclaró el recipiente con cuidadosos movimientos, agitando la poción vuelta a vuelta, hasta que por fin lo vació todo en el alambique. Lucius Germanicus había sido muy concreto respecto a la cantidad de sangre de dragón, pero su fórmula no indicaba si el unguento también debía ser medido o no. La suposición lógica era que el unguento servía únicamente como vehículo y que no tenía ninguna virtud propia, y que por tanto una gota más o menos no afectaría a la potencia del elixir.

Dimas confiaba devotamente en que la suposición fuese correcta, pues eran las últimas gotas de sangre de dragón, compradas a muy alto precio a Andrea Tolino el Veneciano, y el Abad se pondría furioso si este experimento salía mal.

Pero, si el unguento era sólo un vehículo, ¿por qué insistía Lucius Germanicus en que se utilizara unguento bautismal? Tenía que haber alguna virtud concreta en su consagración, o tal vez, terrible idea, en el sacrilegio que sufría con su uso actual. Y ese sacrilegio era cometido por el propio hermano Dimas. El Abad había insistido en ello, diciendo que el Diablo apenas sentiría interés por atrapar el alma de un humilde monje, mientras que sólo la todopoderosa ayuda de Miguel podría hacer que abriera sus garras para soltar el alma de un eclesiástico cuya categoría era tan alta como la de un obispo dentro de su propia jurisdicción. Ante el Abad mismo se había confesado Dimas, pues ninguno de los hermanos debía saber lo que se estaba llevando a cabo, y el Abad le había dado la absolución. Sin embargo... Dimas agitó la cabeza tristemente mientras ponía el brasero bajo el alambique.

Se volvió hacia el amarillento pergamino en el que Lucius Germanicus había garabateado sus valiosísimos secretos, y revisó ansiosamente, uno por uno, y por decimoséptima vez, los ingredientes de la poción. Estaba el oro en polvo: conseguirlo había exigido un astuto robo en el *scriptorium*. Tampoco se había olvidado de la grasa de cadáver aclarada, aunque en esto había una vez más margen para la duda, pues Lucius, al especificar que la grasa debía proceder de un niño sin bautizar, era tan ambiguo en sus palabras que podía referirse igualmente a un niño nonato o a uno estrangulado al nacer. El *aqua regia* no había planteado dificultades. El hermano Dimas observó ese artículo con un momentáneo alivio de su tristeza, pero pasó apresurada y temblorosamente sobre las siguientes líneas del manuscrito. Demasiado

bien recordaba la espera a medianoche en la lóbrega oscuridad de la cripta, y la horrible luz azul que no hacía más que aumentar, y los chillidos de la mujer... hasta que Dimas y el Abad cayeron sobre ella y los sofocaron.

El alambique empezaba a emitir vapor. El hermano Dimas se apresuró a poner la cucúrbita en posición. Afortunadamente, la fórmula de Lucius Germanicus no exigía ningún encantamiento. Dimas tenía poca fe en los encantamientos; además, a menudo eran aburridos, especialmente los de Mahmoud-el-Bab, que debían ser recitados durante todo el proceso de combinación, destilación y enfriamiento de los elementos. Y siempre existía la posibilidad de omitir o pronunciar mal alguna parte de las palabras, anulando en un segundo el esfuerzo de agotadoras semanas.

No obstante, Mahmoud era astuto, diabólicamente astuto de hecho, como tantos de los seguidores de Mahoma. Sin duda, el Diablo cuidaba de los suyos. Dimas apartó rápidamente un pensamiento que le había tentado frecuentemente en los últimos tiempos.

Se volvió una vez más hacia los manuscritos en latín, hebreo rabínico, árabe, cirílico, palmireno, samaritano, kúfico, nestoriano y sirio evangélico (pues Dimas era un hombre de singular cultura y muchas lenguas) y reflexionó melancólicamente sobre sus repetidos fracasos.

Oyó el agudo crujido del cristal al romperse, un siseo, y el zambombazo de una explosión. Dimas se lanzó a cubrir los valiosos pergaminos con su cuerpo, y se quedó inmóvil mientras los añicos del cristal rebotaban tintineantes contra las cuatro paredes de la celda.

Durante una hora entera se produjo el silencio. Una rata de bigotes grises se arrastró desde un agujero bajo el banco, olisqueó, se sentó repentinamente sobre los cuartos traseros, husmeando desconfiada el aire lleno de humo, estornudó dos veces y volvió veloz a su hogar.

La linterna había quedado destrozada por la explosión, pero la fría luz del alba empezaba a arrastrarse a través de la ventana enrejada. El hermano Dimas atisbo temerosamente bajo su brazo, y, al no ver señal alguna de peligro, se puso vacilante en pie. Tristemente se palpó la nuca y los oídos, y extrajo con delicadeza los pedazos de cristal más grandes que se habían clavado en su piel.

—¡Que Cosmos y Damianus me auxilien! —suspiró con fervor—. Es mi fin. Nuestro Padre Abad se inflamará como los carbones ardientes, y sus palabras brotarán como *aqua fortis*. Me apartará del trabajo que adoro, a pesar de sus peligros para el cuerpo y el alma, y me mandará a arar los campos o a fregar las baldosas. ¡Benditos santos, dadme palabras para evitar su cólera cuando me presente ante él!

Miró desolada pero amorosamente a su alrededor, los alambiques, las retortas y los crisoles, las jarras y las probetas, ahora, ¡ay!, casi todos vacíos, y el montón de descoloridos pergaminos. Éstos, decidió, debían ir a parar a manos del Abad. Si algún hermano entrometido metiese la nariz en la celda y viese estos extraños escritos, el hermano Dimas acabaría en la hoguera.

Levantándose la capucha para ocultar el cuello sangrante, recogió los manuscritos bajo el brazo y abandonó la celda, echando la llave en la desvencijada cerradura. Con prisa reticente atravesó los claustros, escuchando débilmente la agitación matutina del ganado en los campos de fuera y el deslizarse de los hermanos esperando a maitines dentro. Debía llegar a los aposentos del Abad antes de que los monjes ocuparan la capilla. La gota del Abad le mantenía confinado en la cama, y Dimas mismo tenía el privilegio de abstención a maitines, de manera que su ausencia no llamaría la atención.

Estaba a punto de llegar a la estrecha escalera que conducía al alojamiento superior cuando apareció el Limosnero. El hermano Nicholas era un hombre delgado y agrio, y Dimas tembló al verle.

—Hermano —empezó, con una leve sonrisa estirando sus finos labios—, tu temprano despertar revela el gran celo que sientes por la salud de nuestro reverendo Padre. Confío en que traigas nuevas de una cura para sus dolores.

—¡Oh!, no, hermano —tartamudeó Dimas—. Pero creo que pronto encontraré una, y a ello dedico todo el tiempo que nuestro Padre Abad ha puesto generosamente a mi disposición.

—Cierto, te ha excusado de la capilla durante mucho tiempo. Sería mejor que probara la ayuda de la plegaria y el ayuno. Sería bueno para las almas y cuerpos de ambos. Me refiero a vosotros dos, hermano Dimas; y el ayuno te lo recomiendo a ti especialmente. Será una buena práctica para ti acostumbrarte a ello mientras todavía puedes ayunar a voluntad. ¡Necio! —añadió con repentino desdén—, ¡necio!, ¿crees que no he adivinado vuestro secreto?

Dimas se estremeció penosamente. Entonces, todo estaba perdido, y la hoguera le aguardaba.

—Sí —prosiguió el Limosnero, subrayando con ojos maliciosos el terror del monje—, todos estos meses, con el pretexto de buscar legítimos remedios para los dolores y sufrimientos de nuestros cuerpos mortales, has puesto en peligro tu alma inmortal en la vana búsqueda de la piedra filosofal. ¡Necio!, digo una vez más, perder la corona dorada de los benditos a cambio de unos puñados del vil oro de este mundo.

Dimas se recompuso en cierta medida. La conjetura del Limosnero era errónea.

—Recibí la absolución del Señor Abad —le interrumpió titubeante.

—¡Absolución de uno que ya está condenado! —repuso el hermano Nicholas con un bufido, y continuó hacia la capilla.

El júbilo inicial del hermano Dimas al descubrir que su secreto seguía a salvo se desvaneció ante las últimas palabras del Limosnero. El hermano Nicholas era valiente, pero no se habría atrevido a desahogarse tan libremente sin alguna buena razón. Puede que hubiera mantenido correspondencia, a pesar de las reglas de la Orden, con el Gran Provincial, y que hubiera recibido la promesa de que se llevaría a cabo una investigación. En ese caso, si no la hoguera, eran el potro y las tenazas lo que esperaba al pobre Dimas, y sin duda la hoguera vendría a continuación, pues

conocía su propia debilidad ante el dolor. La búsqueda de la piedra filosofal era un asunto perdonable, pero, ¿cómo podría permitir la Iglesia que se intentara conseguir la inmortalidad en términos distintos a los de la propia Iglesia? Con cada escalón que ascendía, su ánimo caía más bajo.

CAPÍTULO II

LAS PRECAUCIONES DEL SEÑOR ABAD

El Abad, un hombre enorme tumbado en una cama enorme, lanzó una mirada furiosa cuando la puerta de su habitación se abrió lentamente.

—¡Entra, miserable espantajo con pies de tortuga, cabeza de conejo y manos de buey! ¡Oh!, eres tú, Dimas. Creía que era Gregory con mi caldo.

—Aún no, Padre Abad; han llamado a maitines. He venido...

—¿A decirme que por fin has tenido éxito? ¡Oh!, no hace falta que me lo digas. Sé que no lo has conseguido por tu cara alegre. ¡Apresúrate, hombre! Si esta maldita gota sigue atormentándome mucho más tiempo... quiero decir, si nuestro Padre Celestial sigue castigando al más humilde de Sus siervos... moriré a causa de las repugnantes gachas que insistes en que tome.

—Pero, Padre, reconoced que las gachas mitigan vuestros dolores.

—¡Los del pie sí, necio! Pero obtengo el alivio a costa de mi vientre.

—Pero Padre, los mártires benditos fueron felices de poder conseguir la vida eterna a cambio del sufrimiento terrenal, y...

—¡Por la hueste celestial, me está predicando a mí! ¡El hermano Dimas, nuestro erudito monje, maestro de los imbéciles e investigador de las artes dudosas, me predica a mí, su Señor Abad! Debido a que los mártires consiguieron la vida eterna con sus sufrimientos, yo debería sentirme feliz de conseguir un escaso y miserable tramo de vida aquí abajo al precio de un agotador periodo de vómitos. ¿Es eso lo que me estás diciendo, bellaco? ¿Eh? ¡Bueno, a mí no me prediques! Dime, ya que hablamos de la vida eterna, ¿qué esperanzas tienes de confeccionar pronto el elixir?

—¡Ninguna, padre! —repuso Dimas, y aguardó resignado la tormenta.

El Abad se reclinó sobre el montón de almohadas y miró con el mentón caído al monje. Una gota de sudor se deslizó por la nariz de Dimas y cayó sólida sobre sus manos, aferradas alrededor de su cintura.

—¿Me estás diciendo —empezó el Abad con su voz más suave—, te atreves a decirme que has estado timándome todo este tiempo? ¿Mientras afirmabas buscar el elixir de la vida, te has beneficiado del oro y la plata, de la sangre del dragón y la rara mirra, los ungüentos benditos y el rico vino, el ágil mercurio y el penetrante sulfuro, te has beneficiado de todo eso, vendiéndolo para obtener lucro? ¡Ten cuidado, hermano Dimas! —su voz se fue hinchando paulatinamente hasta convertirse en un relincho de caballo—. ¡Ten cuidado, estafador de pacotilla! Llámame al Superior de los monjes, y te daremos una tarea que atormentará tus huesos hasta que podamos conseguirte un juicio por nigromancia.

—Está en la capilla, Padre Abad —contestó humildemente Dimas.

Su destino, pues, era el que había temido. El Superior de los monjes estaría encantado de ejercitar la disciplina sobre quien hasta aquel momento había permanecido fuera de su alcance.

—Recordad, Padre Abad —continuó Dimas—, que yo no estoy sometido al Superior de los monjes. Aunque llevo el hábito de un monje, y durante mucho tiempo he llevado el nombre además del hábito, recordad que, por vuestro permiso expreso, no he tomado ningún voto y he permanecido seglar.

—No tomaste ningún voto porque sabía que tu fe era débil —gruñó el Abad—. No creas que escaparás con esa excusa; la Madre Iglesia tiene poca paciencia con los dubitativos. Te acepté en el monasterio bajo esos términos porque necesitaba un matasanos y un filósofo con un mínimo de habilidad. Puedes elegir entre mi castigo o la mano más dura de la Iglesia.

No había razón para dudar entre las dos alternativas. Sin embargo, Dimas se detuvo antes de responder, buscando una tercera vía.

Entonces, con la repentina pasión de los inocentes falsamente acusados, exclamó:

—Pero Padre, estáis equivocado. Todos los materiales preciosos que me disteis, y todos los que, como bien sabéis, obtuve yo por mi cuenta, los he utilizado para el fin que vos me pedisteis. Hasta este momento tenía fundadas esperanzas, pero, ¡ay!, el alambique, la matriz en la cual, según mis cálculos, el elixir iba a nacer, fue destrozado por la fuerza viviente de su interior.

—Entonces utiliza otro —gruñó el Abad, su pelo blanco erizándose. No obstante, estaba más tranquilo, y Dimas continuó esperanzado.

—El alambique, como digo, quedó destrozado, y en el terrible momento de su ruptura se perdieron los ingredientes preciosos. El oro, los ungüentos, el agua real, todo se ha derramado, y... y, Padre Abad, también la sangre del dragón.

El Abad, todavía yacente, levantó una mano con cólera muda y golpeó la colcha bordada. Con un aullido rebotó sobre la cama, pues el golpe había sacudido su pie hinchado.

Dimas se aprovechó de la momentánea incapacidad del Abad para hablar, y se apresuró a exponer un proyecto al que había dado vueltas en la cabeza desde su encuentro con el hermano Nicholas.

—Debido a eso, Padre, dije que no tenía esperanzas inmediatas de confeccionar el elixir, pero una nueva idea me ha dado mejores perspectivas.

El Abad gruñó, pero permaneció en silencio.

—Tengo aquí, bajo mi hábito, todos los manuscritos que he seguido. El fracaso me ha saludado en todos los casos, y creo que podría ser porque las fórmulas no son suficientemente explícitas. Pero ahora, cuando añado la sangre del dragón —el Abad se agitó amenazadoramente, y Dimas continuó apresurado—, pero dejemos eso. La cuestión es que pensé que, si pudiera hablar con los grandes sabios que, según se menciona en estos pergaminos, han fabricado el elixir de la vida, podría descubrir

dónde han errado mis esfuerzos y así podría prometer el éxito con mayor certeza.

—Es una idea a tener en cuenta —dijo el Abad reflexivamente—. Sí, es obvio. Todos estos eruditos, ya que descubrieron el elixir, necesariamente han de estar vivos. Pero soy viejo. Dimas. ¿Debería dejarte marchar a buscarlos, cuando quién sabe dónde estarán ahora? Estaré decrepito cuando regreses, y, ¿quién querría una inmortalidad de senectud como la de Títonus?

—Pero, Padre, todos coinciden en que el elixir debe otorgar juventud, además de vida. ¿No sabéis lo que el gran mago Roger Bacon comunicó a Su Santidad el Papa Nicolás IV?

—No, Dimas, ¿qué fue?

—Le informé de que un viejo, que estaba más cerca de yacer en el suelo que de ararlo, estaba labrando un día en Sicilia cuando el arado descubrió un frasco de oro. El anciano, pues la codicia no expira con la edad, abrió el frasco, con la esperanza de descubrir joyas dentro, pero allí no había más que una escasa cantidad de un líquido amarillo. Pensando que era un raro vino, ya que el recipiente era tan rico, el viejo, decepcionado por el tesoro, pensó que al menos saciaría su sed, y se bebió el licor. En ese momento fue transformado en un vigoroso joven, sano y robusto, su calva cabeza adornada con un bosque de rizos y sus encías desnudas armadas con dientes tan firmes como rocas y tan blancos como el marfil. La transformación fue acompañada por cambios interiores, pues el necio campesino se había convertido ahora en un hombre de tales dotes, tanto intelectuales como discursivas, que podía discutir con los más eruditos de los doctores hasta marearlos.

—¡Era oro potable! —chilló el Abad triunfante.

—Eso pensaba Roger Bacon, Padre, pero recordad que yo hice una solución de oro en agua real...

—Y no pudimos beberla —terminó el Abad con rostro hosco—. Entonces, ¿qué piensas, Dimas?

—Observaréis, Padre, que fue en Sicilia donde esto ocurrió. Creo que el gran nigromante, Virgilio, que vivió largo tiempo en Sicilia, se había retirado para dedicarse a los estudios mágicos, y que este frasco y el licor eran obra suya. El viejo afirmó que el fluido sabía a rocío, y por tanto opino que no podía ser oro potable.

—No, es cierto. Pero ¿entonces Virgilio fue un hechicero tan importante? Le conozco como poeta y como profeta de los gentiles.

—Fue el mayor de todos los magos, Padre; sobre esa cuestión tenemos testimonios de mucho más peso que el del testigo de su predicción del nacimiento de Nuestro Señor. Las palabras proféticas de su Cuarta Égloga, que convirtió a Statius, han sido estudiadas por Minucius Felix, por Lactantius y por Agustín, pero, ¡qué nube de testigos tenemos de sus poderes mágicos! No sólo son mencionados en el *Dolopathos*, sino en el *Polycraticon de Nugis Curialium et Vestigiis Philosophorum*, donde John de Salisbury nos dice que Virgilio hizo para Marcelo una mosca que podía destruir a todas las demás moscas. Conrado de Querforte menciona muchos

talismanes maravillosos y hechizos producidos por él, especialmente una maqueta de la ciudad de Nápoles contenida en una botella de cuello estrecho, y la estatua de un arquero que apuntaba una flecha al Vesubio, impidiendo así que la montaña ardiente entrase en erupción. Estas historias las confirma Alexander Neckam en su libro *De Naturis Rerum*; Gervasio de Tilbury da pruebas en su *Otia Imperialia*; también se confirma en el *Image du Monde*, donde descubrimos además la cabeza de bronce y el primer hilo del amor. Johann Enenkel de Viena revela la fuente del poder de Virgilio en su *Weltbuch*, relatando cómo el sabio encontró al Diablo aprisionado en una botella y le liberó sólo después de haber descubierto sus artes mágicas. Luego, en el *Roman de Cléomandes* de Adenès li Rois, leemos acerca de su espejo revelador de traiciones, el Salvacio Romae; su jardín mágico es descrito por el Padre Giordano, y, para abreviar, leemos sobre sus artes también en el relato de Renard Countrefaict, en Reinfrid von Braunscheig, el *Wartburg-Kreig*, la *Cronica de Partenope*, el *Process of the Seven Sages*, la *Gesta Romanorum*, el *Myreur des Histors* y muchos otros poemas, romances, vidas y crónicas.

Dimas se detuvo, no porque hubiera terminado, ni porque su entusiasmo hubiera disminuido, sino porque jadeaba necesitado de aliento. Mientras él resoplaba y el Abad reflexionaba, la puerta se abrió brevemente y entró el hermano Gregory con un cuenco de gachas.

—Deposítalo ahí, hijo mío —dijo el Abad con tan inusitada gentileza que Gregory casi dejó caer el cuenco mientras su cara perruna expresaba la más extrema sorpresa.

—¡Os encontráis mejor, Padre Abad! —exclamó, colocando las gachas sobre la mesilla de noche—. ¡Oh, qué contento se pondrá el hermano Nicholas cuando lo sepa! Esta misma mañana, antes de los maitines, preguntó con gran interés por el estado de salud de su Señoría. Cómo habíais dormido, qué habíais comido, y, por encima de todo, si el hermano Dimas había podido ofreceros nuevos medicamentos. Debo darle la nueva en seguida, pues me ordenó que le avisara de la menor alteración en el estado de su Señoría.

Sin aguardar respuesta, se marchó, y el Abad volvió un rostro interrogativo hacia Dimas.

—Qué extraño —dijo—. Estoy seguro de que el hermano Nicholas no me quiere tanto como para haberse ofrecido a flagelarse por mi recuperación. Sin duda, no puede esperar sucederme si muriese. No es habitual que el Limosnero se convierta en Abad.

—Padre —dijo Dimas, titubeante—, me encontré con el hermano Nicholas al pie de vuestras escaleras, y pronunció amenazas indirectas.

—¿Amenazas dirigidas a ti, Dimas?

—A nosotros dos, Padre. Dijo que conocía vuestro secreto, y que haríamos bien en ir ayunando como práctica.

—¡Te has ido de la lengua, necio! —rugió el Abad, pero empalideció incluso en

su cólera—. ¡Oh!, sé que nunca dirías a qué se dedican tus experimentos, pero has intentado darte importancia con asentimientos y guiños y un aire de misterio.

—No, Padre —dijo Dimas con toda la firmeza que pudo reunir—, ni con palabras, guiños, sonrisas ni asentimientos de la cabeza ni gestos de las cejas he dado a entender a nadie que soy otra cosa más que el humilde matasanos que era antes de iniciar esta búsqueda. Pero el hermano Nicholas cree que busco la piedra filosofal, y temo que ya debe de haber dado aviso a la autoridad superior.

El Abad frunció el ceño. El Gran Provincial no era su amigo.

Dimas continuó:

—Por tanto, Padre, si me dierais permiso para buscar a algunos de los filósofos de los que os he hablado, tal vez su Señoría pudiera dar la impresión de que me ha expulsado de la Abadía, y de esa forma su Señoría quedaría fuera del alcance de todo mal.

—Te irás, Dimas, hijo mío —aceptó el Abad—, pero no caído en desgracia. Si Nicholas realmente se ha puesto en contacto con el Gran Provincial, ha roto uno de los tres votos de la Orden, en concreto sumisión a su abad, y le cazaremos con su propia trampa. ¿Tienes entre esos escritos herejes alguno que esté en una lengua más rara que los demás?

—Varios, Padre, pero éste en palmireno, el *Arcana Rerum* de Pterebos, puedo jactarme humildemente de que en toda Inglaterra nadie más que yo sería capaz de leerlo.

—Excelente. Déjalo aquí; ¿qué es? Ponlo encima de los otros, pues será mejor que dejes todo atrás si no queremos que me acusen de esconder nada. Informaré de que habías llegado a la conclusión de que todos estos escritos tenían un significado diferente del que aparece en la superficie, y que tus experimentos tenían el objetivo de demostrar con su fracaso que las instrucciones para preparar el elixir sólo eran polvo ante los ojos de los que no buscaban con mayor profundidad. Añadiré que en este escrito de... ¿de quién dices?... Pterebos, encontraste la clave, y que el elixir de la vida es nada menos que una porción de la Sangre Sagrada, escondida por uno de los fieles, y que has partido a buscar tan valiosa reliquia por la gloria de la Abadía y de la Orden.

Dimas escuchó y tembló. Una mentira tan enorme tendría espantosas consecuencias para él si el fraude salía a la luz, pues el Abad no sabría cómo salvaguardarse. No obstante, el plan le beneficiaba, y estaba impaciente por partir, así que no planteó objeciones.

—Debes irte en seguida —continuó el Abad—. Si el hermano Nicholas se muestra tan atrevido, pudiera ser que una comisión investigadora ya esté de camino, y sería fatal que te encontraran aquí. Sé que flaquearías y te delatarías si te pidieran que tradujeses el pasaje que afirmas haber descubierto. Toma esta bolsa y vete. ¡Espera! Aún no has desayunado. Bebe estas gachas, son de tu propia receta. No pongas mala cara, hombre. Me has condenado a alimentarme con ellas, y la justicia exige que las

saborees. Sazona la comida pensando qué castigo ingeniaré para nuestro querido Limosnero cuando su perversa malicia sea revelada a la luz del día.

CAPÍTULO III

DOS BUSCADORES UNEN FUERZAS

El sol todavía estaba bajo en el cielo y el rocío destellaba en la hierba cuando el hermano Dimas descendió por la colina desde las puertas de la Abadía. A su izquierda quedaba la aldea de Wickdene, la torre cuadrada de la iglesia parroquial recortándose gris contra las nubes claras, mientras que a su derecha, más allá de los campos de centeno y el río, se alargaba la carretera de Londres que seguiría de acuerdo a la sugerencia del Abad.

Pues se había decidido que su búsqueda comenzaría en Londres. Allí vivía un anciano judío de quien Dimas había obtenido en ocasiones, a través de un intermediario, algunas de las drogas que utilizaba, y que se había ganado una reputación por sus amplios y variados conocimientos. Esa reputación le prometía peligro en el futuro si alguna vez cesaba la protección de sus poderosos patrones, pues la orden que, dos siglos antes, había expulsado a todos los judíos de Inglaterra, podría invocarse fácilmente contra este sabio solitario. Ibrahim bin Judah se carteaba con sabios de su raza y credo diseminados por toda Europa y el Oriente, e incluso, según se creía, con algunos que habitaban más allá de los confines del mundo en un reino que no era conveniente mencionar. Él, más que ningún hombre, era posible que tuviera la capacidad de decir o de descubrir dónde moraban los sabios que habían engañado a la muerte.

El hermano Dimas se levantó el faldón de su vestido hasta las rodillas, pues el rocío de las largas hojas de hierba humedecía el dobladillo y hacía que se le pegara, y, con el corazón más animado de lo que había estado en meses, alargó sus pasos a medida que descendía por la pendiente. Tras pasar a través de una franja de altas hayas, llegó al borde de un estrecho pantano, al que llamaban el Dique en el lugar.

Junto a las aguas oscuras se sentaba un muchacho de unos dieciséis años de edad, tan concentrado en la pesca que no se dio cuenta de la llegada del hermano. Dimas se detuvo y observó cómo flotaba la bobina, que repentinamente empezó a agitarse, tan pronto arrastrada bajo las aguas como saltando sobre la superficie. El muchacho se puso en pie de un salto y, sin jugar con el pez, empezó a recoger el sedal. El pez que había picado el anzuelo estaba profundamente enganchado, pues el robusto sedal se estiró tenso.

—¡Es un lucio! —gritó Dimas, y se adelantó de un salto para ayudar. Su grito y su inesperada aparición sobresaltaron tanto al muchacho que perdió pie y se tambaleó sobre la orilla. Dimas le agarró cuando estaba a punto de caerse y lo arrastró hasta ponerlo a salvo. Luego, aferrando el sedal, sacó el pez del agua y lo tiró sobre la

hierba.

—Gracias, hermano —dijo el muchacho con un relampagueo de dientes blancos—. Has salvado mi desayuno, y tengo hambre.

—También yo —repuso Dimas tristemente, pensando en las gachas del Abad que, tragadas en frío, se removían incómodas en su estómago.

—Entonces ayúdame a comer el desayuno que me has ayudado a atrapar —dijo el muchacho, sus ojos grises centelleando bajo largas pestañas negras. Era un joven atractivo de pelo lustroso y oscuro cortado a la altura del cuello y con una nariz pizpireta en mitad de un rostro fresco y vivaracho.

—¿Lucio recién pescado? Bueno, hay platos peores, aunque no muchos. Pero ¿no vuelves a casa? —preguntó Dimas, viendo que el muchacho se preparaba para destripar el pescado.

—¡Bah! No quiero que mi casa apeste a cocina —contestó el chico, riéndose de alguna broma privada—. Reúne algunas ramas, hermano, las más secas que puedas encontrar. ¡Oh!, hay rocío por todas partes. Ven conmigo, entonces, y encontraremos algo que quemar.

Abrió el camino durante un buen trecho a través de los árboles, mientras que Dimas le seguía, meditabundo.

—Aquí estamos —dijo el muchacho, deteniéndose ante un viejo roble retorcido—. Aquí está mi hogar de anoche.

Señaló una cavidad entre dos de las grandes raíces, a la que servían de techo ramas rotas y de alfombra la hierba seca, y volvió a reírse mientras Dimas se quedaba mirando.

—Hermano, boqueas como una carpa en tierra —farfulló—. En fin, es un hogar bueno para una o dos noches con este tiempo excelente. Vamos, ayúdame a llevar esta hierba y estas ramas hasta el borde del agua, mientras saco mi cartera y mi frasco.

Obediente, el hermano Dimas recogió la hierba en el regazo de su vestido y se metió las ramas bajo el brazo, mientras el muchacho retiraba sus propiedades del agujero entre las raíces. Aquel chico le desconcertaba con su vestido decente, su aire de categoría, y su extraordinario alojamiento. El monje esperaba que no se tratase de algún paje fugitivo, culpable quizás de una fechoría lo bastante grave como para poner en peligro la libertad de cualquiera que se asociase con él. Dimas casi lamentaba haber aceptado tan rápidamente la invitación a desayunar. Sin embargo, tenía hambre; al fin y al cabo, abandonaría al muchacho inmediatamente después de la comida, y partiría con la mayor velocidad hacia Londres.

La hierba y las ramas estaban apiladas y listas para ser prendidas, y el muchacho tomó unas yescas de la bolsa que colgaba a su costado.

—¡Madre Bendita! —exclamó—. La yesca está húmeda. Debiste de salpicarme cuando sacaste el pez. ¿Ahora qué hacemos para prender fuego? ¿A ti te gusta el pescado crudo, hermano?

—A mí no —repuso Dimas, y las gachas se agitaron quejumbrosas dentro de él—. Adiós al desayuno, entonces, pues debo proseguir camino.

—¡Espera un momento, espera un momento! —gritó su compañero. Entonces, mirando maliciosamente el rostro del monje, añadió—: Confío en que sepas guardar un secreto, hermano, pues voy a mostrarte un prodigio.

Dejó de lado las yescas y volvió a rebuscar en su bolsa. Todavía con un ojo resplandeciente fijo en Dimas, sacó una funda de cuero de la que extrajo una lente doble.

—¡Una lupa! —exclamó Dimas, entusiasmado—. Con un cristal semejante, pero mayor, prendió fuego Arquímedes a las naves que asediaban Siracusa.

—Eso me dijo mi padre, y otras muchas cosas extrañas —dijo el muchacho, decepcionado por su milagro. Enfocando los rayos del sol sobre la hierba, esperó que brotasen las llamas.

—La hierba está húmeda, y el sol es débil a estas horas —dijo Dimas cuando, después de varios minutos, sólo hubo aparecido un diminuto punto negro—. Espera, y yo te mostraré un prodigio por mi parte.

Sacó del seno de su hábito una ampolla que contenía fósforo líquido. A menudo había necesitado prender una llama rápidamente, y nunca se separaba de la botella. Ahora, mientras el muchacho miraba con impaciencia, insertó una rama en la botella y rebañó una pizca del fósforo. Lo colocó bajo los rayos concentrados, y al momento brotó la llama. Una delicada transferencia, y el fuego empezó a avivarse y a chisporrotear.

—Ha sido un buen truco —observó el muchacho con tono de aprobación, ensartando el pescado y poniéndolo a asar—. Mi padre conocía muchos secretos semejantes.

—¿Cuál es tu nombre, amigo? —preguntó Dimas—. ¿Y quién era tu padre?

—¿Era? Todavía es, espero; pero quién y qué, no te lo diré aún. En cuanto a mi nombre, llámame Gabriel. Y ahora a desayunar. En mi cartera llevo pan y sal, y vino en la frasca. Tú viajas mal provisionado, hermano. ¿Has emprendido un largo camino?

—Primero voy a Londres —dijo Dimas, masticando—. Después de eso, no lo sé. Podría ser cerca, y eso espero; pero me temo que será muy lejos. ¿Y tú, señorito Gabriel? Imagino que no morarás aquí.

—Hermano —dijo el muchacho con seriedad—, viajemos juntos. Yo también voy primero a Londres, y después no sé hasta dónde debo viajar. Hace un rato hablamos de mi padre; es a él a quien estoy buscando. Hace dos años que me abandonó, después de la muerte de mi madre, dejándome al cuidado del hermano de mi madre. Se marchó a sus propios y extraños asuntos, prometiendo regresar conmigo en menos de un año, pero no he recibido palabra o signo alguno por su parte. ¡Ah!, mi tío es bueno, y en su casa podría haber sido feliz, pero mi padre siempre fue mi compañero de juegos y mi amigo, y le echo de menos. Por fin, ya no pude seguir soportando su

ausencia, y... confío en que no me traiciones, hermano... me escapé de casa de mi tío, y ahora estoy embarcado en la búsqueda de mi padre.

—¿Pero sabes dónde buscar? ¿Sabes al menos si fue al este o al oeste, al norte o al sur?

—Tenía amigos en Londres a quienes tal vez revelara sus planes. A esos amigos cuento con encontrarlos, y por eso voy a Londres. ¿Qué me dices, hermano? ¿Vamos juntos?

—¡Con mucho gusto! —contestó Dimas—. Y después de Londres puede que nuestros caminos sigan unidos durante algún tiempo. Yo estoy ocupado con asuntos de importancia para nuestra Abadía, pero mi misión es secreta y mi rumbo no está decidido. Así que vamos, Gabriel, pongámonos en marcha. Londres está a más de treinta millas de distancia. Esta noche dormiremos lo más cerca que podamos, y entraremos en la ciudad cuando salga el sol mañana.

CAPÍTULO IV

TRUENOS Y UNA MALDICIÓN

—Tendremos truenos, hermano.

—¿Y qué, camarada Gabriel? Pronto habremos de llegar a una aldea o villa, o al menos a una posada, y podremos cobijarnos.

—¿Estamos cerca de Londres, hermano?

—No, no conozco el camino, pero seguramente hayamos recorrido veinte millas o más desde la mañana, y por tanto Londres debería estar a unas diez millas de distancia.

—Es un camino cansado, hermano, y me duelen los pies.

—Valor, hijo mío; ven, apóyate en mi brazo. Así, ánimo, amigo. No pretendemos entrar en Londres hasta mañana. Los caminos de estos alrededores tienen mala reputación por los ladrones y salteadores, y llevo dinero encima. En la primera casa decente pediremos refugio, y tus desdichados pies serán lo primero de lo que me ocupe. Valor, hombre, y sigamos adelante si no queremos que la oscuridad nos encuentre en un cubil de saqueadores o algo peor.

El muchacho se estremeció y se acercó aún más a su acompañante. Dimas estaba algo menos fatigado que Gabriel, pero el peso del muchacho sobre su hombro envió un vigor renovado a través de su cuerpo. Después de tantos años en un claustro, le reconfortó sentir que este delicado muchacho confiaba en su fuerza y su sabiduría, apoyándose en él para conseguir auxilio y consuelo. Una punzada interior, que distaba de ser únicamente dolor, asaltaba a Dimas cada vez que llamaba hijo al muchacho.

Todavía había algo de luz, pues el sol no se había puesto por completo, pero unas espesas nubes negras ocultaban el cielo y los grandes árboles que bordeaban el camino aumentaban la penumbra en la que viajaban los caminantes. El hermano Dimas vigilaba atentamente cualquier señal que indicase una posada.

El camino fue volviéndose cada vez más oscuro, y el primer rumor sordo de truenos reverberó entre los árboles. El sol moribundo envió un último haz a través de un hueco en las nubes para dorar las copas de los árboles más altos. De pronto, llegó un relámpago cegador, seguido del espantoso crujido de un trueno, y la lluvia empezó a caer.

—¡Rápido! ¡Bajo este roble, Gabriel, hijo mío! —exclamó Dimas, y arrastró al tembloroso muchacho hasta ponerlo a salvo—. Debemos esperar aquí hasta que pase la tormenta.

—Ojalá nos hubiéramos quedado en el último pueblo —dijo el muchacho

malhumorado—. ¡Mira! Estoy empapado hasta los huesos.

—Bueno, no creo que te asuste un poco de agua. En tu búsqueda encontrarás penalidades mayores de las que puede provocar un pequeño chaparrón. ¿Acaso no sufriste más cuando hiciste tu hogar entre las raíces de los árboles?

—Así sólo pasé tres noches —contestó el muchacho—, y no había truenos.

—¿Quién teme al trueno inofensivo? Estaremos a salvo a menos que el relámpago alcance al árbol. A pesar de todo, querido muchacho, desearía por tu bien que encontrásemos cobijo, ya que tanto lo deseas.

A medida que el rayo sucedía al rayo y el trueno retumbaba en un estruendo continuo, Gabriel escondía su rostro entre los brazos y se acurrucaba contra el tronco del árbol. El hermano Dimas, con la capucha echada sobre la cabeza y las manos metidas en las anchas mangas de su hábito, miraba la oscuridad iluminada intermitentemente.

Un intervalo entre relámpagos inusualmente largo volvió intensa la negrura. Dimas intentó atisbar en ella, y luego agarró al muchacho por el brazo.

—Consuélate, chico —exclamó—. Veo una luz. Puede que los árboles y la oscuridad oculten una casa próxima, y que tengamos cerca un refugio.

Gabriel dejó que le arrastrara, y los dos viajeros avanzaron tambaleantes hacia la luz. El resplandor se hacía más brillante a medida que se acercaban, hasta que se definió en la luz de una gran fogata, prendida bajo las enormes ramas de un ancho roble. Al principio no había ningún ser humano visible, pero Dimas tropezó con una figura tumbada que estalló en movimientos y exclamaciones enfurecidas.

—Os ruego perdón, amigo —dijo el monje—. No nos negaréis el consuelo de vuestra hoguera.

En lugar de responder, el hombre se puso en pie y lanzó un silbido chirriante. De inmediato aparecieron otras figuras en la oscuridad, figuras tan extrañas y tan extravagantemente vestidas que Dimas empezó a murmurar exorcismos. Empezaron a hablar en una cháchara ininteligible de la que no podían distinguir ni una palabra, pero cuyo tono era amenazador.

—Vamos, muchacho, volvamos a la noche y la lluvia —exclamó Dimas, gritando al oído de su acompañante y tirándole del brazo—. Éstos deben de ser espíritus malignos o ladrones como mínimo.

—Ladrones o espíritus malignos, el caso es que tienen una hoguera —contestó Gabriel malhumorado, sintiéndose tan desesperadamente desdichado que ya no albergaba ningún miedo. Se arrojó ante las llamas, ignorando el ruido y la agitación que le rodeaban. Dimas se volvió lleno de pavor hacia el extraño grupo.

—¿Sois demonios u hombres? —gritó—. ¿Sois cristianos?

Su respuesta llegó de forma inesperada. El ruido cesó, y el grupo se separó para dejar paso a una figura más extraña que ninguna que hubiera atisbado hasta el momento. Una mujer muy vieja, su rostro como un pergamino arrugado y oscuro por la edad, su cuerpo doblado como un tejo en un cementerio ventoso, estaba delante de

él.

—¿Cristianos? —cacareó con un chillido que hizo rechinar los dientes del monje—. ¿Cristianos? ¡Sí, sí! En nuestros actos somos cristianos, aunque no tan buenos como la mayoría. Sólo robamos para llenarnos el estómago, y sólo matamos para defendernos; los cristianos roban y matan por placer, y torturan por pasar el rato. Nosotros contamos mentiras cuando las mentiras son útiles contra nuestros enemigos; los cristianos mienten a sus enemigos, a sus amigos, los unos a los otros, a sí mismos. Cuando morimos, buscamos la paz; los cristianos mueren con la esperanza de conseguir oro y joyas y festines. ¡Ah, sí! ¡Somos malos cristianos!

Se detuvo para tomar aliento y le miró con los ojos oscuros, hundidos en sus cuencas, rojos resplandecientes con el reflejo del fuego. Con una mano marchita alertó el borde del chal que le cubría la cabeza, y el chal, al deslizarse hacia el lado, reveló una cabeza calva y arrugada.

El miedo de Dimas se vio superado por su curiosidad.

—Entonces, ¿quién eres tú, madre, y por qué tienes tan mal concepto de los cristianos? —encontró valor para preguntar. El muchacho, durante todo este tiempo, permaneció agazapado junto al fuego, demasiado cansado para interesarse por la escena.

—¿Quiénes somos? No tenemos nombre. Los franceses nos llaman egipcios, bohemios, romanos, pero no somos nada de eso. Los egipcios fueron amables con nosotros, los bohemios nos dejaron pasar, los romanos nos lapidaron. ¿Quiénes somos? ¿Qué somos? Fuimos un gran pueblo, señores de nuestra tierra, incontables como las gotas de agua del Gunga, hasta que Timur llegó, Timur Beg, Timur Lenk, el cojo, el sanguinario, que arrasó a nuestro pueblo como la langosta devora el arroz verde. ¡Timur, *kharabam akrig talamet nipur!*

Al pronunciar las palabras secretas, su voz se elevó hasta un chillido insoportable.

—¡*Deonda krugh salita!* —se apresuró a añadir Dimas, con un escalofrío.

La violenta malignidad de la gitana se esfumó tan abruptamente como un fantasma se desvanece con el canto del gallo.

—¿Qué palabras has dicho? —preguntó con admiración en su voz.

—Tú has pronunciado la gran maldición de Isbahala —repuso Dimas, todavía tembloroso—; y yo me he apresurado a apartarla de todos los presentes con las palabras requeridas.

—Hijo, acércate al fuego para calentarte tú también —le invitó la arpía—. Abrid paso, vosotros. Éste es un hombre de extraños conocimientos, que domina secretos que yo comparto.

Repitió su orden con palabras groseras, y sus seguidores se hicieron a un lado. Dio nuevas órdenes y pusieron ante Dimas y el muchacho vasijas de barro, rebanadas de pan blanco y una bota de cuero.

Gabriel tuvo que ser agitado vigorosamente antes de que pudieran persuadirle de que comiera, pero una vez hubo tragado los primeros bocados, cedió al hambre. El

pollo estofado estaba sazonado de forma rara con hierbas aromáticas, y las judías y los cereales que le daban sustancia resultaban desconocidos. En la botella había un vino, fuerte y austero, con sabor a pellejo de cabra; encendió un fuego en las venas de los viajeros que hizo que sus cuerpos se riesen de lo empapados que estaban.

El trueno se había ido debilitando paulatinamente, a medida que se hacía más lejano, hasta que por último la lluvia dejó de caer. La anciana gitana, acucillada en el suelo mojado, con sus manos esqueléticas apretadas alrededor de las huesudas rodillas, observaba a sus invitados mientras comían y bebían. Cuando estuvieron satisfechos, habló con tono tranquilo, preguntando el nombre de cada uno de ellos.

—Amigo Dimas —dijo, cuando se le dio la información—, tú y yo debemos hablar más, pero antes nos ocuparemos de que estéis más cómodos. Ese hábito que llevas está empapado y es molesto. Lo cambiarás por la indumentaria de un aldeano decente. No temas; no son ropas robadas, sino conseguidas en un honesto trueque. Para el muchacho no tenemos ropas adecuadas, pero le daremos una manta para que se arrope, y mientras duerme sus ropas serán tendidas al fuego. ¡Desnúdate, Gabriel, hijo, desnúdate! No te preocupes por mí; soy abuela, sí, y bisabuela, y no hay más de nuestras mujeres presentes.

Gabriel echó una mirada temerosa a su alrededor, y la vieja chilló carcajeante.

—Vete, muchacho —exclamó—. Vete a aquella tienda, y envuélvete con lo que encuentres. Luego tira fuera tus ropas, y descansa.

Señaló una tienda medio oculta más allá del círculo del fuego, y Gabriel la obedeció sin pronunciar una palabra.

—Y ahora, amigo Dimas, vayamos contigo. Toma este hatillo y, si así lo deseas, pues veo que eres un hombre pudoroso, retírate detrás de un árbol y ponte las ropas que hay en el fardo.

—Las reglas de mi Orden... —empezó a balbucir Dimas, y entonces quedó en silencio. Sentía reticencia a abandonar sus hábitos monásticos, pero también era cierto que no le ataba ninguna regla. Al vivir en la Abadía, se había adaptado a la indumentaria y las costumbres de los que le rodeaban, pero no pertenecía a la Orden. Sólo era monje de nombre.

La gitana le miró burlona al ver que titubeaba.

—Hermano, te tomaba por un hombre educado, y me prometía muchos beneficios de tu conversación, y ahora me quieres hablar de votos y de humildad y del mérito de las penalidades. ¿Crees que no sé nada de tu fe y de tus Órdenes? ¡Quítate el hábito, hombre! Si cometes un pecado, podrás obtener la absolución al precio de un poco de ayuno. Viajarás más fácilmente tomo un ciudadano decente.

—Al contrario —respondió—. Con la indumentaria religiosa puedo viajar a cualquier sitio de la cristiandad con mayor facilidad que un hombre laico.

—¿Y no quieres salir de los límites de la cristiandad? Creía que eras un hombre sabio en busca de más conocimientos.

—No afirmo que sea sabio, pero es cierto que busco el conocimiento. Bueno, que

sea como tú quieras, madre. Puede que con ropa seglar pase con menos preguntas por donde temo que debo pasar.

Dimas salió del cobijo del árbol con las ropas sucias y raídas, pero aprovechables, de un mercader honrado. Se sentía un hombre nuevo, más joven, más fuerte y confiado, libre de la autoridad monástica que durante mucho tiempo había arrojado su sombra sobre él. Tenía más de veinte años cuando entró en la Abadía, en busca de más tiempo libre y de la oportunidad de dedicarse a estudios en los que ya estaba muy avanzado, y, aunque cerca de diez años en el claustro habían moldeado sus costumbres, no había sido sin que la carne se rebelase. Ahora, vestido una vez más como un hombre de mundo, respiraba con mayor libertad y llevaba la cabeza más erguida. La gitana le miró con un gesto de aprobación.

—Eres todo un hombre, Dimas, ahora que te has despojado de los arreos de un gusano. Ven conmigo a la tienda. El muchacho duerme como un muerto; ni él nos molestará a nosotros, ni nosotros a él.

CAPÍTULO V

LA SABIDURÍA DE NELUKA

La tienda estaba iluminada por una lámpara de forma poco común, ante la visión de la cual Dimas apartó la mirada y se ruborizó. La arpía observó su confusión y se rió suavemente.

—¿Qué puede saber un monje de esas cosas? —se mofó—. No, amigo, no finjas inocencia. Conocías la maldición de Isbahala, y veo que la lámpara tiene un significado para ti, ¿verdad?

Dimas volvió a pensar en aquella espantosa hora en la cripta, y en los chillidos de la mujer. Asintió en silencio.

—Vaya, cuánto le importan las apariencias a los hombres —dijo la gitana—. Tantos aspavientos con el hábito, y todavía crees que estás en pecado por estar a solas con una mujer. Sin embargo, yo sólo soy mujer de nombre. ¡Mira! ¿Queda algo de mujer en mí?

Con un rápido movimiento retiró sus vestiduras. Dimas se estremeció ante la revelación de los antiguos pezones hundidos y las caderas descarnadas, pero no fue capaz de apartar los ojos ante el reto. La gitana recuperó sus ropas.

—Vas mejorando —le felicitó—. Libera tu mente de todo pensamiento falso, de todo fraude y fingimiento, o de lo contrario, ¿cómo encontrarás la verdad? Y ahora quiero poner a prueba cuánto has avanzado en los conocimientos secretos. ¿Debo pedirte que recites las Catorce invocaciones de Spinter, o preguntarte por qué se utiliza tinta verde para escribir el nombre de Apepi? ¿Podrías contestar a eso? Entonces acabemos de una vez por todas. ¿Cuál es el nombre de la serpiente cuyas fauces son de oro y cuya cola rodea la piedra de Ra-een?

—Eso es un juego de niños, y muy peligroso de jugar —contestó Dimas—. Tú sabes en qué pena incurre quien pronuncia ese nombre sin cumplir con los ritos debidos. Deja que te pregunte, madre, cuáles fueron las palabras del Asno en la noche de Talaga.

La gitana se hincó de rodillas e inclinó su cabeza ante él.

—¡No tientes a Enlil pronunciándolas! —chilló—. ¡Basta! Eres mi igual, o incluso pudiera ser que mi superior. Pídeme lo que desees, y yo, Neluka, obedeceré.

Dimas se hinchó de satisfacción. Años de sometimiento a las normas monásticas habían acrecentado y reforzado su humildad natural. Ahora él, el vulgar monje, era saludado como un maestro y se le prometía la obediencia de una esclava. Ciertamente no era más que una bruja envejecida la que reconocía de esa manera su autoridad, pero el sabor del incienso es dulce, no importa lo vil que sea el metal del incensario.

Y Neluka, al fin y al cabo, no era una arpía ordinaria. Poseía secretos que Dimas había obtenido sólo tras el doloroso estudio de los antiguos textos. Pudiera ser incluso que fuera capaz de ayudarlo en su búsqueda.

—Madre —dijo con seriedad—, te diré por qué me veo aquí, como un vagabundo, y qué es lo que busco. Tal vez puedas ayudarme con tus conocimientos. Pero antes, pues debo observar las debidas precauciones, ¿jurarás no revelar nada de lo que te cuente?

—Los juramentos no son necesarios —contestó Neluka—. Pero, como no conoces ni nuestra raza ni nuestras costumbres, juraré.

El muchacho dormía en el otro extremo de la tienda, sobre un fardo de telas que antaño habían sido alegres, cubierto con chales rojos y amarillos. La gitana tanteó entre los harapos de seda y las lanas de aquella burda cama, palpó con sus largos y flacos brazos tan delicadamente que el muchacho no se agitó, y por fin encontró lo que buscaba. Lo sacó, una caja de cuero grueso, desgastada y raída pero que mostraba rastros de que antaño había sido estampada y dorada, y la llevó hasta donde Dimas se encontraba en pie, junto a la lámpara.

—Ahora prepárate para cualquier cosa que veas u oigas, amigo —le advirtió, y, levantando la tapa de la caja, extrajo con sus garras una pizca de polvo oscuro que dejó caer sobre el aceite de la lámpara.

La llama se volvió verde, luego azul, y por último fue como si desapareciera completamente, pero siguió proyectando una luz espectral como una sombra luminosa. Los ojos de Neluka se habían hundido fuera de la vista, y su boca se estremecía mientras susurraba un nombre ante el cual Dimas se sintió incómodo.

Neluka derramó polvo fresco sobre la llama que se elevaba con esplendor repentino, y, mientras la gitana murmuraba el encantamiento, Dimas cerró los ojos, pues no quería mirar por segunda vez lo que ya había visto una vez. Mientras Neluka susurraba y la voz chillona respondía como los chillidos de un murciélago, mantuvo los ojos firmemente cerrados, y el sudor frío perló su frente.

Por último, acabó, y la gitana tomó su mano.

—¿Oíste mi juramento? —susurró con voz ronca.

—Sí, y sé ante quién fue pronunciado —respondió—. No había necesidad de mostrar tus poderes, madre.

—Hijo, es mejor que sepas que no finjo con palabras huecas el conocimiento que poseo. Ahora dime, ¿cuál es tu búsqueda?

Dimas se lo contó, relatando sus intentos y sus fracasos, y le contó cómo había desesperado de conseguir sus fines, hasta que le sobrevino la idea de consultar a los sabios que habían tenido éxito en la búsqueda de la vida. Neluka le escuchó atentamente, con los labios apretados y, en ocasiones, agitando la cabeza dubitativamente.

—La tuya es una búsqueda poco común —dijo cuando hubo acabado—. Dudo incluso que el éxito te proporcionara la felicidad. Mírame; tengo casi dos veces la

mayor edad de la mayoría de los hombres mortales, y sé, no preguntes cómo, que todavía me queda mucho por vivir; pero mis días son una carga agotadora. No los prolongaría eternamente, no, ni con el añadido de la juventud, la belleza y la riqueza.

Quedó en silencio, recuperando en sus pensamientos las sombras de su esplendor.

—Eso es lo que te digo, y es la verdad —prosiguió—. Pero, tan irracional es el ser humano, que reconozco que la muerte en estos momentos no sería bien recibida. Sé que debo morir, y estoy contenta de que así sea, siempre que la hora no me llegue en este instante. Siempre hay algo que quisiera hacer, algo que querría saber o sentir antes de morir, pero no me acobarda la muerte aunque no corro a recibirla, y el conocimiento de que la muerte me aguarda al final es un consuelo sin el que no podría vivir.

Volvió a caer en el silencio, y Dimas no se atrevió a interrumpir sus pensamientos. Pasaron muchos minutos antes de que volviera a hablar.

—Estás decidido a cumplir con esta misión —dijo—, y es mejor que la cumplas hasta el fin, sea cual sea ese fin. Con mis propios conocimientos no puedo ayudarte, y si yo no puedo, tampoco nadie de mi pueblo. Podría ocurrir, sin embargo, que necesites otro tipo de ayuda en el transcurso de tus viajes. Toma este amuleto —se quitó de alrededor del cuello un objeto liso de metal, extrañamente moldeado con la semblanza de una mujer mutilada de forma monstruosa—. Donde quiera que vayas, puede que por azar encuentres hombres y mujeres de nuestra tribu, y cuando vean esto te honrarán y te ayudarán, sabiendo que es el regalo que yo te he hecho. Este signo también tiene autoridad sobre otros, pues es un amuleto de poder.

Una vez más se sumió en sus pensamientos, de forma que Dimas creyó que había caído en el imprevisible sueño de la edad, pero todavía tenía algo que añadir.

—Acude primero a Ibrahim bin Judah, hombre judío. Conozco a ese pueblo, y no nos tienen amor, ni nosotros a ellos. Pero nunca nos han hecho daño, y entre ellos existen hombres de gran sabiduría y artes sutiles. Tal vez pueda decirte lo que necesitas saber. Pero ya es más de medianoche y debes dormir. Descansa aquí, hijo mío, mientras yo vigilo y celebro consejo conmigo misma.

Dándole las gracias, Dimas se estiró sobre una alfombra y pronto quedó profundamente dormido. La gitana se acuclilló junto a la lámpara, sus manos esqueléticas rodeando sus huesudas rodillas, inmóvil como un viejo lagarto gris.

CAPÍTULO VI

LOS DESAFORTUNADOS RESULTADOS DE PRESCRIBIR BILIS DE SARRACENO

Vestido como un ciudadano decente, Dimas atravesó las calles de la ciudad hasta que llegó a Whitefriars. Gabriel cojeaba penosamente detrás de él.

La muchedumbre de rostros diabólicos a su alrededor le pareció a Dimas como los monstruos de una pesadilla, pues Whitefriars era cubil de matones, salteadores, alcahuetes, estafadores, bandoleros, pedigüños, chivatos y toda la escoria de la ciudad. Con una mano aferrada a la cintura —pues no se había atrevido a confiar el dinero que llevaba a la bolsa que le colgaba del cinto— y con la otra en la empuñadura de su puñal, se abrió camino a través de calles y callejas hasta que llegó a la casa hacia la que le había dirigido el Abad. Era un edificio que en tiempos había tenido pretensiones de magnificencia, pero que ahora se hallaba decrepito, sus ventanas entabladas y cegadas y la gran entrada tabicada. Por lo que Dimas podía ver, sólo se podía entrar a través de una pequeña puerta de madera gruesa, tres escalones por debajo de la superficie de la avenida.

—Extraño lugar éste, Gabriel, hijo mío —dijo, moviendo la cabeza— pero es la morada de un gran sabio. Al otro lado de esta estrecha puerta espero encontrar la sabiduría que será la llave para abrir una auténtica puerta.

Se arañó los nudillos contra las recias tablas, y esperó una respuesta al insignificante sonido de su llamada. Gabriel, con aire de aburrimiento, silbó algunas notas de una vieja canción, pero, en el sigiloso silencio de la avenida, el silbido sonó tan indecoroso como el hipo de una reina. Además, el muchacho silbaba mal, con un contrabajo sordo y ronco. Se calló mientras el silencio estancado se tragaba suavemente la agitación del sonido.

Los minutos pasaron opresivamente y la puerta seguía cerrada a cal y canto. Dimas tuvo que hacer un esfuerzo consciente para aventurarse a probar otras llamadas, golpeando esta vez con el mango de su daga. El agudo golpeteo apenas había cesado cuando una voz susurró a través de un resquicio en las maderas.

—¿Quién eres?

Dimas respondió convenientemente, pero el ser invisible detrás de la puerta pareció vacilante.

—¿Hermano Dimas? —murmuró la voz—. El nombre me resulta desconocido, y seguramente el hermano Dimas iría vestido de forma distinta a como te veo a ti.

—Lo soy de todas formas, y mi nombre no debería resultar desconocido a Ibrahim bin Judah.

—¿Ibrahim bin Judah? ¿Es a él a quien buscas? —dijo Gabriel con sorpresa, pero Dimas ignoró la pregunta. Tenía la sensación de que el vigilante oculto agitaba la cabeza con perplejidad, y se estrujó los sesos para encontrar alguna palabra que asegurase su entrada. ¿Debería mencionar alguna de las extrañas drogas que el judío le había proporcionado, y decir la fecha en que habían sido recetadas? Mejor que no, tal vez, pues el que susurraba podría no ser Ibrahim sino un sirviente, y algunas cuestiones era mejor no decirlas en voz alta.

Gabriel se impacientaba, apoyándose inquieto sobre uno y otro pie. Al ver que Dimas se mostraba impotente, el muchacho le apartó con gentileza y, acercando la boca a la rendija, murmuró a su vez. Las palabras llegaron hasta Dimas sólo como un susurro confuso, pero su efecto sobre el oyente escondido fue inmediato.

—Retroceded dos pasos —dijo la voz con un tono más alto de confianza y determinación.

El monje y el muchacho obedecieron, subiéndose al primer escalón que conducía hasta la altura de la avenida. Al hacerlo, la losa de piedra a la altura de la entrada se deslizó sin ruido bajo el quicio de la puerta, revelando la continuación del tramo de escalones. La invitación era tan obvia que el hombre y el muchacho no vacilaron en descender, pasando con dificultades a través de la estrecha abertura. La losa regresó a su lugar, dejándolos a oscuras.

—Ahora, hermano —dijo el muchacho con una risita—, saca tu botellita y proporcionanos luz.

—No es necesario —contestó una voz grave, y surgió muy cerca una pequeña llama, cuya luminosidad creció al prender una vela—. Perdonad mi retraso al admitiros —continuó la voz—. Tengo buenas razones, como puede que me vea obligado a revelarlas.

El orador era un viejo inmensamente alto, envuelto en una túnica de terciopelo azul gastado. Los exquisitos rasgos judíos, majestuosos por efecto de los espesos rizados blancos y la barba, no dejaron duda alguna en la mente de Dimas sobre la identidad de su anfitrión.

—Ibrahim bin Judah —empezó—, ¿por qué niegas conocer mi nombre? Durante mucho tiempo hemos tratado el uno con el otro.

—Cuando hay dudas, y tus ropas seculares me hicieron dudar, no es conveniente admitir el conocimiento —fue la respuesta—. Eso también debes perdonármelo, junto con las incomodidades de mi pobre morada. La casa que tenemos encima ha sido registrada y saqueada, y me creen huido, o incluso raptado por Satanás.

El viejo rió secamente y agitó la mano en dirección a un montón de cojines sobre el suelo de ladrillo. Cuando sus invitados estuvieron sentados, dio una blanda palmada, y apareció un negro en el círculo iluminado por la vela. Tan inesperada fue la aparición que Dimas se persignó y Gabriel se puso en pie alarmado.

—No temáis —los tranquilizó Ibrahim—. No es un diablo, sino un ser humano, mi sirviente. Abdallah, trae frutas, huevos, pasteles y vino.

El negro hizo una reverencia y desapareció. Dimas se sintió reconfortado al observar que la desaparición no tenía nada de antinatural, ya que se deslizó detrás de una cortina negra que disimulaba una abertura en la pared.

—Todas estas incomodidades —suspiró el viejo caprichosamente—, porque mi Señor Rentonville ha decidido discutirme la calidad de cierta bilis de sarraceno que le vendí con fines medicinales. No consiguió el electo deseado, de forma que el viejo avaro me denunció como hechicero y asociado de demonios. Afortunadamente, me advirtieron de antemano, y pude refugiarme en estas catacumbas, o de lo contrario ahora estaría convertido en cenizas. Pero aquí llega Abdallah con el refrigerio. Comed y bebed, amigos. Después me contaréis vuestras razones para acudir a mí.

—Una astuta retirada, y bien fingida —dijo Gabriel cuando le pusieron la comida delante—. Me pregunto, señor, si nuestra entrada no habrá sido observada.

—No temas eso —contestó Ibrahim—. Mediante una hábil disposición de espejos puedo inspeccionar toda la avenida, además de la apariencia de cualquiera que esté delante de la puerta.

—Y que hable a través de la puerta —preguntó el muchacho—, ¿cómo es eso posible? Pues no tuviste tiempo de abandonar el piso superior y venir a saludarnos aquí.

—Un tubo sube por la pared y llega hasta las maderas de la puerta, hijo mío. Si esa puerta fuera derribada, mi Señor de Rentonville seguiría sin encontrar ni rastro de mí, ni nada más que una casa vacía. Esta retirada la concebí hace mucho tiempo, en caso de que sufriera una acusación semejante a la que ahora ha caído sobre mí, pues los hombres de estudios siempre estamos en peligro de padecer dichos cargos, ¿verdad, hermano Dimas? Pero, ¿quién habría pensado que un penique de una droga inofensiva podría provocar que me ocurriera esto?

—Respecto a este asunto de la bilis de sarraceno —empezó Dimas, pero el viejo le interrumpió.

—Era de la mejor, e indiscutiblemente genuina —exclamó—. Me la dio un amigo cuyo antepasado estuvo en Acre cuando Ricardo Corazón de León y el Rey francés masacraron a sus cinco mil prisioneros sarracenos y los destriparon buscando oro. Mucho oro encontraron, en verdad, pues ¿quién puede decir que no se puede sacar nada bueno de un sarraceno? Y también tomaron la bilis, pensando que la bilis de un infiel debería ser más amarga que la de las ovejas o vacas. Tal vez la que le vendí a mi Señor hubiera perdido sus poderes con el paso de tantos años, pero procedía del cuerpo de un emir.

—Lo de la bilis lo entiendo —dijo Gabriel lentamente—, ¿pero cómo encontraron oro en las entrañas de un infiel? Puede que los cristianos tengan el corazón de oro, pero sólo en un sentido figurado; nunca había oído decir que los infieles tuvieran tripas de metal precioso.

Ibrahim miró al muchacho, y sus labios se fruncieron en una sonrisa.

—Hijo mío —dijo gentilmente—, imagínate prisionero, expuesto al examen de

manos bruscas y despiadadas. ¿Dónde esconderías cualquier cosa que no fuera demasiado grande y que tuvieras en gran estima?

Gabriel reflexionó un instante, y entonces, al comprender la respuesta a la pregunta, se ruborizó tan intensamente que sus ojos quedaron cegados. El viejo observó su confusión al principio con una sonrisa, y luego con cierto asombro. Pero Gabriel siguió ruborizado, y, al observarlo, Ibrahim se inclinó sorprendido y miró de forma más penetrante el rostro y la figura del muchacho. Satisfecho, hizo un gesto de asentimiento hacia sí mismo, y a partir de aquel momento evitó mirar en dirección a Gabriel. Aún más, cuando concluyó la ligera comida, llevó al muchacho a una habitación aparte, donde había un diván y un lavabo, y le dijo que descansara si así lo deseaba y que regresara cuando gustase.

CAPÍTULO VII

LAS PALABRAS ENIGMÁTICAS DEL DIFUNTO YUSEF

—Y ahora, Dimas —dijo el culto judío, sentándose de nuevo ante el monje—, y ahora, dime qué estás haciendo tan lejos de tu claustro.

Dimas relató sucintamente los numerosos fracasos que había sufrido en la búsqueda del elixir de la vida, mientras Ibrahim asentía como si los resultados del hermano confirmaran sus propios experimentos. Entonces Dimas le habló de las palabras del Limosnero y de sus propios temores, ante lo cual el anciano pareció ponerse serio. Por último, Dimas mostró cómo la necesidad le había espoleado hasta que pensó en buscar a los sabios que habían puesto por escrito sus variadas recetas para hacer perdurable la vida, y cómo el Abad le había instado a aplicarse a su tarea.

—Así que acudo a ti, Ibrahim bin Judah —concluyó—, pues no sé dónde empezar mi búsqueda. Mahmoud-el-Bab sin duda sigue vivo en Siria, pero ese país está bajo el gobierno de los infieles, y aventurarse hasta allí en busca de la vida eterna podría muy bien significar la pérdida del corto periodo de vida con el que ahora cuento. También Gebir, el mayor de los polifarmacólogos, está fuera de mi alcance por la misma razón, a menos que haya abandonado los desiertos de Arabia en busca de un clima más agradable. Además, Gebir podría no haber tenido tanto éxito como creía, pues afirma que el elixir no es más que oro potable, y el oro potable lo he fabricado y probado. La morada actual de Albertos Magnus y de Basil Valentine no puedo imaginarla, ni estoy mejor informado al respecto de dónde habitan Pterebos de Palmyra, Elkhanben-Nuzrha, Thomas Dunluce o Raimond Vervier, ni siquiera Lucius Germanicus, el más reciente de todos. A menos que por ventura tú puedas dirigir mi búsqueda, debo vagar sin rumbo hasta que el azar o la perseverancia indiquen mi curso.

Se detuvo, y miró con impaciencia el rostro venerable que tenía delante. El viejo Ibrahim guardó silencio mucho después de que Dimas hubiera acabado de hablar. Por fin, pareció que tomaba una decisión.

—En mis días jóvenes —dijo—, hice muchos experimentos similares a los tuyos, y siempre sin éxito. No, aún más, también busqué la piedra filosofal, y seguí muchas ramas de la magia conocidas por muy pocos. De esto último volveré a hablar pronto. Durante muchos de los años pasados he abandonado la búsqueda del elixir y la piedra como vanas imaginaciones, pero pudiera ser que estuviera equivocado, de manera que te ayudaré con gusto en tu tarea. Esto tal vez sea capaz de hacerlo por medio de los trabajos mágicos de los que te he hablado.

»Debes saber, en primer lugar, que desciendo en línea directa de la mujer sabia que reclamó al muerto Samuel en Endor. Ella obtuvo su conocimiento a través de un antepasado, que lo recibió de los sacerdotes egipcios cuando nuestro pueblo viajó por la tierra de Goshen. A menos que temas...

—En este asunto, no temo nada —le interrumpió Dimas, reavivado por una nueva esperanza.

—¡Valientes palabras! Entonces llamaremos a tu compañero de viaje, y probaremos el alcance de mis poderes.

Llamó a Abdallah, y le ordenó que trajese a Gabriel. Después de una corta espera, apareció el muchacho bostezando. Se había dormido tras las fatigas del viaje del día anterior, y el sueño todavía se aferraba a sus ojos.

—Estás cansado —dijo Ibrahim—. Mucho mejor para mis propósitos. Siéntate junto a la vela, y mira en este espejo.

Diciendo así, situó un pequeño espejo redondo de plata pulimentada en la mano del muchacho. El viejo se había transfigurado; su amable cortesía le había abandonado, y ahora estaba lleno de energía y autoridad. Ante una señal, el negro trajo un antiguo brasero de siete patas labrado en oro, lleno de carbones resplandecientes, sobre el cual Ibrahim derramó incienso de una caja de ébano forrada de plata. Mientras las nubes intensamente perfumadas crecían, dibujó con tiza amarilla sobre el suelo de ladrillo el Pentáculo de Salomón, y dentro de él situó el brasero. Entonces, con un tono fúnebre, canturreó palabras que ni siquiera Dimas, con todos sus estudios, fue capaz de reconocer.

La letanía continuó interminablemente, y las nubes de incienso se hicieron cada vez más densas. El muchacho, sujetando el espejo, parecía cada vez más dormido.

Dimas había observado los preparativos con interés comfortable. El procedimiento difería sólo en pequeños detalles del que él había empleado en ocasiones para atraer a inofensivos e insignificantes demonios. Era improbable que Ibrahim conjurase a ninguna figura tan espantosa como la que fue evocada la noche anterior por Neluka la gitana.

El encantamiento cesó, y Dimas vio, con no poca perturbación, que un delgado hilo brotaba del pecho del muchacho y ondulaba hacia el humo. El hilo empezó a crecer y a tomar forma.

—He llamado a Yusef, mi pariente —murmuró Ibrahim—. En vida, fue mi tatarabuelo, y un destacado obrador de milagros. Él nos dirá lo que necesitas saber, si es que alguien puede hacerlo.

La figura brumosa se hizo cada vez más definida, hasta que Dimas pudo ver en el humo oscilante la silueta de un hombre mayor, de semblante judío y con un aire de vil maldad. Los ojos muertos parpadearon.

—Habla, Yusef —ordenó Ibrahim—. Sabes lo que quiere conocer el que pregunta.

La figura se quedó inmóvil en medio del humo, y una voz empezó a murmurar.

Pero la voz no llegó de los labios sombríos, sino de la boca de Gabriel, la voz de un hombre muy viejo, hablando en un hebreo corrupto que Dimas apenas llegaba a comprender.

—La vida, y la plenitud de la vida, el buscador la lleva consigo —dijo la voz—. Hay otro don que también es suyo, aunque él no lo valora, mas sin él la vida carece de sabor. No necesita buscar más lejos, pero, ya que lo va a hacer, que busque al sabio más joven de los que persigue, en cuyo lugar de nacimiento encontrará lo que no creía buscar.

—Pero decidme... —dijo Dimas anhelante. Para su sorpresa, la figura frunció el ceño y la voz gritó furiosa:

—¡Basta!

La figura sombría desapareció.

Ibrahim pareció aceptar la desaparición con normalidad.

—¡Ah, el viejo Yusef! —dijo, con un movimiento de la cabeza afectuosamente reprobador—. Detesta que le pidan que explique cualquier cosa. Vamos, Abdallah, ven y retira el brasero.

El negro entró sin ruido en la habitación y sacó los carbones humeantes. Ibrahim sonrió ante la perplejidad visible en el rostro de Dimas.

—¿Cómo interpretas las palabras de Yusef? —preguntó Ibrahim.

—De ninguna manera —dijo Dimas—. Confieso que buena parte de su sentido me es esquivo, aunque tengo la sensación de que la respuesta no está muy lejos.

—Yo no me encuentro en mejor situación. Pudiera ser que el sentido se abalance sobre nosotros cuando menos lo esperemos. Una cosa, sin embargo, está clara. Tienes que buscar al más joven de los sabios, y ése no puede ser otro que Lucius Germanicus.

—Cierto. Parece que debo ir a su lugar de nacimiento, que, si no estoy equivocado, se encuentra en los bosques de Almain.

—Así es; nació en la pequeña ciudad de Dachsenberg. Me alegra que no te envíen más lejos, a Egipto o Persia o Cathay. Tienes asegurado un viaje agradable, Dimas, al final del cual te aguardará tu recompensa. Antes de que sigamos hablando, sin embargo, deja que despierte al muchacho.

Ibrahim pellizcó la nariz de Gabriel, y acarició tres veces amablemente y con la mano abierta su nuca. Con un profundo suspiro, el muchacho abrió los ojos, y se agitó inquieto.

Un silbido chirriante desgarró el aire de la habitación como una espina se clava en la carne tierna. El viejo dio un salto hasta la pared, y pegó su ojo a una abertura que había allí, girando un remache octogonal para que los espejos cubrieran todos los ángulos. Entonces, con una exclamación de sorpresa, tiró de la palanca que controlaba la losa móvil.

—¡Qué casualidad tan afortunada! —dijo, volviéndose hacia Dimas—. Aquí llega uno cuyas palabras podrían ser valiosas para ti, y uno que, en cualquier caso, te

alegrarás de conocer. Es una suerte que llegue en este momento, pero temo que sea el peligro lo que le trae.

CAPÍTULO VIII

THOMAS BRACKENRIDGE APLICA EL CAUTERIO

Pasos pesados bajaron arrastrándose por las escaleras, y una extraña figura anadeó hasta el círculo delimitado por la luz de la vela. Ibrahim cerró la piedra de la entrada y se volvió para dar la bienvenida al recién llegado.

Se parecía más a un barril que a un hombre, tan corto de estatura y tan espléndido de diámetro. Las breves piernas necesitaban toda su evidente fuerza para sostener la poderosa panza. Ningún cuello se interponía para levantar la cabeza que rodaba sobre los inmensos hombros, y esa cabeza estaba calva como una granada madura, a la que ciertamente se parecía también en el color. Entre los ojos profundos de verde chispeante asomaba una nariz increíblemente granujienta y enrojecida, elevada en su amplio extremo como para mejor exhibir la ancha boca amueblada con dientes que habrían sido la envidia de cualquier molino.

—Buena madriguera, padre Abraham —exclamó con una voz de ronca viveza—. ¡Qué! ¿Otras almas que han buscado su seno? Bueno, me pregunto cuál de vosotros dos es Dives.

—Ninguno de ellos, Thomas —contestó el judío, sonriendo—. Mi seno proporcionaría un consuelo desnudo y huesudo, temo, y estos amigos tienen otras cosas que buscar distintas de los senos. El hermano Dimas está embarcado en una búsqueda similar a la tuya, desde hace años. El muchacho Gabriel es el hijo de uno cuyo nombre, susurrado a través de mi cañería de comunicación, abrió todas las puertas ante él.

—Me pregunto quién será —dijo Thomas, pero el muchacho exclamó:

—Díselo, Padre; confío en su aspecto.

—Bonitas palabras —contestó Thomas seriamente—, y demuestran capacidad de discernimiento en alguien tan joven. Pero no hace falta decírmelo, creo. Joven señor, déjame que vea tu rostro más claramente bajo la luz.

Después de un breve escrutinio, gruñó:

—¡Hum! Los rasgos, como pensé al principio, son los rasgos, aunque algo refinados por la juventud, de Ralph Terven. Pero Ralph no tuvo hijo alguno que yo sepa.

—¿Conociste a Ralph Terven? —exclamó el muchacho alegremente—. Entonces conociste a mi padre. ¡Oh!, dime, señor, ¿qué nuevas tienes de él? Pues yo no sé nada desde que me abandonó hace dos años.

Thomas giró su gran cabeza compasivamente.

—Hace dos años fue cuando vi por última vez a Ralph Terven —repuso—.

Acudió a mí, aquí en Londres, y me pidió que le acompañase en un viaje a Oriente, pero yo no tenía ganas de viajar entre los musulmanes, un pueblo que no conoce el uso del vino. Así que partió sin mí.

—¿Sabes adónde marchó? —preguntó el muchacho con impaciencia.

—¡Oh!, era a Arabia Felix adonde pretendía llegar, habiendo oído hablar de que allí se podían obtener riquezas por medios extraños. Pero ánimo, amigo, dos años es poco tiempo para que haga ese viaje y regrese. Vuelve a casa y espera con paciencia su llegada.

Gabriel agitó la cabeza.

—No puedo hacer eso —respondió—. Debo buscarle, vaya solo o con Dimas a mi lado.

Recordó que había sido utilizado en beneficio de la indagación de Dimas.

—¿Y qué respuesta obtuviste tú, hermano? —preguntó—. ¿Los espíritus o los demonios, fuera lo que fuese que consultaste, te guiaron en tu búsqueda? Pues no recuerdo nada excepto el incienso y el espejo y un cansancio agotador.

—¡Ay! —dijo Dimas—. Obtuve cierta respuesta, pero excesivamente vaga y desconcertante. Todo lo que puedo tener claro es que antes debo ir a un pueblecito en los bosques de Almain. ¿Vendrás conmigo, amigo mío? Si vas tumbado a Oriente, ese camino te sirve tanto como cualquier otro, y reconozco que aborrecería tener que separarme de ti.

—Y yo lamentaría perder a un camarada tan amable —dijo Gabriel, apretando la mano del monje—. Iré contigo de todo corazón, y gracias.

—Y aún tendréis otro acompañante, si lo deseáis —se interpuso Thomas—. Yo mismo tengo necesidad de emprender un viaje, y creo que tienen buen vino en la cuenca del Rin.

—Ven, señor, y sé bienvenido —dijo Dimas, y el muchacho añadió:

—¡Bienvenido de todo corazón!

—Pero Thomas —preguntó el judío—, ¿por qué esta partida? Creía que estabas firmemente arraigado en Londres.

—¡Dios me bendiga! —exclamó Thomas, y lanzó una carcajada mientras se daba una palmada en el muslo—. No llegué a decirte por qué he venido de forma tan inesperada. «Philistini super te», Ibrahim. En otras palabras, espera una pronta visita de los matones de Lord Rentonville. Pero dame vino, o mi relato quedará perdido en mi gaceta como el agua en la arena del desierto.

Lo adecuado de su símil quedó rápidamente demostrado cuando le pusieron delante una alta jarra. Depositando el recipiente vacío, se limpió la boca con el reverso de su peluda mano, y dio comienzo a su historia.

—Mi Señor de Rentonville tiene, como bien sabes, Ibrahim, un hijo, el vizconde Caster, que sin duda es su consuelo. También tiene una fístula que, con todavía menos dudas, no le supone ningún consuelo. Bueno, el hijo desangra las bolsas de oro del padre, y la fístula también sangra. Para estos dos desórdenes el noble conde buscó

dos consejeros, a mí para el mal de su carne en el más remoto sentido, y a ti para la cuestión más inmediata. Parece que tú le recomendaste un estíptico de bilis de sarraceno, que no obtuvo efecto. Yo, con más fortuna y ciertos conocimientos dispersos de los negocios del hijo, apliqué una cataplasma a las bolsas de oro que redujo la hemorragia, es cierto, pero que al hacerlo me provocó la enemistad del vizconde Caster.

»El bueno del viejo, el conde, quiere a su oro más que a su hijo, de forma que me gané su estima.

»—Amigo Thomas —dijo mi Señor, sentado en su silla de alto respaldo y apoyándose en una sola nalga debido a la fístula—. Amigo Thomas —me dijo—, eres un hombre de recursos y astucia. Nuestro joven cachorro pasará un buen tiempo sin tocar ni una más de mis coronas.

»Mi Señor el cachorro atravesaba sombrío la habitación en aquel momento, y desapareció tras el tapiz lanzando una mirada hacia atrás que estuvo a punto de agriarme el agua del canario por debajo del cinturón.

»—He oído decir, además —dijo el conde—, que los secretos de la medicina y la cirugía no te son desconocidos.

»—Eso es poco decir —me apresuré a contestar.

»—Entonces —dijo—, líbrame de esta fístula que me atormenta, y mis bolsas de oro volverán a sangrar, esta vez por ti.

»Era una oferta tentadora, pues el vino cuesta caro hoy en día. Sin vacilación alguna, dije:

»—¡Trato hecho! —ante lo que mi Señor pareció un poco arrepentido, deseando no haber sonado tan generoso. Sin embargo, pensó que no había especificado el volumen de la hemorragia, y que por tanto podía interpretar su promesa de la forma que él gustase.

»—¿Qué remedio aconsejas entonces, Thomas? —preguntó—. Recuerda lo que mi hijo estuvo a punto de hacerme tristemente desear, y no me aconsejes drogas raras y costosas.

»—No temáis, mi Señor —repuse yo—. Todo lo que necesito se puede encontrar ahora mismo en vuestra casa, pues no recomiendo más que una simple cauterización.

»Deberíais haber visto la alegría en el rostro del viejo zorro. Juro que su mal quedó curado por un instante, pues toda la sangre de su pálido cuerpo subió hasta su semblante.

»—Entonces no te retrases, Thomas —exclamó, y llamó a un sirviente para que me trajese lo que deseara. Susurré al oído del hombre que necesitaba carbones encendidos y un hierro, pues, aunque la palabra cauterio resulte agradable al oído del paciente, no le gusta ni el nombre ni la visión del fuego. Entonces, cuando el sirviente se hubo ido, le dije al conde sencillamente que debía atarle para ponerle en posición para el cauterio, pero tuve mucho cuidado de no sugerir que pudiera necesitar las ligaduras para reprimir sus forcejeos.

»De forma que incliné al viejo sobre un brazo de su silla, y le até las muñecas firmemente a las patas del lado más alejado. Luego le puse un tramo de cuerda alrededor de las rodillas, haciendo pasar la cuerda alrededor de la silla, pues un señor puede dar coces peores que las de una mula. ¿Sabías tú eso, Ibrahim? Por supuesto que sí, siendo judío en tierra cristiana.

»Luego le levanté la túnica de pieles sobre las orejas, y dejé caer sus calzas sobre sus largas zancas. ¿Alguna vez habéis visto las partes traseras de un conde? Es una visión que provoca el asombro y sobre la que merecería la pena divagar.

»Entonces regresó el sirviente con el fuego y un pequeño atizador. Era el único hierro, según dijo, que podía servir para la tarea requerida. Hice salir de la habitación al hombre, juzgando que no era apropiado que un subordinado contemplase todas las intimidades de su Señor. Luego puse el hierro a calentar en los carbones.

»Pasó algún tiempo antes de que alcanzara el rojo vivo necesario, pues los vapores del vino en mi aliento pueden ser tan poderosos que casi tenía miedo de explotar si me prendía y ardía en la boca como si fuera una lámpara. Sin embargo, por fin estuvo a punto, y hundí el hierro incandescente en el sitio al que estaba destinado.

»Afortunadamente, la silla era sólida y de fuerte roble, pues el viejo dio un salto como el de un salmón en tierra. Yo había hecho mis nudos fuertes y tensos, de forma que sus forcejeos no me incomodaban, y había tenido cuidado de envolverle la boca con su túnica, lo cual sofocó sus chillidos. El chisporroteo del hierro producía un ruido espantoso; pronto tuve que retirarlo para volverlo a calentar.

»Esta vez me dejé arrastrar a tal extremo de entusiasmo que olvidé mis precauciones, y soplé los carbones hasta que el hierro estuvo al rojo blanco. Lo estaba aplicando por segunda vez, cuando mi brazo dio una sacudida hacia delante, y casi se me escapó el atizador. El viejo conde lanzó un alarido que debió de oírse hasta en Windsor, y brincó con tal potencia que la silla se rompió. El hijo había entrado desde la habitación que había detrás del tapiz, y me tiraba del brazo.

»Mi intento de cura tocó a su fin, pues el hijo llamó a los sirvientes para que me sujetaran mientras él desataba a su padre. Ya le habían sacado el atizador al viejo, o se había caído, no sé muy bien cómo fue, y el cachorro le estaba consolando, llamándole “querido padre” y jurando que había detenido una maquinación contra su vida. Le juró que yo había sido sobornado para matar al viejo de la misma forma en que fue liquidado nuestro difunto Rey, el segundo Eduardo. El resto de lo que dijo no puedo saberlo, pues me llevaron para encerrarme en la bodega hasta que me encontraran un alojamiento más seguro. El conde, gimiendo de dolor, se encontraba en un estado capaz de creer cualquier dardo por mi parte, y de bendecir a cualquiera que le hubiera liberado.

»Te estarás preguntando, Ibrahim, qué tiene que ver contigo todo esto. Escucha un poco más. Ocurre, no importa cómo, pero recuerda la irreprimible sed que me aflige, que conozco bien la bodega de mi Señor, y, cuando juzgué llegado el momento

oportuno, salí de ella. Arriba había dejado algunas bagatelas que habría lamentado perder, así que me deslicé hasta el piso superior pisando sobre los pies descalzos para recuperarlas. Fue una suerte que lo hiciera, pues de la alcoba del viejo salía un murmullo de voces, y la voz del hijo decía: “Ibrahim”.

»Me deslicé detrás de los colgantes y escuché. Aún más, miré, practicando un orificio con ese propósito. El conde estaba en la cama, tumbado boca abajo, como bien podéis entender, y el vizconde Caster conversaba con Elias Mowton, tu viejo enemigo y mío, Ibrahim. Le habían llamado, según parecía, para aplicar salvias y ungüentos al agujero del conde, como era bien necesario. Él y el cachorro estaban haciendo planes conjuntos para arruinarnos a ti y a mí. A mí ya me tenían a buen recaudo, según creían, y estaban a punto de convencer a Rentonville de que tú también estabas implicado en el plan para destruirle. Quedaba algo de tu bilis de sarraceno, y Elias Mowton la probó con la nariz y la boca.

»—¡Puagh! —exclamó, escupiendo una pizca que había tomado con el extremo de la lengua, y arrugando su rostro de cascanueces—. Esto no es bilis de sarraceno ni de cristiano. Esto no es nada más que atopaxitos, un raro veneno de los caldeos.

»A continuación explicó que, en Inglaterra, sólo dos hombres aparte de él conocían este veneno; que es inofensivo cuando se ingiere, pero que es mortal cuando se toma a través del ano. Que el conde no hubiera sucumbido a él lo atribuía al chorreo de la fístula, que había lavado el veneno. Para demostrar sus palabras, envió a uno de los sirvientes a buscar una rata, y, cuando le trajeron la rata (cosa fácil de encontrar en aquella casa), Elias tomó un pequeño tubo de cristal con un poco de la bilis y la administró a la criatura, que murió incontinentemente. Sólo que Elias no mostró al conde lo que yo vi, esto es, cómo clavó en la garganta de la rata la pequeña punta del anillo que lleva y que yo sé que estaba empapado con un veneno letal.

»Convenció al conde, pues, con bastante facilidad, y el resultado es que ahora el vizconde Caster está ocupado reuniendo una fuerza de hombres de armas que vendrán a asaltarte esta noche. El viejo Rentonville dijo que era inútil; que ya había registrado tu casa desde el suelo hasta el techo, pero Elias, el perro artero, dejó caer que sospechaba cuál era tu escondrijo. Así que vine a buscar santuario para mí y para advertirte a ti. Ahora, en nombre de Dios, servidme otra jarra de vino, porque hablar siempre me da sed.

CAPÍTULO IX

AQUA VITAE ARDENS

—Esto podría resultar un pequeño inconveniente —dijo Ibrahim, acariciándose pensativamente la blanca barba. El viejo judío no se había mostrado demasiado perturbado durante la narración de la historia, aunque Dimas había sufrido escalofríos y Gabriel había mirado al narrador con los ojos y la boca abiertos como platos.

—¿Inconveniente? —repitió Thomas, tragando las últimas gotas de su segunda jarra—. Será peor que inconveniente, sin duda, si Elias Mowton conoce tu sótano.

—No, no será más. El Duque de Hampshire, mi patrón, regresa a Londres mañana, y puedo contar con su segura protección. Sólo debo ponerme a salvo por esta noche, y eso lo solucionaré pronto. De este sótano sale un conducto que conduce hasta la orilla del río, donde tengo amigos. En cuanto a vosotros, Thomas, si todavía mantienes tu intención de viajar con Dimas, puedo, con la ayuda de esos mismos amigos, ponerlos a los tres esta misma noche a bordo de un mercante rumbo a Holanda.

—Nada podría ser más adecuado —dijo Thomas—. Puede que tu Duque no tenga interés en ampliar su protección hasta mí, así que me iré. Pero todavía tenemos tiempo. Háblame más de tu búsqueda, amigo Dimas, mi próximo compañero de viaje.

—Busco el elixir de la vida —contestó Dimas—, o, para ser más precisos, busco a los sabios que lo han fabricado y han dejado registro de sus hallazgos, para que pueda aprender de ellos en qué se han equivocado mis investigaciones, ya que hasta ahora he seguido sus prescripciones en vano.

—Eso demuestra que eres un hombre inteligente —exclamó Thomas—. ¡Pensar que semejante idea nunca se me ocurrió a mí!

—¿Entonces, tú también has emprendido esa búsqueda, señor?

—¡Oh, sí, bendita sea mi alma! ¿No te lo dijo Ibrahim?... No, recuerdo que no mencionó mi nombre. Soy Thomas Brackenridge, que años atrás alcanzó cierto renombre entre los buscadores.

Dimas hizo una reverencia.

—Tu nombre me es bien conocido, señor. Recuerdo que en una ocasión afirmaste que habías encontrado el elixir.

—¡Oh!, sí, eso creí, y pudiera ser que llegara a estar muy próximo a la verdad. Verás, amigo, cuando estás cansado y débil, ¿qué te da nueva vida más rápidamente que un trago de buen vino? El buen vino ilumina los ojos con un fulgor que supera el brillo de las joyas; comparadas con su sutil fragancia, las rosas persas y las violetas atenienses son insulsas. En la lengua se demora con mayor delectación que el néctar

del Olimpo; al estómago lleva calidez y consuelo, al cerebro nuevo fuego. Decimos bien cuando decimos que devuelve la vida al hombre. Juzga entonces qué fuerza vital debe de residir en la esencia pura del vino.

—Pero ésa no es una idea nueva —dijo Dimas—. Raimundo Lulio, el gran maestro de todos nosotros, hace mucho que destiló el espíritu del vino, al cual llamó Aqua Vitae Ardens, y proclamó que era el verdadero elixir.

—Así lo he aprendido yo desde entonces; pero en mi juventud me empeñé en mi propia búsqueda, y pasó mucho tiempo antes de que la abandonara, a lo cual me indujo el descubrimiento, tras repetidos experimentos, de que la nueva vida que obtuviera incluso de las más complejas pócimas estaba tomada de mis futuras reservas. Pues en la mañana siguiente a una noche de bebida quedaba casi sin vida, al haber consumido por adelantado la porción de fuerza vital de ese día. No obstante, el espíritu del vino tiene grandes virtudes.

Ibrahim había salido de la habitación sin hacer ruido durante la rapsodia de su amigo. Ahora regresaba, acompañado por Abdallah, que llevaba una bolsa sobre los hombros y una lámpara en la mano.

—Todo está dispuesto —dijo el judío—, y la noche ha caído. En marcha.

Apartó una cortina que ocultaba la pared, y abrió con un gesto secreto una puerta disimulada. Abdallah entró el primero en el pasadizo que así quedó revelado, y los otros le siguieron, Thomas enfrascado en una conversación en voz baja con el anciano, y Dimas guiando solícitamente los pasos de Gabriel, que sonreía ante sus cuidados.

El pasillo no era muy largo. Unos escasos minutos bastaron para llevarles ante una puerta que se abría sorprendentemente a una habitación débilmente iluminada. Allí se sentaba un hombre vestido con burdas ropas de marino, que descubrió sus tercos rizos pelirrojos al ver a Ibrahim.

—Salgo a mi hora, Mynheer —dijo.

—Como siempre, Willem —le alabó el judío—. ¿Está todo listo?

—Todo. No necesito más que los papeles de los que hablamos.

—Tómalos. —Ibrahim ofreció al hombre un paquete—. Ahora tengo otro encargo para ti. Mis tres amigos van rumbo a Holanda. ¿Puedes convencer al señor del mercante para que les conceda pasaje?

—¿Por qué no? El mercante es mío y de mi hermano, y el señor me obedecerá.

—Bien. Cóbrame a mí el coste de su viaje.

—No, señor —le interrumpió Dimas—. Tengo fondos suficientes para mí y para el muchacho. ¿Qué necesidad hay de abusar de vuestra cortesía?

—No es necesario ningún pago —dijo Willem malhumoradamente—. ¿Es que los amigos de Mynheer Ibrahim van a pagar por un servicio que me cuesta poco o nada? Guardaos la bolsa.

—Te lo agradezco, y acepto tu oferta en nombre de mis amigos y en el mío propio —dijo el anciano.

—Bien; entonces cuanto antes estén a bordo, mejor. ¿Tú no vienes, Mynheer?

—No, pero debo refugiarme contigo esta noche. Dejaré a mis amigos a bordo y regresaré. Adiós, Dimas, y ojalá tengas éxito. Piensa en las palabras de Yusef, pues sospecho que tienen mucho sentido. Gabriel, hijo mío, confío en que encuentres a tu padre, pero, si no es así, regresa conmigo y espéralo, pues Ralph Terven sin duda me visitará cuando vuelva a poner el pie sobre Inglaterra. Thomas, concédeme un momento, amigo; necesitarás fondos mientras estás fuera.

Una pesada bolsa fue arrojada a la mano de Brackenridge. Un momento después, Willem abrió el paso a través de un cuarto donde había marinos sentados bebiendo, y más allá salían a la calle. Entonces, a través de callejones oscuros y pasadizos tortuosos, los llevó hasta las fangosas orillas del Támesis.

CAPÍTULO X

EL LOCO HANS EN LA FONDA DEL BOSQUE

A menudo, durante el viaje del mercante, Dimas juró que nunca en su vida, incluso aunque fuera una vida prolongada indefinidamente por el elixir, olvidaría los sufrimientos que había soportado. Gabriel estuvo postrado durante varias horas, pero después se recuperó y se reanimó con la fresca brisa marina. Thomas Brackenridge, como buen tonel veterano que era, no se sintió mareado por el movimiento de la nave, aunque la visión de tanta agua le deprimió. Dimas, monje infeliz, sufrió penalidades suficientes para los tres.

Mientras el barco se deslizó por el suave río londinense, todo fue bien. En Gravesend empezó a sospechar que había comido alimentos en mal estado. Una hora más tarde estaba seguro de que había sido envenenado. El patrón, al notar sus sufrimientos, le informó de qué estaba ocurriendo, pero Dimas ya había alcanzado tal estado que no le importaba lo más mínimo si era el mareo o el veneno lo que provocaba su sufrimiento.

Un viento alegre les llevó por fin hasta Rotterdam, y allí acabaron los padecimientos del monje. Después de las olas del Mar del Norte, el avance por el Rin fue una delicia. Pasaron por delante de la estrecha desembocadura de un afluente que los marinos identificaron como el cauce que fluía junto a las murallas de Dachsenberg, pero ningún barco se ofreció a remontar la rápida corriente. Los viajeros desembarcaron en la orilla del Rin para continuar su camino a pie. Una vez en tierra firme, Dimas, a pesar de sus juramentos, olvidó las penalidades pasadas ante la impaciencia por reunirse con Lucius Germanicus.

Durante todo el día avanzaron a través de un terreno desprovisto de cultivos, habitado únicamente, según parecía, por cerdos medio salvajes y por los groseros pastores que los cuidaban. Dimas no estaba seguro de cuál era el camino, pero durante largo rato no encontraron a nadie de quien pudieran esperar razonablemente que les proporcionara indicaciones comprensibles. Los árboles, desperdigados por las colinas que habían ascendido al inicio de la mañana, empezaron al mediodía a hacerse cada vez más numerosos y altos.

—Nos perderemos en este bosque —gruñó Thomas—. Por allí viene un individuo decente, Dimas, con un hatillo echado al hombro. Pregúntale si conoce el camino hacia Dachsenberg.

—¿Dachsenberg? —respondió el viajero a la pregunta de Dimas—. Nunca oí hablar de él, señor. Soy extranjero en estas tierras.

Más tarde, un mensajero, que montaba un caballo cojo, resultó estar mejor

informado y fue bastante comunicativo. Los viajeros continuaron adelante con la esperanza de llegar a la ciudad antes del anochecer.

El calor de la tarde era abrasador en los claros entre los macizos de árboles, e hicieron un alto para comer y descansar bajo la sombra de un soto de hayas.

—¡Uf! —gruñó Thomas, cuando una vez más se levantaron para reanudar el viaje—. Parece que estamos entrando en un bosque. Dimas, si ahora pierdes el camino, nuestros huesos descansarán esta noche entre los lobos y los osos.

—Espero que no —dijo Gabriel fervientemente—. Sin duda no tardaremos en llegar a una posada o una taberna, o incluso alguna cabaña con una pocilga.

—Deberíamos encontrar algo mejor que eso —contestó Dimas confiado—. Si el mensajero dijo la verdad, esto no es más que una rama del bosque, y avanzando unas pocas horas más hacia el este deberíamos alcanzar la ciudad.

—¿Unas pocas horas? ¡Hum! Esas pocas horas saben cómo alargarse. ¿Y si llegamos a la ciudad después del anochecer? Las puertas estarán cerradas y tendremos que quedarnos fuera, maullando para hacernos compañía.

—No temáis por eso. Dachsenberg no tiene murallas, ya que confía su seguridad al Barón cuyo castillo está próximo. Sea tarde o temprano, allí encontraremos refugio.

Siguieron avanzando a través del bosque, fatigados pero espoleados por la esperanza de encontrar descanso más adelante. Gabriel empezaba a retrasarse, y Thomas, de piernas cortas y pesado, mostraba señales de sufrimiento, cuando Dimas lanzó un grito.

—¡Mirad! ¡Una luz! Y los árboles se hacen menos espesos.

—Por mi alma —dijo Thomas—, es una fonda. Pero no veo señales de la ciudad. ¿Qué hace una fonda instalada al borde del bosque?

—¿Qué importa eso? —dijo Dimas—. El muchacho está cansado, y propongo que no sigamos adelante.

—¡Oh!, estoy contigo, y con todo mi corazón. ¡Atención, posadero! Una o dos botellas de tu mejor vino, sea el que sea.

—Sin duda, señores —dijo el anfitrión, un individuo de exquisito porte con un rostro que daba testimonio del conocimiento de sus mercancías—, sin duda, señores, que según mi entendimiento no hay nada mejor que un buen vino del Rin. ¿Tenéis dinero para comprarlo, por añadidura?

—¡Una pregunta de patán! —contestó Brackenridge, dejándose caer sobre una silla y arrojando su sombrero al suelo—. Mira, posadero, en esta bolsa hay suficiente para comprarte muchas frascas, te lo aseguro.

—¡Ay, ay! —dijo el posadero—, pero guardad vuestra bolsa. Aquí somos gente honrada, pero vienen de todas clases a beber en una fonda.

Cuando el vino estuvo sobre la mesa, y hubieron traído comida, el posadero, ante la invitación de Thomas, se sentó con ellos tres. La explicación de la presencia de la fonda era sencilla. El Barón de Dachsenfel había construido la casa años antes para

que fuera lugar de reposo para sus partidas de caza, pero el tiempo y las costumbres del Barón hacía mucho que habían acabado con aquellas partidas. Ahora no era más que un agradable descanso vespertino para los burgueses de Dachsenberg, pues la pequeña ciudad estaba próxima, sus casas más cercanas desperdigadas y ocultas por los árboles.

El salón principal de la posada, vacío cuando llegaron los viajeros, estaba empezando a llenarse, y los tres hijos del posadero se dedicaban a servir el vino y la cerveza que les palian. Un torrente de burgueses se mezclaba con bellacos del bosque, y había clientes con librea que llevaban en las mangas la Divisa Plateada del Barón de Dachsenfel. Estos hombres se comportaban con una arrogancia claramente desagradable para los ciudadanos, que, sin embargo, no se atrevían a protestar ni siquiera cuando les pisaban los pies, o cuando, como ocurrió una vez, uno de ellos recibió una enérgica palmada en la espalda cuando estaba a punto de beber, y como consecuencia de ello se ahogó y atragantó mientras su agresor se carcajeaba.

Dimas, que hablaba alemán mejor que Brackenridge, negoció para conseguir alojamiento por una noche. El anfitrión vaciló, pues la casa era más una taberna que una posada, y no tenían habitaciones listas para huéspedes. Se llamó a consulta a la tabernera, la cual, después de examinar atentamente a los tres viajeros, ofreció la habitación compartida por sus hijos; los muchachos dormirían donde pudieran aquella noche. Se disponía a enseñarles la habitación cuando se produjo una interrupción.

En la puerta de entrada de la fonda se recortaba una figura extraña y sorprendente. Los harapos del recién llegado apenas llegaban a colgar sobre sus descomunales músculos, y los desgredados rizos enmarcaban un rostro negro por el carbón.

—¡Es Hans, el Loco Hans! —susurró una voz asustada, y otro susurro repitió:

—¡El Loco Hans, el carbonero!

Hans, inclinando su gran cabeza bajo el dintel, avanzó dos pasos en la habitación y volvió a quedarse parado. Erguido, su tamaño extraordinario y su enorme fuerza resultaban más evidentes. Todos en la habitación quedaron en silencio, preguntándose y temiendo qué podría hacer el loco.

El silencio fue interrumpido por una risa cacareante que dividió la cara ennegrecida para revelar dos hileras de dientes resplandecientes, y Hans, con el dedo índice estirado, avanzó hacia uno de los hombres que llevaban la insignia del Señor de Dachsenfel.

—¡Dirk! —exclamó con voz chillona y forzada—. Dirk, perro, vengo a retorcer tu cuello mentiroso, tal como prometí.

El hombre empalideció, mientras todos los ojos se volvían hacia él, y echó una mano temblorosa a su cinturón.

—Loco o no —gritó roncamente—, ¡éste no es Hans y no es ningún carbonero! Es Reichert, a quien mi Señor azotó y desterró por una cuestión de oro robado.

—¡El oro que tú robaste! —contestó el carbonero, e, ignorando la sangre que

corría por sus brazos mientras el otro intentaba apuñalarle, levantó a Dirk por el cogote como un hombre levantara a un cachorro, y lo sujetó pataleando y forcejeando.

—¡Socorro, camaradas! —chilló el hombre aterrorizado, y los que llevaban la divisa, como si hubieran despertado de un sueño, saltaron a su rescate. El gigante, con otra risotada, arrojó al convulso Dirk contra ellos y con un gesto de su brazo aplastó la linterna que colgaba del techo.

En la habitación a oscuras todo era confusión. Hubo gritos de «¡Sujetadle!» y gañidos de dolor, estrépito de sillas y mesas tumbadas, salpicadura y goteo de jarras vertidas, gruñidos, gemidos, jadeos, cuerpos peleándose en el suelo.

La posadera, que regresaba con una candela para mostrarles el camino hasta el dormitorio, se detuvo horrorizada en la puerta mientras la luz de su vela revelaba a los grupos que pugnaban. La refriega cesó cuando uno tras otro reconocieron que estaban sujetando a un amigo, o al menos no a Hans. El carbonero había desaparecido, su camino hacia la puerta señalado por un rastro de hombres caídos. Dimas y Thomas, enzarzados el uno en los brazos del otro, sonrieron y se separaron. Un portador de la Divisa Plateada se irguió en un rincón, ayudando a Gabriel a levantarse.

—Muchacho, eres blando y amortiguaste mi caída —dijo el secuaz con un grosero buen humor—. Confío en no haberte roto ningún hueso.

Jocosamente, pasó las manos sobre el cuerpo del muchacho, y una mirada de sorpresa asomó a sus ojos. El hombre miró atentamente el rostro ruborizado de Gabriel, y a continuación buscó a uno de sus compañeros, con quien se sentó a beber y murmurar.

Mientras, la compañía empezó a dispersarse, algunos quejándose de cogotes partidos y narices sangrantes, otros cojeando. Dirk fue llevado a hombros, aturdido, por tres de sus camaradas. Otros de los portadores de la Divisa fingieron buscar a Hans en los límites del bosque.

—Habéis tenido una brusca bienvenida, amigos —dijo el tabernero, frotándose la panza que había sufrido bajo la rodilla de un hombre que caía—. Ha sido una suerte que no fuera peor. El Barón es mi señor, pero no siento demasiado amor hacia sus hombres, que a veces se desmandan más de lo permisible. Pero vamos —añadió—, vuestras camas están listas. No es frecuente que hospedemos viajeros, pero el cuarto de mis hijos está limpio y es bueno, y os lo cederán con gusto.

El alojamiento era, en efecto, inesperadamente bueno. La habitación tenía el techo bajo, pero era espaciosa, y las camas, si bien toscas, eran limpias. Al recordar las dudas del tabernero al respecto de la honradez de sus clientes, Dimas pensó en cerrar con llave la puerta. Al no encontrar cerrojo ni pasador, se apresuró a atravesar un baúl ante la entrada de forma tal que, al abrirse hacia adentro la puerta, nadie pudiera entrar sin ser invitado.

—Te excedes en tus precauciones, Dimas —se burló Thomas—. Somos los

únicos huéspedes, y el posadero y su familia parecen honrados. ¿Quién querría entrar aquí para robarnos?

Dimas agitó la cabeza. Había visto a dos de los hombres del Barón murmurando algo, mientras arrojaban miradas furtivas hacia los extranjeros, y estaba decidido a ser prudente. Convenció a medias a Thomas de la sabiduría de sus precauciones, de forma que Brackenridge le ayudó con el pesado baúl. Mientras, Gabriel se había dejado caer completamente vestido sobre su cama y, cuando los dos hombres terminaron su trabajo, yacía mirando hacia la pared, en apariencia profundamente dormido.

—Así no descansará bien —sugirió Dimas—. ¿Nos arriesgamos a despertarle quitándole la ropa para que duerma más a gusto?

Por un instante, Thomas pareció horrorizado. Sus ojuelos verdes centellearon mientras miraba a Dimas, y reprimió una carcajada.

—Es mejor dejarle tal como está —contestó con seriedad—. A su edad nada le impedirá dormir. Concédete tu propio descanso, hermano, y yo me concederé el mío. ¡Así! La vela ya está apagada. Tendremos que pronunciar nuestras oraciones a oscuras.

CAPÍTULO XI

EL SEÑOR DE LA DIVISA PLATEADA DESPLUMA SUS PROPIOS POLLOS

Thomas Brackenridge adoraba el vino, no con el arrebatado febril que siente un joven desafortunado hacia una nueva amante, sino con la firme devoción de un hombre que lleva mucho tiempo casado con una esposa atractiva. Un hombre así acepta los placeres sencillos de la vida con agrado. Incluso el sueño, que para la mayoría es sólo un descanso del trabajo o las preocupaciones, es para él un banquete de raras delicias para ser saboreadas plenamente. Por tanto, cuando se deslizó en la comodidad de su cama después de varias noches inquietas a bordo de un barco, Thomas se agarró al sueño con glotonería.

Roncó. Roncó estruendosamente. No con el ronquido quejumbroso del que está atormentado por una pesadilla, ni con el ronquido intermitente de alguien cuyas viandas le pesan, sino con el ronquido pleno, satisfecho y regular de quien está en paz con el mundo.

Gabriel, que se despertó al empezar el recital, escuchaba asombrado. Entonces, al alcanzar todo su espectro sonoro, la música extraordinaria le arrulló hasta que volvió a dormirse. Sin embargo, cabeceaba ligeramente, atormentado por sus propios problemas.

Había una presencia en la habitación que no debería estar allí. En la oscuridad, algo se movía suave, furtivamente. Gabriel se despertó del todo, escuchando, apenas respirando, temblando un poco y sudando gotas frías.

¿Habían entrado ladrones, a pesar de las precauciones de Dimas? ¿Era aquello una pisada sigilosa? ¿Debería llamar a Dimas con un grito, o un cuchillo en su garganta respondería a ese grito?

Una mano le tocó el hombro, y en seguida, antes de que pudiera gritar, le tapó la boca. Fuertes brazos le sacaron de la cama, impidiendo toda posibilidad de resistencia. Después le envolvieron y amordazaron con las sábanas y se produjo un rápido y aterrador descenso al extremo de una cuerda que rodeaba su cuerpo. Luego, un viaje traqueteante sobre los hombros de un individuo mientras Gabriel, sofocado, intentaba dar patadas, lloriqueaba y por último se desmayaba.

Recuperó el sentido, ya sin las sábanas, sobre un risco gélido, ante una puerta baja y reforzada con hierro. Bajo la luz de las estrellas podía ver vagamente, mientras se estremecía de frío, a dos hombres que se limpiaban las caras mientras le miraban.

—Ten confianza, joven —dijo uno de ellos—, esta noche nos has dado mucho trabajo.

—¡Y mucho trabajo tendrás tú en la próxima noche, preciosidad! —intervino el otro, y los dos hombres se rieron.

—¡Oh!, bueno —dijo el primero—, es justo cambiar las tornas. Si ahora yo me he doblado bajo tu peso, antes sentiste tú el mío en la fonda.

—¿Y? —exclamó el otro con segundas.

—¡Calla, hombre! —dijo su compañero—. No me he anticipado a los privilegios de mi Señor, así que no lo des a entender, ni siquiera de broma. No siento ningún deseo de que me corten las orejas y me dejen los huesos al aire. Llama a la puerta, muchacho, y entremos.

En respuesta al golpeteo, se abrió la ventanilla enrejada a la altura del rostro, y el portero, al reconocer la divisa plateada, dejó pasar malhumorado a los dos hombres y su prisionero. Gabriel fue conducido sin resistencia a través de un pasillo oscuro, y desde allí subió muchos escalones de piedra hasta que por último fue arrojado a un frío cuarto, se le indicó una burda cama en un rincón, y allí lo dejaron. Un pesado cerrojo rechinó contra el hueco de piedra.

Se habían llevado la antorcha, y no llegaba ninguna luz desde el cielo excepto unos débiles rayos grisáceos que mostraban una ventana enrejada muy alta en la pared. No había nada que ver, ni nada que se pudiese hacer hasta por la mañana. Gabriel se tumbó en la cama sin sueño, sin albergar ninguna duda sobre el destino que le aguardaba a menos que consiguiera escapar.

El alba llegó temprano, pues la ventana daba al este. Con la primera luz, el muchacho estuvo en pie.

No. La ventana era inalcanzable, y en todo caso estaba fuertemente enrejada. La puerta era sólida, inmovible. No había chimenea; evidentemente la comodidad de los prisioneros no era de especial interés, y la habitación estaba destinada a prisión, como resultaba obvio por los grilletes clavados en la pared que estaban unidos a una cadena. Había sin embargo una comodidad que Gabriel no había apreciado al principio. Era un banco de piedra, instalado en un nicho hueco y que tenía en su superficie superior una abertura circular cerrada por una piedra lisa y redonda. Gabriel, sentado con pesimismo sobre el banco, se fijó ocioso en un anillo inserto en la piedra, y tiró de él con curiosidad. El disco de piedra se levantó, y de la abertura salió una ráfaga de aire viciada con el olor de un urinario en desuso.

El primer impulso del muchacho fue cerrar la abertura para evitar el olor rancio. Pensándose mejor, echó un vistazo al agujero. Tal y como la ráfaga de aire viciado le había llevado a esperar, la abertura daba al mundo exterior. Gabriel, tapándose la nariz, podía ver la pared del castillo y el acantilado por debajo de ella. Mareado por la visión, volvió a colocar la tapa de piedra.

Unos minutos más tarde volvió a levantar la piedra. Sí, la pared del castillo era en aquel punto burda y desigual, desgastada por el duro clima del risco. Podría ser muy bien que el acantilado de más abajo estuviese igualmente erosionado, y que un montañero desesperado tuviera esperanzas de descender por él. Pero ni siquiera esta

dudosa esperanza podía ser puesta a prueba a menos que el prisionero fuera capaz de descender antes a través de la abertura. El agujero era demasiado pequeño para permitir el paso ni siquiera del delgado cuerpo de un muchacho. ¡Bueno, paciencia y reflexión! Mientras, a poner otra vez la tapa.

Pasaron una o dos horas, y la paciencia y la reflexión no habían hallado la manera de hacer que un cuerpo pasara a través de un agujero demasiado pequeño. Otras dos veces había levantado Gabriel la tapa, de nuevo para volver a sopesar las posibilidades.

El cerrojo volvió a rechinar, y la puerta se abrió. Entró un hombre de quien Gabriel no pudo dudar que era el Barón. De estatura moderada pero constitución recia, con grandes brazos de desgarbada longitud, tenía sin embargo la dignidad de aquel cuyas órdenes son obedecidas habitualmente. Su escaso pelo era rojizo, y su barba erizada, rojo fuego. Uno de sus ojos parecía examinar el techo. Su boca abierta de par en par estaba dotada de grandes dientes, fuertes y amarillos.

—¡Oh, pero si es un muchacho! —exclamó, y se volvió furiosamente hacia el hombre que le había seguido hasta la habitación—. ¿Qué truco es éste, Rupprecht? ¡Habla, hombre! Haré que te arranquen el pellejo si te estás burlando de mí.

El seguidor sonrió, como alguien que está a punto de dar una agradable sorpresa.

—Son ropas de muchacho, mi Señor —dijo—, pero por dentro es una moza delicada. Os lo demostraré.

Se acercó a Gabriel y tiró de su jubón, pero retrocedió rápidamente cuando el cuchillo del muchacho pinchó su brazo.

—Eres una valiente muchachita... o muchachito, seas lo que seas —aprobó el Barón—. Quítale las manos de encima, Rupprecht. Yo desplumo mis propios pollos. Fuera, hombre.

—Pero tiene un cuchillo, mi Señor —le advirtió el secuaz.

—¡Bah! No sé por qué mantengo a perros cobardes como tú.

Dando una rápida zancada, el Barón agarró la muñeca de la mano que sujetaba el cuchillo, y apretó hasta que el arma cayó. Rupprecht salió corriendo con una mirada hacia atrás.

—Ahora dime, antes de que me asegure yo mismo —dijo el Barón—, ¿eres un chico o una chica?

—¡Una chica! —contestó Gabriel brevemente. Ahora que había llegado el momento del peligro, sus nervios estaban tranquilos.

—Entonces siéntate, chica —fue su respuesta—. Empiezas a gustarme.

—¿Entonces por qué no me dejáis marchar?

—¿Qué? ¿Cuándo he dicho que empiezas a gustarme? Eso sería una estupidez. Me prometo obtener exquisitos deleites de ti.

—Pero señor —dijo Gabriel—, no podéis obtener deleite de quien no lo desea.

—Mi querida mozueta, vuelves a decir tonterías. Si te resistes, sólo será como la salsa para la carne. Supongo que eres doncella. Todas dicen que lo son.

—Lo soy, señor. Espero que no sea una estupidez esperar que me permitáis seguir siéndolo.

—Aclaremos —dijo el Barón, su ojo bueno centelleando mientras el otro miraba hacia arriba con mayor persistencia—. ¿Quieres decir que no es una estupidez desear preservar tu doncellidad, o que no es una estupidez esperar que yo renuncie a ti?

—Pues ambas cosas, señor.

—Entonces ambas preguntas son igualmente idiotas. La segunda ya la he contestado, y la respuesta a la primera es que es una estupidez desear preservar algo que sólo es una negación. ¿Acaso el huevo confía en seguir siendo huevo en lugar de abrirse? O, por utilizar un lenguaje que con mayor probabilidad suene poético a oídos de una muchacha, ¿acaso el capullo desea no convertirse nunca en una rosa?

—Todo eso está muy bien, señor, pero el capullo podría temer ser abierto por una mano que no es la deseada.

—¡Oh! —dijo el Barón, con una mirada aguda—, no te falta inteligencia. Bueno, muchacha, las discusiones no nos llevarán a ninguna parte, pues pretendo disfrutar de tu delicada piel esta misma noche, lo quieras o no. Hasta entonces, sin embargo, no tengo deseo de privarte de ninguna comodidad material. Hoy saldré a resolver asuntos de cierta urgencia, pero daré órdenes de que se atiendan tus necesidades. Pide cualquier cosa que desees, dentro de lo razonable; no soy ningún ogro, a pesar de mi aspecto. Bueno, ¿cuál es tu nombre?

—Radegonde.

—Un nombre bonito. Te llena la boca y se desliza alegremente por la lengua. Hasta esta noche entonces, Radegonde, y ojalá sea una noche alegre.

CAPÍTULO XII

FUEGO Y VINAGRE

Poco después de la partida del Barón, entró un sirviente con comida, carnes de mejor calidad de la que podría esperar un prisionero ordinario. Obviamente, al Barón le complacía su cautiva. Radegonde, antes Gabriel, al ver cómo le estaban sirviendo, sintió renacer por un instante la esperanza de que el Barón pudiera ser disuadido de sus intenciones hacia ella. El recuerdo de su imperturbable firmeza desvaneció la idea. La huida era la única posibilidad de escape, si es que la huida fuera posible.

De esa posibilidad, Radegonde ya tenía un indicio. Mientras hubo alguna esperanza, los medios habían parecido desesperados. Ahora, había que intentarlo.

—Mozo —dijo arrogantemente al hombre que la servía—, ¿es ésta forma de aderezar una ensalada? Tráeme aceite y vinagre, una botella llena, la más grande que tengas. ¡Espera! No quiero aceite. Tráeme sólo vinagre, y asegúrate de que sea abundante.

El hombre, que había estado sirviendo con burlona deferencia, se sobresaltó como si hubiera recibido un golpe. Luego, al reflexionar sobre la poco común consideración que el Barón había mostrado hacia la cautiva, comprendió la necesidad de obedecer a quien podría, si continuase complaciéndole, convertirse en un poder dentro de la casa. Hizo tina reverencia respetuosa, y partió a cumplir con su recado, cerrando la puerta detrás de sí.

Regresó con una gran botella de vinagre, suficiente para la más gigantesca de las ensaladas, deseoso como estaba de agrandar con su obediencia implícita. Confiada por el éxito de su primera tentativa de dar una orden, Radegonde le mandó retirarse, y le dio instrucciones de que no la molestasen bajo ningún pretexto hasta que regresara el Barón.

Tan pronto como la puerta volvió a estar cerrada, se puso en pie de un salto, casi derribando la ligera mesa y la silla que habían traído para facilitar su comida. A medida que el sol se elevaba, sus rayos entraban sesgados en la habitación, en un ángulo que predecía su rápido desvanecimiento. No había tiempo que perder. Otra inspección del urinario de piedra para asegurarse de la delgadez de la losa superior, y Radegonde se puso a trabajar.

Primero había que preparar el combustible. Sacó su cuchillo y con febril entusiasmo arrancó el asiento de mimbre de la silla. Luego, con un ojo ansioso fijo en los rayos de sol, extrajo virutas del borde de la mesa.

Apresuradamente amontonó la pila de juncos y virutas sobre el suelo de tal manera que el sol cayera directamente sobre ellos. Radegonde sacó su lupa y detuvo

el temblor de su mano hasta que la luz quedó concentrada en un punto incandescente. Un disco negro cobró forma sobre los mimbres, se volvió rojo en los bordes, y por último emitió una diminuta llama. Al momento, el pequeño fuego estaba llameando.

Radegonde llevó los fragmentos ardientes en cuidadosos puñados hasta el asiento de piedra, y los amontonó cerca de la tapa. Cuando todo el primer combustible estuvo en su sitio, con la fuerza que otorga la necesidad urgente rompió la silla en pedazos y añadió los fragmentos al fuego.

Las llamas se sofocaron en un resplandor rojizo. El nicho en el que estaba situado el banco carecía de aire. Medio lloriqueante, la muchacha apartó la tapa a un lado para que pasara una ráfaga de viento. Ante la visión de las llamas reavivándose, dio palmadas y se rió.

Romper la mesa, aunque era bastante endeble, estaba fuera del alcance de sus fuerzas. La inclinó con dos de las patas hacia el banco, de forma que las llamas acariciasen la madera. Poco a poco las patas se chamuscaron hasta que pudo romperlas y echarlas al fuego. Con el tiempo, la mesa entera las siguió. Mientras ardía, Radegonde, buscando aún más combustible, pensó en la cama. Su estructura principal estaba compuesta de burdos maderos, que ardían lentamente y que eran demasiado pesados para moverlos. Sin embargo, se podía separar un tosco cabecero, y las sábanas y el colchón de paja sí arderían. Todo fue entregado a las llamas.

Por último, no quedó nada más que un montón de cenizas resplandecientes. Barriéndolas cautelosamente, Radegonde examinó el borde de la abertura. Estaba al rojo vivo.

Entonces llegó el momento del experimento. La muchacha tomó la botella que el sirviente había traído, y derramó el vinagre sobre la piedra caliente. Al caer el líquido, siseaba y burbujeaba, y se elevaron fuertes humaredas que casi la hicieron retroceder, pero, con los ojos llorosos y la nariz escocida, persistió. Finalmente, acabó, y no quedaba nada más que aguardar a que el vinagre surtiera su efecto. Radegonde echó las cenizas frías por la abertura y volvió a poner la tapa.

El tiempo había pasado sin notarlo mientras el fuego ardía. Mientras Radegonde estaba sentada esperando, la habitación se fue quedando a oscuras.

Se oyó el ruido de pasos pesados al lado de la puerta. Si el Barón había regresado, todos sus esfuerzos habían sido en vano.

La puerta se abrió lentamente, y Rupprecht entró tambaleante, sujetando una linterna oscilante en la mano.

—¡Ah, mi filetito! —exclamó con una sonrisa de borracho, y luego se quedó parado olisqueando.

—¿Qué se ha quemado aquí? —preguntó con fiereza—. La habitación apesta a humo.

—¡Y con razón! —respondió Radegonde valientemente, aunque su corazón se hundía—. Tu torpe camarada, el criado, dejó caer una chispa de su antorcha sobre las sábanas. Pedí ayuda a gritos, pero no vino nadie, y he estado a punto de morir o de

asfixiarme como mínimo.

Rupprecht meditó sobre aquello con embriagada seriedad. Alguna objeción se esforzaba por hacerse oír. Por último, fue pronunciada.

—¿Y qué hacía aquí con una antorcha? —preguntó desconfiado.

Radegonde se encogió de hombros.

—¿Cómo puedo adivinar los caminos que sigue la mente de un criado? —observó con indiferencia.

—Bueno, eso da igual —dijo su visitante, soltando la linterna y avanzando hacia ella—. Ahora eres carne para mí, moza. El Barón se ha caído cabalgando, y se ha dado un golpe en la cabeza. Es dudoso que sobreviva, pero si lo hace tampoco pasa nada, porque no sabrá nada de esto hasta dentro de mucho tiempo. Así que ven, golfa, que yo te consolaré.

—¡No te acerques, hombre! —gritó Radegonde, y sacó el cuchillo que había rechazado al hombre aquella mañana. Pero ahora se rió, y le agarró la muñeca como había hecho su amo.

—Soy tan hombre como el Señor de la Divisa de Plata en persona —exclamó exultante, estrechando a la muchacha contra su cuerpo—. Ven, mi tortolita, fui yo quien te encontré, y seré yo quien te disfrute.

Pero Radegonde forcejeó tan desesperadamente que el borracho perdió el equilibrio y cayó, arrastrando a la muchacha hasta el suelo. Gruñó furioso, pues su cabeza había golpeado las losas de piedra con fuerza. Pero no soltó su presa.

—¡Te haré pagar por esto, zorra! —gruñó, y, rodando hasta que tuvo el cuerpo de Radegonde debajo, se montó a horcajadas sobre ella, poniendo las rodillas sobre sus brazos para impedir que siguiera resistiéndose.

Desabrochó el jubón con torpeza, mientras Radegonde gritaba aterrorizada.

Pasos repentinos corrieron por las escaleras. Un segundo hombre entró apresuradamente, antorcha en mano.

—¡Rupprecht, necio! —exclamó—, ¿qué locura es ésta? Mi Señor está consciente y te llama.

—¿Me llama? —Rupprecht bufó por encima del hombro—. Pero si está medio muerto con el cogote partido.

—¿Medio muerto? ¿Te crees que una caída puede matar al Señor de la Divisa? Ven, necio, o acabarás colgado.

Tiró del cuello de Rupprecht, arrancándole de la muchacha, y lo sacó de la habitación con un empujón. El cerrojo volvió a caer en su sitio, y la muchacha sollozante quedó a solas.

Durante un momento permaneció tumbada, demasiado exhausta para moverse, demasiado afligida para pensar en el cambio que el percance del Barón debía provocar. Pasado un tiempo, recordó su plan de fuga. La huida era más urgente que nunca.

La linterna se había quedado; ésa era una ventaja que obtenía. Radegonde

recompuso sus ropas y llevó la luz hasta el banco de piedra. El vinagre ya debía de haber perdido su fuerza. Sí, la piedra se había vuelto desmenuzable.

Tomó la cadena que colgaba del corchete. A cualquier cautivo que hubiera sido amarrado allí se le había permitido gran libertad de movimientos dentro del cuarto, pues la cadena era suficientemente larga. Doblando parte de los eslabones, Radegonde golpeó el borde de piedra del agujero. Sus primeros esfuerzos sólo sacaron pequeñas partículas, pero al quinto golpe un gran pedazo de piedra se desprendió y fue acompañado de otros fragmentos. Su cuerpo podía pasar.

Había llegado el momento de poner a prueba sus nervios. Hizo bajar la cadena por el agujero en toda su longitud. La pared de abajo estaba sumida en la oscuridad. Debía confiar en que la fortuna guiara sus manos y pies.

Se dejó caer lentamente, mano sobre mano, por la cadena, rogando para que el corchete aguantara firme. A medida que los eslabones se acortaban bajo sus pies, tanteaba con una mano en la pared, palpando el sucio limo del que procedía un olor nauseabundo. Sus dedos hallaron una grieta profunda, y, estirando un pie, pudo depositar sus pies sobre una cornisa que había más abajo. Entonces, soltándose de la cadena, inició su descenso por la pared desnuda y el espantoso acantilado de debajo.

CAPÍTULO XIII

UN USO PARA EL FRUTO DE LA HORCA

—Amigo Dimas —dijo Thomas, agitándole por el hombro—, ¡despierta, hombre! El chico no está.

Dimas se volvió y gruñó soñoliento.

—¿Y qué? —preguntó—. Sus razones habrá tenido, como mortal que es. Yo también siento a veces la necesidad de levantarme temprano y hacer mi libación a la naturaleza.

—Pero elegirías la puerta para salir. Gabriel ha salido por la ventana.

Dimas se sentó en la cama y miró la puerta, que seguía bloqueada por el pesado baúl. Volvió sus ojos hacia la ventana, y observó con sorpresa una cuerda que pasaba sobre el alféizar, atada firmemente a la cama de Gabriel dentro de la habitación.

—¿De dónde ha salido esa cuerda? —preguntó. Entonces, con repentina alarma, tanteó bajo su almohada, mientras Thomas le miraba con una sonrisa atemperada por la sorpresa.

—¿Tu bolsa está a salvo? —preguntó Brackenridge—. Por supuesto que sí. ¿Creíste que Gabriel se la había llevado?

—¿Qué si no? —respondió Dimas—. ¿Por qué iba a marcharse en secreto excepto para causarnos algún mal?

El monje bajó la mirada hacia la cuerda. Le había tomado mucho cariño al muchacho en el breve espacio de tiempo que habían viajado juntos, y la pérdida de su joven compañero le había afectado. Su corazón estaba triste.

Thomas Brackenridge se sentó sobre la cama, y miró a Dimas con gesto serio.

—¿No se te ha ocurrido, amigo —preguntó—, que Gabriel se haya ido, no por su propia voluntad, sino arrastrado por la fuerza? ¡Mira! Su ropa de cama ha desaparecido, utilizada, sospecho, para amordazarle. Mira por la ventana y verás huellas recientes sobre la pared como si hubieran trepado por ella. En mi opinión, entraron en la habitación mientras dormíamos y Gabriel fue raptado.

Dimas se sentía desconcertado. Las señales indicadas eran bastante convincentes. Debajo de la ventana había una ancha cornisa, manchada con pisadas de barro. Dada la sequedad del clima, el origen del barro estaba claro; procedía del patio de la fonda, lleno de desagües de establos. El techo de los establos era bajo, fácilmente escalable por un hombre dinámico, y desde el techo a la cornisa sólo había un paso.

—Da la impresión de que tienes razón, Thomas —dijo—. Pero, ¿por qué se iba a llevar nadie a un pobre muchacho?

Thomas se dio una sonora palmada en el muslo. Era su gesto favorito.

—¡Entonces yo tenía razón! —exclamó—. Ibrahim sostenía que erais amantes, pero yo le dije que eras un individuo demasiado simple, a pesar de tu erudición, para que eso fuera cierto. ¿Es que todavía no lo adivinas? Gabriel no es un muchacho. Hermano, Ralph Terven sólo tuvo un vástago, una hija de nombre Radegonde. ¡Oh, Dimas, Dimas! ¡En qué proximidad del pecado has estado, siendo clérigo!

—No soy clérigo, sino seglar. No he tomado ningún voto —dijo Dimas impulsivamente, y se ruborizó con un rojo flamígero al oír sus propias palabras, mientras Thomas rugía.

—¿Entonces tenías sospechas de la verdad? —dijo Brackenridge.

—¡No, ninguna! Escucha, Thomas, eres un hombre en quien puedo confiar. Tus palabras me producen una enorme sorpresa, y aún no sé si me causan pesar o alegría. Te he contado cómo la gitana, Neluka, me hizo ponerme vestiduras mundanas. Desde ese momento he sentido extraños estremecimientos. En mi celda, sumergido en mis estudios, estaba tan contento como puede estarlo un hombre, y si pensaba en las mujeres, era sólo como fuente de cierto ingrediente requerido en la fórmula de Mahmoud-el-Bab. Vestido de seglar, me fijé, cuando la oportunidad las traía a la carretera, en los suaves encantos de las muchachas y los rollizos atractivos de las mujeres. Todo esto lo achaqué al talismán pagano de Neluka, y, de no ser por el servicio que ese objeto podría proporcionar, me habría desecho de él.

—¿Y Gabriel? —preguntó Thomas con absorta simpatía.

—¡Ah! Gabriel sólo era para mí un alegre muchacho con un toque de melancolía y de inesperada timidez que era difícil de entender. Pensaba en qué hijo habría sido para mí si yo hubiera vivido siempre en el mundo. Pero sería difícil que fuera mi hijo, pues sólo cuento treinta y cinco inviernos, aunque mis costumbres me han envejecido un tanto. Aun así, pensaba en él como en un hijo, y, al pensar así, imaginé en mi mente qué madre podría haber tenido, y... y, Thomas, sólo a ti te confesaría esto, en más de una noche de las que he pasado sufriendo las penalidades del mal del mar, he soñado que esa mujer yacía entre mis brazos.

—Dimas, amigo —respondió Brackenridge—. Me alegra que me consideres recipiente apropiado para tu confianza. Hombre, es la cosa más natural del mundo que tengas semejantes pensamientos, pues eres un hombre, Dimas, no un buey del claustro. Tienes los verdaderos síntomas del mal de amores, y de esa enfermedad todos los hombres rectos sufren al menos una vez. Pero ten cuidado, Dimas, y estudia si tu anhelo amoroso hacia las mujeres en general no es hacia Gabriel solamente.

—Gracias, amigo, ya veo el peligro de confundirlo. Pudiera ser que no fuera Gabriel quien me hubiera conmovido así, sino más bien la Madre Naturaleza. Me vigilaré a mí mismo. ¿Gabriel? No, ¿qué nombre diste a la doncella? ¿Radegonde? Es un nombre dulce, Radegonde.

—Sí —dijo Thomas—, y olvidamos la cuestión candente, ¿dónde está Radegonde? ¡Venga, apartemos este baúl! Puede que nuestro anfitrión pueda ayudarnos, y si no, seguiremos mi suposición.

El posadero acudió a su llamada, y se le dijo todo lo preciso.

—¿Así que el chico era una chica? —dijo sin sorpresa—. Mi esposa pensaba lo mismo, y nos preguntábamos qué hacía en vuestra compañía. Pudiera ser que encontrase incómoda su posición, y huyera, o que se le metiese algún capricho de muchacha en la cabeza, con el mismo resultado.

—¿Entonces de dónde han salido estas sucias pisadas? —preguntó Thomas.

—¡Muerte de Dios! —exclamó el posadero al inclinarse por la ventana—. Esto es obra del Barón o de sus hombres.

Thomas asintió.

—Eso ya lo había sospechado —contestó.

—¡Ay, ay! —dijo el posadero—. La chica debió de ser descubierta por los bebedores de anoche. Amigos, si se la han llevado, no esperéis ayuda de mí ni de ningún otro hombre. Mi Señor el Barón gobierna de forma absoluta en estos parajes, aplica la justicia máxima, la mediana y la baja. Caminad apenas quinientos pasos hacia la colina del castillo, y encontraréis una horca cargada con el fruto de su justicia. No tengo ningún deseo de colgar allí pudriéndome al sol.

—¿Una horca? —exclamó Dimas, y se sumió profundamente en sus pensamientos.

—Dime, amigo —dijo Thomas—, ¿qué clase de hombre es vuestro Barón?

—¡Oh!, es bastante buena gente, teniendo en cuenta su poder ilimitado. Su justicia es dura pero justa en general, siempre que no contradiga sus propios deseos, pero aquello que desea ha de tenerlo, aunque el Diablo mismo le plante cara. Muchas mozas excelentes se ha llevado a su castillo, y muchos excelentes caballos han perdido sus vecinos. Oí decir que hoy iba a hacer justicia a su gusto con un pueblo vagabundo que se llama a sí mismo egipcio o bohemio, y que está acusado de robar caballos a los granjeros, sus vasallos; pero, hablando en confianza, él es un ladrón de caballos mayor que cualquier egipcio que jamás haya visto el Mar Rojo.

—¡Y le llamas buena gente! —musitó Brackenridge—. Bueno, bueno, a un hombre se le puede perdonar por amar a las mozas y los caballos. Veo, amigo, que no puedes ayudarnos. Haznos este favor, sin embargo, que es no mencionar nuestra pérdida a nadie, pues cualquier cosa que nos parezca posible hacer tendrá que ser hecha en secreto. Ahora desayunemos, y después deliberaremos juntos, Dimas.

Dimas fue un triste compañero durante la comida, y Thomas respetó su melancolía. Más tarde, le sacó de la fonda y caminó con él hacia la ciudad.

—¿Tienes algún plan? —preguntó cuando estuvieron fuera del alcance de los oídos del posadero.

—Apenas se le puede llamar plan —respondió Dimas—, pero al menos es un pensamiento útil. ¿Conoces la Mano de Gloria, Thomas?

Brackenridge se encogió de hombros incómodamente.

—He oído hablar de ella, sí —dijo—, pero no tengo conocimiento de que haya sido probada nunca. ¿Alguna vez has hecho el experimento?

—Nunca, pero está bien documentada, y merece la pena probar. Hay grandes virtudes en el sebo de los muertos.

—Puede que haya virtudes, pero es algo espantoso, y dudo de su éxito. Sin embargo, no querría desanimar a un experimentador honrado. Ve y prepara tus velas mientras yo busco información en la ciudad.

Se separaron, y Brackenridge se adentró por las calles sin ser interrogado. Con cierta reticencia, que desapareció a medida que el ardor del experimentador aumentaba, Dimas dirigió sus pasos hacia la horca.

Había frutos para elegir en el patíbulo, y Dimas, tapándose la nariz todo el tiempo, deslizó un ojo selectivo sobre las formas colgantes. El viejo de allí, el tercero... no, el cuarto desde el extremo, proporcionaría la mano; el pobre viejo de piernas delgadas apenas había tenido en vida una onza de carne entre la piel y el hueso; ahora se había secado y momificado al sol. De bribones fornidos había suficiente cantidad como para proporcionar sebo para toda una galaxia de velas. Pero, ¡ja!, este robusto individuo, maduro desde hacía semanas, prendería una llama tan bien como si estuviera alimentada por aceite de ballena.

Dimas había empleado grasa de cadáver antes, pero nunca había contemplado muertos en tal abundancia. Tampoco podía considerar las reliquias podridas como otra cosa que una fuente de material necesario. Mandíbulas caídas y lenguas ennegrecidas y protuberantes, ojos encogidos o espantosamente abultados, todos le recordaban la inevitable realidad de la difunta humanidad de la carroña balanceante. La muerte había adoptado aquí una forma horrible.

—¡Ah, Muerte! —declamó Dimas—, ¿alguna vez eres otra cosa que repugnante, aunque nos halaguemos hablando de la dignidad de los muertos? Eres la reina ramera de un reino escalofriante, que se deleita en envilecer a aquellos que caen bajo tu poder hasta que adoptan tu misma y aborrecible apariencia. Toda la nobleza que el hombre tiene, tú se la arrancas; mi afán por burlarte es un trabajo bien empleado.

Una brisa ligera gemía a través de las ramas y hacía crujir las cadenas. Era como si los muertos colgantes aplaudieran sus palabras. ¿Aplaudieran?... ¿o execraran? Pues a Dimas le parecía que los rostros sin vida fruncían el ceño y le amenazaban. Tal vez los muertos poseyeran una sabiduría oculta a los vivos, y supieran que su destino no sería infeliz. Pudiera ser.

—Pues, pienso yo —dijo Dimas, como para reconciliarse con la miserable putrefacción que la Muerte pudiera al fin y al cabo no ser del todo desagradable, al segar una existencia que se ha hecho dolorosa e indeseable incluso para su propietario. ¿Cuántos de estos bribones podrían al final haber detestado su vida malgastada, y sentido un gran consuelo al pensar que se acababa? Así debió de sentirse aquel cuyo nombre yo llevo, el ladrón arrepentido en la cruz. Entonces, ¿cómo podríamos no ver tenuemente que, ante la llegada de la Muerte, todos nosotros, ahora ciegos a cualquier cosa excepto a nuestros inciertos placeres y nuestras engañosas esperanzas, pudiéramos encontrar una bendición en la caricia de

la Muerte? Éste es un pensamiento para reflexionar mientras busco los medios de eludir a la reina sombría. Ahora demos tregua a estas meditaciones. Debo pensar en la doncella y sus actuales apuros.

Avanzó lentamente a través de los árboles que bordeaban el claro. Lo que tenía que hacer era mejor hacerlo sin que le vieran. Al no encontrar ningún observador oculto, se puso a trabajar.

El viejo delgado se había secado hasta convertirse en un esqueleto cubierto de pergamino. El antebrazo se partió a mitad de camino entre la muñeca y el codo como una rama podrida. Con entusiasmo creciente, Dimas pasó al bribón gordo, cuya rica grasa rezumaba de la piel agrietada. Mientras recogía el sebo, el monje tuvo un breve pensamiento para el Barón cuya previsión le había proporcionado materiales tan aprovechables. Con sus despojos ocultos bajo su jubón, se retiró hasta el refugio de los árboles y se puso a moldear sus velas.

Primero debía probar la calidad de la grasa. Hizo rodar entre las palmas de sus manos un pedazo de la preciosa sustancia y descubrió que era tan firme como la cera. Del cordón que rodeaba su sombrero extrajo hilos para mechas, y empezó a hundir una mecha en el grasiento cilindro.

¡Extraño! No había sonido ni movimiento alguno entre los árboles, pero tenía la sensación de que unos ojos se habían posado sobre él. Se detuvo, con un puñado de hilos entre los labios, como una nutria bigotuda y de rostro sonrosado, y lanzó una mirada ansiosa a su espalda. Nada se movió. Continuó con su tarea, deteniéndose de vez en cuando para echar un vistazo a su alrededor.

CAPÍTULO XIV

THOMAS NECESITA BEBER UNA CERVEZA PEQUEÑA Y DORMIR

Había caído la noche antes de que Thomas Brackenridge regresara a la fonda, y sus andares, sin ser vacilantes, eran inusualmente lentos y parsimoniosos.

—Sube a nuestro cuarto, amigo —dijo a Dimas—. Subamos, y te contaré lo que tengo que contarte. Pero antes llama al posadero para que traiga una jarra pequeña de cerveza, la más pequeña que tenga, pues mi estómago está un poco inflamado.

Se tragó la escasa bebida y ascendió solemnemente por la estrecha escalera.

—He avanzado muy poco —empezó, después de permanecer sentado en silencio un rato en el lateral de su cama—. Tenía en mente buscar a uno de los hombres del Barón y probar si con oro se podía forjar una llave al castillo. Esa esperanza, por débil que fuera, se ha perdido. Una cosa he ganado, sin embargo, a menos que mi hombre fuera un mentiroso; sé en qué parte del castillo está encerrada la muchacha.

»Es una ciudad pequeña pero bonita, Dimas. Las calles están empedradas y tan limpias como es necesario, las tabernas están bien provistas y ofrecen cómodo alojamiento. Y este vino del Rin se desliza suavemente por el paladar.

»Ante el cartel del Asno de Oro encontré al individuo que buscaba. Era Dirk, a quien el loco maltrató tan osadamente ayer por la noche. Tenía la cabeza vendada, y dolorida además, y quería ahogar sus pesares en el alcohol.

»—Ven, amigo mío —dije yo—, eso es material delicado, y sienta mal en el estómago.

»—¿Qué puedo hacer —gruñó—, cuando un hombre no puede pagar nada mejor y su crédito está empeñado a una braza de profundidad?

»—¡Oh! —contesté yo, sentándome a su mesa y pidiendo un par de botellas—, ¿entonces no tienes nada del oro del que hablaba el Loco Hans?

»Ante aquello bufó, y me preguntó qué tenía que ver eso conmigo. Nada, le dije, pero había visto su encuentro con el carbonero y sentía cierta curiosidad.

»Es probable que sintiera la comezón de contar sus problemas, pues después de un rato, cuando mi renano hubo templado la cerveza que ya había bebido, salió la historia. La contó desvariando, y carece de importancia, es sólo el relato de un botín que se quedó pegado a los dedos de un hombre, y cómo el Barón lo reclamó. Le conduje a hablar del Barón, y el perro grosero ladró a su amo, diciendo que mi Señor se queda con la mayoría del botín de sus hombres y con las mejores mozas. Al Señor de la Divisa Plateada le gustan las mozas, dijo, y la forma más segura de ganarse su favor es encontrarle un bocado delicioso.

»—Ahora mismo hay una en el castillo —dijo, y yo abrí mis orejas—, llevada allí anoche por Rupprecht, ¡maldita sea su suerte! El Barón me mira mal desde el asunto del oro, y si hubiera sido yo quien hubiese encontrado a la moza en lugar de Rupprecht, eso me habría favorecido mucho. Ahora ese canalla de Rupprecht será el hombre de confianza de mi Señor hasta que la moza sea sustituida por una nueva.

»—¿Este Rupprecht no es amigo tuyo? —pregunté, y juró que todo lo contrario, atizando a la mesa un golpe que hizo rodar una de las botellas. Afortunadamente, estaba vacía.

»Pedí más vino, y luego sugerí un medio por el cual podía hacer que Rupprecht perdiera el favor. ¿Cómo? Pues dejando escapar a la moza.

»Lo pensó un rato, y luego agitó la cabeza. Imposible, dijo. ¿Por qué?, dije yo; las prisiones han sido violadas en el pasado. Ésta no, contestó, y continuó diciéndome cómo estaba emplazada. La estancia se encuentra en lo alto de la torre que corona un acantilado en la parte trasera del castillo. Los muros de la torre no son demasiado altos por sí mismos, pero están contruidos encima de un acantilado de roca desnuda; pues el castillo está en lo alto de la colina, con una pronunciada pendiente hasta la puerta principal, y la colina desemboca directamente en un precipicio en la parte trasera.

»Pero, si la celda de la muchacha fuera abierta por un hombre de dentro del castillo, pregunté, ¿no podría salir clandestinamente? Imposible, volvió a decir. La puerta principal está vigilada día y noche por ocho soldados, y su guardia es estricta, pues la puerta está siempre abierta a menos que se espere un ataque. Pregunté si no había postigo. Sí, lo hay, a cargo de un portero que era el hermanastro del Barón, y que es tan precavido como un lince y tan irritable como una mofeta.

»Fue en aquel momento cuando hice tintinear mi bolsa, y hablé del poder del oro. Sus ojos se iluminaron, pero siguió agitando la cabeza. El portero no aceptaba sobornos, y los hombres de la puerta grande se temían unos a otros.

»Justo entonces irrumpió un grupo de hombres del Barón. El Señor de la Divisa Plateada, como le llaman, había sufrido una caída montando a caballo, y estaba en peligro de muerte.

—¡Así que Radegonde está a salvo, aunque sea prisionera! —exclamó Dimas.

—A salvo del Barón sí, al menos por el momento; pues debo decirte que algunos de los secuaces juran que sobrevivirá. Pero no te hagas demasiadas ilusiones, Dimas, pues dudo mucho que esté a salvo de los secuaces. Uno de ellos ya estaba hablando de probar los dulces de su amo.

—¡Entonces no hay tiempo que perder! —gritó el monje—. ¡Maldición! Apenas ha oscurecido, y necesito que sea medianoche antes de que pueda tener esperanzas de éxito.

—Creo que puedes contar con algunas horas, pues al ver al grupo decidido a cometer alguna maldad, los desafié a beber, y volví a hacer sonar mi bolsa. Es difícil resistirse a ese desafío, y al fijarse en la mesa vieron que yo ya me había endilgado

dos o tres botellas. Bueno, no quiero alardear, y verdaderamente este vino tiene un poder mayor del que un hombre podría imaginar, pero bebí vaso tras vaso de vino con ellos, y los tumbé a todos bajo la mesa.

—Ojalá se queden allí hasta que pase la medianoche —suspiró Dimas como en una plegaria.

—¡Ah, la medianoche! —repuso Thomas—. ¿Entonces, has fabricado la Mano de Gloria?

En respuesta, Dimas descorrió la colcha de su cama y reveló la espeluznante mano, marchita y retorcida, del delgado inquilino del patíbulo. Todos los dedos rígidos estaban ahora ocupados con una vela grasienta hecha de sebo de muerto.

Brackenridge frunció la nariz, y se apartó de la visión mientras Dimas, no sin cierto orgullo por su obra, echaba un último vistazo antes de volver a cubrirla con la ropa de cama.

—Sería más seguro —explicó— si estuviera hecha con sebo de bebés nonatos, y las mechas estuvieran hechas de sus cordones umbilicales resecos. Pero con tan poco tiempo no podía contar con descubrir si alguna mujer había muerto últimamente durante el parto.

—Y tampoco te aconsejaría saquear tumbas en un país extraño —dijo Thomas—. Como mínimo es una idea propia de un demonio.

—No me reprimiría de hacer ni siquiera eso en beneficio de la ciencia, y aún menos dudaría si fuera necesario para liberar a nuestra pequeña camarada Radegonde.

—Bueno, ponte a ello, hermano. ¡Todavía tenemos que esperar algún tiempo, pero no tengo necesidad, ni deseo, ni espacio para la cena, y no haría sino estorbarte si me uniera a tu aventura, así que buenas noches! Dormiré la mona, y confío en despertar con la cabeza despejada por la mañana.

Dimas le dejó mientras se dejaba caer sobre su colchón, y salió a buscar al posadero. Necesitaba una capa negra.

CAPÍTULO XV

LA MANO DE GLORIA

La colina no era sólo escarpada, sino pedregosa, y la noche era oscura. Dimas gruñó y resopló durante toda la subida, doblándose los tobillos muchas veces con los guijarros sueltos, con la única guía de la masa negra del castillo recortada contra un cielo apenas menos negro.

Si lo había calculado bien, debería alcanzar la gran puerta un poco antes de medianoche, con lo cual tendría tiempo de terminar sus preparativos con la debida calma. Al llegar ante la vista de la linterna que colgaba, con una luz débil, ante la entrada, se aplastó detrás de un peñasco y esperó a que sonara la campana del establo.

Sonó la primera campanada de la medianoche. Dimas, sus manos temblando por la emoción, sacó su botella de fósforo y, ocultando la luz bajo su capa, prendió fuego a las cinco velas.

La puerta estaba sumida en la oscuridad cuando levantó la cabeza para mirar. Uno de los guardias, al ir a llamar al relevo, se había llevado la linterna. Dimas no sentía miedo; jadeaba con el júbilo de un experimentador hasta cierto punto confiado. Se envolvió completamente en la capa negra y, sujetando la mano ardiente en alto, avanzó hacia la puerta.

Se produjo un murmullo de sorpresa entre los hombres de la guardia. Se oyó un juramento de asombro.

—He fracasado —pensó Dimas abatido—. Tal vez sea porque sólo sirve la grasa de bebés, pues la Mano debería dejar ciegos, mudos e inmovilizados a todos los que la contemplan.

No obstante, siguió avanzando.

—¡No, eso no es un fuego fatuo! —exclamó uno de los guardias a medida que la luz quíntuplo se acercaba.

—¿Fuego fatuo? ¡No! —exclamó un segundo—. ¡Es una mano, una mano de fuego!

—¡Una mano, una mano! —chilló otro con pánico—. ¡Y mirad debajo de la mano! ¿Habéis visto alguna vez un brazo tan largo?

—Es el Diablo, que viene a buscar el alma del Barón —gritó otro—, y viene con fuego en la punta de los dedos para aniquilarla. ¡Corred, muchachos! ¡Corred, o nos atraparé al pasar!

El último que había hablado puso pies en polvorosa, y fue seguido en desordenado terror por los más asustadizos de sus camaradas. Otros, resistiéndose a huir, permanecieron temblorosos mientras la Mano se acercaba, pero, llevados por el

terror de los demás, se rindieron ante la luz y por fin huyeron dando alaridos. Una puerta se cerró de golpe dentro del castillo.

—¡Vaya, funciona! —murmuró Dimas—. Es cierto que no de la forma que yo esperaba, pero, en cierta manera, sí funciona.

Atravesó el arco de la puerta y avanzó con osadía por el patio hasta el muro más alejado. Una puerta apareció ante él bajo la luz espectral que portaba, y la puerta estaba entreabierta. Dimas entró valientemente. A aquel lado del edificio era donde debía de estar la muchacha.

Se encontró en una estancia, demasiado estrecha para ser una habitación y demasiado ancha para ser un pasillo. Las armas colgaban de la pared, y las cotas de malla en los percheros cobraban una espeluznante apariencia de vida bajo la luz parpadeante de las velas chisporroteantes.

Mientras Dimas permanecía indeciso, dudando a qué lado volverse, una flaca figura con una larga túnica apareció sin previo aviso delante de él.

—¡Ah!, la Mano de Gloria —dijo el recién llegado con un tono de leve interés—. ¿Quién viene hacia aquí con la Mano?

Avanzó sin temor hacia el monje, y le agarró por el brazo.

—Ven conmigo, amigo —dijo—. En mi habitación, aquí cerca, hay una luz distinta de la tuya, y siento curiosidad por verte.

Condujo al dócil Dimas hasta un extremo de la armería, y pasó con él detrás de una cortina pesada y una puerta abierta. Allí había una habitación, suavemente iluminada por una lámpara, cuyo aspecto produjo un inesperado consuelo al viajero, pues en una habitación semejante había pasado largos años. Por todos lados había pergaminos, y sobre una gran mesa se levantaban alambiques y crisoles y todos los instrumentos de quien indaga en las artes dudosas.

—Veo que estoy en manos de un camarada de estudios —dijo Dimas.

—¿Sí? —repuso el viejo, inalterable, y lo atrajo a la luz de la lámpara.

—¡Sí! —repitió en tono confiado, cuando hubo examinado atentamente los rasgos del monje—. Éstos no son los rasgos de un ladrón, sino los de un estudiante. Confieso que tu forma de entrar me hizo albergar dudas. Dame tu espantosa antorcha, amigo; ha servido a su propósito, pero tales llamas, bien lo sabes, no se apagan con leche. Colocaremos la Mano en este nicho y dejaremos que arda hasta extinguirse.

Bajo la doble luz, Dimas examinó a su anfitrión. Era un hombre de edad avanzada, su rostro marcado y arrugado por centenares de pequeñas grietas. Mas los dientes eran blancos y firmes, y el pelo y la barba, aunque nevados, eran espesos. El vestido que llevaba era de rico brocado, desgastado por los años y grabado con extraños signos.

—Y ahora, señor camarada estudiante, ¿cuál es tu nombre y tu misión? —preguntó el anciano.

Dimas respondió brevemente, sin decir nada de su búsqueda del elixir, pero narrando cómo Radegonde había sido raptada y cómo había decidido venir en su

busca.

El viejo asintió.

—Conozco la habitación en la que debería estar —dijo—. Está cerca. Elegí este cuarto para mis estudios por esa misma razón, ya que las bellas cautivas del Barón son habitualmente alojadas en dicha dependencia. Pero ya hablaremos de eso. Olvida tus preocupaciones respecto a la muchacha. Si la encontramos, y no he oído decir que nadie parecido fuera traído recientemente, ya hablaremos luego de lo que será de ella.

Tomó la lámpara y abrió el paso hacia la armería, dejando que la Mano humease y se consumiera malignamente contra la pared. Dimas siguió su guía, mientras salía de la armería para ascender por una escalera de piedra, con la esperanza mezclada con cierto grado de aprensión. Había algo en el tono de las palabras del anciano que requería cierta reflexión.

Alcanzaron una puerta pesada, y, abriendo el cerrojo, entraron en la habitación en la que Radegonde había estado prisionera.

—¡Vacía! —dijo el anciano—. Eso pensaba. No he oído decir nada de que hayan traído aquí a una muchacha.

La esperanza de Dimas dejó paso a la amarga decepción. Si el Barón no había capturado a Radegonde, su destino era un absoluto misterio, y la búsqueda sería más que difícil.

Con alivio, recordó lo que Thomas le había contado.

—Señor —dijo—, tengo la absoluta seguridad de que la muchacha fue traída aquí anoche. Los hombres del Barón en persona han informado de ello.

—Entonces debe de haber escapado —dijo su anfitrión—, y eso es imposible. O si no, lo cual es improbable dado el estado del Barón, habrá sido trasladada a otros aposentos.

Dimas se introdujo en la habitación, buscando algún rastro de su antigua ocupante.

—Señor —exclamó—, ¿no habéis observado que aquí arde otra lámpara? Alguien ha estado en esta habitación, y no hace mucho de eso.

—Es cierto —dijo el anciano—. Sin duda estuvo aquí y se la han llevado.

Pero Dimas había tomado la segunda lámpara y estaba buscando. Se irguió, olisqueó el aire, y llegó a una conclusión.

—¡Vinagre! —exclamó—. Huele a vinagre, y huele a madera quemada. ¿Qué quiere decir eso?

—Nada, que yo sepa —dijo el otro.

—¡Sí! —insistió Dimas—. ¿No recordáis, señor, cómo cruzó los Alpes Aníbal? ¿Cómo, al encontrar el paso bloqueado por una roca enorme, encendió fuegos sobre ella y luego la empapó con vinagre hasta que se desmenuzó? ¡Ah, qué muchacha tan valiente, qué muchacha tan sabia! Empiezo a entenderlo todo.

—Puede que lo que sugieres tenga sentido —contestó el anciano, interesado—. ¡Pero no! —añadió con una risita cuando Dimas se aproximó al urinario—, ahí no

hay nada, pues da al aire fresco.

Dimas ignoró al viejo y su rancio humor.

—¡Ah, la buena muchacha! —exclamó de nuevo—. Las enseñanzas de su padre no fueron en vano. Mirad, con fuego y vinagre ha agrandado la abertura y ha escapado, como demuestra la cadena.

—Tienes razón; eso parece, y en verdad que es una moza valiente, pues se ha enfrentado a una caída libre que sería aterradora de día, y de noche aún más espantosa. Pero ven, amigo, tu moza ahora es libre o yace hecha añicos al pie del acantilado. De una u otra forma, no puedes hacer nada, y yo estoy impaciente por hablar con alguien que conoce la Mano de Gloria y, según parece, otras materias.

CAPÍTULO XVI

UNAS PALABRAS OSCURAS SON ACLARADAS

Cuando los dos estuvieron de nuevo en el estudio del alquimista, Dimas formuló una pregunta que había estado dándole vueltas en la cabeza.

—Dijisteis, señor, que habíais elegido que vuestro alojamiento estuviera aquí para estar próximos a la habitación en la que el Barón acostumbra tener cautivas a las muchachas. Me parece un comentario un tanto oscuro, señor, pues habría supuesto por vuestro venerable cabello y vuestro aspecto de anciana sabiduría que ya no sentiríais el acicate de las hieles venéreas.

—Y tienes razón. Cerca de cien años he vivido ya, y muchas carnes tiernas he abrazado, mas, aunque el cuerpo ya no se rebela, el hombre aprende muy lentamente que tales obsequios de deleites delicados, por variadas que sean sus formas y envoltorios, no ofrecen ningún placer nuevo dentro de su presentación. Mis necesidades son muy distintas.

Permaneció sentado en silencio reflexivo durante un rato, y luego continuó.

—Mi padre creía, y en verdad así lo escribió para aquellos que quisieran saberlo, que había descubierto el secreto de la inmortalidad.

Dimas se puso tieso, abriendo los oídos, pero no le interrumpió.

—Sin embargo, murió al cumplir los ciento diecinueve años. Durante una larga vida he continuado sus investigaciones, y por fin, ahora que estoy en el último año de mi quinta veintena, he encontrado el ingrediente que le faltaba. Su receta no contenía el principio de la juventud, y es éste el que he hallado. Es...

—Sí, señor —gritó Dimas impaciente al detenerse el anciano—, ¿cuál es?

—¡Las tres últimas gotas de la sangre de una virgen! —dijo el otro triunfante.

Dimas se recostó en su silla. Comprendió que Radegonde había escapado de un gran peligro.

—¿Y esperabais, al tomar una habitación cerca de las cautivas, acceder a una de ellas y conseguir ese ingrediente? —preguntó.

—Sí. Ten en cuenta que son las tres últimas gotas las que necesito, y por tanto toda la sangre ha de ser extraída. Una y otra vez he suplicado al Harón que me ceda a una de sus delicadas prisioneras, pero siempre se ríe y me las promete cuando haya terminado con ellas. Pero la sangre tiene que ser de doncella, y, como puedes imaginar, cuando el Barón ha satisfecho sus deseos con ellas, las muchachas no sirven para mis propósitos. Todos los demás ingredientes los tengo: el ungüento bautismal, el oro, la grasa de cadáver, la rara sangre de dragón...

—¿Grasa de cadáver y sangre de dragón? —exclamó Dimas, poniéndose en pie

emocionado—. ¡Entonces, vuestro padre era Lucius Germanicus!

—Lo era. ¿Cómo sabes eso?

Dimas volvió a dejarse caer sobre la silla, decepcionado y desilusionado. Lucius Germanicus, el sabio en quien con mayor confianza había depositado sus esperanzas, estaba muerto. ¿Se atrevía a esperar que la muerte no hubiera reclamado a Mahmoud-el-Bab, a Dierik Vanderhoeven, a Ignazio Caracciolo, ese hombre de métodos pecaminosos, o a Stefanos Argyropoulos, cuyos garabateos a medianoche en el suelo del Partenón habían dado lugar a un extraño escándalo? No, incluso el erudito Pterebos podría haber sucumbido al destino común y haber encontrado una tumba en su retiro en Heliopolis.

—Venerable señor —dijo—, ¿cómo no iba a saber el nombre de vuestro progenitor cuando su receta para la vida perdurable está grabada en mi cerebro? Vine aquí para encontrarle.

A continuación se lanzó a un relato de sus investigaciones y experimentos, y cómo habían fracasado, y cómo se había visto impulsado a buscar a los sabios cuyos preceptos había seguido en vano. El hijo de Lucius escuchó atentamente, contando uno por uno con sus dedos huesudos los nombres que Dimas mencionaba.

—Hijo —dijo cuando hubo acabado la narración—, veo que no eres uno de esos vanos buscadores que son la plaga de la época actual, y que esperan tropezar con los secretos de la vida sin dificultades. Todo lo que tú has hecho lo he hecho yo, y más, excepto que a mí no se me ha ocurrido buscar a los sabios cuyos escritos tenemos. Pudiera ser que estuvieran muertos, pues yo no obtuve más éxito en ellos que tú, excepto que gracias a las enseñanzas de mi padre he descubierto cómo prolongar y fortalecer la vida durante un tiempo. Además, al añadir mis estudios a esto, he descubierto el ingrediente del cual él carecía. Tu búsqueda ha terminado, Dimas, pues estén los sabios del pasado vivos o muertos, en mí, Albrecht, el hijo de Lucius, contemplas al verdadero confeccionador del elixir.

—¿Entonces estáis seguro del éxito? —preguntó Dimas vacilante.

—Seguro, más allá de todo azar. Sigue mi razonamiento, hijo. Mi padre combinó en su elixir muchas sustancias cuyas propiedades vitales son bien conocidas por ti, y están atestiguadas desde hace mucho. La concha de cauri, cuya forma recuerda tan extrañamente el portal a través del cual entramos en el mundo; el oro, el oro rojo, de sustancia inmutable aunque de forma plástica, el verdadero emblema de la vida; el ungüento bautismal, consagrado para asegurar la resurrección de los bebés, del cual no necesito decir nada a un hombre de vuestros conocimientos; la sangre del dragón ha sido utilizada desde eras inmemoriales por los astutos catinos para adornar sus ataúdes, ya que su virtud consiste en otorgar la vida donde la vida se ha extinguido. Pero, ¿qué necesidad hay de continuar con la lista?

—La grasa de cadáver, señor —insinuó Dimas—, ¿cómo explicáis eso? A mí me parece que tiene poco que ver con la continuación de la vida.

—¡Ah, hijo, eso demuestra tu ignorancia! Veo que eres un buen estudiante, pero

no un descubridor. En investigaciones como la nuestra, es necesario tener vista, tener una mente alada que pueda elevarse por encima de todos los obstáculos para llegar hasta la verdad. Reflexiona ahora, en este caso de la grasa de cadáver, cómo, en los extremadamente ancianos, la sustancia grasienta del cuerpo se consume, igual que ha desaparecido de mis viejos huesos y de la misma manera que lo ha hecho de esa Mano alargada tuya que ahora cuelga en pálida incandescencia junto a la pared. Ahora bien, ¿cómo se puede recuperar la redondez de la juventud excepto si se reinjerta la grasa? ¿He dicho suficiente, o debo seguir explicándome?

—¡No, no, es suficiente! —dijo Dimas—. Pero os ruego, señor, que continuéis en lo referente a vuestro propio descubrimiento.

—¡Ah, eso! Mi padre, en resumen, había combinado muchos elementos vitalizadores, pero faltaba algo. Era un fuego muy bien cebado, que sólo necesitaba una chispa para prenderse en llamas. Esa chispa la busqué y, después de mucho estudio, la encontré; y al encontrarla, vi que la solución al enigma llevaba mucho tiempo delante de mis ojos sin que la hubiera visto. Lo que me faltaba llegó de mi poca estima por las escrituras judías, en las que, como he acabado por descubrir, entre muchas frivolidades, hay también mucha sabiduría. Examínalas, Dimas, en hebreo si lo deseas, o, más convenientemente en latín, donde encontrarás escrito «Nam sanguis est vita»... «pues la sangre es la vida».

»Piensa ahora qué pequeño es el cuerpo de un niño y qué grande es el de un hombre. No hace falta explicación alguna para mostrar que el segundo debe de contener muchas veces la misma cantidad de sangre que hay en el cuerpo de un bebé. ¿De dónde procede? De la comida que el hombre ha introducido dentro de él, podrías decir tal vez. Pero, ¿quién ha conseguido fabricar sangre a partir de la comida?... Y ahí están los bebés que sólo han probado la leche, y sin embargo su sangre aumenta, y hay hombres como el Bautista que vivían de los frutos de la tierra y no probaban la carne. ¿Quién podría destilar sangre a partir de la leche, las frutas y las raíces? Y sin embargo, la sangre aumenta.

»Sin duda, pensé al meditar sobre todo esto, la sangre tiene en sí misma un principio reproductor. La sangre que hay en un bebé ha de generar otra sangre, y ésta una vez más otra, hasta que se alcanza el crecimiento máximo, después de lo cual la sangre no se incrementa, sino que poco a poco va disminuyendo. Observa cómo un hombre gravemente herido, pálido por la pérdida de sangre, se vuelve sano y rubicundo de nuevo una vez que la hemorragia ha sido detenida. Observa, también, cómo las mujeres pierden su sangre y la recuperan para perderla una vez más, hasta que, cuando ha pasado su momento de plenitud, la sangre deja de generarse. ¿Empiezas a verlo claro, amigo Dimas?

—Empiezo, ciertamente —contestó Dimas—, pero sigo sin entender del todo por qué la sangre tiene que ser la de una doncella, y por qué sólo sirven las tres últimas gotas.

—Está claro como el agua. Las tres últimas gotas del corazón tienen que ser

necesariamente las primeras gotas que se impusieron allí, y, bajo mi punto de vista, en estas gotas reside el principio regenerativo. En cuanto a por qué la sangre debe ser la de una virgen, tendrás que reconocer la mayor virtud de la sangre que no ha gastado nada de su fuerza en dar vida a un vástago y que no ha sido calentada y contaminada por las fiebres carnales. Hablando de lo cual, Dimas, ¿acaso no eres un religioso que ha hecho voto de castidad?

—No he tomado ningún voto, y sigo siendo seglar —repuso Dimas. Luego, al entender lo que quería decir Albrecht, añadió apresuradamente—. Además, señor, antes de entrar en el convento viví mi juventud en el mundo.

El viejo rió con un cloqueo agudo.

—¡No temas, hombre! —exclamó—. Aunque fueras tan casto como el huevo de una paloma inmaculada, dudaría de la virtud de tu sangre. Los pensamientos del hombre son dados al calentamiento indebido; sólo en las muchachas intactas es posible, y aun así muy raro, encontrar sangre que no haya sido sometida ni siquiera al mínimo calor. Pero basta de eso por esta noche. Dimas, te quedarás conmigo un tiempo y serás mi ayudante. La moza que buscabas se ha ido, pero pronto llegará otra, sin duda, tan pronto como el Barón vuelva a estar sano. Entonces me ayudarás a hurtar a la muchacha para dedicarla a un uso más noble que el de la lascivia. Harás el gran experimento conmigo, y tu nombre quedará unido al mío cuando ambos sean recordados con gloria a lo largo de las eras, mientras nosotros mismos seguimos vivos para conocer nuestra fama.

»Ahora descansa. Mañana te llevaré al Barón, y le diré que has venido para ayudarme en su curación.

CAPÍTULO XVII

UN IDILIO JUNTO AL RÍO

—Mis ropas han quedado manchadas por completo —sollozó Radegonde, descansando sobre la estrecha cornisa donde acababa la pared y empezaba el acantilado—, pero el jabón y el agua arreglarán eso. Es por mis manos por lo que sollozo; nunca más me atreveré a tocar vituallas con ellas.

Estaba histérica por la emoción de la huida emprendida y por la fatiga, pues la pared no había perdido su aspecto aterrador con el descenso. Ahora que tenía tiempo para darse un breve respiro, las rodillas de la muchacha temblaban sin control.

El agujero a través del cual se había deslizado mostraba una débil iluminación, pues la lámpara de la habitación seguía ardiendo. En ningún otro sitio había luz; nubes oscuras ocultaban las estrellas. El pálido resplandor del agujero recordaba a Radegonde que convenía apresurarse si no quería que su huida fuera descubierta antes de que hubiera terminado el descenso. A pesar de sus extremidades temblorosas, se agachó sobre la cornisa y atacó el acantilado.

La superficie de la roca estaba desgastada por el clima, ofreciendo buenos asideros, pero debía colgar únicamente por las manos mientras buscaba dónde poner el pie. Sus brazos pronto estuvieron entumecidos por la fatiga, y descendió mecánicamente, su mente vacía excepto por el ansia de descender. Sólo en aquellos momentos en que sus pies no encontraron apoyo a la primera se esforzó por salir de su apatía, y entonces sus terrores regresaban, para desvanecerse de nuevo cuando volvía a encontrar dónde pisar.

Hubo un momento espantoso en el que, colgando de las manos, sintió que su cuerpo se balanceaba en el vacío. Sin fuerzas para izarse, comprendió sobresaltada que sus brazos le fallarían, y que a continuación vendría una rápida caída. Habría chillado, aun sabiendo que ninguna ayuda podría llegar hasta ella, pero carecía de fuerzas incluso para gritar.

Sus manos resbalaban; iba a caer. Mejor, pensó, caer y acabar con todo que aferrarse unos miserables segundos a una vida atormentada. Abrió las manos.

Sobrevino la caída. Radegonde sintió un golpe aturdidor en la base de su espinazo, y se apresuró a adoptar mareada una posición sedente, pues había quedado atrapada en un ángulo rocoso. Se había deslizado en una hendidura que se inclinaba escarpada a través del acantilado, lo bastante profunda, durante la mayor parte de su longitud, para contener su cuerpo. El alivio de encontrarse todavía viva se expresó en una risa sonora y nerviosa.

—¡Pero ay, mis pobres calzones! —se rió tristemente—, y no me atreveré a darle

la espalda a nadie.

Descansó durante una hora o más, segura de que no la verían desde arriba, aunque la luz del sol llegara hasta la grieta. De hecho, el primer y débil resplandor que precede al alba estaba iluminando el cielo cuando una vez más empezó a trepar. La pálida luz grisácea mostraba un río no mucho más abajo, y se animó con la idea de que, si caía, sería sobre dulces aguas y no sobre groseras piedras. Cuando alcanzó un punto en que el acantilado sobresalía, unos treinta pies sobre el opaco brillo del río, Radegonde se dejó caer al cauce con los pies por delante. Emergiendo a la superficie, dejó que su cansado cuerpo fuera arrastrado por la corriente.

—Por lo menos —pensó, flotando con la cabeza recostada en el agua—, parte de la inmundicia que llevo encima quedará lavada, y estaré más aceptable para la compañía humana de nuevo, salvo por las posaderas de mis calzones.

La corriente la arrastró dulcemente mientras la luz grisácea se hacía más fuerte. Ya podía ver la orilla más alejada, rodeada de árboles que cada vez se hacían más densos. Entonces una curva del río la llevó a un remolino cerca de la ribera; un remanso apartado se ofrecía próximo, y hacia allí se dirigió Radegonde. Con un par de brazadas, tomó tierra. Al menos pudo escurrir sus ropas goteantes, se las puso de nuevo y luego, empapada como estaba, se arrastró hacia la maleza y se acurrucó para dormir.

Exhausta y dolorida, durmió profundamente. Pero no por mucho tiempo. Apenas hacía una hora que había amanecido, aunque el sol brillaba con fuerza, cuando el sonido de voces la despertó. Escudriñando desde su escondrijo, vio a un joven y una muchacha junto al remanso.

—Gita —estaba diciendo el chico—, ¿por qué siempre me rechazas? Tengo fuertes brazos para trabajar por ti, y mi padre me dará cincuenta cerdos para empezar. Vamos, di una palabra y...

—¡Y seré la señora de cincuenta y uno! —se burló la muchacha. Era una mocetona gallarda y guapa, fresca y sana, con dos grandes trenzas de pelo rubio tan gruesas como el brazo de un hombre.

—¡Ah, Gita! —le reprochó el muchacho—. ¿Por qué me echas en cara los cerdos? Gracias a ellos vivimos bien, tan bien como tu padre puede vivir con sus maderas, y es de desagradecidos despreciarlos.

—Sí, sí, Hubert —contestó la chica impaciente—. No hace falta que me hables de los cerdos y sus virtudes, pues me las has contado muchas veces, y yo te he dicho a menudo que no seré pareja de un porquero sino señora de un mercader, como fue mi madre antaño. Haz fortuna e instálate en la ciudad, y seré tuya. ¡Hasta entonces, servidora de usted!

El muchacho dejó caer su oscura cabeza. Era un mozo guapo, que hacía buena pareja con la chica. Aunque estaba abatido, la oculta Radegonde no pudo evitar admirarle, al gustarle la fuerte mandíbula y los rasgos marcados que eran demasiado sensibles para pertenecer a un porquero, y el vello de una barba juvenil que

ensombrecía su garganta.

Levantó la cabeza bruscamente.

—¡Hoy es la víspera de San Juan! —dijo.

—Ya lo sé —respondió Gita—, y por eso estoy esperando a que te vayas para poder bañarme. Déjame en paz, muchacho, no me molestes. Si hoy no se bañan todas las chicas, el verano será seco, y entonces, ¿cómo se refocilarán tus cerdos?

El muchacho no prestó atención a sus palabras.

—Es la víspera del día del Bautista —dijo—, y, Gita, sé dónde crece el helecho.

Gita dejó de fruncir el ceño.

—¿Y está en flor? —preguntó con pavor.

—Debería florecer hoy. Iré a verlo. ¿Y si estuviera en flor, Gita?

—Entonces iré contigo, después de la fogata de esta noche, y buscaremos juntos el oro.

Hizo ademán de abrazarla, pero ella le contuvo, riéndose. Entonces, cediendo de forma inesperada, puso sus labios sobre los de él durante un instante, y lo separó de un empujón. Él se quedó vacilante, y se preguntaba si debería aventurarse de nuevo cuando ella se dio la vuelta y desapareció en el bosque.

Sonriente, Gita escuchó sus pisadas alejarse aplastando la maleza mientras ella empezaba a desnudarse. Se quitó el corselete exterior de un vivo rojo, el vestido largo, tres enaguas y por último la camisa de lino. Gita se irguió sobre la orilla del río, como una estatua con venas azules de mármol pintado que se acariciase las caderas.

Radegonde, a distancia desde la maleza, la observaba y la admiraba. Gita se volvió para examinar el agua antes de sumergirse.

—¡Me gustaría verla con mis calzones rotos! —pensó Radegonde. Entonces, cuando la muchacha se inclinó y se zambulló, Radegonde se arrastró hasta más cerca y tiró de las ropas abandonadas. Haciendo un hatillo con ellas debajo del brazo, se deslizó entre los árboles y empezó a desvestirse a su vez.

—Es mucho más grande que yo —dijo Radegonde mientras se ponía la indumentaria femenina—. Estas enaguas me cuelgan como sábanas sobre una comadreja. ¡Bueno! El cielo sea alabado, el corsé se puede apretar más. Ahora, a vestir a la pobre Gita.

Volvió a deslizarse hacia la orilla, sintiéndose extrañamente estorbada después de llevar durante tantos días ropas de muchacho, y empujó su indumentaria hacia el lugar de donde había robado la otra. Se tumbó a mirar.

Gita nadaba ágilmente hacia aquí y hacia allá, disfrutando del agua fresca. Por último salió a la orilla, y agitó su excelente cuerpo igual que se agita un perro.

—¡Ay!, no he traído toalla —se lamentó en voz alta—. No importa, me secaré rápido bajo este sol.

Se inclinó para recoger su camisa, y volvió a erguirse, con la boca abierta por el asombro.

—¡Esto es una broma de Hubert! —exclamó furiosa—. ¡Pero no! Este jubón no

es suyo. A pesar de todos sus defectos, es un hombre decente. Algún muchacho me ha robado, y esta noche es la fiesta y no tengo otras ropas que me valgan.

Brotaron lágrimas en sus ojos azul genciana, y apretó y abrió los puños convulsivamente en señal de desesperación y rabia mezcladas. Su oculta vigilante sintió lástima por ella.

—¡Oh!, pobre chica. Casi me dan ganas de devolverle las ropas —pensó Radegonde; pero al recordar los calzones se contuvo.

Estaba claro que Gita no era de las que lloraban cuando las lágrimas eran inútiles. Resignándose con un suspiro, recogió la camisa desgarrada.

—¡Oh, no es posible! —exclamó—. ¿Qué mendigo ha llevado estos andrajos? La camisa está rota, húmeda y sucia, y huele horriblemente.

No había otra solución, sin embargo. De alguna forma tenía que vestirse, y no se ofrecían otras ropas. Frunciendo la nariz con repugnancia, se metió la camisa por la cabeza. El faldón le llegaba un poco por debajo de la cintura.

—Me está muy apretada —comentó—. El cielo quiera que el resto de las ropas sean más amplias, y que pueda llegar a casa sin que me vean.

Deslizó una pierna en los calzones, y luego la otra; se ajustó la prenda, sin darse cuenta del estado en que se encontraba. Las posaderas rotas se abrieron del todo, la carne blanca asomó a través, y Gita, al sentir el aire fresco acariciándola, se quedó con la boca abierta.

La escena fue demasiado para Radegonde. Se atragantó y farfulló en un vano intento de contener su hilaridad. Con una risita sofocada y temblorosa, salió rodando a terreno abierto.

—¡Oh, cielos! —gritó a la asombrada Gita—, ¡ojalá pudieras verte por detrás!

CAPÍTULO XVIII

BRACKENRIDGE COMPARTE COMIDA Y BEBIDA

—¡Adelante, en nombre del Diablo! —gruñó Thomas Brackenridge, medio despierto en la cama. Un golpeteo en la puerta se había mezclado con sus sueños, y se repetía cuando se despertó.

En respuesta a su invitación, la puerta se abrió con un crujido y entró el que llamaba. Era un repugnante jorobado, ante cuya imagen Thomas perdió su somnolencia. El recién llegado tenía una enorme cabeza mal equilibrada sobre los anchos hombros, y cubierta con una repulsiva masa de enredado pelo rojo. Su rostro era estrecho, la mandíbula inferior protuberante, la nariz aguileña sobresaliente entre ojos de amarillo centelleante. Entró tambaleante en la habitación apoyándose sobre piernas tan retorcidas que la una se metía en el camino de la otra cada vez que daba un paso.

—¡Hum! —dijo Brackenridge, mirándole con desagrado—. No esperaba que se tomaran de forma tan literal mis palabras cuando dije que pasaras en nombre del Diablo. Pero da igual; ¿qué te trae por aquí, amigo?

El tullido murmuró algo incomprensible y ofreció un papel plegado en su mano.

—¿Qué, la Señora Belcebú me envía una carta de amor, o tal vez sea mi Dama Lucifer? —preguntó Thomas—. Creía que sus maridos ya tenían suficientes cuernos. Veamos qué escribe su delicada satanidad.

Con un ojo vigilante clavado en el mensajero, desplegó el papel. Procedía de Dimas.

La muchacha ha escapado —escribía Dimas—, pero por sus propios medios. Yo mismo soy ahora prisionero, aunque no sufro ni peligro ni incomodidad, pues me retiene el hijo de Lucius Germanicus, que desea que le ayude con algunos de sus experimentos mientras el cuidado de la cabeza del Barón sirva de excusa para mi presencia. Ve tú, Thomas, a buscar a la chica, pues sin duda evitará la fonda. Aunque parezca increíble, escapó descendiendo por el acantilado que hay a la espalda del castillo, y allí debes buscar sus huellas si es que no ha muerto en su huida, el Cielo no lo quiera.

A esto había añadido una posdata, escrita en letra pequeña:

Ahora sé con total seguridad que mi anhelo no es en general.

—¿Qué quiere decir con eso? —dijo Thomas, bostezando—. ¡Oh!, claro; estoy adormilado. Quiere decirme que sólo quiere a Radegonde. Así que debo buscarla y mimarla para él.

Alzó la mirada sonriente del papel al mensajero, que sonrió en respuesta de forma tan horrible que Thomas se estremeció.

—No hagas eso, muchacho, no hagas eso —suplicó—. ¿Cómo te llamas?

La extraña criatura gimoteó y le puso una zarpa amistosa sobre el brazo.

—Pobre diablo —dijo Brackenridge, dando palmaditas en la despeinada cabeza—. Tu señor Satanás paga un pobre salario, por lo que veo. ¿Qué, eres mudo además de deforme? Te tendré que poner nombre yo mismo, y te voy a llamar Grip, como un perro, mudo igual que tú, que me adoraba hace años. ¿Lo entiendes, Grip?

El jorobado asintió vigorosamente y se debatió en horripilante silencio.

—Según dicen, deberías expresarte haciendo pucheros y carantoñas —continuó Thomas—, y me gustaría que lo hicieras. Siempre me he preguntado cómo sería eso. Tal vez lo estés haciendo y no lo haya reconocido. Veamos, «pucheros» debería significar poner caras... ¡sí, sí!, ¡para! Ya sé que puedes hacerlo. Tal vez sería mejor que no intentes las carantoñas, sean lo que sean. Podría sentarle mal a mi estómago vacío. ¿Cómo está amueblado tu propio interior? ¿Serías capaz de comerte unas lonchas de bacón?

Grip ofreció su sonrisa más retorcida, y dio saltos de deleite sobre sus piernas truncadas. Thomas se apartó apresuradamente de la imagen de su éxtasis y pidió el desayuno.

—No estoy seguro —dijo Thomas, observando cómo su invitado despachaba la comida que les habían puesto delante—, no estoy seguro del todo de que haya hecho bien en llamarte «Grip», que significa «agarrar». «Trasegar» o «Tragar» podría haber sido más adecuado. Pero qué se le va a hacer. ¿Puedes llevar una respuesta a quien te ha enviado, amigo?

Grip asintió hasta que pareció que su enorme cabeza se le iba a caer de los hombros. Thomas garabateó una breve respuesta a la nota de Dimas, aceptando la misión encomendada y, cuando hubo terminado el desayuno, entregó la carta junto con una moneda de plata al mensajero. Grip ofreció una sonrisa de despedida, besó torpemente la mano de Brackenridge, y se alejó contoneándose hacia la colina del castillo. Thomas observó cómo desaparecía de la vista, y luego hizo sus pequeños preparativos para abandonar la fonda.

—Pagaré por los tres —dijo al posadero, y añadió, cuando la cuenta estuvo liquidada—, ¿puedes contarme algo del pobre muchacho que estuvo aquí?

El posadero frunció los labios.

—Contarlo todo sería una historia desagradable —dijo—. El muchacho, Krummling le llaman, nació al pie de la muralla del castillo, donde encontraron a su madre destrozada y muerta. Era una buena moza del vecindario que había desaparecido de su casa meses antes, y cómo llegó a yacer donde la encontraron es

algo que nadie puede decir con seguridad.

—¡Hum! —dijo Thomas—. Parece que vuestro Barón lleva sus pecadillos demasiado lejos.

—¡Calla! —respondió el posadero—. ¡No murmures esas cosas! Repito una vez más que nadie sabe cómo llegó hasta allí, si se arrojó desde la muralla, o si al intentar escapar cayó.

—O si fue arrojada. Bueno, ya veo. ¿Y el muchacho vive en el castillo?

—Sí, como sirviente de un viejo que, según dicen, posee remedios maravillosos para las heridas más comunes entre los hombres de armas. También se dice que el Barón mantiene al viejo empleado en la búsqueda de la piedra filosofal, pero de momento aún no ha fabricado oro.

—¿Y qué? El mundo está lleno de esos buscadores. Bueno, adiós, posadero. Tengo mi propia búsqueda por delante, y debo emprender la marcha.

—Adiós, amigo —contestó el posadero, y Thomas partió hacia la ciudad.

Compró pan, salchichas y vino, después de lo cual, sin mayores ceremonias, cruzó el puente y siguió la orilla más alejada. Allí había campos de centeno, y ganado pastando en los campos, pero en seguida el bosque volvía a espesarse, los árboles arracimándose hacia el río. Thomas prosiguió con paso vivo hasta que al otro lado del cauce pudo ver el acantilado desnudo con las almenas en lo alto.

—Qué espantoso descenso para que lo intentara la pobre muchacha, y además a oscuras —reflexionó—. Dudo mucho que bajara por ese camino. Y si lo hizo, debió de ponerse a salvo, pues de lo contrario vería su cuerpo desde donde estoy. Pero no, si hubiera caído, se habría hundido en el agua, y la corriente se la habría llevado. Debo seguir el río y ver si su cuerpo ha sido arrastrado hasta la orilla, pobre chica.

Observando el agua y la ribera, fue gateando a través de árboles y por encima de rocas, rozándose las espinillas y torciéndose los tobillos. A mitad de camino se detuvo, y se secó la cara chorreante.

—Es una búsqueda de envergadura —gruñó—, y ya estoy cansado. Si la chica está muerta, todo ha terminado. Si está viva, no es probable que la encuentre así. Consultaré con la comida y la bebida y descansaré. Estaré fresco sentado a la sombra de aquella roca sobre las aguas.

Avanzó penosamente a través de los arbustos hasta llegar a un risco que colgaba sobre la corriente, y trepó hasta el pie de la gran roca que coronaba su cima. Sentado a la sombra, tomó un trago de su botella, y luego se puso con el pan y las salchichas.

—Esto es como el país de las hadas —musitó en voz alta, contento—. Con los árboles y la hierba, los pájaros gorjeando adormecidos en las ramas, los juncos susurrando bajo el viento agradable que suspira sobre la corriente, y el agua misma, bastante bonita a su manera, un hombre podría creer que vive en un encantamiento. Veamos; al comer en campo abierto, hay que tirar un bocado por encima del hombro izquierdo para los ellos. Aquí tenéis, buena gente, aquí tenéis pan, y aquí tenéis salchicha. El vino me lo quedo todo para mí; pues vosotros lo encontraríais más

pesado que las gotas de rocío o la miel o lo que quiera que sea que bebáis.

—No seas tan grosero —dijo una voz detrás de él—. El vino sería tan bienvenido en mi gizonte como en el tuyo.

Brackenridge no se dio la vuelta.

—Entonces toma la botella, amigo —dijo, pasándola sobre su hombro—. Un elfo no debería tomar más que un traguito, aunque tu voz revela una garganta que excede el tamaño de las hadas.

La botella fue tomada, y se oyó ruido de gorgoteo. Cuando la frasca volvió a la mano de Brackenridge, estaba medio vacía. Thomas la miró tristemente.

—Espero que no haya más en tu compañía —dijo.

—No —contestó la voz, y un hombre se sentó a su lado. Brackenridge asintió en señal de saludo, y ofreció al desconocido lo que quedaba de la comida.

—Muchas gracias, Thomas —dijo el hombre—. Hacía muchos días que no hincaba mis dientes en una salchicha.

—Tu apetito no es de elfo —observó Brackenridge—, y tampoco he oído hablar jamás de un duende con bigotes tan poblados. Tu barba llega hasta la cintura y hace un año que no la cortan.

—Dos años —le corrigió el desconocido, hablando con la boca llena de pan y salchicha.

—¡Oh!, cinco años si quieres. No voy a discutir por uno o dos años. Estaba diciendo que tu apariencia se aleja mucho de la de las hadas, pero parece que realmente eres un elfo, espíritu, demonio, ouphe, troll, pixie, kelpie, kobold o boggart, ya que, sin que nos hubiéramos encontrado antes, me has llamado por mi nombre.

—¡Qué! —dijo el otro—, ¿sin que nos hubiéramos encontrado antes? ¿Acaso Thomas Brackenridge, en dos breves años, ha olvidado a su amigo Ralph?

—¿Ralph? —exclamó Thomas—. ¿Ralph Terven? Vamos, deja que te mire, hombre. Pero sí, eres Ralph, sin duda. Los bigotes me despistaron, y además, muchacho, creía que estabas en Arabia Felix. ¿Es que no llegaste hasta allí?

—No me acerqué más que a las murallas de Argel —contestó Terven, y le invadió un aire fúnebre. No volvió a hablar durante un rato.

—Escucha, viejo amigo —prosiguió por fin—. El barco en que partí fue capturado por piratas berberiscos, y durante muchos meses fui esclavo en Argel. Thomas, el látigo y el sol ardiente son difíciles de soportar, pero peor era el miedo a los ganchos. ¿Sabes a qué me refiero? En la muralla de Argel hay grandes ganchos clavados en la piedra, que apuntan hacia arriba. Fueron concebidos para castigar a los criminales, pero no es raro que un esclavo que haya enfurecido a su amo sea arrojado desde lo alto de la muralla sobre los ganchos, para que muera allí ensartado. Nunca perdí el temor a los ganchos, pues mi amo era violento y colérico, y se deleitaba haciendo sufrir a sus esclavos.

»Un día vino a inspeccionar la nueva casa que una veintena de esclavos, yo entre

ellos, estábamos construyéndole. El sol emitía un calor cruel, y los cortes de los latigazos en mi espalda estaban ulcerados. Me tambaleaba en una bruma de dolor, torpe y débil por la fiebre. Cuando mi amo me aguijoneó con la aguda punta de su bastón, no fue extraño que dejase caer el bloque de piedra que estaba echándome al hombro. Cayó sobre su pie.

»Me aguardaban los ganchos, estaba seguro de ello, pero, mientras el musulmán descargaba golpes sobre mí, perdí el miedo y di la bienvenida a la proximidad de la muerte, por dolorosa que fuese. Pero el monstruo poseía un ingenio inventivo; los ganchos eran agua pasada para él.

»—Deprisa —exclamó a los que forcejeaban conmigo—, emparedadme a este perro entre los ladrillos.

»Me agarraron, desfallecido como estaba, y me pusieron en pie, en un ángulo de la pared. Con el látigo aguijoneándoles para que se dieran prisa, pusieron piedra sobre piedra y las unieron todas con mortero. La pared subió por encima de mis rodillas, por encima de mi cintura, y ya estaba lo bastante consciente como para comprender y temer la muerte que me esperaba. El amo sonreía ante mi terror y ordenó que me dieran bebida para que mis sufrimientos durasen más tiempo.

»La pared me llegaba a la altura de los hombros cuando llegó por la calle una guardia de hombres armados, seguida por el Dey montado en un asno blanco. El amor a la vida o el Diablo me inspiraron. Cuando pasaba el Dey, grité en su idioma con todas mis fuerzas:

»—¡No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta!

»El Dey se detuvo y preguntó por mi caso. Al conocer mi falta y la pena propuesta, se mesó la blanca barba.

»—Sin duda el perro sólo desea escapar de la muerte —dijo—, pero no sería sabio desdeñar su profesión de fe, o desanimaríamos a los conversos. Soltadle, y entregadlo al Mulá para que reciba instrucción. Si persevera en la fe, irá al mar a luchar contra sus hermanos.

»Me convertí en musulmán, y fui al mar. La buena fortuna quiso que la nave naufragase en mi primer viaje, y fui arrojado, casi ahogado, a las costas de Provenza. Vagabundeé por el valle del Ródano, lamentándome de mi pecado, y luego a través de los pasos hasta el accidentado país de los suizos. Allí por vez primera me atreví a buscar un sacerdote. Confesé mi falta, e imploré el perdón de la Iglesia.

»El sacerdote era un bondadoso anciano, que sintió compasión de mí, pero no podía pasar por alto la enormidad de mi pecado. Me impuso una penitencia, que fue viajar descalzo a Dachsenberg y allí buscar la tumba del santo Ernucio, un ermitaño de antaño que murió en su celda, una cueva en esta roca encima de nosotros. Allí debería pasar el resto de mis días en solitario arrepentimiento.

—¿Y es eso lo que estás haciendo? —preguntó Brackenridge con curiosidad.

—Sí. Durante los meses pasados he morado en la cueva, durmiendo sobre la dura roca y comiendo hierbas y raíces.

—Y bebiendo agua, sin duda —dijo Thomas con el rostro torcido—. Ralph, esto no es propio de ti. En los viejos tiempos eras un compañero alegre, que se preocupaba por los berridos de la Iglesia lo justo para mantenerse fuera del alcance de sus garras. ¿Qué te aflige, hombre? Yo habría aceptado una montaña de profetas para escapar de la muerte que te amenazaba, y no le habría dado mayor importancia una vez estuviera libre.

—¡Ah!, pero Thomas, durante mi esclavitud vi la luz.

—¡Ah!, se trata de eso; quieres decir que la luz abrasadora te alteró el cerebro. Pero observo, Ralph, que no parece que te arrepintieras de tu pecado hasta que estuviste a salvo para hacerlo. Algo de sensatez conservaste, incluso en tu recién hallada religiosidad. Sacúdete tanta tontería, muchacho, y vuelve a ser una vez más el yo alegre que eras.

Terven agitó la cabeza.

—No puedo hacer eso —dijo—, si regresar a ser yo mismo significa regresar a los caminos de la despreocupada ausencia de religión. Ya estoy cometiendo la falta de compartir tu vino y tu comida, pero al verte aquí he recordado los días de amaño, y no pude resistirme a gastarte una broma.

—Bueno, pues eso son buenas noticias. Todavía no has perdido toda la razón. Muéstrame el camino a tu cueva, Ralph, y descansemos con comodidad. Seguiremos hablando de tu caprichosa chifladura, y no dudo de que te purgaremos de piedad y volveremos a convertirte en un muchacho decente.

CAPÍTULO XIX

LOS DOMINIOS DE LA REINA RAMERA

El Barón no ofrecía una imagen agradable, tumbado con la cabeza vendada sobre su gran colchón. Albrecht, el hijo de Lucius, retiró las vendas con mano hábil y dejó a la vista una herida sanguinolenta.

—Vuestro cráneo es de noble sustancia, señor —dijo—. Un hombre inferior habría muerto de semejante caída.

—Malditas sean tus observaciones, viejo idiota —gruñó el paciente—. Con sustancia noble o sin ella, mi cráneo suena como una campana al rojo vivo. Apresúrate a aplicarle algún unguento refrescante. ¿Quién te acompaña?

—Es un erudito médico extranjero —respondió Albrecht—, a quien he llamado utilizando mis artes para que me ayude en vuestra cura. Amigo Dimas, ¿qué piensas del estado de mi Señor?

Dimas inspeccionó la herida y tomó el pulso al paciente. Hecho esto, se dio la vuelta para hacer una consulta susurrante al viejo.

—No puedo hacer nada que vos no hayáis hecho ya —dijo—, y no pretendería enseñar a mi maestro en el arte.

—No obstante —contestó Albrecht—, sería mejor que hicieras alguna sugerencia para justificar tu presencia en el castillo.

Así que Dimas manoseó la piel desgarrada y el hueso magullado una vez más, puso cara de sabio, y ordenó que se aplicara un compuesto suavizante de malvaviscos. Esperó hasta que la palpitación de los tejidos maltratados hubo remitido, y luego abandonó la habitación con Albrecht.

Krummling, el mensajero contrahecho, ya había regresado, y Dimas leyó la nota de Brackenridge con palpable alivio. El viejo Albrecht le había mostrado claramente que no se separaría con facilidad de su nuevo ayudante, y le servía de consuelo saber que Thomas seguiría las huellas de Radegonde.

«Es extraño —pensó Dimas— que ese chico tonto, como yo la consideraba a ella, se haya colado sin darme cuenta en mi corazón. Hasta que desapareció, de hecho, no supe que tenía corazón, y no estoy seguro de que esa información sea bienvenida. ¿Qué tengo que ver yo, un viejo en sentimientos, si no en años, con pensamientos de amor? ¿Y qué esperanzas tengo de que una tierna muchacha pueda amarme? Sería mejor que olvidase los sueños que he acariciado últimamente, y que regresara a mi búsqueda. Recordemos que el Abad yace afligido por la gota y espera mi regreso con el elixir de la vida y la juventud, y la liberación del dolor».

Se dirigió con un suspiro a Albrecht.

—Señor —dijo—, ya que no se puede hacer vuestro elixir sin las tres gotas de sangre que os faltan, ¿no hay algún otro raro experimento en el que yo pueda ayudaros, y, al hacerlo así, me beneficie de vuestros conocimientos?

—Sin duda muchos, hijo mío —respondió el viejo—. Mas no hay ninguno en estos momentos que me interese intentar; esos asuntos son agoradores para estos viejos huesos, y prefiero conservar mis fuerzas hasta que haya obtenido el último ingrediente de mi elixir; la hora se aproxima, pues, mientras tú dormías anoche, yo celebré una conferencia que podría cambiar mis planes.

—¿Tenéis esperanzas de obtener la sangre?

—Sí, esta misma noche, y sin la ayuda del Barón. Me asombra no haber concebido un plan tan sencillo antes. Pero basta; debo meditar si confiar o no en ti. Mientras, tú deseas probar una nueva forma de conocimiento. Tengo en mente una cosa que debería satisfacerte.

Se tocó pensativamente la barba durante un rato.

—Tu búsqueda ha despertado en mí la curiosidad por saber si alguno de los sabios de antaño llegó a obtener realmente la vida perdurable —prosiguió—. Tú me has contado cómo el judío de Londres despertó a un espíritu de entre los muertos, y cómo de ese espíritu obtuviste escaso provecho. ¿Y si un hombre fuera él mismo al reino de los muertos y llevara allí a cabo sus investigaciones?

Fijó sus ojos centelleantes en Dimas, que se encogió ante su brillo inquisitivo.

—¿Puede hacerse algo así y que el hombre siga vivo? —preguntó el monje.

—Puede, aunque el hombre corre el espantoso peligro de quedar convertido en un vagabundo eterno entre las Sombras. Tengo aquí una poción que mi padre recibió de un sabio oriental. Quien la bebe muere, pero no para siempre; después de varias horas, su vida regresa. Pero mientras su espíritu vagabundea por el reino de la Muerte, tiene que tener cuidado de no aceptar ningún regalo de las Sombras, o morirá de verdad.

—Lo que me ofrecéis es algo espantoso, señor —dijo Dimas—, pero lo probaré. Dadme la poción.

El viejo Albrecht inclinó la cabeza con asentimiento satisfecho.

—No eres un cobarde, sino un verdadero buscador —dijo—. Has tomado la decisión correcta, pues, al interrogar a las Sombras, descubrirás lo que quieres saber sin necesidad de continuar con inútiles viajes. Probarás la poción antes de que tu coraje tenga tiempo de abandonarte. Krummling, acércate.

El jorobado acudió a su orden, lanzando una mirada alegre a Dimas. Siguiendo las órdenes de su amo, apiló cojines sobre un diván. De una alacena empotrada, Albrecht sacó un estuche de madera de sándalo, del cual a su vez extrajo un frasco de cristal grueso.

—Tumbate sobre el diván, amigo —ordenó Dimas—. Tu cuerpo debe estar relajado mientras tu alma vagabundea. Ahora —añadió, derramando del frasco un líquido ámbar sobre un cáliz—, bébete esto.

Dimas obedeció. El fluido no era desagradable al gusto, y lo tragó rápidamente antes de que le flaqueara la decisión. En seguida, una pesadez plomiza cayó sobre él, cada vez más pesada y densa, como si su alma estuviera siendo exprimida de su cuerpo.

¿Qué era aquella luz verde pálido en la que desembocaba la pendiente? No, la pendiente misma, ¿de qué colina se trataba?

Recordó su misión. Así que aquél era el dominio de la Muerte, el reino de las Sombras.

Debía cumplir su misión, pero no era un trabajo fácil. Visitar el país de los muertos y hacer preguntas referentes a unos pocos filósofos, estuvieran allí o no, había parecido un asunto fácil. Ahora estaba indeciso. No podía vagabundear por esta tierra sombría contando los fantasmas hasta haberse asegurado de la ausencia de todos o de alguno de los sabios que buscaba. Además, ¿dónde estaban los fantasmas de los muertos? La colina era escarpada y desnuda. ¿Pudiera ser que no hubiera vida después de la muerte, que el alma muriese con el cuerpo? Le costaba creer eso, pues, ¿acaso no había despertado Ibrahim al espíritu de Yusef, su antepasado, igual que la Bruja de Endor había despertado al muerto Samuel? Mas tal vez eran espíritus malignos que habían adoptado una apariencia humana para engañar a los vivos.

No concebía con claridad qué clase de país podría ser éste, ni cuál sería el estado de los muertos. No podía ser que todas las almas hubieran ido a lugares de castigo o recompensa; no le cabía duda de que la doctrina del Cielo, el Infierno y el Purgatorio, a la que obligatoriamente se había adherido en el claustro, no era más que una vaga fantasía. Esta tierra vacía, sin embargo, era difícil de explicar.

Dimas repasó en su mente los nombres de aquellos que buscaba, y, para acompañarse del sonido de su voz, pronunció los nombres en voz alta mientras los contaba con sus dedos.

—Mahmoud-el-Bab, Pterebos, Vanderhoeven, Argyropoulos...

No siguió contando, pues cuatro figuras espectrales se alzaron frente a él.

—¿Quién llama? —preguntó la primera, centelleando debajo de su turbante.

—¿Quién llama? —repitió otra, atisbando con su único ojo. Esta sombra tenía una nariz larga, curva y carnosas y llevaba un gorro griego grabado en oro.

—¿Quién llama? —inquirió la tercera, cuya cara redonda y suave revelaba al holandés.

—¿Quién llama? —preguntó la cuarta, delgada y esbelta como una palmera.

—Caballeros —dijo Dimas—, vuestras expresiones carecen de variedad, y no estoy seguro de que la respuesta a vuestra pregunta os proporcionase ninguna satisfacción. Veamos, señor —añadió, volviéndose hacia quien había hablado el último—, vuestro nombre debería ser Pterebos.

—Lo es —contestó la sombra con ojos incandescentes—. ¿Puedo preguntar cuál es el tuyo?

—¡Ah! —dijo Dimas—, soy un humilde seguidor del sendero que vosotros habéis

señalado, caballeros, y empiezo a comprender que sois falsos guías.

—¡Explícate! —exigió Mahmoud-el-Bab violentamente.

—Pues, señor —repuso Dimas, preguntándose por qué se sentía tan extrañamente cómodo—, todos habéis dejado en el mundo de arriba ciertas prescripciones para evitar el destino común de los mortales, pero a todos os encuentro en el reino de la Muerte.

Mahmoud-el-Bab volvió a fruncir el ceño, mientras que Argyropoulos pareció avergonzado. Pterebos, con una sonrisa, dio un codazo espectral a la fantasmal corpulencia del holandés, que profirió una carcajada.

—¡Fe! —dijo Vanderhoeven cuando su risa se extinguió—. Somos ciegos guiando al ciego, pero ahora en verdad poseemos la luz. Debes saber, amigo, que durante nuestra residencia en esta escalofriante tierra se nos han revelado muchas cosas que cuando estábamos vivos buscamos en vano.

—¿Habéis encontrado el secreto de la vida?

—Lo hemos encontrado... demasiado tarde para beneficiarnos.

—Entonces, he hallado lo que buscaba —exclamó Dimas—, o, más bien, al buscar a aquellos que habían alcanzado el secreto, he tropezado con el misterio mismo. Pues a un hermano buscador le revelaréis el secreto, ¿verdad, señor?

—¡Ah!, por supuesto —repuso Vanderhoeven—. Si todos hubiéramos tenido tu coraje y la sensatez de visitar el reino de la Muerte, no estaríamos aquí ahora. Pues todos los que estamos aquí, amigo, somos los que afirmamos en vano haber descubierto el elixir.

—Entonces, señor, os ruego que me lo digáis y me dejéis partir.

—¡Oh!, es un asunto sencillo. En este frío país de la Muerte crece una planta cuyo jugo es el elixir mismo. Mira detrás de ti, amigo, y arranca la planta que allí verás.

Dimas aplicó su mano a las grandes hojas carnosas e intentó agarrarlas. Sus dedos se cerraron sobre la nada, como si hubiera aprehendido el humo. Levantó la mirada para descubrir que el ojo del holandés estaba fijo en él con un brillo avaricioso.

—¡Ah!, lo olvidé —dijo Vanderhoeven—. Una planta de las sombras sólo puede ser arrancada por una mano de las sombras.

Se inclinó, y atrancó el brote; de las grises raíces goteó una savia espesa.

—Tomad, amigo —dijo, y le ofreció la goteante maraña.

Dimas ya había levantado la mano cuando, sobre el hombro del holandés, percibió el ojo de Pterebos. Su esbelta sombra pestañeaba y fruncía el entrecejo. Dimas retiró la mano.

—No, señor —dijo—, no acepto regalos de los muertos, ya que considero que dichos regalos no son seguros.

—Como deseas —gruñó iracundo el holandés, y le dio la espalda. Se desvaneció de inmediato igual que se esfuma una burbuja estallada.

—Hiciste bien —aprobó Pterebos, y las otras dos sombras repitieron:

—¡Bien!

—Pero decidme —preguntó Dimas, animado por su amistosa aprobación—, ¿por qué quería atraparme?

—Un hombre malvado en vida no deja de ser malvado después de la muerte, aunque su poder para hacer el mal sea escaso —dijo Mahmoud-el-Bab—. Por lo que sabemos por algunos de los muertos más recientes, este Dierik Vanderhoeven buscó la piedra filosofal con mayor ardor del que dedicó al elixir, y en su loca búsqueda de la riqueza no se detuvo ante el robo, la usura, el asesinato y cosas peores. Es un individuo envidioso, que siente rencor hacia los mortales porque siguen vivos.

—Todo lo que me dijo —preguntó Dimas— ¿es verdadero o falso?

El griego fue quien respondió.

—Falso es que el secreto de la vida nos haya sido revelado —dijo—. Nuestra sabiduría no es mayor que la que tuvimos en vida.

—Lo referente a lo que dijo de aquellos que afirmaron haber descubierto el elixir, ¿es también falso?

—No, ¿cómo podemos saberlo? —intervino Pterebos—. Todo lo que podemos decir con total seguridad es que todos esos hombres sabemos que han muerto y venido aquí. Puede haber otros que hayan encontrado el secreto, y que vivan aún entre los hombres, pero lo dudo mucho.

—En verdad, yo también lo dudo —contestó Dimas apesadumbrado—. Me parece que el secreto de la inmortalidad todavía tiene que ser descubierto, y me veo obligado a recurrir a un pensamiento que preferiría apartar de mí. Deseo preguntaros una última cosa, caballeros, ¿tienen que acudir todos los muertos a mi llamada, como vosotros habéis hecho?

—Todos.

—¿De dónde vienen? ¿De la nada? ¿Acaso los muertos viven sólo en los pensamientos de los vivos? ¿Qué es estar muerto?

Sonriente, Pterebos agitó la cabeza.

—No sabemos más que tú —contestó, y con un gesto de despedida, echó los brazos alrededor de los hombros de sus espectrales acompañantes.

Dimas se quedó solo en la inhóspita colina.

—Éste es mal sitio para demorarse —reflexionó—, y poco bien puedo hacer aquí en lo referente a mi búsqueda. Mas hay una última cosa que desearía conocer, por espantosa que pueda ser.

Y llamó en voz alta:

—¡Gabriel! ¡Radegonde!

No hubo respuesta.

—¡Bueno, entonces ha escapado! —exclamó Dimas—. Sigue en la cálida vida, y saberlo es suficiente beneficio de mi viaje a esta tierra de sombras vacías. ¡Ah! ¡Radegonde, valiente muchacha! Cuando regrese a la vida y la sustancia, no perderé el tiempo en buscar nada que no seas tú.

Mientras tanto, no sabía cómo regresar a la vida en el mundo. ¿No había ningún

otro entre los muertos a quien desease invocar?

Pensó en Uno que en Su tiempo había prometido la vida eterna. Él, según lo que se decía, había muerto sólo para resucitar de entre los muertos, pero Dimas hacía mucho que tenía dudas sobre la veracidad de tales relatos. Si Aquél estuviera aquí, en la tierra de los muertos, entonces se había levantado una montaña sobre una burbuja, hermosa, frágil y vacía. ¿Debería pronunciar el Nombre, y poner a prueba la cuestión? Se sintió fuertemente tentado.

—¡Pero no! —exclamó—. ¿Qué ganaría sabiéndolo? Sus enseñanzas son ignoradas por todos, y Sus más ligeras palabras son retorcidas hasta hacerles perder el sentido para defender los actos más viles y las supersticiones más tontas, infantiles y malintencionadas del hombre. Mas el registro de las enseñanzas persiste, y la historia es preciosa. ¿Qué importa si Se levantó de entre los muertos o si descansa todavía en aquella tumba labrada en la roca? ¿Qué importa si era el Hijo de Dios o si era sólo un simple derviche soñador? ¿Qué importa ni siquiera si fue sólo un mito, el producto de la imaginación del hombre? Deidad o fanático, Su vida fue una vida de luz limpia, y si es un mito, pues entonces semejante mito honra la inteligencia del hombre. No pronunciaré el Nombre.

Sentía impaciencia por irse, pero había olvidado averiguar cómo se regresaba a la tierra de los vivos. A juzgar por las palabras de Albrecht, sería natural suponer que la vida regresaría cuando se hubiera agotado la potencia del bebedizo. Dimas debía esperar pacientemente su liberación. Mientras, exploraría este país fantasmal.

Ascendió la colina bañado en la pálida luz verde. No había ningún signo de vida, excepto algunas hierbas desgarradas. Todo estaba frío y desolado. Tampoco podía aproximarse a la cima de la colina, pues, a medida que ascendía, la cumbre retrocedía. Dimas se volvió para examinar el valle de debajo, pero la pálida luz lo cubría todo.

Por último, la luz pareció desvanecerse, y la cruda pendiente se volvió cada vez más oscura. Luego, una luz más brillante empezó a brillar, haciéndose insoportable. Dimas se removió en el diván acolchado.

CAPÍTULO XX

QUIEN SE ASIENTE EN UN ÁRBOL DEBERÍA TOMAR PRESTADAS PLUMAS

Gita se quedó mirando atónita mientras Radegonde yacía riéndose sobre la orilla del río, pero cuando reconoció sus propias ropas en aquella desconocida, su asombro se convirtió en cólera. Agarró a Radegonde por los hombros y, poniéndola en pie a rastras, la agitó vigorosamente.

—¡Lagarta ladrona! —gritó—, devuélveme mis ropas o te las arranco.

—Con mucho gusto —respondió Radegonde—. Era un truco sucio, ¿pero qué podía hacer? Mis propias vestiduras están empapadas, y rotas y manchadas, y anhelaba algo limpio. ¡Ay! Cambiémonos de nuevo, aunque es una lástima que tu bella vista trasera quede oculta al mundo.

Se quitó el vestido y las enaguas mientras hablaba, y Gita, al ver que estaban a punto de devolverle sus ropas, se tranquilizó y sonrió.

—En verdad —dijo, acariciando su carne expuesta con ambas manos—, no me atrevería a decirle al Diablo que se pusiera a mi espalda. Si sigo así, temo que pueda coger una insolación.

Ambas muchachas se rieron. Al minuto, las dos estaban desnudas, la una esbelta y la otra robusta, sobre la verde orilla del río.

—Te aconsejo que vuelvas a zambullirte, después de llevar mis harapos —sugirió Radegonde—. Yo nadaré contigo, pues tengo gran necesidad de lavarme, tomé un largo baño anoche, pero me bañé completamente vestida excepto por el agujero que ya conoces.

—Vamos a ello, pues —dijo Gita, y se introdujeron juntas en el agua, removiendo la superficie del tranquilo remanso con refulgentes salpicaduras. Nadaron costado con costado, la lustrosa cabeza marrón junto a la cabeza de lino oscurecido por el agua, y costado con costado salieron a la orilla, los redondos miembros de leche y rosas junto al esbelto cuerpo de cálido marfil.

—¡Ah!, ha estado bien —suspiró Radegonde—. Y ahora, ¡ay!, debo ponerme estas repugnantes ropas, para tal vez sufrir mi propia insolación. Afortunadamente, ni me pongo morena ni me salen pecas.

Gita volvió a reírse.

—Haremos algo mejor que eso —dijo—. Espera aquí un momento mientras voy a buscarte otras ropas. No tengo nada tan vistoso como lo que llevo puesto, pero al menos puedo proteger tu pudor.

—Eres muy amable, querida, y te lo agradezco mil veces. ¿Estarás fuera mucho

tiempo? Pues, antes que volver a ponerme mis antiguas vestiduras, prefiero incluso hacer de ninfa durante un rato.

—Estarás a salvo —prometió Gita—. No es probable que venga nadie, y yo vivo cerca.

Se marchó, dejando a Radegonde estirada y desnuda bajo el sol entre los ranúnculos amarillos.

—¡Ay! —suspiró Radegonde—. La búsqueda de mi padre probablemente se retrase hasta que vuelva a entrar en contacto con Dimas y Thomas Brackenridge, quienes, sin duda, estarán buscándome. Pero olvido que todavía creen que soy un chico, y puede que por lo tanto no se preocupen por mí, ya que tal vez piensen que me he marchado por mi propia voluntad.

Su ánimo estaba por los suelos. Después de días de confiar en la amabilidad casual de Brackenridge y en los más atentos cuidados de Dimas, era triste encontrarse sola y olvidada. Vestirse de muchacha, también, sería perder parte de su valor y su libertad, pero de muchacha debía vestirse; podría ser difícil conseguir ropas de muchacho, y sus propias ropas estaban más allá de cualquier posible limpieza o reparación.

Sin duda la estarían buscando. Si no era así, tenía que encontrar la forma de regresar con ellos. Brackenridge era un cómodo baluarte contra el mundo, y Dimas, bastante joven en años pero mayor en porte, Dimas con su rara mezcla de erudición y simpleza, valía para burlarse y sonreír, y también para confiar en él.

Llegaron pisadas a través del bosque. Radegonde se sacudió su breve melancolía y se preparó para gastarle una broma a Gita. Cuando el sonido de las pisadas se hizo más fuerte, tiró sus harapos de muchacho en un arbusto fuera de la vista, y rápidamente trepó a un gran árbol cuyas ramas colgaban sobre la corriente.

—¡Gita! —gritó una voz, y las pisadas se detuvieron—. Gita, ¿puedo pasar? Traigo noticias.

—¡Ay!, no es Gita, sino el Hubert de Gita —pensó la muchacha del árbol—. Ojalá me hubiera escondido en el agua.

Era demasiado tarde para cambiar de escondite, pues Hubert, al no recibir respuesta, avanzó hasta plantarse debajo del árbol, mirando a su alrededor en busca de su amada. Radegonde se agazapó entre las hojas, esforzándose por no hacer ningún movimiento.

—Vete, mi buen muchacho —se dijo a sí misma—, vete y busca a tu Gita antes de que esta rama se rompa y me caiga encima de ti.

Sin embargo, Hubert no parecía tener ninguna prisa por marcharse. Al contrario, observaba el agua como si se sintiera inclinado a refrescarse en ella, pues su mano correteó hasta su garganta y se desabrochó la camisa.

—¡Dios se apiade de mí! —musitó Radegonde—. Si Hubert se desnuda y Gita tropieza con nosotros así, él debajo y yo entre las ramas, pensará que se ha metido en el Edén... ¡Ah! ¡Pero a mí me tomará por la serpiente!

Se agitó con una risita sofocada. La rama en la que estaba apostada no era demasiado robusta; el follaje crujió.

Hubert miró hacia arriba.

—¡Ah, Gita! —exclamó—, ¿te he asustado haciendo que te escondas entre las ramas? Pero no —añadió, pues las ramas eran un pobre escondrijo—, no, el color del pelo de Gita no es el tuyo.

—Y ella tiene una constitución un poco más pesada —contestó Radegonde solemnemente, tapándose con las ramas lo mejor que pudo—. ¡Vete, imprudente mortal! Soy un espíritu de los bosques.

—¡No, no! —dijo Hubert gravemente—, ¿es verdad? ¿Un espíritu de los bosques? He oído hablar de ellos, y he oído decir que llevan a los hombres a su perdición.

—¡Maldita sea tu osadía! —murmuró Radegonde. Y en voz alta añadió—: Cierto, llevamos a los mortales a una muerte espantosa, y todos los que se atreven ni siquiera a mirarnos empiezan a marchitarse, de carne y hueso, de alma y cuerpo.

—No siento marchitarse nada —contestó Hubert—. ¡Más bien al contrario! Pero puede que pertenezcas a esa especie que es hermosa por delante y nada más que un espantoso vacío por detrás. Echemos un vistazo.

Empezó a rodear el árbol mientras Radegonde intentaba desesperadamente volverse y ponerse más follaje alrededor. La rama se dobló y brincó al moverse; tuvo que soltar la cobertura de ramas para aferrarse furiosamente a su soporte. La rama rebotó bruscamente y, con un chillido, Radegonde cayó.

Hubert era de inteligencia lenta pero de movimientos rápidos. Dio un salto, y Radegonde aterrizó ilesa en sus brazos.

—Vaya, ¡si es una moza de carne y hueso! —exclamó. Al momento siguiente una mano firme le dio un resonante cachete en la oreja. Gita había regresado con un hatillo de ropas.

—¡Ya veo que así es como te portas cuando yo no estoy, Hubert! —exclamó—. ¡Esto demuestra cuánta sinceridad hay en tus exquisitos votos de amor y de devoción singular! En el momento en que te doy la espalda tomas a otra muchacha en brazos, y además con un ardor que nunca has demostrado por mí. ¡Cuánta razón tuve en contenerte, Hubert, y en desconfiar de ti! Sin duda sabías que esta muchacha estaba aquí, y esperaste hasta que hube desaparecido de en medio para venir a satisfacer tus sucios deseos. No, Hubert, no servirá de nada lo que digas; todavía puedo creer a mis propios ojos. Qué bien me habría ido si hubiera confiado en tu amor hacia mí... pero nunca lo hice, Hubert, no, siempre dudé de ti. ¡Ahora te conozco, Hubert! ¡No te atrevas a hablar conmigo nunca más!

Con una última mirada furiosa hacia el miserable joven, se volvió para abroncar a su involuntaria pareja.

—¡En cuanto a ti, lagarta! —empezó.

Pero Radegonde se había soltado cuando los brazos de Hubert aflojaron su presa,

y, agarrando el hatillo que Gita había dejado caer, había desaparecido entre los arbustos.

—Bueno, ¿en cuanto a mí...? —interrogó una voz solemne entre las hojas.

—En cuanto a ti —contestó Gita con voz chillona—, ya veo tu juego. Por eso elegiste quedarte desnuda, desvergonzada, mientras yo, pobre y crédula desgraciada, iba a buscarte ropas. ¡Ja, ja! ¡Y yo hablaba de proteger tu pudor! ¡Mucho pudor tienes tú, horrible y sucia criatura! Me pregunto...

—¡Gita, ten cuidado! ¡No digas más! —Radegonde, ya vestida, salió a la vista y se enfrentó severamente a la muchacha más grande. La boca de Gita se quedó medio abierta pero en silencio, y sus puños se abrieron y cerraron convulsivamente. Radegonde la miró con serenidad, pero con una tranquila determinación que acobardó completamente a la otra. Gita estalló en lágrimas.

—Eso está mejor —dijo Radegonde—. Berrea hasta que estés lista para atender a razones.

Hubert no podía mirar con tanta indiferencia a la sollozante Gita. Titubeante y torpe, le puso un brazo sobre los hombros. Ella se sacudió su mano y siguió llorando.

—Gita —dijo Hubert—, estás completamente equivocada.

—¡Te dije que no volvieras a hablarme nunca más! —respondió furiosa, dando un pisotón y llorando de nuevo.

El pobre Hubert movía desvalido el sombrero entre los dedos. Radegonde dejó escapar una risita tan burlona que Gita se quitó las manos de la cara y levantó la mirada.

—¡Basta! —dijo Radegonde con frialdad—. Ya has llorado, y ahora te toca escuchar. Estaba subida a un árbol, ¿me oyes? Subida a un árbol al que había trepado con la estúpida idea de darte una sorpresa a tu regreso. En tu lugar, llegó tu amado...

—¡No es mi amado, y nunca lo será! —relampagueó Gita, pero Radegonde siguió imperturbable.

—... que empezó a llamarte, diciendo que traía nuevas. Me vio en el árbol, yo intenté esconderme entre las hojas, la rama era insegura y me caí. Hubert me agarró, y entonces llegaste tú. Ésa es la historia entera, y si no fuera porque llevo tus ropas y estoy por tanto en deuda contigo, dejaría que te cocieras en el caldo de tus propios y estúpidos celos.

Los sollozos de Gita cesaron mientras escuchaba, y se quedó indecisa, trasladando la mirada de Hubert a Radegonde con las lágrimas asomando a sus ojos azules. Ahora, pensó Radegonde, era el momento de que Hubert volviera a usar sus brazos, pero el primer rechazo le había vuelto tímido.

—¡Oh, vamos! —exclamó Radegonde con una carcajada de divertida exasperación—, ¡besaos y haced las paces!

Juntó a los dos a rastras y los obligó a abrazarse.

—¡Oh, Gita! —suspiró Hubert—. ¿Cómo has podido tratarme tan mal?

—Calla, querido —contestó ella—, ¿acaso no te estoy compensando?

Volvieron a besarse, olvidándose de su testigo. Radegonde tosió.

—Todo eso está muy bien, mi querida Gita —dijo—, pero me parece que yo también he sido agraviada.

Gita se soltó y se volvió hacia ella.

—¿Quieres las mismas compensaciones? —preguntó, sonriente.

—Exactamente, querida —contestó Radegonde, y las dos muchachas se besaron afectuosamente. Terminado el abrazo, se quedaron con los brazos entrelazados.

—Ya que las medidas más amables han tenido éxito —dijo Radegonde pícaramente—, me alegro de que no haya habido necesidad de recurrir a las amenazas.

—Vaya —preguntó Gita—, ¿con qué amenaza me ibas a asustar? Soy más grande y más fuerte que tú.

—¡Ah!, pero imagínate que le hubiera contado a Hubert lo atractiva que estabas con mis ropas, con tu...

Gita le puso la mano sobre la boca y volvió a reírse.

—Calla —dijo—, o te quedarás sin desayuno. La comida será el precio de tu silencio sobre ese aspecto.

—¿Aspecto? —inquirió Radegonde—. Bueno, dejémoslo correr; como estoy hambrienta, estoy muda. Condúceme al desayuno, querida, y mientras vamos, Hubert puede contarnos sus nuevas.

—Mis nuevas se cuentan en pocas palabras —dijo Hubert—. El helecho está en flor.

CAPÍTULO XXI

HOGUERAS DE SAN JUAN Y HELECHOS

—¿Tres veces tres y no lleváis ningún metal encima?

Era el Maestro del Fuego quien hablaba, y los nueve jóvenes que tenía delante se dieron la vuelta a los bolsillos. Ni una moneda, ni un cuchillo, ni ninguna pieza de metal quedaba dentro de ellos.

—Karl —dijo el Maestro—, enséñame tu cinturón.

El porquero a quien se había dirigido dio un respingo como si se sintiera culpable, y se quitó el cinto que rodeaba su cintura. La hebilla era de metal.

—Déjala a un lado, muchacho —ordenó el Maestro—. Suerte que me he acordado de eso, o de lo contrario habrías sudado en vano. ¿Os queda algo de metal a los demás, algún anillo, alfiler, botón o broche? Bueno; todo en orden. Pues vamos a ello, chicos.

Los nueve jóvenes agarraron el borde de la rueda de carreta, la pusieron horizontal sobre su eje de madera y la hicieron girar. La muchedumbre de campesinos alegremente vestidos congregada en el claro del bosque se acercó más para ver mejor, pues el crepúsculo estaba disolviéndose en la noche.

—¿Por qué hacen girar la rueda? —preguntó Radegonde, en pie al lado de Gita y Hubert.

—¿Cómo si no vas a hacer fuego con la madera? —respondió Hubert—. Mira, el eje está apoyado sobre un tocón de viejo roble seco, y ahí es donde empezarán las chispas.

Radegonde no lo entendía del todo, pero Hubert parecía tan perplejo por su pregunta que evitó pedir más explicaciones. Había pasado el día con Gita, cortando y cosiendo para adaptar las ropas de la segunda a su figura más pequeña, y había acompañado voluntariamente a su nueva amiga a la hoguera de San Juan sin tener una idea clara de la naturaleza del festival.

La rueda giraba cada vez más rápido a medida que la oscuridad descendía. Los nueve jóvenes apenas eran ya visibles, pero su respiración jadeante podía oírse en medio del círculo.

—¡Una chispa! —exclamó uno de los campesinos, y el grito fue repelido por muchas voces. Animados por esto, los jóvenes hicieron girar la rueda de forma todavía más cegadora, y un haz de chispas brotó donde el eje rozaba con el roble.

De pronto, una pequeña llama saltó entre el agárico seco colocado como yesca alrededor del eje. Un rugido de aplausos la recibió, y los nueve jóvenes enderezaron sus espaldas y se secaron la frente. El Maestro prendió una rama de roble en la llama,

y llevó el fuego al montón de troncos y arbustos. Parloteando, riendo con alegre excitación, la muchedumbre se reunió de nuevo alrededor de la pira a medida que las llamas se elevaban chisporroteantes.

En las sombras entre los árboles se produjeron crujidos y murmullos.

—¿Quién se atreve a saltar ahora? —gritó el Maestro, pero la pregunta era en broma, pues las llamas eran demasiado altas para un saltador. Las chicas y los jóvenes aguardaron, arreglando sus guirnaldas de ajeno y verbena, o mirando entre risas el fuego a través de espigas de espuelas de caballero.

—¡Guirnaldas, pues! —gritó el Maestro—. Chicas, ¿no tenéis coronas para vuestros amados?

Algunas de las chicas, Gita entre ellas, correataron al lado opuesto del fuego. Radegonde las siguió, observando que cada chica llevaba una corona en la mano.

Hubo un murmullo en las sombras entre los árboles.

—¡Gita, traidora! —gritó Radegonde, riendo—. No me has dado ninguna corona que arrojar.

—No tienes ningún amado aquí que la recoja —dijo Gita complaciente, y envió su propia corona rozando las llamas más altas. Un grito al lado opuesto anunció que había sido capturada, y Hubert vino corriendo hacia Gita con la guirnalda en la mano.

—¿Era la tuya, Gita? ¿Era la tuya? —preguntó, y resplandeció de alegría al observar la mano vacía de su amada.

—Veo que estoy condenada a casarme contigo —se burló Gita afectuosamente—. No tiene sentido luchar contra el destino.

—Ningún sentido —dijo Hubert orgulloso, y la tomó del brazo. Las chicas arrojaban sus coronas una tras otra, y los gritos y las risas al otro lado del fuego anunciaban el éxito o fracaso de los pretendientes.

—Estoy pensando en conseguirme un amado —dijo Radegonde traviesa, y se quitó la corona de la frente.

—¡Es una forastera! —dijo el murmullo de las sombras entre los árboles.

Pero el lanzamiento de coronas había terminado. Las chicas y los jóvenes ya estaban emparejados, y de dos en dos fueron saltando las llamas menguantes. Hubert y Gita, olvidando a su acompañante, saltaron cogidos de la mano tan alto que todos los aplaudieron.

—Otra vez y otra vez —gritó el Maestro—. Tres veces, valiente pareja, y cada vez más alto.

Dos y tres veces saltaron, los gritos anunciando la altura de cada salto, la risa saludando a las enaguas de Gita al levantarse por encima de sus hombros.

—Si Dimas estuviera aquí le tiraría mi corona —dijo Radegonde tristemente—, pero estoy fuera del juego.

Se encogió de hombros y dejó que la corona de ajeno y verbena se desprendiera de su mano.

—¡Es nuestra, nuestra, nuestra! —susurró la vieja arpía en las sombras entre los

árboles, y probó el filo de un cuchillo contra la palma de su mano.

Mientras tanto, la rueda de carro había sido retirada del eje. Haces de paja estaban siendo arrojados a su alrededor, y un largo poste introducido a través de su eje. Entonces, cuando acabaron los saltos, dos jóvenes agarraron los extremos del poste y se prepararon.

—Seguid la Rueda —gritó el Maestro, y la muchedumbre se reunió a sus órdenes—. Seguid la Rueda, o nuestros viñedos se marchitarán y nuestros cerdos serán atacadas por el vértigo y el ganado bailará en sus corrales.

—¡Que corra la Rueda! —contestaron todas las voces, y un tizón tomado del fuego fue aplicado a los haces de paja. Cuando la Rueda estalló en llamas, los jóvenes que sujetaban el poste corrieron a toda velocidad por el camino del bosque, y la muchedumbre corrió detrás de ellos.

—¡Al río, al río! —gritaron mientras perseguían el círculo rodante de luego. Radegonde se quedó sola junto a las ascuas moribundas.

Hubo un crujido y un murmullo en las sombras más profundas entre los árboles, y de todos lados salieron arrastrándose figuras repugnantes.

Aterrorizada, Radegonde intentó huir, escapar... cualquier cosa para ponerse a salvo de las espeluznantes figuras que la rodeaban. Pero le temblaban las rodillas y parecía que sus pies hubieran echado raíces en el suelo. Incapaz incluso de gritar, se cruzó los brazos sobre los ojos, y se acurrucó ante los sucios dedos que aferraban su carne temblorosa.

* * * * *

A través del bosque y bajando por la colina corrió la Rueda llameante mientras los campesinos se arremolinaban, gritaban, reían, se empujaban y tropezaban detrás de ella. Bajaron a toda prisa la pendiente mientras el círculo ardiente rodaba y rebotaba entre los troncos, y sobre las viñas, y seguía bajando y bajando hasta el río, donde se zambulló con un chapuzón y un siseo. Los dos que habían gobernado el rumbo de la Rueda fueron sacados de la corriente, y recibieron palmaditas en la espalda como felicitación. Luego, la muchedumbre estalló en una babel de cháchara, y fue engullida en grupos de dos y de cuatro por la oscuridad.

Hubert y Gita habían corrido de la mano, absortos el uno en el otro y en los buenos presagios de la corona y de los saltos. Ahora, pasada la emoción de la carrera de la Rueda y recuperada la sobriedad, buscaron a Radegonde.

La llamaron por su nombre, pero no hubo respuesta. Sin duda estaba con los otros que habían seguido la Rueda.

—Debemos regresar y buscarla en el fuego —sugirió Hubert—. Este bosque y el río son peligrosos para un forastero, especialmente si ese forastero es una chica.

—Y una chica bien parecida, podrías añadir, ¿eh? —preguntó Gita.

—Sí, es muy bien parecida, ¿no crees? —contestó Hubert inocentemente. La

mano de Gita, retirada de golpe de la suya propia, le mostró su error.

—Pero no hay razón para que nos preocupemos demasiado por ella —añadió apresuradamente.

Gita estalló en risas, y tomó su mano de nuevo.

—¡Oh!, Hubert —dijo—, estás tan gracioso cuando intentas ser astuto. No, no hay demasiada razón para preocuparse, aunque lleve mis segundas mejores ropas. De todas formas, iría a buscarla si sirviera para algo, pues me gusta mucho, ¿a ti no? No, no cometas perjurio, pobrecillo. Puede gustarte tanto como quieras, siempre y cuando yo vaya primero.

La respuesta de Hubert a esto fue muda, excepto por el sonido que dos pares de labios hacen cuando entran en contacto.

—Ahora, a buscar el helecho —dijo Gita, echando hacia atrás sus grandes trenzas rubias—. ¿Puedes encontrarlo en la oscuridad?

—El bosque nunca está oscuro para mí —se jactó Hubert, y la atrajo a su lado para subir por la orilla del río.

Todavía de la mano, los amantes se apretaron a lo largo de la orilla y a través del bosque, aquí encontrando un sendero y allí abriéndose camino a través de la maleza enredada. Después de aproximadamente media hora, llegaron al borde de un pequeño vallecito.

—Allí —susurró Hubert—, allí, ¿lo ves?

Señaló con el dedo inútilmente, pues la noche en el bosque era negra. Gita, agarrándole el hombro, imaginó hacia dónde miraba él y atisbo en la misma dirección. Cerca del fondo del vallecito, algo resplandecía, ígneo y dorado.

—¿Es el helecho? —susurró la chica, y supo por el estremecimiento del cuerpo de Hubert que había asentido con la cabeza.

Se acercaron silenciosamente al pequeño macizo de brillo refulgente, y se detuvieron bajo la rama a la que se aferraba.

—¿Qué hay que hacer ahora? —preguntó Gita—. ¿Arrancamos la flor?

—Algunos dicen —contestó Hubert— que quienquiera que aguarde junto al helecho la Noche de San Juan recibirá un tesoro traído por el Diablo.

Gita se estremeció, y señaló la cruz dorada que colgaba sobre su pecho.

—Pero mi abuelo sostenía —continuó Hubert— que el helecho debe ser arrancado, y que acto seguido conducirá al buscador hasta el tesoro.

—¡Prefiero eso! —dijo Gita fervientemente.

—Entonces agárrate las enaguas mientras me subo al árbol.

En la oscuridad, Hubert se abrazó al tronco y ascendió hasta llegar a una horquilla. Dos veces avanzó tanteando por una rama, y dos veces tuvo que regresar. Por fin, al tercer intento, encontró la rama correcta, y, guiado por el resplandor dorado, se arrastró cautelosamente. Con mano cuidadosa y reverente, arrancó la planta ígnea, y, murmurando una advertencia a Gita, la dejó caer en las enaguas listas para recibirla.

La chica miró con asombro aquel objeto maravilloso, sin atreverse a tocarlo, temerosa de su extraño poder. Hubert descendió y se puso a su lado.

—¡Oh, Hubert! —susurró—, ¿y si viene el Diablo?

—Yo te protegeré —contestó valientemente, y Gita sonrió ante su jactancia, pero se sintió reconfortada.

Envalentonado por sus propias palabras, Hubert tomó sin demora la preciosa planta entre el pulgar y el índice. En seguida emitió un grito de sorpresa, que hizo que Gita lanzara un breve chillido y le agarrara el brazo. El helecho, como si estuviera dotado de vida y voluntad propia, se retorció exageradamente en su mano, vaciló, y luego tiró de su brazo.

—¡Sigámosle! ¡Sigámosle! —murmuró Gita, y, otra vez de la mano, siguieron la dirección que indicaba el radiante vegetal.

CAPÍTULO XXII

DIMAS DERRAMA UN VINO CARO

—Y ahora, señor —dijo Dimas cuando hubo relatado sus experiencias en el reino de los muertos—, ahora comprendéis que seguir buscando es en vano. Todos, todos los que han afirmado haber descubierto el elixir han muerto, y a mí ya no me queda más que estudiar por mi propia cuenta y bajo mi propio entendimiento cómo se puede confeccionar el bebedizo de la vida.

Albrecht se acarició la larga barba blanca.

—Olvidas —dijo— que sólo me falta por obtener un ingrediente, por cuya carencia fracasó mi padre, y entonces tendré completo el elixir.

—Pero suponed que estáis equivocado, señor —sugirió tímidamente Dimas—. Suponed que también os engañáis y que el elixir falla.

—No fallará —contestó firmemente el viejo.

Dimas movió la cabeza dubitativo.

—No obstante, no me gusta el método —dijo—. Ya he cometido abundantes pecados en esta búsqueda, pero eran pecados en los que no arriesgaba otra cosa que mi propia alma. Tomar la vida de una doncella es algo que no deseo.

—¡Bah! —dijo Albrecht furioso—. No eres un verdadero buscador, al fin y al cabo. ¿Qué importa la vida de una muchacha tonta cuando la vida eterna está en juego? Una moza que tuviera un correcto entendimiento de estas cuestiones, si es que la hubiera, se sentiría honrada de que su mezquina vida pudiera contribuir a un propósito tan glorioso.

Dimas seguía sin estar convencido, y el viejo le miró hoscamente.

—Esta misma noche —dijo Albrecht tras un largo silencio—, esta misma noche pondré a prueba la cuestión.

—Entonces, ¿habéis encontrado una virgen para vuestras intenciones? —Dimas sintió que su espinazo se congelaba mientras hablaba.

—Aún no, pero esta noche la tendré. Me ayudarás si lo deseas, pero si no, da igual, pues tendré suficiente ayuda de otros. Por lo menos te retendré en el castillo hasta que el elixir esté terminado, y luego, al ver cómo adquiero una juventud fuerte, gloriosa, lustrosa y eterna, lamentarás tus ridículos escrúpulos.

—Seguid hablando, señor —dijo Dimas—. Os ayude o no, me gustaría conocer vuestro método de trabajo.

—Bueno, entonces has de saber que esta noche es la Noche de San Juan, la noche en que las brujas celebran su mayor Sabbat. El caso es que últimamente las brujas han disminuido mucho por estos alrededores, y cada vez van a estar más

desesperadas si esta noche no consiguen restaurar sus poderes menguantes. Yo tengo gran reputación entre ellas, y con razón. Por consiguiente, una de ellas acudió a mí — esto sucedió mientras dormías anoche—, y en nombre de todas suplicó mi ayuda. Era una oportunidad única para proporcionarme lo que necesito. Recomendé un sacrificio de naturaleza peculiar precedido por una Misa Negra que yo mismo celebraré.

—¿Sois sacerdote, señor? —inquirió Dimas.

—Lo soy. Fue como capellán del padre del Barón que llegué a este castillo. Sólo un sacerdote puede officiar una Misa Negra, pues, si cualquier otro lo intenta, no servirá de nada. Pero la Misa sólo es útil para las brujas; a mí no me beneficia en nada, excepto si al celebrarla puedo contar con que las brujas consigan una víctima para el sacrificio que me beneficie a mí solo, aunque he asegurado a las brujas que también será bueno para ellas.

—¿Van a capturar una doncella para vos?

—Por supuesto. No fracasarán, de eso estoy seguro. Todo está preparado, pues. ¿Me ayudarás, o te quedarás aquí lloriqueando?

Dimas sopesó las posibilidades de huida si aparentase dar su consentimiento, y sopesó en la escala contraria el horror de dar su consentimiento.

—No puedo ayudaros, señor —dijo.

Albrecht no pareció afectado por la cólera ni por ninguna otra emoción. Incluyó la cabeza y reanudó el estudio de un pergamino sobre el cual estaba inclinado cuando Dimas regresó a su cuerpo.

El día transcurrió lentamente. Krummling el jorobado trajo una comida y la sirvió. Hicieron otra visita al Barón, cuyos vendajes fueron renovados junto con un acompañamiento de juramentos y gruñidos. El resto del tiempo, Dimas lo pasó hojeando la rara biblioteca de su anfitrión, mientras el viejo seguía concentrado inflexiblemente sobre su pergamino.

Por último, la luz del sol se desvaneció y se encendieron las lámparas. Albrecht dejó a un lado su manuscrito y miró el reloj de agua a su lado.

—Hora de cenar —dijo, y dio tres palmadas. Entró Krummling en respuesta a la llamada y, a un gesto de la cabeza de su amo, preparó la mesa. Albrecht parecía haber recuperado su buen humor con la llegada del momento de la acción, y, durante la comida, habló libre y casi jovialmente.

—¿Sigues teniendo escrúpulos? —preguntó al terminar la comida. Habían estado sentados a la mesa mucho rato—. ¿No me ayudarás a conseguir el último ingrediente? ¿No? Entonces al menos pasarás el tiempo cómodamente. Todos mis libros están a tu servicio, y, si quieres intentar cualquier experimento, puedes utilizar libremente mis alambiques y crisoles y cualquier otra cosa que desees.

Dimas asintió en agradecimiento, pero desconfiaba de la gélida chispa en los ojos del anciano.

—Esta mañana hablé de forma impulsiva —prosiguió Albrecht—, y ruego que perdones la primera respuesta de un hombre decepcionado. Bebamos juntos en buena

camaradería. Pero no el pobre vino de mi modesta mesa. Tengo a mano una noble frasca del Tokay adecuado. Un vino tan regio es apropiado para príncipes de la ciencia como nosotros. Krummling, el Tokay.

El tullido cojeó hasta un soporte y cuidadosamente retiró una botella cubierta de telarañas. Bajo los ojos de su amo entregó el vino ámbar, y luego regresó a su sitio detrás de la silla de Albrecht. El viejo llenó los dos cálices.

—Toma tu vaso, Dimas —dijo afablemente—. Yo partiré pronto a mi misión, y tú beberás por mi éxito y por la feliz confección del verdadero elixir.

Levantó el vaso y bebió. Dimas le iba a imitar cuando de pronto detuvo su mano. El tullido agitó la cabeza hasta que resultó asombroso que no se le partiera el cuello.

Siguiendo el clásico ejemplo, Dimas echó hacia atrás la cabeza, derramó el vino sobre su seno, y se puso el vaso vacío sobre los labios. Ambos cálices fueron devueltos a la mesa.

—Un vino exquisito y generoso —murmuró Dimas—. Semejante vino debería detenerse en el paladar, no ser ingerido como si fuera un trago nauseabundo. Nunca había probado el Tokay, y tiene un deje que me resulta extraño.

Albrecht asintió y siguió hablando. Dimas, mientras respondía según lo requerido, observaba furtivamente al jorobado. Krummling había hecho una señal de aprobación a la forma en que Dimas había dispuesto del vino, pero ahora sus señales eran incomprensibles. Permanecía con los ojos cerrados durante un minuto cada vez, y luego miraba impaciente a Dimas y volvía a cerrar los ojos. Al ver que sus señales no surtían efecto, por fin unió cuidadosamente sus manos palma contra palma, y dejó descansar el rostro sobre ellas, cerrando los ojos al mismo tiempo. Dimas entendió su significado, y empezó a parpadear y a mostrarse incapaz de responder a las preguntas de Albrecht. Cuando juzgó que era el momento adecuado, dobló los brazos sobre la mesa, dejó caer la cabeza encima y fingió que dormía.

El viejo continuó hablando tranquilamente, esperando de vez en cuando una respuesta. Al no recibir réplica alguna, escuchó la respiración regular de su invitado.

—Dormido y seguro durante horas —murmuró—. Mi capa y mis botas, muchacho, y la bolsa verde con mis vestiduras.

Krummling trajo lo que le habían pedido, y ayudó a su amo a ponerse las botas y la capa.

—¿Os acompaño, amo? —preguntó. Ahora no había rastro de la mudez que había afligido al tullido cuando trataba con Thomas Brackenridge.

Albrecht lo pensó.

—No —dijo—. Quédate y vigila a este necio. No tengo necesidad de ti allí donde voy, pero vigila bien, o sentirás los hierros calientes y los ácidos ardientes.

Dimas oyó cómo se abría una puerta y cómo luego se cerraba con suavidad. Mantuvo su pose mientras contaba hasta cien, y luego, haciendo rodar su cabeza hacia un lado, abrió un ojo. El jorobado agitó la cabeza y frunció el ceño. Dimas volvió a cerrar su ojo y reanudó su sueño fingido, sin moverse ni siquiera después de

que la puerta se hubiera abierto y cerrado otra vez casi sin ruido. Empezó a adormecerse.

La mano de Krummling sobre su hombro y la voz de Krummling junto a su oído le despertaron.

—¡A salvo! —dijo el tullido con alegría—. Sabía que el viejo zorro volvería, pero ahora se ha ido definitivamente.

Dimas se sentó correctamente y estiró los brazos.

—¿Entonces el vino estaba drogado? —preguntó—. Al principio pensé que querías decir que estaba envenenado.

—¡Sí, sí, drogado! —dijo el jorobado—. Quería asegurarse de que no le seguías y tal vez intentabas interferir con sus actos. Y eso es precisamente lo que vas a hacer, si lo deseas. Si estás listo, podemos escabullirnos tras él, o incluso llegar antes que él a pesar de mis piernas retorcidas.

—Pero ¿cómo salimos del castillo? —preguntó Dimas—. Nuestro camino estará bloqueado.

—¡Bah! —dijo Krummling—. El viejo zorro tiene su propio camino, un camino secreto conocido sólo por él, o eso es lo que cree; pero le he seguido antes y conozco el camino tan bien como él. Anoche mismo me deslicé detrás de él cuando fue a reunirse con la jefa de las brujas... que menuda belleza es. Por eso sé con toda seguridad adónde va esta noche. Conozco un camino más corto que el que debe de haber tomado, y teniendo en cuenta sus quebradizos y viejos huesos llegaremos antes que él.

Hizo pasar a Dimas apresuradamente a la armería, sacó y giró un remache de la pared, y entonces, iluminado por una lámpara del estudio del alquimista, abrió el paso a través de una estrecha abertura revelada al deslizarse dos de las grandes piedras de la pared. Las piedras se cerraron detrás de ellos sin hacer ruido.

Bajaron incontables escalones, escalones poco desgastados pero resbaladizos por la humedad, hasta que Dimas creyó que la escalera no terminaría nunca. Luego salieron a una estrecha cueva cuya entrada estaba protegida por una piedra giratoria. Aquí Krummling apagó la lámpara y la depositó en el suelo.

—Tenemos el río delante —dijo—, pero hay un vado cerca. Al otro lado, por el camino que vamos, hay un tramo de roca áspera que hay que trepar, por el cual el viejo Albrecht no puede aventurarse sin que le suban con una cuerda. Después de eso está el bosque.

—¿Y adónde va Albrecht? —preguntó Dimas.

—A una capilla en ruinas en el bosque —contestó el muchacho—. Tiene mala reputación, y hay pocos que se atreverían a ir hasta allí, especial mente esta noche. ¿Tienes miedo, hermano?

—No —dijo Dimas con firmeza, y avanzó a través de la oscuridad.

CAPÍTULO XXIII

MISA NEGRA EN LA CAPILLA EN RUINAS

Sin embargo, una vez que Dimas estuvo escondido con su deforme guía en la galería sobre el coro, se sintió menos seguro de su coraje. De los tratos con los espíritus malignos sabía más de lo común, y sabía que tales tratos son peligrosos para quienes los contemplan. Yacía tumbado en la negra y polvorienta oscuridad, apretado entre el altillo y el techo, sus ojos dirigidos a un agujero que sus dedos habían encontrado en la cubierta podrida.

—Aquí no hay nadie —murmuró a Krummling, y el tullido contestó:

—No tardarán mucho.

Se produjo un sonido de susurros y un arrastrarse de pies sobre las losas de piedra.

—¡Una luz, encended una luz! —graznó una voz.

—¡Sin luz, sin luz! —carraspeó otra—. No queremos luz hasta que llegue el sacerdote.

—¡Necia! —exclamó la primera voz con tono chillón—. Sin luz, ¿cómo podemos saber que tenemos lo que el sacerdote necesita?

—Cierto, Robiga —cloqueó una tercera—. Eres una auténtica idiota, Trolpin.

—¿Luz? —exclamó la segunda con ira silbante—. ¿Necesitamos una luz para saber que leñemos lo que pusimos aquí esta mañana? El sapo bajo el altar, el agua de un pozo en el que se hubiera ahogado a un niño sin bautizar, la hostia con tres esquinas, todo está aquí. ¿Luz? La luz es odiosa. ¿Qué necesidad tenemos de luz?

Hubo un escalofriante cacareo de risas al que se unieron todas menos la furiosa Trolpin, que chilló con rabia mientras las otras se burlaban.

—¡Oh, díselo, Lyshag! —exclamó Robiga, y siguió un rápido murmullo.

—¡Oh, jo, jo, jo! —gañó Trolpin, riendo—. No me dijeron nada de esto. Vamos, hermanas, encendamos una luz y pongámonos a ello.

—Aquí tengo carbones de la fogata —chirrió una nueva voz—. Hay que ver, esos patanes ignorantes hacen una fogata para nosotras, pensando que así se defienden de nosotras. ¡Je, je! ¡Qué chiste!

Dimas vio un resplandor rojizo cuando la bruja de debajo abrió su cesta. Aplicaron una ramita a los carbones y un rostro encogido se mostró bañado con una luz roja pálida cuando los labios protuberantes soplaron las ascuas. La rama encendida se aplicó a una vela.

Dimas y Krummling observaron atentamente las ruinas débilmente iluminadas. Nueve brujas se habían reunido en el coro, nueve formas repugnantes envueltas en

mantos sin contorno que antaño habían sido de colores variados pero que ahora se habían disuelto, bajo la luz tenue, en un gris común a todos. Con dientes salidos y ojos protuberantes, con barbas canosas asomando de mentones puntiagudos y labios leporinos, rígidas cerdas brotando de abominables verrugas, garras retorcidas como manos, las brujas formaban el más desagradable serrallo que Satanás podía poseer.

Estaban ocupadas con una forma que yacía sobre los escalones del coro. Por más que estirara el cuello, Dimas apenas podía distinguir que se trataba de un ser humano, y dado que asomaba un pliegue de falda de la tela negra en la cual estaba enrollada dicha figura, cabeza incluida, juzgó que la prisionera debía de ser una muchacha campesina.

—¡Acercad la vela! —farfulló Trolpin—. No se me habló de esto, así que me toca a mí.

—¡A todas nosotras! —exclamó otra—. Puede que el sacerdote no acepte la palabra de una sola. Agarrad sus pies, Robiga y Lyshag. Sujetadle la cabeza y las manos, vosotras.

Las brujas gorjearon y cacarearon obscenamente mientras la figura postrada forcejeaba.

—¡Ajá! —gritó Trolpin—. ¡Sí que es doncella, sí que lo es!

—¡Déjame ver, déjame ver! —gritaron varias voces, y hubo una confusión de empujones y forcejeos, gritos y risitas, disputas y carcajadas estridentes.

—¡Silencio, brujas! —ordenó una voz severa en la puerta derruida del transepto sur. Dimas reconoció la voz de Albrecht.

El silencio cayó sobre el grupo de espantapájaros. La forma de la chica se quedó inmóvil.

—¿Está todo listo? —preguntó Albrecht, y avanzó hacia los escalones del altar—. ¿Quién ha preparado la hostia?

—Yo —rechinó Robiga—. Está lista, maestro, la hostia de tres esquinas, negra como la chimenea del Infierno.

—¿Y el agua?

—Lista, maestro —graznó Trolpin—. El agua más sucia que jamás se haya filtrado de un osario. Con mis propias manos ahogué al bebé en ella... el mocoso sin bautizar que parió mi nieta.

—Entonces encended las velas mientras me pongo mis vestiduras —ordenó Albrecht.

Las brujas se apresuraron a obedecerle, encendiendo velas negras sobre el altar bajo el cual se agazapaba un sapo hinchado. El viejo sacó de su bolsa verde la estola y el amito, la capa pluvial, el alba y la casulla, y se los puso del revés. El manípulo se lo ató alrededor de la rodilla derecha. Sacó un cáliz y un ciborio, y los llenó con el vil agua y la hostia diabólica. Mientras tanto, las brujas dejaron a un lado sus capas, revelando su odiosa desnudez manchada de sucios ungüentos. La más repugnante de todas era aquella a quien llamaban Trolpin. Mientras que las otras sólo eran

esqueletos cubiertos de pellejo sucio, ella era una grosera masa de carne abultada, deforme y temblorosa.

—Robiga —ordenó el viejo—, tú harás de clérigo.

—Es mi derecho, maestro —se rió la bruja—. Mío en prenda de nuestros antiguos lances amorosos.

Utilizó un cráneo como campana y un hueso como badajo, y se arrodilló al pie de los escalones del altar. Albrecht abrió sus manos y las volvió a unir, gritando:

—¡Tse assim eti!

La Misa Negra había empezado. Continuó su curso, las palabras siempre al revés y el sacerdote haciendo la señal de la cruz en los momentos previstos, pero haciéndola en el suelo con el tacón de su pie izquierdo. Continuó hasta que las espeluznantes adoradoras recibieron la hostia negra en la lengua y el sacerdote tomó la hostia y el agua impía que ocupaba el lugar del vino. Entonces se repitieron palabras de consagración, invertidas. Continuaron hasta que, cuando se oyeron débilmente las campanadas de la medianoche en una torre lejana, el celebrante llegó a las palabras:

—Ied meratla da obiortni.

Las adoradoras permanecieron de rodillas durante un instante, y luego se levantaron. Albrecht, en pie sobre los escalones del coro, se dirigió a ellas.

—Mis queridas hermanas en el Diablo, nos hemos reunido aquí esta noche para rogar que la obra de nuestro Amo en la tierra prospere, y no haga sino fortalecerse. La comunión maldita que acabamos de compartir fue ordenada para nuestro alivio y estímulo, y, si hemos participado en ella con corazones impuros, con almas mancilladas por cada borrón, y con cuerpos mantenidos sucios como apropiados tabernáculos para el Más Vil, sin duda alguna nos fortalecerán para librar la horrible batalla de los sin fe. Pero no sólo nos condenamos por carecer de fe, sino también por nuestras obras. Confío, queridas hermanas en el Diablo, en que todas vosotras podáis decir honestamente que habéis metido la mano en cada acto maligno que se haya cruzado en vuestro camino; no sólo eso, sino que, llenas de impío celo, hayáis buscado con maldiciones y festividades todavía mayores y más abundantes oportunidades de cometer actos malignos.

»Esta noche, hermanas mías, es la noche más atroz, cuando nuestro Amo el Diablo es más proclive a manifestar su presencia entre los hombres. Esta noche, por tanto, nos corresponde mostrar nuestra devoción de forma más particular. Para vuestra condena eterna, habéis conseguido una víctima apropiada para el sacrificio. Si esa víctima es una doncella...

—¡Lo es, lo es! —graznaron varias voces, y Trolpin aulló jubilosa—. Lo es, maestro, y todas somos testigos de ello.

—Entonces no hay razón para los retrasos —prosiguió Albrecht—. Traedla al altar.

Nueve pares de garras aferraron a la muchacha postrada sobre los escalones del

coro, y nueve horribles formas desnudas subieron tambaleantes al altar con su carga. Albrecht arrancó la tela negra que la envolvía y reveló a la víctima.

—¡Es Radegonde! —boqueó Dimas cuando la luz de las velas negras cayó sobre el rostro de la chica. Se alzó sobre las manos y las rodillas y empezó a arrastrarse hacia la escalera.

—¡Vuelve! —susurró Krummling, y agarró a Dimas por el jubón, pero el monje, incapaz de ponerse en pie dentro del falso techo, siguió reptando firmemente.

Mientras, Robiga sujetaba un gran cuenco de plomo al tiempo que Albrecht sacaba un cuchillo de debajo de sus vestiduras.

—La sangre de una virgen mantiene nuestro vigor y nuestra fuerza para cometer actos nocivos —murmuró el sacerdote, y con la aguda punta del cuchillo tocó el cuello de la muchacha. Un fino y ligero chorro de sangre brotó y tamborileó sobre el cuenco de plomo.

En aquel momento, Dimas salió corriendo de la sacristía con una banqueta de tres patas. Las brujas, concentradas en el sacrificio, no le percibieron hasta que descargó sus primeros golpes sobre ellas. Cayeron Robiga y Lyshag, cayeron Trolpin y otra. Luego el resto de las brujas se lanzó sobre el intruso, mordiendo, arañando, pateando y golpeando, aullando todo el tiempo con un clamor inhumano. Albrecht, impasible en el altar, observaba manar la sangre.

Las brujas, todas menos Trolpin, eran enjutas y marchitas pero duras como cables. Una y otra vez Dimas luchó para abrirse camino hasta el altar, enloquecido por la visión de la sangre de Radegonde, y una y otra vez fue obligado a retroceder. Las brujas que había derribado forcejearon para ponerse en pie y le atacaron con furia. La banqueta, su arma, le fue arrebatada de las manos, y luchó con las manos y los pies y a cabezazos mientras uñas afiladas le arañaban la cara, y los dientes se clavaban en sus brazos y muslos. Cayó medio ahogado por un remolino de carne arrugada. Trolpin misma se dejó caer sobre su rostro. Quedó asfixiado por los repugnantes pliegues de sus obscenas nalgas.

—¡Sujetadle! —exclamó Robiga, frotándose la cabeza abierta y agarrando un cuchillo—. ¡Sujetadle mientras le abro la garganta!

Tiró de su jubón para dejar desnudo su pecho. Mientras sus escuálidas zarpas cortaban y desgarraban, el talismán de la gitana asomó a la vista.

El silencio invadió al grupo aullante, y las manos que aferraban abrieron su presa. Con un salto salvaje Dimas se encontró sobre los escalones del altar, y con un movimiento de su brazo derribó a Albrecht. Apretando el pulgar y el índice a cada lado de la pequeña herida de la garganta de Radegonde, detuvo el chorro de sangre, y giró su cuerpo para enfrentarse a la inminente embestida. No se produjo.

—¡Agarradle! —gritó Albrecht, retorciéndose al pie de los escalones, donde le había enviado el brazo de Dimas—. ¡Agarradle!

Pero las brujas se mantuvieron a distancia, todos los ojos fijos en Dimas y en el amuleto de metal que colgaba de su cuello.

—¡El talismán! ¡El talismán! —susurraron, e impidieron que Albrecht se levantara.

—¡Malditos sean vuestros talismanes! ¡Soltadme! —chilló el viejo, echando espuma por la boca—. Robiga, por tu obligación hacia mí, por el recuerdo de los días de antaño, suéltame. No sabes qué obra estás obstaculizando. ¡Suéltame!

—No —dijo Robiga—. Aquel que lleva ese amuleto es el amo de todas nosotras.

Albrecht se revolvió y vociferó, pero las retorcidas garras aguantaron firmes. De pronto, en mitad de un grito, su cabeza cayó hacia atrás, y se desplomó inerte sobre las losas del suelo.

CAPÍTULO XXIV

LAS REVELACIONES DE UN SANTO

Thomas Brackenridge resopló con desesperación.

—Bueno, bueno —dijo—, veo que no hay forma de conmoverte. Esa absurda idea del arrepentimiento se te ha metido hasta el fondo de la cabeza. Por mi parte, no puedo concebir cómo puedes considerar pecado lo que sólo fue un simple subterfugio para escapar de una muerte lenta; ni, aceptando que fuera un pecado, qué necesidad puede haber de mortificar la carne con esta miseria solitaria.

Los ojos de Ralph Terven centellearon con el fuego demente que arde en el fanático.

—Respecto a la enormidad de mi pecado no discutamos, Thomas —contestó—. Baste decir que yo conozco y siento profundamente mi culpa. Mi forma de arrepentimiento es claramente justa; para salvar mi miserable cuerpo proscubí mi alma, y ahora recupero esa alma y la limpio de su mancha mortificando mi insignificante cuerpo de la manera que nos enseñaron los sabios de antaño.

—Siempre he tenido mis dudas acerca de esos hombres sagrados —murmuró Thomas, pero Terven continuó sin hacerle caso.

—Sigo sus pasos, aunque humildemente y a distancia. No me corresponde a mí, inconstante pecador que soy, emular a los más grandes de aquellos. Pacomio se mantuvo por la conciencia de sus méritos cuando, con los brazos estirarlos, inamovible como si hubiera sido crucificado, permaneció tres días con tres noches absorto en sus oraciones. Aquellos que subieron a lo alto de antiguas columnas y permanecieron allí rezando durante todos los años de su vida tenían almas inmaculadas. El arrepentimiento no puede elevarse con justicia a alturas tan gloriosas como las obtenidas por la devoción sin pecado, o con gusto imitaría el celo de aquellos que, en sus columnas solitarias, permanecieron en pie sobre una pierna, dejando descansar el otro pie sobre la rodilla de esa pierna. Lastrado por mi pecado, no me atrevo a imitarlos.

—Y más te vale no hacerlo —gruñó Thomas—. Eran villanos egoístas, preocupados sólo por sus propias almas.

—¿Egoístas? ¿Qué me dices de Macario el joven, el anacoreta del sediento desierto del Sáhara, a quien se dio un racimo de uvas, y que, en su gran generosidad, no sólo no mitigó su propia sed sino que dio la fresca fruta a otro? ¿Qué me dices de los otros solitarios, cada uno de los cuales entregó las uvas a otro individuo hasta que el mismo racimo dio la vuelta entera al Sáhara y de mano en mano volvió a Macario otra vez?

—Digo que eso es mentira —dijo Thomas rotundamente—. ¡Piensa, hombre! Un racimo de uvas transportado de semejante manera por el Sáhara se convertiría en pasas resecas en un instante.

—Sin duda se conservaron milagrosamente frescas para demostrar la virtud de los ermitaños; pues en África hubo grandes y santos eremitas, y abundante fue el divino favor derramado sobre ellos. ¿No has oído contar cómo Areotas, afligido por el hambre más extremo, le disputó a un chacal famélico el hueso podrido de un camello muerto, y cómo el bestial chacal, celestialmente animado, le cedió cortésmente el extremo más sabroso de la carroña, de manera que hombre y bestia cenaron como hermanos con un solo hueso, convertido milagrosamente en ambrosía? Grandes fueron las obras del Espíritu en esa tierra, y muchos hombres fueron llamados de las preocupaciones materiales a la vida espiritual. Uno de tales fue Ammon, quien el día de su boda recibió la revelación y marchó sin dilación al desierto para llevar una vida virginal.

—¡Mal parecida debía de ser la novia! Sin duda la impresión de ver sus encantos volvió al novio en contra de todos los placeres de la carne.

—En absoluto; era hermosísima. A ella también le llegó la revelación, y, como Ammon, se retiró del mundo, estableciendo su morada en el maloliente pantano de Nitria, donde recibía en su celda a doncellas que buscaban instrucción, igual que Ammon recibía en la suya a muchachos.

—Aquí hay algún error —dijo Thomas gravemente—. Estas viejas historias a menudo están alteradas. Sin duda debía de ser Ammon el que recibía doncellas en su celda, mientras que ella...

—Paz, Thomas, no te burles. Se trata de prodigios bien documentados, y semejantes virtudes no eran singulares. Serapión el Sindomita se vendió como esclavo, enterró el dinero de la compra, y trabajó para obtener la salvación para aquellos que eran esclavos del mundo; con su perfecta humildad y su fiel servicio ganó a su amo para el cristianismo, y, cuando el amo le liberó, Serapión le devolvió el dinero de la compra y regresó a la soledad. Una santa del mismo temple fue Thaïs, una cortesana de Alejandría que cambió la extravagante comodidad de una casa de mala nota por la cruda santidad de una cueva en el desierto. Parecidos fueron Arsenio y Pafnutio y Moisés el etíope; este Moisés fue quien dijo que, a menos que un hombre pueda imaginarse que ha estado tres años yaciendo en su tumba, nunca morirá para sí mismo. Ése es el precepto que con gusto obedecería, pero mi carne todavía no ha sido completamente sometida. Ésa fue también, según creo, la meta del santo Ernucio, el antiguo ocupante de la cueva en la que estamos ahora, pues es bien sabido que, siguiendo ilustres ejemplos, cavó su tumba en esta piedra y durmió en ella todas las noches hasta que su sueño final le encontró en ella.

—Me cansas con tu charla de santos misántropos —dijo Brackenridge, y se levantó del suelo en el que había estado sentado—. Tengo mi propia opinión sobre este Ernucio, y siento cierta curiosidad por ver su tumba. Toma la antorcha, Ralph, y

abre paso.

La cueva se estrechaba a medida que se internaba en el peñasco, y el suelo se hacía más desigual. Grandes grietas se mostraban sombrías bajo la luz de la antorcha, y se oía el continuo goteo del agua. Un búho salió volando silenciosamente, y los murciélagos aletearon chillando alrededor de la luz.

—Aquí está la tumba —dijo Ralph Terven, deteniéndose ante un bulto bajo de mampostería coronado por una larga losa.

Thomas se inclinó para leer la inscripción de la lápida, pero no pudo distinguir nada.

—¿Me quieres decir —preguntó— que el viejo Ernucio construyó esta sólida obra?

—No, fue levantada por los fieles que conocieron sus virtudes. Él no hizo más que una zanja poco profunda, excavada con infinitos esfuerzos en la roca, y en esa zanja dormía por la noche.

—Un colchón sin aire —observó Brackenridge—. No me extraña que le encontraran muerto en él. No me cabe duda de que el viejo debió de asfixiarse alguna noche de calor.

Terven no hizo caso a la observación de su amigo. Colocando la antorcha en un nicho natural formado por un agujero de la pared rocosa, se había hincado de rodillas delante de la tumba.

—¡Oh!, santo Ernucio —oró—, deja que yo, un débil imitador de tu sublime abnegación, me vea fortalecido por la contemplación interior de tus virtudes. Aquí, en el calmo retiro santificado por tu vida y por tu muerte, enséñame a seguir tu ejemplo para que, aunque no pueda aspirar a la gloria de tu corona en el Cielo, pueda al menos conseguir que mi odioso pecado sea perdonado.

Thomas escuchó encogiéndose de hombros las oraciones de su amigo. Que un hombre razonable y erudito se degradase de tal manera era indescriptiblemente bestial. Se dio la vuelta con impaciencia.

Había algo indiscutiblemente extraño en la brisilla que llegaba hasta este rincón recogido. Pero más extraño era que la llama de la antorcha no oscilase. La luz brillaba sin verse afectada.

Pero ¿era así en realidad? Ciertamente, no titilaba, pero la luz se hacía cada vez más débil y... ¡sí! La llama se estaba volviendo azul.

—¡Ralph! —dijo Brackenridge, y se dio la vuelta para llamar la atención de su amigo sobre el extraño comportamiento de la antorcha; pero Ralph Terven estaba sentado sobre sus talones, mirando con la boca abierta una extraña figura sentada en la tumba.

—¡Ah, buenas noches! —dijo Thomas con una leve reverencia ante la aparición—. ¿El ermitaño Ernucio, supongo?

—El mismo —asintió el fantasma. Era un anciano, pero de considerable vigor, con una noble panza y ojos alegres. La nariz ganchuda le daba cierto aspecto de

buitre, y sus gruesos labios asomaban llamativamente rojos entre el mostacho blanco y la barba blanca.

—Bueno, bueno —dijo Thomas, sentándose cómodamente sobre una piedra—, un hombre tiene derecho a sentarse sobre su propia tumba, supongo, pero me maravilla, señor, que vos, que según lo que dicen debéis de estar disfrutando de un cómodo diván en el Cielo, os toméis la molestia de abandonar la comodidad celestial para venir a maltratar vuestras venerables posaderas con una dura piedra.

—Mis venerables posaderas, como tú las llamas, son más bien insustanciales —respondió el fantasma—. En cuanto a los divanes celestiales, no sé nada de ellos, ni tengo demasiado deseo de hacerlo si son tan solitarios como se nos da a entender.

—Son palabras extrañas para proceder de un santo ermitaño; uno que en la vida eligió morar en el sufrimiento solitario.

El fantasmal Ernucio se dio una insonora palmada en su desencarnado muslo y se rió en voz alta.

—¿No creerás que viví solo aquí? —preguntó.

—Sinceramente, no —dijo Thomas.

—Por supuesto que no, hombre. Esos cuentos son buenos para los campesinos y los idiotas, pero veo que tú eres un hombre inteligente. ¡Oh!, por supuesto que tuve cuidado de dar origen al cuento yo mismo, y la verdad es que funcionó maravillosamente. Después de una o dos insignificantes semanas de comportamiento austero y de una dieta de hierbas y raíces, la fama de mi santidad se volvió casi embarazosa. Deberías haber oído las plegarias que se me pedía que apoyara ante las Autoridades... y cada solicitud, escúchame bien, iba acompañada de un soborno consistente en una cesta de huevos y queso, o en un gordo capón y cosas semejantes.

—¡Hum! —Thomas tosió discretamente—. Tales plegarias, supongo, no se dirigían invariablemente al beneficio espiritual.

—Todo lo contrario, amigo —contestó Ernucio, poniéndose una rodilla encima de otra—. Te sorprendería saber cuán a menudo las plegarias son elegidas como medios para aprovecharse de un vecino. No hay ningún trato oscuro en el que no se haya pedido mi favor; ningún crimen que no me haya sido presentado como un acto justo cuando se tenían en cuenta todas las circunstancias. Deberías haber visto el número de hijos y sobrinos que vinieron a mí, explicándome cómo sus padres o tíos estaban haciendo mal uso de sus posesiones, y cómo esas propiedades, en las manos de un joven digno, y dispuesto a dar un porcentaje a un ermitaño que lo merecía, podrían ser empleadas para beneficio del Cielo y del Mundo. Debo decir que dicha información me resultó interesante y útil.

—Interesante puedo creerlo —dijo Thomas—, pero, ¿útil? Explicaos, señor.

—No seas tonto, me reveló dónde podía obtener ganancias en una noche oscura un buen ermitaño a quien no le importara abandonar el refugio de su celda durante una o dos horas.

—¡Oh! Ya lo entiendo. Puedo comprender perfectamente la tentación de abusar

de la riqueza que era requisada a padre e hijo, a tío y sobrino. Pero habláis de soledad, señor, y habéis aludido a que vuestra soledad no era absoluta.

Los ojos de Ernucio chispearon, y volvió a cruzar las piernas.

—Eso era la guinda de la vida —contestó—. Los hombres de las proximidades debían de ser de escasa calidad en mis días, o de lo contrario sería que sus esposas adoraban la variedad. Las esposas mayores, aquellas que ya casi habían pasado la edad de engendrar, solían traer grandes cestas llenas de ofrendas para persuadirme de que las privara del oprobio de la esterilidad, y te puedo asegurar que obré milagros. Pero las más jóvenes, ¡ah!, ellas no necesitaban traer ofrendas —una o dos flores, puede que una vela— para que yo me ocupara de sus asuntos. Lo curioso era que, aunque con las más maduras siempre podía asegurarles que con la primera visita sus plegarias quedarían satisfechas, con algunas de las más jóvenes tenía que recomendar súplicas repetidas. De hecho, dos o tres de ellas se acostumbraron a buscar mi auxilio una o dos veces por semana hasta que toda duda quedó eliminada.

—¡Una vida verdaderamente alegre! —dijo Brackenridge—. Pero ¿no teníais nada con lo que humedecer vuestro gaznate? Los huevos y los capones se atragantan un poco sin un trago de la sustancia adecuada.

—¿Bebida? Hombre, tenía una bodega entera, no sólo de renano y de buenos vinos del sur, sino también de los mejores schnapps holandeses. A menudo por la noche hacía que tres o cuatro muchachas me hiciesen compañía y me sirvieran de coperas. Era una escena agradable a la luz de la antorcha en la cueva, la de las golfas, animadas por una o dos copas, quitándose las ropas y bailando para mi placer mientras yo me sentaba sobre una piedra, silbando a su baile y refrescándome con una fresca jarra.

Thomas se relamió los secos labios.

—Puedo escuchar sin conmovirme que habléis de mozuelas —dijo—. Tales deleites son para los muchachos y para los ermitaños. Pero que habléis de vino hace que me duela el gaznate. ¿Creéis que queda alguna botella en la bodega de la que hablasteis?

—Pero hombre, estará estropeada y pasada después de tantos años. El buen vino mejora con el tiempo, pero llega a un punto en el que alcanza su plenitud, y después de eso se vuelve flojo y pierde sabor. De todas formas, mira detrás de la tumba, amigo. Allí hay una gran piedra que rueda hacia un lado. Detrás de ella encontrarás un agujero que antaño fue mi celda. Pudiera ser que queden una o dos frascas de schnapps, y no debería estar estropeado.

Brackenridge no necesitó mayor invitación. La piedra estaba firmemente inserta en su hueco debido al polvo de los años que la rodeaba, pero con un empujón de sus poderosos hombros la apartó. Tomando la antorcha, entró arrastrándose en la cavidad, y, bajo la luz azul, vio una fila de pellejos de vino, ahora hundidos y vacíos. Su corazón se apenó, pero siguió arrastrándose por las sombras, tanteando en cada grieta.

Su mano encontró una suavidad cubierta de polvo que, cuando acercó la antorcha,

se definió en una botella de tosco cristal. Con manos temblorosas la atrajo, se aseguró de que el tapón y el sello estuvieran intactos, y volvió a palpar. No había más botellas, pero un tintineo respondió a su contacto, y sacó de la grieta cuatro cálices de plata deslustrada. Con la antorcha en una mano y la frasca en la otra, y los cálices en el seno, se deslizó de regreso a la cueva.

—¿Lo has encontrado? —exclamó Ernucio—. ¡Dame una copa, hombre!... ¡Pero alto! Dale una copa antes a tu trastornado amigo. ¡Me mira con la boca abierta como una rana tomando el sol!

Thomas rompió cuidadosamente el cuello de la botella con la hoja de su cuchillo, y, limpiando uno de los cálices con el dobladillo de su jubón, sirvió una copa llena. Ralph Terven seguía arrodillado sin moverse encima de la tumba. Thomas echó hacia atrás la cabeza de su amigo y derramó el licor en la boca abierta. El efecto fue eléctrico. Terven se irguió de un salto y luego tosió y graznó y boqueó para recuperar el aliento. Brackenridge, observando las contorsiones de Ralph, no olvidó servirse y beber un trago él mismo.

—¡Sé educado! —gritó el fantasma—. Olvidas a vuestro anfitrión, y hace muchos años que no pruebo vino ni licor alguno. Aquí he venido año tras año y me he sentado en las cuatro noches que me corresponden —la Pascua de Resurrección, la Víspera de San Juan, la Noche de Difuntos y Nochebuena—, y nunca hasta esta noche ha venido mortal alguno para ayudarme a saciar mi sed. Sirve, amigo mío, sirve un cáliz lleno para un pobre fantasma que no ha sido tacaño con su bodega.

Thomas llenó la copa y se acercó a la tumba.

—Estoy impaciente, señor —dijo—, por saber cómo puede beber licor un fantasma. Pensaba que los incorpóreos ni bebían ni comían.

—Acércale una luz, amigo —contestó Ernucio—. El líquido en sí no puedo beberlo, pero la llama reconfortará mis pobres entrañas fantasmales.

Con gran interés, Thomas rozó el rebosante licor con la llama de la antorcha. Entonces, cuando la bebida empezó a arder con un fuego púrpura, la ofreció una vez más al fantasma.

Ernucio tomó la copa y sorbió con avaricia las llamas. Thomas observó con asombro cómo el fuego descendía por la garganta fantasmal, mostrándose brumosamente violeta a través de la sustancia no carnal. La llama se acumuló en una bola con forma de pera, se detuvo, y luego cayó repentinamente al estómago del fantasma, emitiendo una radiación sobrenatural. Ernucio se sentó, con la copa en la mano, una plácida satisfacción extendiéndose por todos sus rasgos. Luego, igual que se sofoca la llama de una vela, se esfumó. La copa quedó repiqueteando sobre el suelo.

Brackenridge se frotó los ojos, miró la losa vacía, y lentamente se volvió hacia su amigo. Terven había dejado de atragantarse, y miraba con ojos sobresaltados la tumba.

—Bueno, Ralph —dijo Thomas—, hemos tenido un amable visitante, o, para ser

más precisos, hemos conocido a un amable anfitrión, cuya conversación debería haber eliminado de tus mentes todo pensamiento estúpido. ¿Estás listo ahora, muchacho, para abandonar tu vida de ermitaño y convertirte en un buen hombre una vez más?

Terven agitó la cabeza dubitativo.

—¿Era el fantasma de un santo, o era un diablo enviado para robarme el alma? —preguntó—. Yo estaba firmemente encaminado por el sendero del arrepentimiento, y es bien sabido que a Satanás le gusta tentar con falsas apariencias a quienes escapan de sus fauces.

—Todos los signos parecen indicar que era el viejo Ernucio en persona —respondió Thomas—. Un diablo, sin duda, también podría habernos dicho dónde estaba escondido el licor, pero, ¿acaso no confirma la existencia del licor la historia del fantasma? Además, debes recordar, muchacho, que si tu ermitaño hubiera sido el hombre santo que creías, ningún diablo se atrevería a sentarse sobre su tumba.

Ralph Terven iba a contestar cuando unas voces en el exterior le detuvieron. Se aproximaban pisadas a la boca de la cueva. Brackenridge apagó apresuradamente la antorcha, y atrajo a Terven a un escondrijo detrás de la tumba. Asomándose por la esquina de la construcción, vio un resplandor dorado y llameante que se acercaba, moviéndose en el aire a través de la cueva exterior.

—¡Oh, Hubert! —dijo una voz de chica, jadeando con una mezcla de excitación y sobrecogimiento—; nos ha traído hasta la celda del sagrado ermitaño. Sin duda aquí no habrá escondido ningún tesoro.

—La rama tira con fuerza de mi mano —contestó Hubert—. ¡Mira! Conduce hasta la misma tumba; me atrae. ¡Mira, ahora se inclina! ¡Ah, Gita, mira, mira!

El helecho resplandeciente, como la varita de un adivino, se inclinaba hacia la tumba. Para asombro de los observadores ocultos no menos que de Gita y Hubert, la piedra pareció fundirse, sólida al contacto pero transparente como el aire. Al mirar hacia abajo, los cuatro contemplaron la tumba misma, donde una luminiscencia azul estaba arremolinándose y ondulando. Paulatinamente, la nube brillante se calmó y detuvo.

—¿Qué viene ahora? —jadeó Hubert.

—¡Calla! —susurró la chica—; la niebla se aclara.

La luminiscencia se volvió más pálida. Ahora era poco más que un humo luminoso que empezaba a deshilvanarse en la nada, un humo atravesado por repentinos fulgores. Los observadores contuvieron la respiración.

El último y fino velo de la bruma se desvaneció, y allí, apilados en descuidada profusión, brillaban redondas monedas de oro, brazaletes y anillos y broches, medallones, cadenas y pendientes, cruces de oro y de plata, copas, platos y candelabros, cálices y patenas, perlas, diamantes, rubíes, topacios, berilos, turquesas, jaspes, amatistas y jacintos.

CAPÍTULO XXV

DIMAS HACE DE COCINERO Y DE PINCHE

—Amo —dijo Krummling—, pues ahora que el viejo Albrecht ha muerto es a ti a quien llamo amo, no confío en esa vieja bruja de Robiga.

Dimas frunció los labios y le miró pensativo.

—Yo tampoco confío mucho en ella —reconoció—, pero necesitamos cobijo, y éste al que nos ha traído es lo mejor que podemos esperar en estos momentos.

Miró hacia la burda cama sobre la cual yacía Radegonde, todavía inconsciente. Dimas había cerrado la leve herida de su garganta tocándola con un hierro caliente, y una venda alrededor del cuello mantenía en su sitio un emplasto de hierbas curativas. Tan pálido estaba su rostro que parecía como si le hubieran extraído toda la sangre. Dimas palpó ansiosamente su corazón, y obtuvo todo el consuelo posible de su débil pero regular latido.

—¿Vivirá, amo? —preguntó el jorobado.

—Eso creo —contestó fervientemente Dimas—. Mi esperanza es que la pérdida de sangre pueda servir para refrescar y calmar el cerebro. No perturbaré su sueño, pobrecilla. Cuanto más descansa, más posibilidades habrá de que expulse de su memoria los horribles sucesos de anoche. Así que habla en voz baja, amigo Krummling, y dime por qué no viniste en mi ayuda para arrebatarme a la doncella de manos de esas malditas brujas... Pero se me olvidaba, pobre infeliz. Tu cuerpo está retorcido y es débil, y las brujas bastarían para horrorizar al más robusto corazón.

—¿Débil yo? —exclamó Krummling—. Mira esto, amo.

Agarró una barra de hierro de dos dedos de grosor que estaba tirada junto a un manojo de maderas en el suelo de la cabaña, y golpeó su antebrazo extendido con ella. El hierro se dobló casi en ángulo recto. Cambiando de mano, el jorobado volvió a golpear de nuevo, y la vara quedó casi enderezada. Dirigiendo una mirada victoriosa a Dimas, sujetó el hierro de nuevo, con una mano a cada lado de la curva, y aplicó su fuerza. La vara lentamente fue quedando recta.

—Retorcido sí estoy, pero no soy débil —proclamó, volviendo a dejar suavemente la barra sobre el suelo—. Iba a acudir en tu ayuda tan rápido como mis piernas torcidas me hubieran llevado, cuando resbalé sobre la escalera de piedra y me di un funesto cabezazo que me dejó sin sentido.

—¡Mi pobre amigo! —dijo Dimas—; y en todo este tiempo no has dicho nada de tus dolores. Déjame ver. Sí, tienes un chichón del tamaño de un huevo de oca. Espera mientras le pongo un emplasto. ¿Por qué no dijiste nada de él antes?

—No es nada. ¿Acaso soy una oca para cacarear por un huevo? —No obstante, se

sometió a los cuidados de Dimas—. Muchos golpes recibí del viejo Albrecht, ay, y peores que trastazos. Cuando recuperé el conocimiento anoche, y vi al viejo diablo tirado sobre el suelo de la capilla, podría haber cantado de alegría.

—¿Entonces adivinaste que estaba muerto? —preguntó Dimas, aplicando el emplasto con dedos hábiles.

—¡Oh!, no, pensaba que le habías dejado aturdido. Allí estabas tú, seguido por Robiga y las otras brujas, llevando a la chica en brazos, saliendo por la puerta en ruinas hacia el bosque, y allí estaba el viejo tirado delante del altar con las velas consumiéndose a su alrededor. Ésta es mi oportunidad, pensé, y me arrastré hasta él antes de seguirte.

—¿Qué, habrías hecho daño a un hombre inconsciente? Pero no me cabe duda de que te sentiste fuertemente tentado.

—No, no. Mi intención era robar y destruir el espejo que lleva consigo. Un pequeño espejo redondo, con la superficie redondeada en vez de plana; al mirarlo ves cómo te encoges hasta convertirte en un pigmeo. Muchas veces me ha obligado a mirarlo bajo una luz poderosa, y entonces las fuerzas me abandonaban, de manera que cuando me daba órdenes no podía hacer otra cosa más que obedecer.

—He oído hablar de semejantes espejos —dijo Dimas—. Supongo que te empleaba para cumplir con sus malignos recados.

—Malignos, y de otro tipo. Ayer por la mañana, antes de que me enviara con tu mensaje a la fonda, me hizo mirar el espejo y luego me impuso un hechizo de mudez para que no pudiera contar más de lo que decía tu mensaje. ¡Oh, y qué gran tipo es ese amigo tuyo a quien conocí! Me dio de desayunar, y me regaló una moneda, pero lo mejor de todo es que me puso un nuevo nombre, Grip, que me gusta más que Krummling.

—¡Mi pobre muchacho! —dijo Dimas—. Me avergüenzo de haber continuado utilizando un nombre tan odioso para ti. ¿Krummling? ¡Ay!, significa «el pequeño deforme». A partir de ahora te llamaré Grip, y agradeceré calurosamente a Thomas que se le haya ocurrido.

El muchacho mostró su gozo con una sonrisa espantosa.

—No me llames más que Grip —dijo—, y dile a ella, cuando despierte, que mi nombre es Grip. Nadie debe llamarme Krummling ahora que el viejo Albrecht ha muerto. Pues muerto está. Me arrastré hasta él, y palpé temeroso su seno en busca del espejo. No estaba allí, y lo busqué desesperadamente. Entonces me di cuenta de que su pecho no se levantaba y bajaba como hace el de los vivos. Tanteé su corazón. No latía. Así que está muerto, muerto, el viejo canalla miserable por fin ha muerto.

Una sombra grosera oscureció la puerta, y Robiga entró; ahora era una sobria Robiga, en apariencia nada más que una pobre y anciana mujer.

—¿Cómo está nuestra hermosa paciente? —preguntó remilgadamente, y habría cojeado hacia la cama, pero Dimas le cerró el camino.

—No te acerques, mujer —dijo con firmeza—. Estamos en deuda contigo por

darnos cobijo, pero es debido a ti que lo necesitamos. No te acerques a la muchacha, pues tus viles garras se han hundido en su alma.

—Como desees, amo —dijo la arpía, y se sentó sumisa en el suelo—. Mientras tengas el talismán, debo obedecer. Pero cuántas alharacas por una mocosa paliducha. Un hombre como tú, dotado del poder que posees (aunque parece que no lo sepas), debería buscar una pareja más apropiada.

—¿Una pareja como tú, tal vez? —dijo Dimas con amargura.

—¡Ah!, ¿por qué no? ¡Oh!, sé que estoy vieja y marchita, sucia y encogida como un sapo reseco, pero no siempre soy así. Existen hechizos, y ungüentos que conozco, ay, y que uso cuando me conviene, que me convierten en una floreciente damisela, madura y rolliza, jugoso bocado para cualquier hombre. Ni siquiera el Chivo mismo puede desdeñarme entonces. Muchas veces me ha hecho inclinarme ante él dándole la espalda, pues el Chivo tiene sus propias fantasías que son extrañas para los hombres. Vamos, ¿qué me dices? Aparta a esa niña de ti, y únete a mí. No dudo de que conoces muchos secretos, pero yo poseo conocimientos ocultos para ti. Incluso el de ese talismán que llevas alrededor del cuello y que yo reverencio y obedezco, incluso el del poder que te está velado. Vamos, hombre, con ese pedacito de metal, bien utilizado, puedes invocar al Diablo mismo y él acudirá a tu llamada.

Un recuerdo se agitó en el cerebro de Dimas, una memoria de una frase o dos leídas hace mucho en el libro negro de Cleofanes y Denderah. La pintoresca figura de metal que Neluka le había dado era un auténtico regalo si su conjetura era correcta.

—Paz, vieja arpía —ordenó—. Tus encantos no me tientan, y tu conocimiento es como el balbuceo de los bebés. ¿Crees que llevo el Amuleto de Phthoiah y no conozco sus virtudes ni la manera de utilizarlo?

Robiga pareció encogerse y envejecer aún más de lo que había aparentado antes.

—¡Lo sabe! —cloqueó—. ¡Todo el tiempo lo ha sabido! ¡Oh!, amo, si tienes órdenes, dilas y las obedeceré.

—Entonces deseo que nos dejes durante un rato. No quiero que la muchacha, cuando despierte, te encuentre aquí y recuerde sus sufrimientos de anoche. Vete, y envíame a tu nieto.

Robiga, sin decir una palabra, se levantó y se perdió en el bosque. Dimas se volvió de nuevo hacia la cama y renovó las hierbas curativas del cuello de Radegonde.

A pesar de la suavidad de su contacto, esta vez bastó para despertar a la muchacha. Suspiró, y un débil color fluyó a sus mejillas. Dimas permaneció inmóvil, inclinado sobre ella, observándola ansiosamente. Un suspiro más profundo siguió al primero, y Radegonde se agitó, estirando ligeramente los brazos. Luego sus párpados aletearon abriéndose y fijó los ojos en Dimas.

No hizo ninguna señal de que deseara hablar, pero Dimas creyó sabio adelantarse a cualquier intento de esa especie.

—Yace tranquila, querida mía —le advirtió—. Has estado enferma, y he tenido

que traerte a los bosques, donde el silencio y el aliento curativo de los árboles acelerarán tu recuperación. Yace tranquila y descansa. Todo está bien ahora, y no abandonaré tu lado.

Radegonde pareció satisfecha, y le recompensó con una vaga sonrisa. Volvió a cerrar los ojos.

Grip, apoyado contra el quicio de la puerta, silbó suavemente entre los dientes. Dimas obedeció a la llamada, avanzando con cuatro pasos silenciosos hacia la puerta. Justo fuera se encontraba el Loco Hans, el carbonero que había provocado tanta confusión en la fonda del bosque. Ahora parecía bastante cuerdo, en pie y frotándose los músculos de sus fuertes brazos, esperando a Dimas.

—¡Ah!, amigo —dijo Dimas—, todavía no te he agradecido que nos prestaras tu cabaña. Cuando vinimos anoche, conducidos por tu abuela, no pensaba en otra cosa que en el bienestar de la muchacha, y fui tan grosero que olvidé que te estábamos expulsando de tu hogar.

—No te preocupes por eso —respondió el gigante con una carcajada—. Yo hago mi hogar donde quiera que me encuentre, junto a mi madera amontonada para quemarla o entre las raíces de los árboles, y duermo tan cómodamente sobre el helecho como sobre plumas. Eso da igual; ¿por qué me has hecho llamar? ¿Te ha dado problemas la vieja Robiga? Abuela o no, le retorceré el pescuezo si intenta hacer daño a esa guapa mocita.

—No, no ha sido por eso; ocurre que soy portador de un talismán que le corta las garras a Robiga. Tengo otra cosa que pedir a tu buena voluntad. La muchacha está débil por la pérdida de sangre, y necesita fortalecerse con alimentos nutritivos. ¿Podrías procurárnoslos tú? Tengo medios para pagar.

—No hagas sangrar a tu bolsa —dijo Hans—. Yo no molesto a los carniceros de la ciudad para mi dieta, sino que tomo lo que quiero de los bosques. ¿Qué necesitas? ¿Venado? Puedo conseguirlo, aunque en esta época es un tanto pobre.

—¿Venado? Sin duda tendrías que arriesgar tu pellejo para conseguirlo.

—¡Oh!, mi pellejo lo he perdido tantas veces ante el Barón, que un par de ciervos no le harán mucho daño. Espera aquí hasta que regrese.

Desapareció entre los árboles, sin ruido a pesar de su enorme corpachón. No tardó mucho en regresar, portando un cervato que arrojó a los pies de Dimas.

—Puedo conseguir más —dijo, rechazando las gracias—. Que tu amigo Krummling me acompañe.

—Si me llamas Krummling no iré —contestó malhumorado el muchacho—. Mi nombre es Grip, y no aceptaré ningún otro.

—Muy bien, pues; Grip, ven conmigo y te enseñaré cómo puede conseguir vino un muchacho de tu pequeño tamaño. El buen vino hará mucho bien a la doncella, os lo aseguro.

Dimas asintió ante la mirada interrogativa de Grip, y el gigante y el tullido se marcharon juntos. Dimas arrastró el cervatillo hasta la losa delante de la puerta, y con

gran celo pero escasa habilidad empezó a desollarlo. Hecho esto, aunque no sin dificultad, cortó las cuatro patas y las echó al caldero. Añadió sangre del cadáver y agua del manantial que burbujeaba entre los helechos junto a la cabaña. Faltaba algo; sal. Recorrió con la mirada las cuatro paredes desnudas, y en un rincón oscuro descubrió una estrecha alacena, la única despensa y almacén del carbonero. Allí había sal, burda y marrón, pero sal, como confirmó una pizca sobre su lengua. Dejó caer un par de cristales rocosos en el caldero y, avivando las ascuas hasta que llamearon, puso la olla al fuego. A continuación, seguro de que Radegonde seguía cómodamente dormida, salió de la cabaña, se quitó las ropas y se lavó las manchas que le había dejado su trabajo.

Limpio y fresco, volvió a entrar en la cabaña, y fue justo a tiempo de impedir que el caldero se volcara. Una astilla de carbón había saltado al quemarse y había hecho que la olla se inclinase. Dimas arregló el fuego rápidamente y, levantando la tapa de hierro del caldero, olisqueó con discernimiento el vapor que salía del guiso.

Una risita hizo que mirase rápidamente hacia la cama. Radegonde, la cabeza apoyada en la almohada, le contemplaba con cariñosa diversión. Él le devolvió la sonrisa, avergonzado.

—Descansa tranquila, querida —murmuró—. Estoy preparando un caldo para fortalecerte.

—¿Es para mí? —exclamó débilmente—. ¡Oh!, Dimas, creía que era para ti, tienes un aspecto tan hambriento.

—Calla, querida; no malgastes tus pocas fuerzas. ¿Hambriento? ¡Oh!, supongo que sí que lo estoy, pero ni siquiera lo había pensado. Puede que coma cuando tú te hayas alimentado, pero mientras, muchachita, sigue echada.

Radegonde no contestó, pero se recostó en la almohada, frunciendo el ceño levemente, intentando pensar. Después de un rato levantó la cabeza y miró su propio cuerpo. Seguía vestida con las ropas que Gita le había prestado.

—Dime, Dimas —dijo de pronto—, ¿cómo me llamo?

—¡Oh! —contestó él lentamente—, te conocí como Gabriel, pero ahora creo que eres Radegonde.

Observó con turbación el efecto de su respuesta. Temeroso de que la muchacha se sintiera desconcertada y cayera bajo los efectos de la fiebre, continuó explicando sus palabras.

—Thomas Brackenridge adivinó que eras una chica, y sabía que Ralph Terven sólo tenía un descendiente, una hija llamada Radegonde.

La explicación pareció bastar por el momento; Dimas quiso impedir nuevas preguntas hablando.

—Ahora estamos en una cabaña que pertenece a un carbonero —dijo—, que no es otro sino el mismo Hans que provocó la pelea en la fonda. Es amable y generoso; no debes temerle cuando regrese. Otro amigo tenemos cuya apariencia podría provocarte alarma, pues es feo y jorobado y tullido. Pero te ruego que no muestres

espanto ante él, pues es un muchacho desgraciado que nos ha tomado mucho afecto. Espera, aquí viene.

Recibió a Grip en la puerta. El tullido exhibía orgullosamente una bota de vino, y contó brevemente cómo, para obtenerla, se había contorsionado a través de la ventana del sótano de la casa de un ciudadano en las afueras de la ciudad. El vino fue demasiado bienvenido por Dimas como para que mostrara escrúpulos referentes al método de adquisición. Condujo al muchacho hasta la cama y puso su mano en la de la chica.

—Radegonde —dijo—, éste es Grip, de quien te he hablado; un valiente amigo cuya valía es incalculable.

Grip sonrió con tímido placer, y se llevó la frágil mano blanca hasta los labios. Radegonde sonrió en respuesta.

—Gracias, buen Grip —dijo—; preveo que seremos amigos.

El jorobado, acostumbrado durante años a los golpes y las burlas, no pudo contener su deleite ante esta confirmación del nuevo lugar que ocupaba en el mundo. En el espacio de dos días había ingresado en una vida nueva y más amable. Primero había sido la afable y medio burlona simpatía de Brackenridge, luego Dimas le había tratado con seria cordialidad; Hans le había aceptado como un ser humano y como un igual; y ahora este precioso espíritu femenino, de aspecto etéreo en su debilidad, no se apartaba de él con repugnancia, sino que le sonreía y le ofrecía su amistad. Grip, el valiente y apreciado camarada de estos desconocidos, ya no meramente el despreciado y feo Krummling, se perdió cojeando en el bosque y dio rienda suelta a sus sentimientos con una errática danza.

Radegonde le vio salir con lágrimas en los ojos. Luego, tomando a Dimas por la mano, la apretó contra su mejilla.

—Dimas —dijo—, hay una cosa que me reconcome en la memoria, algo espantoso y nauseabundo, pero estoy demasiado débil para separar la realidad de la pesadilla. Lo único que sé seguro es que te debo mi gratitud por escapar del peligro y del horror. Si eso es cierto, pues ya ves que incluso mis certidumbres son imprecisas, si eso es cierto y no una vaga imaginación, acepta mi agradecimiento por ello y...

—Calla, querida —dijo Dimas—. No debes hablar todavía. Lo que hice...

—Entonces tenía razón —continuó—. Eso no es todo. Te encuentro aquí, despreocupado de tu búsqueda, atendiendo a una muchacha en una choza, dejando a un lado tus estudios y tus elevadas metas para hacer de cocinero y de pinche, y todo por una que hasta hace poco no era sino un bobo muchacho. ¿Por qué te tomas tantas molestias por mí, Dimas?

Dimas no pudo contestar en seguida. Se hincó de rodillas junto a la cama y tomó su mano entre las suyas.

—¡Oh, querida! —tartamudeó—. ¿Sólo te he parecido un enmohecido erudito, envuelto de corazón y alma en mis pergaminos, preocupado únicamente por los indescifrables garabatos y los acres humos de su taller? Perdóname, Radegonde, si

eso es lo que te he parecido. Nuestro viaje me ha enseñado que soy un hombre, con todos los pensamientos y deseos de un hombre.

—Evitas mi pregunta —murmuró la muchacha.

—No, no la evito, pero la respuesta no me atrevo a darla todavía. Estás débil, y debo ser tanto médico como enfermera para ti. ¿Cómo voy a preocupar tu mente, y tal vez hacer que me tengas miedo? Sólo diré esto: no sigas pensando en mí como hermano Dimas, estudiante e investigador de los caminos dudosos, sino que piensa en mí como un hombre dispuesto a cumplir con tus menores órdenes.

Radegonde, satisfecha, apretó suavemente su mano, y se recostó sobre la almohada, sonriente.

CAPÍTULO XXVI

EN UNA TUMBA PUEDE HABER ALGO MÁS QUE HUESOS

Sobrecogidos, asombrados, maravillados por su buena fortuna, Hubert y Gita miraron el tesoro milagrosamente revelado. Entonces la visión se esfumó lentamente, la luz azul disminuyó, y el oro y las joyas desaparecieron. La cueva quedó sumida en la oscuridad, pues el helecho, cumplida su mágica misión, perdió su brillo dorado y se quedó convertido en una planta marchita.

—¡Oh!, Hubert —susurró Gita—, ¿puede ser verdad? ¿Nos ha engañado el helecho, tentándonos con una imagen del oro de las hadas?

—No —dijo Hubert—, debemos continuar hasta el final. Es decir, debemos abrir la tumba y ver con nuestros propios ojos bajo una luz natural si el tesoro está ahí o no. De todos modos, no me gusta la idea de perturbar los restos del santo ermitaño.

Thomas juzgó llegado el momento oportuno para presentarse. Tosió de una manera que casi pareció un rugido.

Gita lanzó un chillido furioso, y se arrojó al pecho de Hubert, ahogándole con su abrazo y ensordeciéndole con sus gritos.

—¡Suéltame, en nombre de todos los santos! —gritó él, pero Gita se aferró con más fuerza y chilló con mayor desesperación cuando intentó liberarse de ella—. Suéltame, o, ¿cómo quieres que te defienda o que ni siquiera haga la señal de la cruz?

—Es inútil discutir con una mujer asustada, muchacho —dijo Thomas, sin que le oyeran; con pedernal y acero reavivó el fragmento de antorcha restante. Luz en mano permaneció erguido, asomando de cintura para arriba por encima de la tumba.

Hubert dio un paso atrás, arrastrando a la chica consigo. Gita, al percibir la luz, volvió la cabeza y vio a Thomas; lanzó un chillido que superó todos sus esfuerzos anteriores. Ralph Terven se levantó al lado de Brackenridge.

—¡Avaunt, espectros! —exclamó Hubert, y, consiguiendo liberar un brazo, hizo la señal de la cruz en el aire. Gita emitió un último chillido gorjeante y se desmayó.

—Así está mejor —dijo Thomas con aprobación, y salió de detrás de la tumba—. Ahora que la moza estará callada durante un rato, podremos explicarnos.

Hubert retrocedió hasta la pared, sujetando a Gita con una mano y preparando la otra para la acción. Thomas, al ver que el joven seguía alarmado, se sentó sobre la tumba.

—¿Caliente? —murmuró para sí mismo, pasando la mano sobre el lugar donde el fantasma había estado sentado—. No; entonces espero que sea para mejor.

Sonrió alegremente al desconcertado Hubert.

—Ahora, jovencito —dijo—, no hay necesidad de cruces y exorcismos. Somos hombres de carne y hueso, aunque reconozco que nuestra sangre está algo congelada por los chillidos de la muchacha. Mi amigo... acércate, Ralph, y déjate ver, es un ermitaño un poco más santo que Ernucio y ni mucho menos tan muerto, y yo soy un inofensivo vejete que no te desea ningún mal. Deposita a la moza sobre el suelo y dale una gota de este licor; te garantizo que volverá en sí.

Dubitativo y desconfiado, Hubert obedeció.

El líquido ardiente chorreó entre los dientes de Gita. Tosió, se atragantó y revivió.

—No vuelvas a chillar, muchacha —dijo Thomas—. Te suplico que no chilles. He explicado a este inteligente muchacho quiénes somos, y él te dirá que no hay razón alguna para la alarma.

Gita se sentó y miró al orador. La apariencia de Brackenridge era pintoresca pero tranquilizadora. Sonrió, y se puso en pie.

—Debéis admitir, señor —objetó—, que vuestra aparición fue bastante inesperada.

—¿Inesperada? —repuso Thomas—. Oh, no; vinisteis buscando un tesoro, según creo, y me encontrasteis a mí. Buscabais joyas; mirad mi nariz. ¿Habéis visto alguna vez un rubí más hermoso?

Gita se rió, y se volvió hacia Hubert.

—Con el susto se me olvidó el tesoro —dijo—. Hay luz suficiente; ¿no vas a intentar desenterrar las joyas?

—Espera mientras enciendo una antorcha nueva —interrumpió Thomas—. Ahora —continuó cuando la nueva luz llameó—, en lo tocante a ese tesoro, mi amigo Ralph y yo hemos visto lo que habéis hecho, y estamos dispuestos a ayudaros a obtenerlo.

—¿A cambio de una parte? —preguntó Hubert dubitativo.

—¡Oh!, no. Yo necesito poco en la vida aparte de comida y bebida, y Ralph es un ermitaño que desprecia los bienes de este mundo. ¿Podéis creerlo? El muy tonto tiene una casa y tierras en su hogar, pero le gusta hacer de solitario y vivir de raíces y bayas como una cabra.

—Basta de eso —dijo Terven, sonrojándose al observar la sonrisa divertida de la muchacha—. Puede que ya no siga siendo un ermitaño; tengo muchas cosas sobre las que reflexionar. En todo caso, estoy dispuesto a ayudar a estos jóvenes tal y como has sugerido, Thomas.

—Eso es muy amable por su parte —contestó Hubert, pero seguía vacilante, dudando de si podían ser víctimas de algún truco para robarles su hallazgo a Gita y a él—. Carecemos de herramientas para abrir la tumba, y eso es lo primero que necesitamos.

—Yo iré a buscarlas —dijo Gita, y Hubert dejó escapar un suspiro de alivio.

—Sí, eso será lo mejor —aprobó Thomas—. Nuestro joven amigo tiene dudas sobre nuestra buena fe, y aborrecería dejar el tesoro a nuestra merced. No, no te sonrojes, muchacho, es natural.

—De todos modos tengo que irme —continuó Gita—. Mi padre ya hará suficientes preguntas tal y como están las cosas, pero si no vuelvo a casa en toda la noche, no habrá forma de tranquilizarle. Me iré a dormir el poco rato que queda hasta el alba, y volveré por la mañana con herramientas y comida.

—Así habla una moza sabia e inteligente —dijo Brackenridge—. Y no olvides la bebida, querida. Cavar es un trabajo que da sed.

Iluminó su camino hasta la boca de la cueva, y vio cómo desaparecía en la oscuridad.

—¡Dios me bendiga! —reflexionó—. Se me ha olvidado por completo contarle a Ralph que su hija está en las proximidades, buscándole. ¡Pobrecilla! Me pregunto qué habrá sido de ella. Le prometí a Dimas que intentaría encontrarla, y aquí estoy, metido en la caza de un tesoro. Bueno, bueno, mañana será otro día, y habrá tiempo de sobra para contárselo a Ralph entonces. Tal vez me ayude en mi búsqueda de la doncella, y eso le cure de sus fantasías enfermizas.

Regresó con los otros dos, y se estiró en el suelo al lado de ellos. Los murciélagos que moraban en el techo oyeron música fantástica aquella noche.

Los rayos del sol tardaron en penetrar hasta las profundidades de la cueva. Fue ante tres hombres recién despertados ante los que se presentó Gita a la mañana siguiente, cargada con una pesada cesta en cada mano y llevando sobre su robusto hombro una palanca y una pala. Thomas observó con satisfacción que asomaban cuellos de botella entre los manteles que cubrían la cesta.

—¿No dije que era una muchacha sabia? —comentó—. Lo primero vamos a desayunar, pues abrir tumbas es un trabajo escalofriante incluso cuando dentro hay riquezas.

Comieron y bebieron con buen apetito mientras Gita miraba, pues ella ya había comido.

—Si sobra algo de comida... —empezó, y Thomas se rió.

—¿Qué, acaso mi apetito te sorprende? —preguntó—. Pues no es nada comparado con mi sed.

—No, no —contestó—. Comed, y que aproveche. Sólo iba a decir que, si sobra algo de comida, no la volváis a dejar en la cesta, pues necesitaremos algo para llevar el tesoro.

Thomas se volvió hacia Hubert.

—¿Estáis comprometidos, muchacho? —preguntó—. ¿Lo estáis? Entonces en verdad tienes un tesoro, una moza que piensa en todo. Vamos, chicos, pongámonos a ello. Dame la palanca y pronto habremos quitado la tapa de los huesos del viejo.

Golpeó cuidadosamente la mampostería hasta que se hizo un agujero bajo una esquina de la cubierta. Insertando la punta de la palanca en el agujero, dejó caer todo su peso sobre el otro extremo. La losa se levantó un poco sobre su hueco.

—¡Aguanta ahí! —exclamó Hubert, y hundió la punta de la pala en la hendedura. Poco a poco los dos hombres fueron moviendo la losa hasta que quedó libre en todos

los puntos. Terven se adelantó para ayudar, y la piedra lite levantada y retirada de la tumba.

—Polvo y huesos —dijo Thomas, mirando dentro—. Ralph, tú que eres el más santo de todos, toma las reliquias sagradas y ponías a un lado.

Terven obedeció, cogiendo los huesos uno por uno al principio, y luego agarrando a puñados los fragmentos más pequeños. La burla de su supuesta santidad le había irritado, y parecía mostrar deliberadamente escasa reverencia hacia los restos de su predecesor.

Cuando no quedó nada más que polvo, Thomas puso la pala en manos de Hubert y le dijo que se metiese dentro de la tumba y cavase.

—Empiezo a olerme la razón por la que el viejo zorro dormía de noche en su tumba —dijo Brackenridge, secándose la frente—. Tenía los frutos de sus robos bien enterrados debajo de él, donde nadie podía tocarlos sin despertarle. Sigue cavando, muchacho. La tierra tiene que ser escasa, pues por aquí todo son rocas, y el ermitaño no pudo excavar demasiado. Debió de traer tierra de la orilla del río para ablandar su cama y para cubrir las chucherías.

Una paletada de tierra salió volando de la tumba y se desparramó sobre el suelo. Con un grito de alegría, Gita se inclinó y sacó de entre la arena algo que refulgía pálidamente.

—¡Un collar de rubíes! —exclamó, y frotó el polvo de las joyas con su mandil mientras los hombres la rodeaban.

—Desde luego que son rubíes —confirmó Thomas, humedeciéndose el índice y el pulgar y limpiando las piedras con los dedos—. Rubíes engastados en oro de artesanía antigua, y que valen el rescate de un rey. Póntelos alrededor del cuello, preciosa; te sentarán maravillosamente.

—Éstos no —respondió Gita, pero se puso el collar y bajó el mentón para admirarlo—. Soy demasiado pálida para piedras rojas como éstas, pero le habrían quedado muy bien a Radegonde, ¿no crees, Hubert?

—¿Radegonde? —exclamó Terven, y Thomas repitió:

—¿Radegonde? ¿De qué Radegonde hablamos?

—¡Oh! —dijo Gita, sorprendida por su interés—, se trata de una chica que conocí ayer por la mañana, y que ahora ha desaparecido, vestida con mis segundas mejores ropas.

—Esto hay que investigarlo —dijo Thomas—. ¿Qué clase de chica era? ¿Tenía el pelo oscuro?

—Y los ojos grises —contestó Gita—, ojos grises con largas pestañas negras. Era chiquitaja, y delgada; mis ropas necesitaron muchos alfileres y remiendos antes de que pudieran valerle.

—Ralph, viejo camarada —dijo Thomas, poniendo una mano persuasiva sobre el pecho de Terven—, te supliqué antes que abandonar esta lunática vida de ermitaño, y ahora la decisión está clara. La Radegonde de la que hablan es tu hija, que ha

venido a buscarte.

—¿Cómo, está aquí? —exclamó Terven.

—Aquí, sí, aunque, ¿quién puede saber qué ha sido de ella? Lo último que supe es que estaba en gran peligro, un peligro, escúchame bien, Ralph, al que se vio atraída porque la abandonaste en tu egoísta interés por tu propia alma. Según parece, escapó, y por sus propios esfuerzos y sin ayuda de nadie. El padre que debería haberla protegido estaba lejos, convertido en un miserable y quejumbroso ermitaño.

Con un gesto despectivo se apartó de su amigo y volvió a hablar con Gita.

—Dime, querida, ¿cómo y cuándo conociste a la muchacha, y cuándo la viste por última vez?

Gita relató brevemente su aventura de la mañana anterior, y contó cómo había vestido a Radegonde y cómo le había dado de comer; cómo juntas habían ido a la hoguera de San Juan, y cómo por último había echado de menos a su nueva amiga.

—Así que, en el mejor de los casos —reflexionó Thomas—, ahora estará perdida en el bosque, expuesta al peligro de los osos y de los ladrones; y en el peor de los casos habrá vuelto a caer en poder del Barón. Pues, Ralph, ¿sabes lo que hizo tu mocita, esa tierna niña a quien abandonaste para que se defendiera sola en este mundo cruel? De una prisión de la que haría falta un hombre astuto para fugarse, ella, por medios que desconozco, consiguió escapar, y en una noche negra descendió por una pared lisa y un acantilado mareante. ¡Avergüénzate, hombre! ¿Dejarás que una chica de tanto coraje quede huérfana?

Intimidado por los reproches de su amigo, Ralph Terven se cubrió la cara con las manos y se dejó caer sobre un asiento de piedra. Thomas seguía mirándole, medio con desprecio medio con lástima, cuando le tiraron de la manga. Se encontró con el rostro de Gita.

—Decidme, señor —susurró—, ¿de verdad que Radegonde ha hecho todo eso?

—¿Todo eso? ¡Ah!, y más por lo que yo sé. ¡Oh!, es una excelente moza, que se arriesgó a los peligros y penalidades de un duro y espantoso peregrinaje para encontrar a este pedazo de carroña de cura lloriqueante.

—La tenía por una muchacha valiente —dijo Gita con decisión—. Volved a poner la piedra y olvidémonos un tiempo del tesoro. Vayamos a buscarla. Le daré este collar de rubíes, y cualquier otra cosa que quiera. ¡Vamos, volved a poner la piedra! Ayúdale, Hubert. Ya habrá tiempo para oro y para joyas cuando la hayamos encontrado.

—¡Oh, qué magnífica muchacha! ¡Oh, qué excelente moza! —exclamó Thomas—. ¿Oyes eso, Ralph? ¿Qué, va a ser una desconocida más bondadosa con tu carne y con tu sangre que tú mismo, su padre?

—Tienes razón, Thomas, viejo amigo —dijo con firmeza—. He sido un cobarde egoísta. Puede que tuvieras razón cuando sugeriste que el sol y los sufrimientos me habían afectado al cerebro. Dame la mano si quieres, viejo compañero, y olvida durante algún tiempo mi egocéntrica penitencia.

—Aquí tienes mi mano, Ralph, con gusto. Olvida mis duras palabras, pues su intención era buena. Necesitaba despertarte de tu estupor. ¿Qué dices a esta moza buena, a su generoso corazón?

—Te debo las gracias no sólo por tu amabilidad hacia mi hija —dijo Terven, estrechando las manos de Gita entre las suyas—, pero no tengo palabras adecuadas para expresar mi deuda. La bondad que has mostrado a mi pobre niña procede de un corazón que vale más que todas las joyas que haya dentro y fuera de la tierra.

—¡Oh, deprisa! —exclamó Gita, sonrojándose ante sus alabanzas—. Pongamos la piedra y vámonos. Vamos al sitio de la fogata de anoche, y sigamos sus huellas. ¡Ay! Pobre muchacha: es por culpa mía que no buscamos anoche. ¡Puede que ahora ya sea demasiado tarde para rastrearla, pero vamos, vamos! No perdamos ni un momento más.

CAPÍTULO XXVII

ÉGLOGA

—¡Oh, qué calurosas y pesadas me resultan estas ropas! —se quejó Radegonde. Todavía iba vestida con las segundas mejores vestiduras de Gita.

—Lo pensé —dijo Dimas, lavando un plato mientras hablaba—, pero cuando te trajimos por vez primera consideré más sabio dejarte tranquila el mayor tiempo posible, así que te tumbé en la cama tal y como estabas. Desde entonces, durante los dos días transcurridos, no he sugerido ningún cambio, ya que la cama es pobre y lamentablemente sucia. Esta misma mañana, sin embargo, envié a Grip a la ciudad a comprar sábanas y toallas: ahora, si lo deseas, podrás tumbarte limpia y cómodamente.

—Cuanto antes mejor —contestó con voz fatigada.

Dimas dejó a un lado el plato seco y se acercó a la cama. Los dos últimos días le habían visto asumir los puestos de cocinero, médico y pinche por turnos; a estas obligaciones había añadido por fuerza la de amo de casa, atendiendo las necesidades de alimentos y provisiones que cubría con la ayuda de Hans y Grip. El jorobado sentía devoción por Radegonde, venerándola como el salvaje adora a una estrella que relampaguea en sus cielos. Por bien de ella se aventuraba en las calles y mercadillos de la ciudad, arriesgándose a un encuentro con los hombres del Barón, despreciando los burdos chistes de los comerciantes y las esposas que se asombraban por sus extraordinarias compras. Provocado por éstos en broma con la sugerencia de que debía de tener una esposa y familia escondidas para quienes compraba artículos tan extraños, había adoptado la defensa de insinuar la existencia de una bella cautiva del Barón cuyas necesidades debía atender. Le gustaban más las horas pasadas en el bosque con Hans. Entre el gigante y el tullido había brotado un extraño afecto. Ahora estaban fuera, en los bosques, concentrados en capturar delicada comida para la inválida.

Robiga, desde la primera orden, no había vuelto a entrar en la cabaña. Hans mismo, al encontrarla acechando entre los árboles, había desafiado sus hechizos y su venenoso rencor para mantenerla a distancia.

Dimas puso un brazo bajo los hombros de la muchacha y otro bajo sus rodillas; suavemente la levantó de la cama.

—Siéntate un rato junto a la puerta, querida —dijo—, mientras te pongo las nuevas sábanas.

Radegonde se quedó observando la vida de los pájaros y los insectos en la hierba y sobre las ramas, dando la bienvenida al cálido sol de junio. Todavía estaba débil,

pero los caldos y guisos de Dimas, a pesar de que eran toscos y sin sazonar, habían empezado a darle nueva vida. Poco a poco el recuerdo de las brujas había regresado, pero su frágil estado hacía que no se sintiera afectada por el horror de sus experiencias. El espantoso momento en que fue raptada junto a las cenizas del fuego, el terror y el aborrecimiento que había sentido mientras estaba en manos de las brujas, el pánico mareante de aquellos minutos ante el altar, todo estaba borroso como imágenes de un sueño perverso. Su último y más claro recuerdo era la alegría de oír la voz de Dimas mientras repartía golpes a las viles brujas con una banqueta de madera.

—Listo, corazón —dijo Dimas, y la recogió en sus brazos de nuevo para llevarla a la cama. Descansó contenta en su abrazo, la cabeza apoyada lánguidamente sobre su hombro. Éste, a pesar de su pintoresca mezcla de erudición y simpleza, a pesar del tenue aroma de lo cómico que había detectado en él durante su viaje, éste era un hombre, amable y bueno, pero fuerte para cuidar de ella, y valiente para defenderla.

La depositó dulcemente sobre las frescas sábanas.

—Así, muchachita —dijo—, te dejaré un rato, sin alejarme más allá de la puerta, mientras te quitas las ropas y te metes en la cama.

Se retiró, cerrando cuidadosamente la puerta detrás de sí. Radegonde, con los dedos débiles, forcejeó con nudos y lazos.

Era demasiado difícil. Todos los movimientos la cansaban, y no tenía fuerza en las manos. Se desplomó exhausta, con lágrimas de rabia en los ojos, ardiendo en deseos de sentir la frescura de las sábanas.

—¡Dimas! —gritó débilmente; entonces, como no le había oído, suspiró más fuerte—. ¡Dimas!

Él abrió la puerta y entró.

—¿Qué ocurre, querida, qué te pasa? —preguntó con preocupación, al verla cubierta de lágrimas.

—No puedo hacerlo, Dimas —sollozó—. No puedo desvestirme. Tendrás que ayudarme.

—¿Yo... yo...? —tartamudeó, y luego recuperó la calma. No debía permitir que la muchacha pensara que su sugerencia era poco común—. Muy bien, querida —dijo seriamente, y, siguiendo sus instrucciones, desabrochó alfileres, cintas y lazos, retiró gentilmente el vestido y las enaguas, y bajó las alegres medias rojas.

—¿Así está mejor? —preguntó, echando la sábana encima de ella, que se había quedado sólo con su larga camisa.

—Me siento tan sucia y pegajosa —gimió ella, y no hubo forma de consolarla.

El peligro de la fiebre no había desaparecido de ninguna manera. No había que permitir que se excitara o que despilfarrara con lágrimas las pocas fuerzas que había recuperado. Dimas tomó una decisión. Al fin y al cabo, pensó, débil como estaba, había que tratarla como a una niña.

—Calla, corazón —dijo—, no llores. El agua pronto te hará sentir dulce y limpia.

Sacó agua de la charca del arroyo y la calentó sobre el fuego de carbón. Dulcemente le sacó la camisa sobre la cabeza, dejándola cubierta sólo por la sábana. Levantando sus hombros, extendió una toalla bajo ella, y con su tela suave empezó a lavar su cuerpo. Mientras la lavaba y secaba por partes, sus manos descubrieron una nueva ternura, y la compasión por su indefensión añadió a su amor cada vez más profundo una palpitación de intensidad.

La nueva frescura y comodidad fueron calmando paulatinamente las lágrimas de Radegonde. Cuando hubo terminado, estaba felizmente radiante entre las sábanas.

—Esto es maravilloso suspiró contenta, y se acurrucó profundamente en el lino fragante. Dimas estaba ocupado vaciando el agua y fregando el suelo húmedo. Verle atareado con estas labores domésticas tuvo el efecto acostumbrado sobre ella, una sensación de seguridad por estar con semejante hombre mezclada con un afecto caprichoso. Le llamó; él se acercó a la cama.

—Dimas —dijo—, el otro día te hice una pregunta, y no quisiste contestarla. ¡Oh!, sé que evitaste contestarla muy hábilmente, pero ya he salido de peligro y tu astucia no me engaña. Contéstame ahora, te lo exijo.

Las venas de Dimas ardían, pero intentó contemporizar.

—Corazón... —empezó.

—¡Ah, «corazón»! —se burló de él—. Cuando me llamas así, sé que voy a ser tratada como una niña. No soy ninguna cría, sino una mujer adulta. Dime, ¿cuál es la respuesta a mi pregunta? ¿Por qué te tomas tantas molestias conmigo?

Parecía que no había salida, pero Dimas todavía no se atrevía a declarar su amor. ¿Cómo podía decirle a esta muchacha a quien acababa de lavar y atender como un bebé, a esta criatura delicada tan completamente dependiente de él para todas las necesidades, que la amaba?

—Sería una auténtica bestia y no un hombre si hubiera hecho menos de lo que hice por ti —dijo—. Y, durante estos días de intimidad, desde que me encontré contigo por vez primera, con el aspecto exterior de un alegre muchacho que pescaba en el Dique en Wickdene, ¿podría evitar sentir simpatía por ti, que en cierta medida dependes de mí?

—Así que solamente ha sido el sentido del deber —suspiró Radegonde—. Arrodíllate ante mí, Dimas, como hiciste el otro día. Así, toma mis manos entre las tuyas. ¿Me dices ahora que no es más que la simpatía y el deber lo que te hace esforzarte por mi comodidad? ¿Es la amistad suficiente para hacerte olvidar el elixir y para disipar las elevadas esperanzas que habías alimentado?

—Nada más que eso —respondió Dimas con firmeza, e inclinó la cabeza.

—Qué lástima —dijo Radegonde, sonriendo débilmente—; qué lástima, pues yo también había alimentado mis propias esperanzas debido a tus cuidados. Pues verás, Dimas, amigo... ¡oh!, ¿tienes que obligarme a decirlo?... verás, Dimas, ocurre que yo te amo.

Toda la sangre que contenía el cuerpo de Dimas le subió a la cabeza y se acumuló

en sus orejas. Su corazón casi dejó de latir.

—¡Cómo, Gabriel, Radegonde! —exclamó—. ¿Es cierto? No, no, estás jugando conmigo, y es una crueldad por tu parte, una crueldad mayor de lo que puedes imaginar; pues, Radegonde, sabes bien... ¡ah! ¡Sin duda lo sabes! A pesar de mi extremo cuidado debes de haber visto que te amo, que te adoro más allá de cualquier remedio o consuelo. ¡Oh!, mi preciosa, mi querida, mi delicada y adorada niña, sin duda sabrás que en mi corazón sólo hay lugar para una cosa, y es el amor hacia ti. Mi adorada, ¿por qué juegas conmigo, por qué me tientas a decirlo? Sé que no puedes amarme, que el que yo te hable de amor es algo risible. Eres la criatura más bella que existe sobre la faz del buen mundo de Dios, y a ti te debo de parecer un patán grosero, un hombre, comparado con tus tiernos años, ya en el umbral de la edad mayor, pero te amo, querida, te amo. Y ahora te burlarás de mí, te mofarás de mí, pero al menos sabrás que te amo.

Radegonde deslizó un brazo alrededor de su cuello; él obedeció a la débil presión que le atraía hacia ella.

—¿Y por qué iba a burlarme? —le preguntó con ternura—. ¡Ah!, sí, Dimas, sabía que me amabas, pero no querías decirlo, y era agotador estar esperando a que hablaras. ¿Dudas de mí, querido? ¿Te parece extraño que ame a quien ha demostrado ser un hombre, con una dulzura y una paciencia mayores que las de cualquier hombre? No sigas dudando, querido, pues, si hablé como si lo hiciera de broma, recuerda que no podía hacerlo de otra manera, ya que tú no habías hablado. Escúchame decirlo de nuevo completamente en serio: te amo, Dimas. ¿Te ha convencido eso? Te amo.

La leve presión de su brazo aumentó. Su rostro estaba próximo al de ella, y sus ojos miraron a los ojos de ella, que centelleaban con una luminosidad desconocida. Con un sollozo de felicidad, Dimas cedió en su incredulidad y buscó ansiosamente sus labios, que contestaron a los de él, cálidos, suaves y cariñosos.

Cuánto duró ese beso es algo que Dimas no podría decir. Se arrodilló en una feliz turbación mientras los últimos harapos de su antiguo yo se desprendían de él. Ya no era el humilde médico, despreciado por el Abad que le empleaba, amenazado por el Limosnero y mirado con recelo por los hermanos. Toda aquella vida era un sueño medio olvidado, un estado vegetativo como aquel de la crisálida antes de que estalle su recubrimiento. Amaba y era amado. ¡Oh, qué rara fortuna! Había encontrado su virilidad y su pareja.

El beso terminó, y Radegonde dejó caer su cansada mano de su cuello. Todavía arrodillado, él mantuvo las manos de ella aferradas entre las suyas; hizo la pregunta que inevitablemente procede de los labios de todos los amantes recién declarados.

—¿Cuándo empezaste a amarme, querida?

—¡Oh!, Dimas, creo que fue cuando te acercaste a mí por primera vez y me salvaste de un chapuzón en el Dique. Tres días y tres noches había estado sola, anhelante, aunque ni siquiera lo reconocía ante mí misma, de compañía humana.

Entonces viniste tú, con los faldones de tu hábito remangados, y me reí, pues parecías tan desvalido. Sí, hombre sabio, un marimacho vagabundo pensó que estabas desvalido. Quería burlarme de tu solemnidad, pero al mismo tiempo quería cuidar de ti de alguna manera. Pero luego, en el camino hacia Londres, nunca te mostraste impaciente ante mis quejas, me esperaste y me ayudaste cuando me cansaba, y noté que allí había un hombre, gentil y fuerte, en quien podía confiar. Incluso entonces temí que sólo fueras como un buey, sin ningún fuego dentro, pero esa idea se esfumó cuando peleaste tan valientemente en la capilla en ruinas. Y ahora dime, Dimas querido, ¿cuándo supiste tú que me amabas?

—¡Oh!, corazón —dijo—, cuando te vi por vez primera, como un muchacho alegre en tu aspecto exterior, pensé qué hijo habrías sido para mí, pues la larga vida en el claustro me había hecho mayor que mis años, y mi corazón se entregó a ti. A lo largo de nuestro viaje te observé, asombrándome de mi propia ternura. Luego, la mañana de tu desaparición, Thomas me dijo que eras una muchacha, y supe cuál era mi problema. Era el amor, vida mía, y es el amor lo que ahora hace que mis manos tiemblen al sujetar las tuyas, y lo que hace que mis labios ansíen besar tus dulces labios de nuevo.

CAPÍTULO XXVIII

VARIAS ACTIVIDADES DE GRIP

El Loco Hans había salido con un cargamento de carbón vegetal hacia la pequeña ciudad de Waldstadt, y Grip se sentía solitario. Mientras vagabundeaba desconsolado por el bosque, la brillante luminosidad de su nueva vida estaba nublada por la penumbra. Dimas y Radegonde últimamente estaban tan absortos el uno con el otro que al tullido no le apetecía entrometerse entre ellos. No es que fueran menos amables que cuando, una semana antes, habían tomado refugio en la cabaña del carbonero, pero, con la sensibilidad de los deformes, Grip sentía que su presencia los limitaba, y cada vez había buscado con mayor frecuencia la compañía del gran Hans. Y ahora Hans, que ya no podía dejarse ver en Dachsenberg con tranquilidad si no quería encontrarse con los hombres del Barón, debía llevar sus mercancías a una distancia demasiado agotadora para que le siguieran sus piernas retorcidas.

Con la vara de avellano que llevaba, Grip golpeó despectivamente sus torcidas rodillas, la razón de su soledad. Intentó animarse con el recuerdo de la promesa de Hans de regresar al cabo de dos días, y de consolarse con el recordatorio de Radegonde de que su presencia ayudaría a protegerla. Era buena y dulce; pero —y maldijo su deformidad—, ¿qué necesidad había para la mínima protección que él pudiera ofrecer si llegaba la ocasión, ya que siempre tenía a su lado a ese robusto muchacho de Dimas? Anhelaba la oportunidad de demostrarle que podía ser realmente útil.

La corriente de sus oscuras meditaciones fue interrumpida por un crujido a sus pies. Alguna pequeña criatura se escabullía entre las hojas caídas, y, mientras Grip observaba atentamente, desapareció en un agujero en la tierra. El muchacho se sobresaltó con celoso interés; conocía poco de los bosques y sus habitantes; esta cosita viva podría ser buena comida para Radegonde si conseguía echarla a la cazuela. El agujero en el que se había metido era lo bastante grande para seguirla. Sin vacilación, Grip se lanzó de cabeza y empezó a excavar.

Ya había avanzado contoneándose en la oscuridad durante algunos metros cuando empezó a preguntarse si no se habría precipitado. ¿Y si esto fuera el cubil de un lobo, o de un tejón, o incluso de un oso? Apretado como estaba, no le apetecía una pelea en la oscuridad contra garras y dientes invisibles. No obstante, siguió arrastrándose.

Una luz brillaba más adelante. La madriguera, pues, tenía dos salidas, y fuera lo que fuese que estaba persiguiendo, había escapado. Era inútil retroceder, pues la luz que tenía delante estaba más próxima que el agujero por el cual había entrado.

Respiró más libremente al alcanzar la desembocadura, y descansó un momento

antes de empezar a forcejear para liberarse. En aquel instante escuchó la voz de Robiga.

—No me cabe la menor duda, mi querida Trolpin —estaba diciendo la bruja—. Duerme de noche atravesado en la puerta de la cabaña, pues les he espiado desde los troncos.

—¡Oh, la sangre de ese hombre es de leche y agua! —respondió Trolpin burlona—. ¿Es que la cama de la zorra no es lo bastante ancha para los dos?

—Sí, aunque se pusieran lado con lado —se rió Robiga—. Pero parece que no piensa en eso. Se besan y se achuchan cuando no tienen encima otros ojos que los míos, pegados a una hendidura de la pared, pero aparte de eso, sigue siendo un hombre santo a pesar de sus conocimientos y del poder que lleva consigo.

Grip contuvo el aliento, y se asomó cautelosamente hasta que pudo sacar la cabeza por el agujero. Las brujas estaban debajo de él, pues la madriguera terminaba en la pared de una cantera en desuso, y las arpías estaban sentadas al pie de un joven árbol que crecía en aquel pozo.

—¡Ah!, el poder, concentrémonos en eso —dijo Trolpin—. ¿No podrías birlarle el amuleto mientras duerme, cortando el cordón que le rodea el cuello, y por azar hundiendo tu cuchillo en el cuello mismo?

—Con facilidad —se burló Robiga—, y tendría un pedazo inútil de metal en las manos. ¿Es que ni siquiera sabes, hermana, que el amuleto pierde su poder si es robado?

—¡Qué extraño! —contestó Trolpin—. Por lo común estas cosas suelen ganar potencia cuando se obtienen por dichos medios, especialmente si se añade algún derramamiento de sangre. ¿Dices que le tentaste y que rehusó? ¿Qué hace un necio tan pusilánime con un amuleto de tanto poder, que podría ser de incalculable valor en nuestras manos? Por no hablar de que, al quitarnos a la zorrita, nos privó de los beneficios que esperábamos obtener del ritual del viejo Albrecht.

Miró de reojo a Robiga, y luego se inclinó hacia ella para susurrarle roncamente al oído.

—Hermana, si no podemos conseguir el amuleto, ¿no podemos al menos quedarnos con la chica?

—Lo he pensado —dijo la otra—, pero no me atrevo a ofender tan gravemente al portador del amuleto. Mas tienes razón; Albrecht predijo que obtendríamos grandes ganancias cuando extrajéramos y tomásemos la sangre de una virgen. Pero, ¿qué necesidad hay de pensar sólo en esta chica? Hay otra, de lo más robusta, a la que ya le he echado el ojo. Escucha, hermana. ¿Conoces la cueva del ermitaño?

—He oído hablar de ella, pero soy nueva en esta parte del bosque, como bien sabes, Robiga.

—¡Ay, ay! Viniste aquí huyendo con tu nieta después de algún pequeño lío referente a una esposa que dio a luz un niño con orejas y dientes de lobo.

—No me hables de eso; la necia buscó mi ayuda, pero no dijo bien los

encantamientos, o de lo contrario habría muerto su esposo, que es lo que me pidió. Dime, mejor, ¿qué hay en esa cueva del ermitaño?

—Bueno, si sigues el río a lo largo de aproximadamente media milla contra la corriente, encontrarás un peñasco que se cierne sobre el cauce. En lo alto de ese peñasco hay una cueva donde habitaba en tiempos un ermitaño que tenía gran reputación de santo, aunque a mi madre le dijo su abuela, a quien se lo contaron otras aún más antiguas, que las muchachas de su época contaban historias singulares. Pero dejemos eso. La moza de la que hablo va a diario a la cueva, por razones que no puedo adivinar. A veces va sola, y a veces con un joven, un patán del bosque.

—¿Entonces es seguro que pueda servir a nuestros propósitos?

—¡Hum! Había olvidado ese aspecto. Pero podemos asegurarnos de esa cuestión cuando la tengamos en nuestras manos. Reúne a las hermanas, Trolpin, mientras yo sigo vigilando la cabaña. Atraparemos a la muchacha cuando esté sola, y entonces... bueno, la capilla sigue en pie.

—Bien —dijo Trolpin—. Y hablando de la capilla, ¿qué se ha hecho del viejo Albrecht?

—Sin duda su alma se la ha llevado el Diablo, y le deseo que disfrute de su pieza. En cuanto a su cuerpo, lo enterramos en la cripta, excepto por un recuerdo que me quedé en memoria de nuestros días de amor. ¿Quieres verlo, Trolpin? Lo tengo aquí, en mi bolsa. ¡Mira!

—Una noble reliquia para un hombre tan viejo —se rió la otra—. Y bien sabes que hay un uso para ella.

—Por supuesto. Me la quedé no sólo como recuerdo; cuento con utilizarla en nuestro próximo gran Sabbat. Ahora vete, Trolpin, y reúne a las hermanas, pues están desperdigadas y tardaremos tiempo en convocarlas. Yo vuelvo a vigilar la cabaña.

Durante el coloquio de las brujas, Grip había mantenido sus ojos fijos en ellas. Al verlas a punto de levantarse, se retiró silenciosamente de vuelta al escondrijo.

Tan concentrado había estado en no perder palabra de su conversación que no había visto más que a las que hablaban. Ahora, al mirar directamente al frente de su escondite, observó una gran protuberancia en un árbol que había enfrente del agujero, el árbol a cuyo pie estaban sentadas las dos. Sabía lo que significaba esa protuberancia; Hans le había advertido que no trastease con los nidos de abejas y avispas. Todavía llevaba su vara de avellano, y las brujas estaban debajo.

Con un rápido golpazo, el nido quedó abierto. Las avispas se derramaron, zumbando con furia. Grip se obligó a retirarse más profundamente en su refugio.

—¡Ay! —chilló Robiga, apartándose de la cara las punzantes furias—. ¡Échate las enaguas sobre la cabeza, hermana, pues Belcebú nos ha arrojado sus demonios encima!

Maldiciendo y berreando, dio el ejemplo que Trolpin trató de imitar. La bruja gorda se agarró las faldas con una mano mientras repelía a las avispas con la otra. Como era tan gruesa, tuvo que forcejear y gruñir, pues las laidas no se dejaban subir.

Robiga, aventurándose a sacar un ojo del refugio, vio las dificultades de su compañera; inclinándose, agarró las ropas de la otra y tiró de ellas violentamente hacia arriba.

—Gracias, hermana —gimió Trolpin, embozando su cara hinchada. Al momento siguiente lanzó un alarido salvaje y dio un salto en el aire. Robiga había levantado demasiada ropa, y las avispas habían encontrado una zona espaciosa donde desahogar su indignación. Trolpin salió corriendo, subiendo por la pendiente más alejada hasta el bosque, chillando y maldiciendo mientras bailaba y saltaba como una vejiga poseída por un diablo. Robiga, a salvo excepto por una mano expuesta, miró de soslayo a su amiga, cacareando una carcajada, y partió por su propio camino.

—Esos agujijones os mantendrán ocupadas un rato —murmuró Grip cuando se fueron—. A ver si el Diablo vuestro amo os los puede sacar con sus garras.

Esperó que las avispas se tranquilizaran antes de aventurarse a salir contoneándose de la madriguera. Con cada zumbido del nido roto se detenía, temiendo un nuevo ataque dirigido hacia él. Incluso cuando hubo salido del agujero juzgó más sabio no descender al suelo, y eligió mejor deslizarse hasta lo alto del pozo. Ya conocía el camino hacia el río y, después de alcanzar la orilla, partió siguiendo la ruta de media milla contracorriente que había mencionado Robiga. Si ya no podía hacer ningún gran servicio a Radegonde, al menos podía demostrarse a sí mismo su valía impidiendo que otra muchacha cayera en las zarpas de las brujas.

—Un peñasco que cuelga sobre la corriente —repitió—. Aquí es; y la cueva está en la parte superior. No se ve a ninguna chica en las inmediaciones. Entraré en la cueva y esperaré a que llegue.

Subió por la escarpada pendiente, confiando más en la fuerza de sus brazos que en la incierta ayuda de sus despreciadas piernas. En su avance observó que los pies al pasar habían señalado un estrecho sendero; utilizándolo como guía, llegó a la boca de la cueva y miró dentro.

Una ancha mano se apretó contra su boca, y un fuerte brazo le rodeó el cuerpo. Alguien había oído su llegada, y se había escondido junto a la entrada para atraparle. Forcejeó y pataleó en vano; su captor le sujetaba firmemente. Grip miró el rostro del hombre, y, con una oleada de alegre alivio, reconoció a Thomas Brackenridge.

—¡Dios nos guarde! Si es mi amiguito Grip —dijo Thomas, retirando su mano y aflojando la presión de su brazo—. ¿Qué te trae por aquí, muchacho? Pero se me olvidaba que no puedes contestar, pobre desgraciado.

—Pues claro que puedo —protestó Grip—. Mi mudez no era más que un hechizo impuesto sobre mí por mi antiguo amo, y ahora está muerto.

—No hace falta que te muestres tan alegre por eso —dijo Thomas—; es decir, si es que esa horrible mueca representa el placer. Déjalo, buen chico. Mira, Ralph, sal de tu escondrijo y conoce a mi alegre y joven amigo.

Terven salió del extremo más alejado de la cueva y miró con interés y algo de perplejidad al prisionero de Brackenridge. Ralph ya no era el ermitaño sumido en la

penitencia que había encontrado Thomas. Se había recortado la barba y, con la ayuda de Hubert, se había procurado ropas decentes; vestía las ropas campesinas con una dignidad extraña a ellas. En sus ojos volvía a brillar el fuego de la vida; el temor por su hija, fortalecido por una semana de fracasos en descubrir el menor rastro de ella, le había dado un propósito que cumplir, y volvía a ser un hombre.

—No tengas miedo, jovencito —dijo con una grave sonrisa, observando cierta alarma en los ojos del jorobado—. Cualquier amigo de Thomas es amigo mío. Siéntate y comparte el refrigerio que podemos ofrecerte.

—¡Ah! —dijo Brackenridge con aprobación—, cada día te pareces más a lo que eras, Ralph. Ven, Grip, come y bebe, recuerdo que tienes un apetito excepcional, y cuéntanos mientras tanto qué buen viento te ha traído hasta aquí.

Con la boca llena, Grip echó un vistazo a la cueva. Estaba vacía, excepto por sus dos anfitriones y por él mismo.

—Hay una chica que viene aquí... —empezó.

—¿Sí? ¿Y cómo sabes tú eso? —preguntó Thomas agudamente, lanzando una mirada penetrante al muchacho.

—... y está en peligro —continuó Grip, disfrutando de su repentina importancia. Seguro de tener la atención de sus oyentes, relató cómo, escondido en la madriguera, había oído los planes de las dos brujas para capturar a Gita.

—Hay algo en todo esto que no entiendo —dijo Brackenridge cuando terminó el relato—. ¿Qué intención tienen las brujas al raptar a esta muchacha?

—¿Puede ser que hayan adivinado...? —preguntó Terven, haciendo un gesto hacia la tumba.

—¿El tesoro? Tal vez. ¿Oíste decir algo de oro o joyas, Grip?

El chico agitó su enorme cabeza.

—Nada de eso —respondió—. Lo que quieren es su sangre.

Ahora no había duda de que recibía toda su atención. Hizo una pausa, saboreando el interés de su público, y continuó.

—Aunque el viejo Albrecht ha muerto y no puede ayudarlas, cuentan con lo que les contó de las virtudes de la sangre de una virgen. Así que, al haber sido privadas de Radegonde...

Terven se puso en pie de un salto, y Thomas se inclinó rápidamente hacia delante.

—¿Radegonde? —exclamó Terven, con tal ferocidad que el chico se encogió atemorizado.

—Rápido, muchacho —susurró Thomas con urgencia—, ¿qué sabes de Radegonde? ¿Está bien? ¿Está viva? ¡Habla, muchacho, por amor de Dios, habla!

—Está perfectamente —contestó Grip malhumorado, molesto porque le hubieran estropeado su historia. Luego, cuando los dos hombres lanzaron exclamaciones de alivio, recuperó su buen humor.

—Perfectamente, o casi —dijo—. Lo ha pasado mal, pero Dimas la ha curado muy hábilmente.

—¿Dimas? Ése es el buen mozo de quien te hablé, Ralph —dijo Thomas—. Si la muchacha está con él, todo va bien, pues he visto señales de que la hombría regresaba a él de la misma manera que ha regresado a ti.

—Eso da igual —exclamó Terven—. ¿Puedes llevarnos hasta ella, mi buen muchacho? Soy su padre.

Grip se arrastró en una desagradable danza.

—¿No dije que podría servirle de ayuda? —exclamó—. ¿Su padre? Venid rápido, mis señores.

Salió tambaleante de la cueva, y los otros le siguieron. Thomas levantó al tullido y se lo puso sobre los hombros.

—Así iremos más deprisa —dijo—. Indica el camino, hijo mío, y hacia allá iremos a nuestro mejor paso.

Se apresuraron a bajar por la orilla del río y hacia el bosque; entonces Grip insistió en utilizar sus propias piernas y abrir el paso. Llegaron hasta un pequeño claro donde, junto a un arroyo burbujeante, se levantaba una tosca cabaña, con la puerta abierta de par en par.

—¡Chitón! —les advirtió súbitamente Grip y, cuando se detuvieron, el muchacho señaló el costado de la cabaña, donde una figura oscura se agazapaba. Era Robiga.

Los tres cambiaron de dirección, bordeando el claro para llegar al sirio donde la bruja atisbaba a través de un resquicio entre los troncos. A pesar de lo silenciosamente que avanzaban, Robiga debió de oírles, pues cuando llegaron al lugar en que la habían visto, ya había desaparecido.

Con un dedo sobre los labios para ordenar silencio, Thomas se agazapó igual que lo había hecho la bruja. Levantándose al momento, hizo una señal sonriendo a Terven para que ocupase su lugar.

Radegonde, vestida con las ropas de Gita, estaba sentada sobre la cama, peinándose su corto pelo mientras Dimas, arrodillado en el suelo delante de ella, sujetaba un plato de peltre pulimentado como un espejo. La chica se detuvo, y con el peine en la mano, volvió su cabeza de lado a lado, mirando por el rabillo del ojo para estudiar el efecto. Por último se sintió satisfecha, y sonrió cálidamente a Dimas.

—Ahora te toca a ti, querido —dijo ella—. Deja el espejo sobre la cama y ponte recto mientras te peino. ¡Quieto, señor! ¿Cómo voy a desenredarte la coronilla si no paras de intentar abrazarme? Así, ya está. Mírate en el espejo y observa lo guapo que te he dejado.

Pero Dimas miró sobre el borde del plato que ella sujetaba delante de él, y contempló con adoración los ojos de Radegonde, que se encontraron con los suyos con una carcajada.

—Recordad, señor —dijo con juguetona seriedad—, que os peinaré todos los días cuando estemos casados.

—Me temo que no tendrás trabajo durante muchos años, corazón —contestó tristemente—. Mi pelo ya clarea, y en muy poco tiempo puede que no me quede

suficiente para peinarlo. Tengo casi el doble de tu edad, querida; soy casi lo bastante mayor como para ser tu padre.

—¡Ah!, pero no eres mi padre, Dimas, sino mi hombre, mi pareja. Y me ayudarás a buscar a mi padre, ¿verdad, querido? He sido tan feliz estos últimos días contigo, que me alegré de que mi debilidad me impidiera continuar mi búsqueda; pero ahora vuelvo a estar fuerte, o casi fuerte, y no soporto seguir descansando sin salir a buscarle. ¿Me dejarás, mi querido Dimas? ¿No me dirás que la búsqueda es desesperada e intentarás disuadirme de que la continúe?

—No, no, querida. Tan pronto como estés completamente bien nos casaremos, y luego, juntos, continuaremos tu peregrinaje. El mío ha terminado. Ya no busco la vida sin fin, aunque mi vida tiene ahora un valor y una alegría como nunca había conocido. He descubierto parte del significado del oráculo del muerto Yusef. Todas las cosas deben marchitarse y morir. Sin el crecimiento, el cambio y la muerte, la vida no existe. La piedra dura, cuyo cambio es demasiado lento para que nuestros ojos lo noten, nunca podrá tener para nosotros el patético encanto de la flor que en un breve verano crece de semilla a hoja y de hoja a flor, sólo para marchitarse y mezclarse con la oscura tierra marrón. Todo esto lo veo ahora con claridad, mis cegatos ojos abiertos aquella espantosa noche por el temor de haberte perdido.

Sus brazos la rodearon al terminar, y sus labios se inclinaron hacia los de él. Ralph Terven se apartó discretamente del lado de la cabaña, e hizo a Tomas y Grip un gesto para que le siguieran. Cuando estuvieron bajo el refugio de los árboles, envió a Grip a anunciar que venía Thomas, sin que dijera nada de que había alguien con él.

Tan rápido como sus piernas retorcidas pudieron llevarle, Grip cruzó el claro y llegó hasta la puerta de la cabaña.

—¡Amo, amo! —exclamó excitado, feliz de recuperar el entusiasmo de un rato antes—, amo, he encontrado a tu amigo de nuevo.

—¿Qué, Thomas? —exclamó Dimas—. ¿Dónde está? ¿Viene? ¿Oyes eso, querida? ¡El viejo Thomas ha aparecido de nuevo!

—Y aquí está —dijo Thomas en la puerta, y se adelantó para agarrar la mano de Dimas. Radegonde, sentada sobre la cama, irradiaba alegría y estiró ambas manos hacia él.

—¡Ah!, mi preciosidad —dijo Brackenridge—, no te veía desde que eras un muchacho. No te sonrojes, querida, te sentaba muy bien, y echaré de menos el muchacho descarado que eras. Pero vuelves a ser una doncella, y una joven doncella necesita un padre. ¡Ralph, déjate ver!

—¿Ralph? ¿Padre? —gritó Radegonde, y se puso en pie tambaleante mientras Terven entraba en la cabaña. Durante un momento retrocedió, mirando con perplejidad al desconocido; luego avanzó vacilante para recibirle y cayó en sus brazos. Dimas, lleno de preocupación porque la emoción la perjudicara, observó ansiosamente durante uno o dos minutos, y luego siguió a Thomas hasta fuera de la cabaña, dejando a padre e hija a solas.

CAPÍTULO XXIX

UN RASTRO DE ORO

Uno tras otro, todos los miembros del grupo contaron su historia, y llegó el atardecer antes de que hubieran terminado. Thomas, con un par de enamorados y un padre recién hallado entre las manos, sintió que recaía sobre él la obligación de ser práctico.

Sugirió que se retirasen a la cueva. Era impensable que volvieran a separarse, y la cabaña sería un alojamiento demasiado estrecho. La cueva era espaciosa, y el tesoro no debía quedar sin protección; cesta a cesta, Hubert ya se había llevado una parte del botín, pero la mayor parte todavía permanecía escondida con los huesos del ermitaño.

El traslado se hizo pronto. Terven quería llevar a hombros a su hija, pero ella insistió en intentar hacer el viaje sin ayuda y, aunque cansada, necesitó escaso apoyo excepto cuando treparon al peñasco.

Un agradable encuentro la aguardaba. Gita había llegado a la cueva al ocaso, como era su costumbre, y contempló con asombro, que fue seguido por alegría, la llegada de la nueva población. Las dos chicas se abrazaron cálidamente, e intercambiaron el relato de sus aventuras, hablando ambas al mismo tiempo de una forma incomprensible para los hombres que las acompañaban. Gita se sintió extasiada al descubrir que su súbita amiga se había comprometido igual que ella.

—Y has elegido un buen hombre —observó, mirando con admiración a Dimas, que estaba en la boca de la cueva con Terven—. Yo nunca pensé que me casaría con un simple muchacho, y habría elegido un hombre como el tuyo, de no ser porque me enamoré de mi pobre Hubert.

—No te habría convenido, Gita —se rió Radegonde—. Una esposa como tú necesita mano dura de vez en cuando, y Dimas no te tocaría un pelo. Sin embargo Hubert...

—¿Crees que sería capaz de pegarme? ¡Que lo intente! —y los ojos de Gita centellearon.

—¡Ay! —dijo Brackenridge—, eres una moza fuerte, y estaba pensando que con una fuerza como la tuya, añadida a la de nuestros cuatro hombres y un muchacho, podríamos llevarnos tu tesoro cuando quieras.

—¿Mi tesoro? No es sólo mío. ¿Crees que Hubert y yo seríamos tan desagradecidos como para llevárnoslo todo y no dejar nada? No, no; compartiremos, y compartiremos a partes iguales; hay suficiente para todos y más que de sobra.

—Eres una buena muchacha, Gita —dijo Thomas, llevándosela aparte—. No quiero nada para mí, como te dije hace días, y Ralph Terven tiene un orgullo

inflexible. Sin embargo, algo de tu fortuna le evitaría muchas preocupaciones, si lo aceptara. Ralph tiene una mansión en casa, un hogar y un pedacito de tierra, pero sus campos están desolados por la falta de regadío y otras necesidades, y no tiene con qué pagar su mejora. Ésta es la razón que le llevó a la resbaladiza ciencia de la alquimia, y esto fue lo que le hizo buscar por último cómo conseguir el secreto de la fabricación del oro en Oriente. Ahora bien, si consiguieras persuadirle para que aceptase parte del tesoro...

—Puedo persuadir a Radegonde, al menos —dijo Gita—, y su padre no tiene por qué saberlo, ni tampoco Dimas, hasta que estén muy lejos, en Inglaterra.

—Aún mejor. ¿Sabe Hubert lo que pretendes?

—Lo sabe, y me apoya de todo corazón. Le oigo subir por la pendiente; pregúntale, y verás que está tan dispuesto como yo a compartirlo.

Brackenridge se dirigió obediente a la entrada, pero Hubert se apresuró a entrar sin fijarse en él. El joven llegaba sin aliento y obviamente perturbado. Apenas respondió al saludo de Gita antes de empezar a hablar jadeante.

—A menos que nos apresuremos, estamos perdidos —dijo—. Antes de la medianoche el Barón caerá sobre nosotros.

—¡Tranquilo, tranquilo! —dijo Thomas, mientras los otros se sobresaltaban—. Tómame tu tiempo, muchacho, y explícanos qué quieres decir.

—Bueno —dijo Hubert—, sabéis que esta mañana, como de costumbre, me llevé algo del oro en la cesta. No una cesta llena, pues eso pesa demasiado, pero no obstante un buen cargamento, pues me estaba impacientando por sacar de aquí el tesoro. El caso es que el pañuelo en el que iba envuelto el oro debió de deshilacharse, o tal vez el peso fuera excesivo para él, pues, cuando llegué a casa, una o dos monedas se deslizaron por el fondo de la cesta y tintinearón sobre el suelo.

—Empiezo a entender qué quieres decir —dijo Thomas—; crees que las otras piezas pudieran haberse caído por el camino, dejando un rastro que pudiera seguir cualquiera que las hallase.

—¿Que si lo creo? Lo sé. Cuando venía hacia aquí esta tarde, vi a dos hombres delante de mí, y me eché a un lado, entre los arbustos, para dejarles paso libre. Eran dos de los hombres del Barón, uno el que llaman Dirk, y otro más. Dirk estaba enseñando al segundo individuo un puñado de monedas de oro, y decía:

—Esto es todo lo que he podido encontrar, pero sin duda hay un depósito mayor en la cueva, pues el necio llevaba una bolsa pesada colgada del brazo cuando vi caer la primera moneda.

»—¿Qué? —dijo el otro—, ¿y vas a decírselo al Barón? ¿Por qué no nos lo quedamos todo nosotros, muchacho?

»—Eres un idiota —dijo Dirk—. Llevo todo el día vigilando la cueva, y hay allí más hombres de los que tú y yo podemos atacar, por no mencionar a la muchacha. No, vamos a contárselo al Barón, y sacaremos todo lo que podamos.

—¿Eso es lo que oíste? —dijo Thomas—. Hum, entonces debemos prepararnos

para nuestros visitantes.

—¿Dónde podemos obtener armas? —dijo Terven. Los últimos rastros del ermitaño habían desaparecido, y estaba impaciente por entrar en acción.

—Sí, las necesitaremos. Hubert, muchacho, ¿podrías volver a la ciudad, o a tu propia aldea, y conseguirnos un par de hachas? Todos tenemos cuchillos, pero contra soldados necesitaremos algo un poco más pesado.

En aquel momento se oyó un grito fuera de la cueva, y un ruido como de un gran pájaro aleteando. Thomas, Dimas, Ralph y Hubert acudieron corriendo al sonido, y estallaron en carcajadas. Robiga, la bruja, yacía maldiciendo y forcejeando en el suelo mientras Grip sujetaba firmemente sus tobillos con sus poderosas manos.

—¡La tengo! —gritó el jorobado exultante—. Vino a espiar, y puede que a raptar a Gita.

—Bien hecho, muchacho —aplaudió Thomas, y agarró con firmeza las muñecas de la arpía. Ella le escupió y espumarajeó, pero él permaneció impassible.

—Un pedacito de cuerda, vamos —pidió, y Hubert, como buen hombre de bosque, sacó una madeja de tralla de su bolsillo. Robiga pronto estuvo atada de pies y manos, y quedó murmurando maldiciones y obscenidades.

—Olvidamos que teníamos dos grupos de enemigos a los que enfrentarnos —dijo Terven—. Debemos asegurar firmemente a esta arpía hasta que estemos preparados para los otros. ¿Qué opinas, Hubert? ¿Podrías traer alguna clase de arma? ¿Hachas, por ejemplo?

—Si me voy ahora, pudiera ser que encontrase el camino cortado a mi regreso —objetó Hubert.

—No, si vienes en barca —sugirió Dimas—. Debimos pensar en eso antes. Con una barca podemos escapar todos, y llevarnos el tesoro con nosotros.

—Una idea feliz, sin duda —dijo Terven—. Márchate, muchacho, y vuelve con la barca y las armas lo más rápido que puedas. En cualquier caso, es posible que estemos bajo asedio antes de que regreses.

Hubert puso reparos a abandonar a Gita, pero fue convencido. Cuando se hubo marchado, el resto del grupo se empezó a preparar para la defensa.

—Lo pasaremos mal si caen sobre nosotros antes de que tengamos esas hachas —dijo Thomas—. Dimas, ya has tenido una idea inspirada; ¿no se te ocurre alguna otra forma de retrasar a los atacantes?

—Se me acaba de ocurrir una forma en este preciso instante —contestó Dimas—. No necesito nada más que un pedacito de cable.

—Aquí hay hilo —dijo Gita, ofreciendo la madeja que estaba enrollando.

—Servirá; con eso me basta —dijo Dimas, y pidiendo a Thomas que le ayudara, se dirigió a la tumba del ermitaño. Terven y Grip siguieron amontonando piedras a la entrada, observando cautelosamente cualquier signo del esperado ataque.

La noche había caído, después de un largo crepúsculo, y la joven luna estaba hundiéndose tras las nubes oscuras. La cueva se oscurecía.

—Ahora, que nadie tenga miedo —llegó la voz de Thomas desde las profundidades de la cueva, y una figura escalofriante salió sacudiéndose. A pesar de la advertencia, ambas muchachas emitieron gritos de terror, y Grip sintió que su pelo se ponía de punta. Un esqueleto, todo fuego azul, salía tambaleante hacia la entrada.

—No hay razón para la alarma —se rió Thomas—. Dimas es un tipo ingenioso. Ha unido los huesos del viejo Ernucio y los ha frotado con fósforo. El viejo pícaro es un juguete simpático, ¿verdad?

Dimas, lleno de orgullo por su obra, enrolló cordeles alrededor de las protuberancias de la roca dentro de la entrada, y colgó el esqueleto de manera que se balanceara hasta quedar oculto a un lado. Al tirar de una cuerda, se columpiaba en medio de la entrada de la cueva, sacudiéndose y crujiendo. Robiga, atada en un rincón, lo contempló horrorizada.

Thomas se fijó en la mirada de la arpía.

—Será mejor que silenciemos a nuestro pajarito —dijo—. Muy bien, señora, no estoy pensando en cortarte el cuello ni ninguna otra agradable medida.

Tomando el resto del hilo y una toalla, le aplicó una efectiva mordaza. Dimas, con placer juvenil, siguió tirando de la cuerda de su nuevo juguete.

—Vuelve a guardarlo, amigo —dijo Ralph Terven con una sonrisa—. Escóndelo a un lado hasta que llegue el momento de utilizarlo.

Dando un tirón, Dimas le obedeció.

CAPÍTULO XXX

LA DEFENSA DE LA CUEVA

Pasó una hora mientras, dentro de la cueva, todos esperaban ansiosamente a Hubert o a los atacantes. Grip afilaba su cuchillo contra la piedra.

Al pie del peñasco se oyó el sonido de una piedra rodando.

—A vuestros puestos —susurró Terven—. Chicas, quedaos al fondo de la cueva, detrás de la tumba.

Las pisadas se acercaron sigilosamente. Cuchillo en mano, Terven abrió los oídos para adivinar el número de sus atacantes; era imposible saberlo; puede que media docena, tal vez más.

Se produjo un silencio fuera. Entonces, de pronto, un grupo de hombres salió corriendo hacia la cueva. Dimas tiró de su cuerda.

El ataque se interrumpió con un aullido de terror cuando el esqueleto bailó sonriente en la entrada. Un hombre tropezó y cayó al retroceder de un salto ante la escalofriante imagen; otros chocaron con él y rodaron pendiente abajo. Un rugido de cólera anunció que el Barón mismo había sido derribado y caía dando vueltas.

—¡Así descienda una plaga sobre vuestras almas, cobardes! —atronó su gran voz—. ¡Una jauría de perros que huye aullando de un muerto! ¡Ayudadme a levantarme, pusilánimes! Con el cogote roto y todo, soy más hombre que todos vosotros juntos.

—¡Atención! —susurró Terven, y se echó a un lado cuando el Barón atravesó precipitadamente la entrada, haciendo tintinear horriblemente los huesos azulados al apartar el esqueleto. Los alertas defensores saltaron sobre el intruso, Dimas y Ralph agarrando sus brazos para impedir que usara la maza o el puñal, mientras Grip y Thomas lo buscaban a tientas en la oscuridad. No podían propinar ningún golpe por temor a herir a un amigo. La maraña de hombres forcejeó, osciló y resolló. Había que acabar cuanto antes, pues los seguidores del Barón estaban recuperando el valor y se podían oír sus pasos aproximándose.

Grip encontró una pierna que, por su recubrimiento de cuero, reconoció como del Barón. Atacó el cuerpo perteneciente a la pierna, y su cuchillo, dirigido demasiado bajo, desgarró el muslo del Barón. Siguió un rugido de ira y dolor mezclados, y el Barón, liberando su brazo derecho de la presa de Terven, soltó un golpe con su maza. Grip cayó hacia atrás.

Entonces Dimas, desesperando de ser capaz de asestar un golpe, echó sus brazos alrededor del intruso y, con un fuerte impulso, lo levantó en el aire. La maza rozó su cabeza y su hombro, pero no soltó su presa. Con un giro que le hizo tambalearse a él mismo, arrojó al Barón a través de la entrada, derribando a dos de los secuaces que

seguían a su señor.

—¿Quién ha hecho eso? —jadeó Terven, cuando el tumulto de la cueva cesó y se oyeron los gemidos de fuera—. ¿Has sido tú, Dimas, quien ha arrojado al Barón? Bien hecho, yerno.

Era la primera mención que el padre de Radegonde hacía a la relación entre su hija y Dimas. Éste aceptó con gratitud la señal de aprobación, y se sintió animado a hacer cualquier hazaña que pudiera exigírsele.

—¡Parlamento! —gritó una voz fuera de la cueva.

—Apartaos —susurró Terven—. Esto probablemente sea alguna trapacería; pudiera ser que disparasen al oír el sonido de nuestras voces, si han traído arcos o ballestas.

En voz alta contestó:

—¡Hablad! ¿Qué queréis?

—Habéis dejado sin sentido o matado al Barón —dijo la voz de Dirk—, pero quedamos ocho listos para liquidaros. Tenéis oro, y una chica que el Barón reclama como suya. Dadnos las dos cosas, y os dejaremos en paz.

Thomas puso la mano sobre la boca de Terven y susurró algo a su oído. Ralph lanzó una risita, y estaba a punto de contestar al soldado cuando intervino Dimas.

—Pedid tiempo para pensarlo —instó—. Tengo otra inspiración, como las llamáis.

—¿Cuánto? —preguntó Terven—. ¿Quince minutos? Bien.

Se dirigió al negociador Dirk:

—Dadnos media hora para decidirlo.

—¿Media hora? —fue la respuesta—. No. Quince minutos, si lo deseáis.

—De acuerdo —gritó Terven, y añadió con un susurro dirigido a Dimas—. ¿Qué es lo que has pensado?

En respuesta, Dimas levantó a la atada Robiga en brazos y la llevó a la parte posterior de la cueva. Allí, donde la curva de la pared le escondía de la entrada, encendió una antorcha y la puso en un nicho.

—Thomas, vigila la boca de la cueva para que no haya sorpresas —ordenó—. Ralph, ven a ver lo que voy a hacer.

Quitó la mordaza a la bruja, y, sacando el Amuleto de Phthoiah de su pecho, lo puso delante de sus ojos. Ella parpadeó en señal de obediencia.

—Afirmas que puedes transformarte en una doncella rolliza —dijo Dimas—. ¿Puedes hacerlo ahora?

—¡Ay!, amo, si me desatas, y si me traes mi cestilla —dijo sumisamente.

A una señal de Dimas, Terven salió de puntillas a la parte exterior de la cueva y trajo la cesta. Dimas cortó las ataduras de la bruja, y ella se puso en pie.

—¡Ay! —gruñó mientras estiraba sus entumecidas articulaciones—; te advierto, amo, que, con tan escasa preparación, la transformación sólo durará unas horas.

—Será suficiente —dijo Dimas—. Adelante.

La bruja se inclinó sobre su cesta, y quitó el sucio harapo que cubría su contenido. Tanteando, sacó primero un omóplato y luego una vejiga de unguento. Sujetando el hueso delante de ella, miró los caracteres místicos que tenía grabados, y empezó a murmurar un extraño encantamiento. Después de unos instantes, se quitó las vestiduras y empezó a ensuciar su escuálido cuerpo con los contenidos de la vejiga, sin dejar de murmurar sus hechizos. Una vez más tomó el omóplato, y lo miró en silencio.

Un escalofrío recorrió su forma marchita. Las profundas arrugas empezaron a desvanecerse como la escoria se limpia del metal fundido, y la carne hundida se hinchó y redondeó. Con un gesto de la mano, que ahora era suave y bien formada, echó hacia atrás los rizos ondulantes que milagrosamente cubrían su hasta entonces calvo cráneo. En lugar de una bruja repugnante, ante los dos espectadores se alzaba ahora una muchacha esbelta, de calidez sonrosada, divinamente tímida, sus ojos brillantes refulgiendo con dubitativa confianza.

—¿Estás satisfecho, amo? —susurró con coquetería.

—Conoces tu oficio —contestó fríamente Dimas—. Lástima que, con un exterior tan bello, no puedas tener una mente que le corresponda. Si estás lista, regresaremos a la parte de fuera de la cueva.

Las lágrimas brotaron de los atractivos ojos, y la transformada Robiga cruzó los brazos sobre su lindo pecho en señal de modesta súplica.

—No me enviarás ahí fuera con esos toscos hombres, amo —suplicó—. ¡Perdóname, oh, perdóname!

Terven tiró a Dimas de la manga con insistencia.

—No podemos hacerlo —dijo—. Sería infame echársela a esos brutos. Déjala, y rechazaremos su oferta, y que sea lo que Dios quiera.

—¿Qué? —exclamó Dimas—. ¿Es que te engañan una forma bien modelada y unos ojos llorosos? —se rió con crueldad, y arrastró a Robiga hasta ponerla en pie, pues había caído aferrada a las rodillas de Terven—. Arriba, bruja —ordenó—. ¡Arriba! Por el poder del amuleto exijo tu obediencia. Saldrás hacia el Barón cuando se te arroje, y no dirás ni una sola palabra durante una hora entera.

Permaneció inmóvil, y Dimas se volvió una vez más a Ralph Terven.

—Recuerda —dijo—, aunque su exterior parezca cambiado, es nada menos que la bruja que raptó a tu hija y la destinó a un vil final. Recuérdalo, como hago yo, y desprecia sus ardides.

Terven se frotó los ojos con la manga, parpadeó, y asintió con la cabeza. No obstante, dejó que fuera Dimas quien se ocupara de conducir a la bruja, mientras él se quedaba atrás un instante para apagar la antorcha con un sentimiento de compasión culpable en el corazón.

Dimas echó una capa sobre Robiga, y la sujetó con fuerza mientras susurraba a Thomas. Durante todo este tiempo, Brackenridge había vigilado atentamente la entrada, desconocedor del cambio que se había producido en la apariencia de la arpía.

Rió sonoramente cuando recibió la noticia.

—¡Se acabó el tiempo! —exclamó la voz de Dirk—. ¿Qué vais a hacer? ¿Entregaréis a la chica y el oro, o entramos a por ellos?

—Intentadlo si os atrevéis —respondió Thomas valientemente—; podemos responder de nosotros mismos. El oro es nuestro, y nos lo quedaremos. En cuanto a la chica, no significa nada para nosotros; si os contenta, tomadla y marchaos.

—¡Necio! ¿Qué tontería es ésta? —gritó el portavoz furioso—. El oro solo tal vez lo aceptaríamos, pero la chica...

Dejó de hablar súbitamente, como si le hubieran puesto una mano sobre la boca. Hubo una conferencia en susurros entre los atacantes. Por último, con un tono distinto, Dirk continuó hablando.

—Os concederemos una tregua de una noche a cambio de la chica —dijo—. Pero os advierto que, si el Barón vive, podéis contar con que volvamos mañana con una fuerza mayor.

—Siempre seréis bienvenidos, preciosos —se burló Thomas—, y cuantos más, mejor. Abrid paso para recibir a la moza.

Dimas susurró la orden, y Robiga salió sin resistirse de la cueva. Un jaleo en el exterior anunció que se habían hecho con ella.

—Ahora —gritó Dirk confiado—, la chica puede que no signifique nada para vosotros, pero a menos que nos deis el oro sin dilación, le cortamos la garganta. ¿Queréis escuchar la música del grito de muerte de una doncella?

—Corta lo que quieras, cariño —contestó Brackenridge, pero Terven le agarró del brazo.

—No podemos consentirlo —susurró—. Es una bruja malvada, pero no podemos dejar que la maten a sangre fría.

—¡Bah, Ralph! —contestó Thomas—. Como mucho fingirán que la matan. Debemos de haberles asustado mucho; esto es un último esfuerzo, y además desesperado, para conseguir el tesoro por la vía más fácil.

En verdad, por la discusión que se podía oír procedente de los soldados, era obvio que se estaba promoviendo un ataque inmediato. Los tres hombres de dentro de la cueva se prepararon una vez más.

De pronto, un hombre chilló como un conejo asustado. El chillido acabó en un espantoso gorjeo.

—La cuenta de Dirk está saldada —gritó la voz salvaje del Loco Hans—. ¿Algún otro necesita que le retuerzan el cuello?

Un grito furioso respondió, y se oyó el sonido de golpes pesados. En medio del estrépito se podía oír la voz de Hubert unida a la de Hans. Dimas salió corriendo de la cueva, seguido por Ralph y Thomas, y se unió a la confusa pelea de la pendiente. En breves minutos, no se oyó nada más de los hombres del Barón que el ruido de los pies que huían corriendo.

—Una lamentable pandilla —comentó Hans, llegando hasta la boca de la cueva.

Se volvió y gritó a los fugitivos—. Volved a llevaros a vuestros heridos; no queremos vuestras sobras.

Los pies que corrían se detuvieron, y luego volvieron arrastrándose cautelosamente.

—No les prestéis atención —dijo el gigante—. Han tenido más de lo que pueden tragar. ¿Dónde está la preciosa doncella? Encontré a este joven cargando una barca, y tuvo el sentido común de pedirme ayuda.

—¡Ay! —dijo Hubert—, y casi rompe el remo, con tanta furia remó. La barca está escondida detrás del peñasco; Hans quería sorprender a los hombres del Barón y quedarse con toda la pelea para él solo. ¿Estamos a salvo? Entonces subamos a bordo, pues, después de lo de esta noche, no podemos atrevernos a quedarnos en las tierras del Barón. La parte del tesoro que llegué a llevarme ya está dividida entre el padre de Gita y el mío, y ahora será mejor que cojamos el resto y nos vayamos.

—Cierto —dijo Thomas—. Espera mientras enciendo una antorcha. Desengancha los huesos del ermitaño, Dimas; están allí, donde el Barón los arrojó. Salid, chicas, el peligro ha pasado.

La luz refulgió, y las muchachas salieron de su refugio detrás de la tumba. Gita lanzó una exclamación, y se inclinó para investigar algo con lo que había tropezado.

—Rápido, traed aquí la antorcha —pidió. Thomas se apresuró a obedecer. Había una nota de alarma en la voz de la muchacha.

La llama iluminó a Grip, su rostro mortalmente pálido, tirado sobre el suelo de piedra. Sus ojos estaban cerrados, y tenía las manos apretadas sobre la boca del estómago. Thomas observó con tristeza que la sangre le rezumaba entre los dedos.

—Pobre muchacho, pobre e infeliz muchacho —murmuró—. Durante toda su vida le faltó la suerte, y ahora ha perdido la oportunidad de tener mejor fortuna.

Hans lanzó un juramento profundo, y Terven movió la cabeza compasivamente. Dimas, con lágrimas en los ojos, se arrodilló junto al tullido.

—Grip, amiguito —dijo—, Grip, ¿estás muerto? —Palpó su pecho y notó que el corazón aún latía—. Grip, querido muchacho, ya estamos a salvo, y tú has sido el más valiente de todos.

El jorobado sonrió y entreabrió los ojos.

—Le di al Barón algo para que me recuerde —murmuró—. Se la clavé en el muslo, sí; pero él me ha matado.

Thomas comprendió, horrorizado, que si la historia del posadero era cierta, aquella criatura tullida era el hijo del Barón. Entonces el padre, por cuyos pecados el hijo había nacido contrahecho y había vivido infeliz, había terminado su trabajo matando a su vástago.

—Grip, muchacho —dijo Dimas, tirando gentilmente de las manos cerradas—, deja que examine tu herida. Puede que no sea fatal.

El muchacho agitó la cabeza.

—He visto suficientes heridas en el castillo —contestó débilmente— y nunca vi

que un hombre viviera con el diafragma partido. No, estoy acabado, y no lo lamento. Sólo que... ¿está Radegonde aquí?

—Aquí estoy, querido Grip —dijo ella, poniendo la mano sobre su húmeda frente—. ¿Puedo hacer algo para aliviarte?

—Puedes aliviar mi partida —respondió el tullido—. No duraré mucho más, y me gustaría decirte antes de entrar en la oscuridad, cuánto anhelaba servirte. Pues... sé que tú no te habrías reído si te lo hubiera dicho antes, pero otros podrían haberse reído. Ahora no me importa que lo hagan.

—¿El qué, Grip? —preguntó, aunque, en un golpe de misericordiosa comprensión, adivinaba la respuesta.

—Te quiero, amor mío —contestó—. A menudo, durante la última semana he soñado con morir así en tu defensa, de forma que lo último que pudiera decirte fuese esto, y ahora se ha cumplido mi deseo. ¡Oh!, soy una criatura truncada, un hazmerreír para algunos, y un objeto de lástima para los que tienen mejor corazón, pero incluso yo puedo amar. Tú amas a un hombre digno, un hombre derecho, tal como yo podría haber sido si hubiera tenido mejor suerte, pero quería que supieras que el tullido te veneraba, y que murió feliz pensando que lo hizo en tu defensa.

Radegonde se tragó un sollozo e, inclinándose, besó al tullido en la frente. Él sonrió, o mejor, ya que hasta la misma muerte se burlaba de él, hizo una de sus espantosas muecas, y volvió a cerrar los ojos.

—¿Está muerto, el pobre muchacho? —susurró Terven, pero Dimas, palpando el corazón del chico, movió la cabeza y pareció desconcertado. Una vez más intentó abrir las manos cerradas, y esta vez no hubo resistencia, pues Grip se había desvanecido. Dimas desabrochó el jubón manchado de sangre y abrió la camisa. No había rastro alguno de herida debajo.

—Thomas, ven y mira —gritó, y Brackenridge acercó la antorcha. La piel del cuerpo del muchacho estaba intacta. Thomas palpó el corazón a su vez, y descubrió que latía vigoroso.

—Extraño —dijo Dimas—. No hay herida, pero sus ropas están empapadas de sangre.

—La sangre del Barón —exclamó Thomas—. Ya lo entiendo todo. El muchacho apuñaló el muslo del Barón y la sangre le chorreó encima. Luego el Barón le dio un golpe en el diafragma que lo dejó sin aliento, y se desmayó. Mañana volverá a ser el mismo.

Los tres hombres, con una losa de pesadumbre retirada de sus hombros, no pudieron contener una sonrisa. Hubert y Gita sonrieron abiertamente, y Hans lanzó una carcajada, pero Radegonde vio el lado patético de lo que había ocurrido. Por la mañana, el jorobado se hundiría en la vergüenza al recordar sus últimas palabras. La heroicidad de su supuesta muerte le parecería tan ridícula como su cuerpo distorsionado. El destino y el azar habían vuelto a gastarle una mala pasada al pobre chico.

Algo en este sentido le murmuró a Dimas. Con la rápida comprensión de un enamorado, lo entendió antes de que hubiera llegado a medio explicarle su pensamiento.

—Puedo remediarlo si está inconsciente —dijo, y, levantando uno de los párpados de Grip, probó la pupila con su dedo. El muchacho no hizo ningún gesto.

Con mano cuidadosa, Dimas pasó el agudo filo de su cuchillo sobre la piel del muchacho.

—Eso dejará una cicatriz suficiente —murmuró, y vendó el corte que había hecho—. Mañana le diremos que mis habilidades le han salvado, y así se evitará saber que su herida no era mortal.

—Y así tú aumentarás tu reputación a bajo coste —dijo Thomas—. No, amigo, sólo estaba bromeando; has hecho algo bueno. Ahora amontonemos nuestros arreos en la barca y partamos mientras todavía hay tiempo. Los hombres del Barón sin duda se han llevado a su amo, vivo o muerto. Confío en que también se hayan llevado a Robiga; habría dado mucho por ver la cara del Barón cuando desenvuelva su regalo.

CAPÍTULO XXXI

MORS VITAE SAL

—¿Hasta dónde pensáis acompañarnos Hubert y tú, Gita? —preguntó Radegonde.

Habían pasado horas desde que la barca partiera de la cueva, y todo el peligro de los hombres del Barón había quedado muy atrás. Aún más, una vez que las emociones de la noche se hubieron disipado, la necesidad de apresurarse pareció escasa. Los atacantes seguramente dudarían en regresar. Cuando Gita propuso visitar su casa para recoger sus ropas y posesiones más queridas, emprendieron de buena gana el breve trayecto contracorriente. Ahora la barca estaba cargada con sus fardos y paquetes.

Grip yacía en la popa, a los pies de las dos chicas. Mientras Gita empaquetaba apresuradamente sus cosas, Dimas, con gran osadía, se había aventurado a entrar en Dachsenberg, y consiguió opiáceos para mantener inconsciente al muchacho. El jorobado se adormeció bajo el efecto de las drogas mientras la barca bajaba rápidamente por el río en dirección al Rin.

En el pueblo de Gita, Hans había abandonado el grupo. Su rivalidad con Dirk había terminado, a menos que un hombre pudiera vivir con el cuello partido, pero se las prometía muy felices con futuros hostigamientos a los hombres del Barón. Tampoco quiso aceptar ninguna recompensa del abundante tesoro que había ayudado a llevar a la barca.

—¿Hasta dónde vamos a acompañaros? —repitió Gita—. Nada más que hasta la próxima ciudad de importancia, y eso será cuando entremos en aguas del Rin.

—¿Por qué no venís a Inglaterra? Seríais bienvenidos en casa de mi padre, o, ya que te atrae la vida de ciudad, podríais estableceros en Londres.

—No, no. Mejor que nos quedemos en la tierra que conocemos, entre gente que habla nuestra lengua. Pero ¿quién sabe? Puede que algún día os visitemos, tal vez cuando Dimas y tú seáis un matrimonio antiguo que ya no desdeñe a los invitados entrometidos.

Radegonde echó una mirada a donde Dimas, empuñando un remo, estaba sentado sobre un banco junto a su padre. Le lanzó un beso; él sonrió en respuesta, y, al hundir su remo demasiado profundamente, estuvo a punto de caerse al fondo de la barca. A partir de ese momento se aplicó al trabajo con mayor entusiasmo que antes.

—Sí —continuó Gita—, queremos ir a una de las ciudades libres, sin Barón jactancioso que ande pavoneándose y pisoteando a la gente. Antaño, mi padre fue mercader, rico y bien considerado, hasta que las pérdidas y la mala salud le llevaron al bosque para ponerse sano y robusto. Con el tesoro que tenemos, Hubert también se

convertirá en mercader. El pobre sabe poco de mercancías, pero yo seré el cerebro de los dos en casa y en el almacén hasta que él aprenda.

—Yo debo dejar todos esos asuntos a Dimas —dijo Radegonde, riendo—. No tiene nada más que sus estudios y sus conocimientos médicos, y mi padre tiene poco que darnos. Sin embargo, no dudo de que prosperaremos, pues él y mi padre son buenos amigos desde ayer, y hombres de tantos recursos, uniendo su inteligencia, nunca podrán pasar hambre. Mientras, ni siquiera las ropas que llevo son mías, sino tuyas.

—Te las puedes quedar tal como están. Aún más, he pensado en ti y en tu viaje; aquel cofre de piel es para ti, y lo que contiene cubre vuestras necesidades.

—Eso es muy generoso —dijo Radegonde—, y un pago más que justo por el par de calzones sin posaderas que te dejé cuando nos conocimos.

Ambas muchachas se rieron, y siguieron charlando mientras la barca descendía por la corriente. Todo el peligro procedente del Barón y sus hombres había quedado muy atrás, y al cabo de unas horas el grupo llegaría al Rin, desde donde todos menos Gita y Hubert partirían para Inglaterra.

En la bulliciosa ciudad donde se encontraban las aguas, la despedida llegó antes de lo que hubieran querido. Por una buena fortuna inesperada, una nave partía aquel mismo día hacia Rotterdam. Los pasajeros se apresuraron a subir mientras Hubert y Gita se despedían desde la orilla. El navío era poco más que una barcaza, y sus cubiertas estaban atestadas de cerdos en corrales, pero se habilitó un pequeño espacio para los viajeros, y Grip se tumbó sobre sacos limpios. Un último grito de despedida a la honrada pareja que quedaba atrás, y el barco se introdujo en la corriente.

—Son una chica muy buena y un muchacho decente —dijo Brackenridge—. Me apena separarme de ellos y pensar que no volveré a verlos nunca más. Confío en que prosperen en sus empresas.

—Sin duda lo harán —respondió Terven—, si, como no tengo duda de que ocurrirá, la muchacha lleva los calzones.

—Yo la he visto hacer eso, padre —se rió Radegonde, y no quiso explicar su hilaridad. Sus amigos ya eran simples motas en la distancia, pero les saludó una vez más con la mano antes de, dándose la vuelta, tomar el brazo de Dimas para llevarle a visitar a Grip en su refugio entre los corrales.

—Bueno, querido Grip —le saludó, encontrando al muchacho despierto y mirando a su alrededor—, ¿cómo te va?

—¿Estoy vivo, entonces? —contestó—. Antes de que vinierais, estaba en un inquieto y maloliente infierno. ¿Cómo es posible que no esté muerto, y que incluso sienta poco dolor?

—¿Crees que te dejaríamos morir tan fácilmente, y que no haríamos ningún esfuerzo por salvarte? Las dotes como médico de Dimas exceden con mucho a lo ordinario. Puede obrar prodigios, como la veloz curación de tu espantosa herida atestigüa. Durante unos días tendrás que consentir en ser vendado, pero Dimas ya

responde por tu vida.

El jorobado miró con agradecimiento a Dimas. Todavía notaba el efecto de las drogas, y estaba claro que sus recuerdos eran dudosos. Frunció el ceño haciendo un esfuerzo de la memoria, y luego habló avergonzado.

—Anoche... ¿fue anoche? —empezó—, cuando me creía muerto, ¿mascullé tonterías? Me parece recordar vagamente que me sentí enajenado de mí mismo y de mis deformidades, y dije lo que habría sido mejor dejar sin decir.

—No dijiste ninguna tontería —dijo Radegonde—. Lo único que dijiste fue que te alegrabas de haber sido útil, aunque te hubiera costado la vida. No fue un discurso indigno, Grip.

—Eso está bien; temía haber dicho alguna insensatez.

No obstante, la voz del tullido tenía un leve deje de decepción. Dimas se lo llevó a hablar con Brackenridge, con cuyo robusto buen humor y sana socarronería siempre se podía contar para barrer cualquier telaraña romántica.

Llegados a Rotterdam, y conseguidos pasajes para ultramar, Dimas subió con el corazón entristecido a la nave rumbo a Londres, pues recordaba sus sufrimientos en el mercante. Hora tras hora permaneció en pie cara a barlovento, confiando en que la fresca brisa calmase en cierta medida los temblores internos contra los que sus habilidades médicas no servían de nada. Llamado a la cena, no acudió al aviso, y, cuando el resto del grupo se fue a sus camarotes cerrados abajo, él permaneció meditabundo e intranquilo sobre cubierta.

El barco se levantaba y zambullía bajo el viento alegre, y la luna menguante, una hoz delgada, brillaba en un cielo sin nubes. El movimiento continuo y la tranquilidad del mar arrullaron a Dimas de cuerpo y mente. Olvidando la amenaza del mareo, dejó que sus pensamientos derivaran hacia el cambio que se había obrado en él mismo durante las últimas dos semanas. Había partido como un humilde y sencillo médico de monasterio, moldeado casi a imagen de los dóciles religiosos que le rodeaban; y regresaba como un hombre, con un recién descubierto fuego juvenil. Pensó en el antiguo campesino que, como Roger Bacon había relatado, encontró por un feliz azar la poción de la vida renovada. Enseñado por largos estudios a buscar un sentido oculto en los viejos relatos, Dimas se preguntó si la historia de aquel viejo rústico podría ser el disfraz de un significado más profundo; si el licor dorado no era más que el embriagador vino del amor que, al correr por las venas de un hombre, le hace desprenderse de las viejas costumbres y le devuelve la fuerza y el vigor.

Fuera como fuese, estaba seguro de que, de todos los sabios cuyos escritos conocía, ninguno había burlado a la Muerte. A todos ellos, uno tras otro, la Muerte les había robado sus laboriosos conocimientos, su orgullo erudito, su pequeña existencia en las bulliciosas moradas de los hombres. Tarde o temprano llegaba a todos, y la alegría que nos producen nuestras posesiones es aún más dulce porque sabemos que un día seremos despojados. Dimas había buscado la vida interminable, ciegamente, sin ver la verdad de que lo que no podemos perder no lo podemos valorar. Incluso

conocer el término de nuestros días, saber en qué hora y de qué forma acabará nuestra vida, privaría a nuestra existencia de su gusto picante. La vida, para ser saboreada plenamente, no puede ser algo que se mida con toda certeza. Incluso sus preocupaciones y dolores los atesoramos cuando sabemos que al momento siguiente podrían sernos birlados hábilmente por la Muerte, el ladrón de lo íntimo.

Dimas se deslizó desde los pensamientos relajados hacia el sueño, medio despierto durante un tiempo al recordar que, para comportarse de forma honorable, debería contarle al Abad lo infructuosa que había sido su búsqueda. El Abad se enfurecería, pero Dimas, el hombre, podía soportar su furia sin conmoverse.

CAPÍTULO XXXII

EL COFRE DE PIEL

Al tercer día, al ocaso, llegaron a Londres, y con toda precaución se abrieron camino por avenidas y callejones hasta la casa de Ibrahim bin Judah. Grip, aferrándose a la mano de Brackenridge, buscaba a su alrededor en vano las célebres maravillas de la ciudad, y arrastraba sus retorcidas piernas con gran desánimo. Dimas, llevando sobre su hombro el pequeño cofre de piel, regalo de Gita a Radegonde, se asombraba de su peso. De todos los del grupo era el que tenía más razones para alegrarse cuando alcanzaron la tranquila calle de Whitefriars.

La casa del judío ya no estaba cerrada a cal y canto. La puerta estaba abierta de par en par en lo alto de las escaleras principales, y Abdallah hacía una reverencia a un sirviente que partía con la librea del Duque de Hampshire.

—Vamos —dijo Thomas—, todo le ha ido bien a Ibrahim; pudiera ser que el Duque extendiera su manto protector también sobre mí. Si no es así, tendrás que hacerme sitio en tu finca durante algún tiempo, Ralph.

—Y bienvenido seas, viejo amigo; puede que mi techo esté lleno de agujeros, pero siempre habrá un rincón seco para ti. ¡Eh, Abdallah! Dile a tu amo que hay un grupo de peregrinos a su puerta.

El negro sonrió abiertamente y los invitó a entrar, cerrando la puerta detrás de ellos.

La habitación en la que ahora descansaba Ibrahim era abundante en riquezas de Oriente. Tapices de seda colgaban de las paredes, y suaves cojines abundaban sobre los divanes y sillas. Cubierto por una túnica negra de flexible terciopelo, Ibrahim se sentaba con sus pies cubiertos por babuchas entre esteras frescas y perfumadas.

—¿Thomas? ¿Dimas? ¿Ya habéis vuelto? —exclamó, y se levantó para darles la bienvenida—. ¿Qué otros amigos os acompañan? Son bienvenidos, sean quienes sean. Ah, Gabriel, transformado de nuevo en su forma correcta; ¿has encontrado a tu padre, querida?

—Sí que lo ha hecho, Ibrahim —dijo Terven, y salió de detrás de Dimas—. La valiente doncella salió a buscarme a mí, que era indigno de semejante hija, y ahora vuelve con padre y con esposo.

—¿Esposo? —Ibrahim miró interrogante a Dimas.

—Aún no —dijo éste—, pero pronto lo seré, con el consentimiento de Radegonde y la bendición de su padre.

—Dos cosas que posees, como veo claramente —dijo el viejo judío, sonriente—. Pero, ¿quién os acompaña con tanta modestia? Adelante, amigo, y ponte cómodo.

—En verdad es un querido amigo —contestó Ralph—. Uno que luchó noblemente en nuestra defensa, y que casi perdió la vida al hacerlo. Es Grip, con quien hemos contraído deudas de gratitud inolvidables.

—¡Ay! —confirmó Dimas cálidamente—. Cuando oigas nuestra historia, verás que a cada paso fue este excelente muchacho quien nos evitó sufrimientos y pesares sin fin.

—Me la contaréis mientras cenamos —dijo Ibrahim, y dio órdenes a Abdallah—. Mientras, amigos todos, mi casa es vuestra todo el tiempo que lo deseáis.

—¡Ay! —dijo Thomas, tragando una copa del vino que el negro se había apresurado a servirles sin que nadie se lo ordenara—, veo que vuelves a estar a salvo, Ibrahim. El Duque ha asustado al viejo zorro de Rentonville, ¿verdad?

—El día después de que os fuerais —confirmó Ibrahim—. Y tú también estás a salvo, Thomas.

—¿Cómo, el Duque ha intercedido en mi favor?

—No, yo le había hablado de ti, pero no hubo necesidad de pedir su ayuda. Rentonville en persona te está buscando, pues vuelves a gozar de su favor en grado sumo.

Thomas se inclinó y agarró las rodillas del viejo con un poderoso abrazo.

—¡No me digas que mi cura tuvo éxito! —gritó.

Ibrahim, frunciendo el ceño por el dolor de la presa de su amigo, asintió.

—Nada menos —dijo—. Tu hierro caliente hizo lo que una muchedumbre de boticarios y médicos no pudo hacer. Cuando el dolor cesó, el viejo señor observó que su fístula había desaparecido, y te busca...

—¿Para darme la recompensa que me prometió? Eso sería extraño.

—No dijo nada de eso. Es su hijo, el vizconde Caster, quien vuelve a afligirle. El viejo descubrió por azar que Elias Mowton y el vizconde conspiraban contra sus bolsas de dinero; Elias ha caído en desgracia, y el padre busca tu ayuda para controlar al hijo.

—¡La tendrá, la tendrá! Le debo una a ese cachorro por la mala jugada que intentó gastarme; le separaré de las bolsas de dinero de su padre, aunque tenga que usar hierro caliente también sobre él.

—Mañana verás al viejo —dijo Ibrahim con una sonrisa—. Esta noche cenaremos aquí, y aguardo vuestro relato.

Permanecieron sentados largo rato después de comer mientras se contaba la historia. La contaron por turnos, Dimas y Thomas, Radegonde y su padre, cada uno relatando una parte no completamente conocida por el resto, mientras Ibrahim escuchaba sonriente, frotándose gentilmente sus largas y exquisitas manos. Grip, ignorante de la lengua en la cual se relataba la historia, observaba las caras de los narradores como un perro observa a su amo con intenso interés, medio adivinando el avance de partes del relato, y siempre apresurándose a demostrar que compartía las emociones pasadas que el narrador evocaba. Cuando todo hubo terminado, Abdallah

les mostró el camino hacia camas de bienvenida blandura.

El sol, al brillar intensamente en su habitación, despertó a Radegonde a la mañana siguiente. Después de sus vagabundeos y penalidades, se sintió feliz de permanecer tumbada un rato, deleitándose con la sensación de comodidad y seguridad. Reticente, se levantó por fin y se dispuso a ponerse sus ropas.

A plena luz del día, el segundo mejor vestido de Gita, muy desgastado y de estilo extravagante, mostraba lo llamativamente poco adecuada que era para las calles de Londres la indumentaria de una campesina del bosque. La penumbra del anochecer había escondido sus defectos durante el trayecto desde los muelles hasta Whitefriars, pero aventurarse a salir así ahora sería aventurarse a provocar comentarios desagradables.

—En qué marimacho tan asilvestrado me he convertido, que hasta ahora no había pensado en la necesidad de conseguir ropas nuevas —se dijo Radegonde con cierto desánimo—. Padre me enviará una costurera cuanto antes. Mientras, pudiera ser que lo que Gita me proporcionó baste para andar por la casa.

Abrió el cofre de piel, y una fragancia de lavanda salió de una capa de lino inmaculado, burdo pero blanco como la nieve. Más esperanzada, Radegonde se puso la primera vestidura, y buscó más a fondo. Apareció más lino, pero aparentemente sin forma de ropa alguna; ¿podría haber incluido alguna camisa Gita en su regalo?

Con curiosidad, Radegonde tiró de una esquina suelta. La sábana resistió su tirón, y luego cedió súbitamente al volcarse el cofre. Sobre el suelo se desparramaron collares resplandecientes y joyas refulgentes, y monedas de oro tintineantes. Gita había sido generosa.

Radegonde ya había abierto la boca para llamar a su padre cuando quedó en silencio ante un pensamiento repentino. Sabía algo de las dificultades de Ralph Terven; con esta riqueza inesperada podía aliviar su mente de toda preocupación, y procurar además la comodidad de Dimas y de ella misma. Pero prefería ocultar el tesoro a su padre y su amado hasta que los tres estuvieran bajo el techo de su casa.

Feliz por estar en posesión de un secreto delicioso, se puso una vez más su vestido manchado por el viaje y descendió a la habitación en la que habían cenado. Ibrahim la esperaba solo.

—Has dormido bien, querida —la saludó—. Thomas ya ha visitado a mi Señor de Rentonville, y se le ha asegurado una cómoda posición como interventor del viejo. Después de regresar con la noticia, se marchó otra vez con Grip, para enseñarle algunas de las maravillas de Londres. El muchacho está muy apegado a él, y Thomas quiere quedárselo para cuidar de su futuro.

—Pobre Grip —dijo Radegonde—. Debería tener un hogar con nosotros; sin duda la tranquilidad del campo entre sus amigos le sentaría mejor.

—Creo que no —contestó Ibrahim—. Tu padre me ha dicho lo que ocurrió cuando el muchacho pensó que se moría, y creo que Grip tiene un incómodo recuerdo medio velado que podría avergonzarle en tu presencia. Thomas tiene modales

bruscos, pero le gusta el muchacho y le enseñará su propio oficio de médico. El chico es listo, y lo aprenderá, a pesar de su deformidad, y puede que acabe encontrando un lugar útil en el mundo, compensando su cuerpo desgraciado con una mente adiestrada con vigor. Deja las cosas tal y como están, querida, y no intentes tentar al muchacho con una vida de ocio en la que no haría más que lamentarse del destino que le hace distinto del resto de los hombres.

—Os comprendo, señor, y veo que tenéis razón. No obstante, echaré de menos a mi fiel Grip. Pero, ¿dónde están mi padre y Dimas?

Los ojos del anciano judío tintinearón.

—Han partido a hacer un recado que te concierne, hija mía. Hoy, cuando hayan encontrado un sacerdote y una capilla conveniente y tranquila...

—¿Hoy? —exclamó Radegonde con la alarma natural. Se sonrojó, y luego sonrió—. Pues entonces, estoy dispuesta —continuó—, pero necesito ropas. No podría dar dos pasos por la calle con este vestido sin que la calle más solitaria se atestase de una multitud mirándome con la boca abierta.

—Soy viudo desde hace mucho —contestó Ibrahim—, pero no he olvidado todas las necesidades de las mujeres. Cuando hayas desayunado, entra en la habitación de al lado donde te aguarda una damisela con vestidos y otros asuntos, mi regalo de bodas para ti, querida, y un homenaje a una doncella valiente.

CAPÍTULO XXXIII

NOCHE DE BODAS Y VUELTA A CASA

La cámara nupcial había sido la del mismo Ibrahim, cuando había llevado a casa a su Miriam cerca de cincuenta años antes, y había empleado un amoroso cuidado en adornarla. Las oscuras vigas del techo elevado estaban talladas y doradas, respondiendo al dibujo y el dorado del enorme dosel y los postes de la gran cama. Colgantes de seda, desgastados hasta un tono suave de rojo vino, cubrían las paredes, y —un lujo raro en aquellos días— blandas alfombras hacían que el suelo fuera delicioso de pisar.

Perdida en la enormidad de las sábanas, Radegonde se tumbó mirando las llamas titilantes de las altas velas que hacían que las líneas doradas fluyesen cobrando vida en las columnas y la cama. Hasta aquel momento, su amor por Dimas había tenido algo de jovial, como si la vida fuese una broma desenfadada, pero ahora temblaba un poco, enfrentándose con turbación a la fusión de su cuerpo con el de otra persona. Dimas, ¡ah!, el querido, sencillo y amable Dimas dejaría de existir; después de aquella noche, no volvería a ser el mismo, pues, en cierta medida, ella debía sentir que él era su señor. Siempre, y eso no lo dudaba, conservaría el poder que tenía sobre él, y ni por un momento temió que dejaría de amarla, pero la entrega de aquella noche debía someterla para siempre, convertirla en parte de él, dependiente de él.

La huida aún era posible. Sólo tenía que decirle que se arrepentía, que su matrimonio había sido un error, y él la dejaría en paz.

Se sentó apresuradamente, casi con ganas de llamarle para confesar su equivocación. Entonces volvió a tumbarse; no deseaba escapar. Para bien o para mal, le amaba, y él haría con ella lo que quisiera.

La puerta se abrió vacilante, haciendo que las velas oscilasen y llamearan. Entró Dimas, volviéndose mientras lo hacía para cerrar la puerta de nuevo, manteniendo el rostro oculto en la sombra. Con repentina ternura, Radegonde comprendió que él estaba como mínimo tan confuso como ella.

Se acercó a la cama, y, con una mirada en la que se mezclaban la interrogación y la súplica, cayó de rodillas como había hecho en la pequeña cabaña del bosque. Sus brazos la rodearon, y levantó su rostro resplandeciente hacia él.

Un beso apresurado, y retiró la cabeza para hablar; pero ella le sujetó, sus labios aferrándose a los de él. Sintió el mundo disolverse en una niebla dorada, apenas consciente de que ya no estaba arrodillado y de que sus manos la acariciaban. Una vez más intentó soltarse gentilmente, pero, consciente de la luz de las velas, que ardían con extasiada vergüenza ante la idea de que su mirada cayera sobre ella, la

estrechó aún más. Su corazón latía contra el de ella, palpitando con fuerza, sofocando el rápido aleteo del de ella. Ella lanzó un grito agudo, y entonces la niebla dorada se volvió cálida y se estremeció a su alrededor.

* * * * *

El viaje desde Londres hasta la mansión de Ralph Terven en West Wickdene fue alegre para la pareja recién casada que miraba con nuevos ojos las escenas del camino que habían recorrido a pie tan poco tiempo antes. Cabalgaban rodilla junto a rodilla, mientras el padre de Radegonde siempre se mantenía un poco más atrás. La nieve había cubierto el suelo cuando, más de dos años antes, Ralph Terven partió con escasas esperanzas a reparar su fortuna, y el clima desolado de esa época había encontrado su reflejo en sus pensamientos. Recién enviudado, pasada su juventud, propietario sólo de una decrepita mansión y de algunas tierras empobrecidas, le pareció que la vida estaba vacía a menos que su ingenio y los riesgos corridos por su cuerpo pudieran merecerle nuevos dones del destino. Había fracasado en la tarea. Los sufrimientos de su cuerpo habían extraviado su ingenio hasta que los peligros de su hija le restauraron la cordura. Había fracasado, pero el recuerdo de sus padecimientos hacía dulce la perspectiva de la pobreza bajo su propio techo, por tristemente debilitado que estuviera ese techo.

La casa apareció a la vista, asentada entre antiguos olmos.

Espoleó su caballo y cabalgó un rato junto a Dimas, con quien compartió sus reflexiones.

—La pobreza no me asusta —dijo Dimas con rotundidad—. Aún más, no dudo de que entre mis muchos conocimientos inútiles pueden hallarse secretos capaces de devolver a tus campos su antiguo rendimiento. ¿Qué dices tú, Radegonde? ¿Temes las pequeñas incomodidades de los medios exigüos, tú que has desafiado penalidades heroicas?

—No tengo necesidad de hacerme esa pregunta —contestó con los ojos brillantes. Habían pasado las puertas del jardín y estaban desmontando ante la ruinosa puerta de piedra de la mansión. Un sirviente, enviado por el tío de Radegonde, les saludó y se hizo cargo de sus caballos—. Ayuda a Dimas con mi cofre de piel, padre. Mi pobre montura lleva todo el día refunfuñando bajo su peso.

—Y no me extraña —dijo Terven—. Sin duda debe de estar forrado de plomo para tener un peso tan insoportable.

Con la ayuda de Dimas arrastró el cofre hasta el vestíbulo iluminado.

—Forrado con algo mejor que el plomo —contestó su hija—, y el peso dista mucho de ser insoportable.

Se arrodilló para abrir la tapa, y retiró la sábana que velaba el contenido.

—¿Servirá esto para reconstruir la casa? —preguntó triunfante—. ¿Pueden comprarse tierras y granjas con esto?

Terven miró con expresión atónita.

—Pero si aquí hay el rescate de un conde, y más —exclamó—. Muchacha, no tenemos derecho a esto. Gita habló de un collar destinado a ti, y aquí está, pero más que eso no deberíamos quedarnos. ¿Qué dices tú, Dimas?

—No podemos aceptarlo —asintió Dimas—. Una joya o dos más o menos, como regalo entre muchachas, no es nada cuando hay tal abundancia, pero esto es una auténtica fortuna; aún más, es el botín de un ladrón y un bellaco.

Radegonde miró con lástima a uno y otro.

—Ya veo que voy a tener mucho trabajo organizando a dos hombres —dijo—. Vuestras exquisitas ideas del honor y el orgullo son espléndidas, sin duda, señor padre y señor esposo, pero esto es un regalo que me hizo Gita, y a mí no me afligen tan delicados escrúpulos. Quien quiera que fuese dueño de este tesoro en el pasado, hace mucho que está muerto, y, ¿quién podría encontrar a sus herederos? En cuanto a Gita y Hubert, ahora ya tienen riquezas muy superiores a sus necesidades, y que dan todo esto por amistad y libremente lo sé bien. Nosotros también tenemos algún derecho sobre esto. ¿No fue en tu morada, padre, donde se halló el tesoro? ¿No fueron el ingenio y la fuerza de Dimas y de ti mismo lo que lo mantuvo a salvo del Barón, y lo que también salvó a Gita de una muerte espantosa? Además, ¿cómo ibais a encontrar a Hubert y Gita para devolverles el tesoro? Bueno, si vosotros no lo queréis, yo me lo quedaré y lo utilizaré como me plazca.

Dijo muchas más cosas, aunque poco era necesario; sería como ella quería, y los hombres tendrían que someterse. La abundancia y las comodidades serían suyas, por mucho que sus escrúpulos pudieran luchar contra sus intereses. Aún protestando, recorrieron las habitaciones de la vieja casa, observando dónde el tiempo y el clima habían causado destrozos, pero pronto cualquier comentario sobre estas huellas derivó en un plan para su restauración inmediata. A la hora de retirarse, no se había dicho nada de rechazar el regalo de Gita.

Otra razón para aceptarlo le vino a Dimas a la cabeza cuando despertó la mañana siguiente. Había gastado casi todos los fondos que el Abad le había proporcionado con el coste del viaje y la compra de caballos para regresar desde Londres. Al rendir cuentas al Abad por el fracaso de su viaje, también debería rendir cuentas del dinero gastado en vano. Con el tesoro podría devolvérselo íntegramente.

CAPÍTULO XXXIV

UNA FORMA DE ENGAÑAR AL DIABLO

Partió a cumplir su misión después de la comida de mediodía, a pie y vestido como un ciudadano. Caminar las cuatro millas hasta el monasterio le daría tiempo para poner en orden lo que tenía que decir. No sentía el menor miedo; el Abad despotricaría y gritaría, incluso puede que volviese a amenazarle con las garras de la Iglesia, pero Dimas avanzaba confiado, seguro en su nueva virilidad de su poder para protegerse.

Tocó la campana de la gran puerta, y, cuando un monje contestó a la llamada, exigió ver al Abad. Tan distinto era su porte del que exhibiera el humilde Hermano Dimas, despreciado por los hermanos como uno que estaba dentro del monasterio pero no pertenecía a él, que el portero no le reconoció. Su mensaje fue transmitido mientras esperaba en la portería.

—El Limosnero os recibirá —dijo el portero, al regresar.

—He preguntado por el Abad —contestó firmemente Dimas—. Mi misión le concierne sólo a él.

El Hermano Januarius le miró cautelosamente.

—El Señor Abad está malo —susurró, deleitado de cotillear con alguien procedente del mundo exterior—. Malo, y peor que malo. Desde la visita del Gran Provincial su gota ha empeorado, afectándole, tememos, al cerebro, pues habla de forma extraña. Estas dos últimas semanas y un poco más, el Limosnero ha gobernado el monasterio, con la esperanza de que el Abad se recupere y vuelva a tomar las riendas.

Era una noticia desafortunada. El Hermano Nicholas era un hombre difícil de tratar; Dimas pensó en marcharse sin comunicar su mensaje. Sin embargo, pudiera ser que el Limosnero estuviera exagerando la enfermedad del Abad para hacerse con el poder. Sería mejor enfrentarse a él y solucionar el asunto de una vez por todas.

—Muy bien —dijo Dimas—, llévame ante el Limosnero.

El Hermano Nicholas estaba sentado ante sus cuentas, con una pluma entre sus delgados labios y una delicada mano tamborileando sobre la mesa. Alzó la mirada y se levantó cuando entró Dimas, y ofreció cortésmente una silla a su visitante.

—Su Señoría el Abad —dijo— está, lamento decirlo, indispuerto. Se me ha encomendado ocupar su lugar durante un tiempo lo mejor que pueda y con mis humildes talentos. Espero, señor, que vuestros asuntos sean de tal naturaleza que podáis revelármelos.

—Me temo que no del todo —contestó Dimas. El Limosnero se sobresaltó ante el

sonido de su voz y le miró más atentamente.

—La habitación está algo oscura —dijo—, pero vuestros rasgos, aun bajo esta luz, no resultan desconocidos. Por favor, señor, os ruego que me digáis vuestro nombre.

—Hasta hace poco me llamaban Hermano Dimas.

—¡Ajá! —exclamó el Limosnero—. ¿Te has atrevido a volver? O eres un temerario o eres un idiota. ¡Pero no! Existe una tercera posibilidad. ¿Puede ser que hayas tenido éxito tan pronto en tu búsqueda?

Dimas se quedó desconcertado. Sin duda, el Abad no habría sido tan imprudente como para confiar en el Hermano Nicholas, un enemigo reconocido. ¡Ah!, pero estaba la falsa explicación de la misión de Dimas que el Abad había sugerido.

—¿La Sangre Sagrada? —preguntó—. No, todavía no he encontrado una pista sobre su paradero, pero...

—Tonterías, hombre. Ese ridículo embuste no me engañó en lo más mínimo. Conozco tan bien como tú el propósito de tu peregrinaje. Si dudas de mi información, ven a ver a nuestro padre Abad.

Extrañado, Dimas siguió a la flaca figura del otro por las escaleras, hasta llegar al alojamiento del Abad, y entró en la gran habitación. El Abad, enorme como siempre, yacía sobre su espalda, mirando al techo. No se dio cuenta de que habían entrado visitantes, pero sonreía distraído con la boca hacia arriba.

—Puedes marcharte, Hermano Gregory —dijo el Limosnero fríamente al monje que estaba sentado junto a la cama, y Gregory se escabulló como un gato escaldado.

—Ahora silencio, y escucha —dijo el Limosnero, y los dos esperaron pacientemente.

El enorme bulto de la cama se agitó, y la cara sonriente se enrojeció entre los cabellos blancos.

—¡Vida! —murmuró el Abad—. Ah, buen Dimas, tus palabras eran ciertas; no sólo la vida, sino la juventud renovada. Soy un león de fuerza, y un águila de agilidad, y la jovialidad de un gorrión se agita en mi sangre. Una vez estemos fuera de las paredes de este monasterio, Dimas, tú y yo llevaremos una vida alegre. Tú eres joven, Dimas, pero tu sangre es insípida. Caliéntala con un trago del elixir, muchacho, pero no tomes demasiado, pues, a tu edad, podrías revertir a la infancia. ¡Ah!, Dimas, frío gusano, ¿para qué te sirve tu juventud? ¿Tiene un hombre que sentarse maullando en un claustro, obcecado con mohosos pergaminos, cuando hay brazos cálidos de carne en el mundo, maduros para ser tomados, dulces y coquetos y rollizos? Vámonos, muchacho, y yo que fui viejo pero ahora soy joven te enseñaré a ganártelos, yo que tengo la astucia de la edad y los miembros palpitantes de la juventud.

—Has oído suficiente —dijo el Limosnero—. Demasiado, en verdad, para el bienestar de tu alma. Dime ahora, ¿has traído de regreso el secreto del elixir?

—No —repuso Dimas—. En eso he fracasado, y vine a contarle al Abad mi

fracaso y a devolverle su dinero.

El Hermano Nicholas se mordió los labios venenosamente.

—¿Eso dices? —se burló—. ¿Esperas que me crea que estabas dispuesto a enfrentarte al Abad tal y como era con semejante historia? ¡Vamos, hombre! Conoces el secreto, estoy seguro, y si te resistes a revelarlo, sólo tengo que decirle una palabra al Gran Provincial y ya sabes lo que te espera.

Dimas se encogió de hombros. Con las riquezas que tenía a su disposición, no temía al Gran Provincial; la Orden no era tan rica como sus líderes querrían, y la ofrenda de un penitente sería aceptada con gusto y el pecador absuelto.

—Ahórrate las amenazas, Hermano Nicholas —dijo—, pues no las temo. ¿Por qué estás tan impaciente por conocer el secreto?

—¿Entonces lo conoces? Estaba seguro. Vamos, dímelo, o te quedarás entre estas paredes, ¡ay!, en el calabozo bajo los muros; descubrirás que puedo cumplir mis amenazas a pesar de tus valientes palabras.

Dimas reflexionó que sería inconveniente quedar prisionero en el monasterio. Podría pasar mucho antes de que la palabra que pudiera liberarle llegase hasta las autoridades. Tomó una decisión.

—Ya te he dicho que mi búsqueda fue infructuosa —dijo—. No obstante, siempre ha habido en el fondo de mi cabeza la idea de que, si fracasaba el elixir, me quedaría una forma de conseguir la vida eterna. Utilizar ese medio para mi propio beneficio no entra ahora dentro de mis intenciones. He descubierto que la Muerte, a quienes los poetas llaman la reina ramera, es un monarca amable, y no tengo ningún deseo de burlarla. ¿Es para ti para quien deseas el conocimiento de cómo obtener la vida y una nueva juventud?

El Limosnero titubeó al contestar. Su reseca y delgada cara se convulsionó, y sus ojos parpadearon trémulamente. La nuez de su garganta se agitó en tragos incontrolables.

La voz del Abad rompió el silencio.

—Hermosos abrazos cálidos —murmuró—. Rollizas mozas con su piel de satén y sus flexibles y suaves curvas. El tierno bulto del pecho y...

—¡Sí! —exclamó el Limosnero—. ¡Sí! Es para mí.

—Entonces te lo diré —dijo Dimas—. Te advierto que no es un método seguro. Mientras trasteaba con mis alambiques y mis crisoles, y de nuevo cuando partí de viaje, me sobrevino la idea, aunque la rechacé muchas veces, de que la inmortalidad terrestre podría obtenerse por un medio más simple si un hombre tuviera el valor necesario.

—¡Sí, sí! ¡Continúa! —se impacientaba el Hermano Nicholas. Estaba febril de ansiedad.

—Conocemos por historias antiguas que el Diablo a veces está dispuesto a conceder a un hombre el deseo de su corazón a cambio de su alma. Por qué, entonces, me pregunté a mí mismo, no iba un hombre a negociar en dichos términos por la

inmortalidad.

—Ése es un mal trato —dijo el Limosnero, temblando un poco—. Una eternidad de fuego infernal no es una perspectiva agradable.

—Pero ¿no ves —contestó Dimas— que la condena no podría cumplirse? Es muy sencillo. Si obtienes la vida inmortal en la tierra, ¿cuándo se va a llevar tu alma el Diablo? Si nunca mueres, ¿cómo vas a recibir el castigo después de la muerte?

—Parece lógico —dijo el Hermano Nicholas dubitativo—, aunque sospecho que debe de haber un truco en algún lado. Pudiera ser, también, que el Diablo adivinara el trato. Pero se puede intentar, sin embargo. ¿Conoces la forma de invocarle, Dimas?

—Hay varios métodos, la mayoría de ellos bastante simples, si los viejos libros dicen la verdad. Aquí tengo, sin embargo, el Amuleto de Phthoiah, que en todas las épocas ha sido considerado el más seguro. Vayamos a la cripta, Hermano, si persistes en tu deseo, y te enseñaré cómo utilizar correctamente el Amuleto.

CAPÍTULO XXXV

EL PRÍNCIPE DE LAS TINIEBLAS

Pronto se hicieron los preparativos necesarios, pues Dimas descubrió que su vieja habilidad regresaba a él tan pronto como sus dedos tocaron los instrumentos necesarios.

—¿Lo has entendido bien? —preguntó al Limosnero, y repitió las instrucciones—. Lo que queda debes hacerlo tú, pues yo no quiero tener más relaciones con los Poderes Oscuros.

—Lo entiendo —contestó el Hermano Nicholas, su voz temblorosa por el temor y la emoción. Tomó el Amuleto de Phthoiah en la mano, y lo examinó bajo la luz de las cinco largas velas.

—Entonces adelante —ordenó Dimas, y esperó expectante mientras el Limosnero hacía lo que era preciso.

—Bueno, caballeros —dijo una voz suave, y ambos se dieron la vuelta, sobresaltados. Detrás de ellos se erguía una figura alta y esbelta, vestida con un tejido brillante que recordaba el material del que está compuesta el ala de un murciélago. El rostro del recién llegado era exquisito y bello, sus rasgos con tonos oliva y claramente marcados como si los hubiera esculpido un maestro. Cejas rectas y negras se encontraban en una delicada barra sobre los ojos centelleantes. Alrededor de la garganta del forastero colgaba una cadena de plata con eslabones planos de forma extraña.

—Bueno, caballeros —repitió con una sonrisa—, parecéis asombrados de verme; pero creo que me acabáis de llamar utilizando un método al que suelo responder.

—¿Sois...? —tartamudeó el Limosnero.

—Lo soy —contestó el forastero—. No hace falta mencionar nombres ni distinciones. En verdad, si vamos a hablar de nombres, he tenido muchos a lo largo de mi existencia, y sin duda todavía tendré muchos más. Digamos que soy la persona que buscáis.

—Entonces, señor, puede que sepáis por qué os buscamos —preguntó el Limosnero, jadeante.

—Sin duda. Pero formula tu petición de todas maneras.

—Señor —dijo el Hermano Nicholas, obligándose a hablar con calma—, señor, he oído decir que en los viejos tiempos habéis adquirido almas de hombres, dándoles a cambio ciertos beneficios.

El desconocido asintió, murmurando con las cejas arqueadas:

—¡Beneficios!

—Entonces, señor —continuó el Limosnero, envalentonado por el signo de asentimiento—, os ofrezco mi alma a cambio de la vida eterna.

—Y la juventud —añadió Dimas.

—Y la juventud, por supuesto —se apresuró a añadir el Limosnero.

El desconocido se sentó sobre una banqueta, y cruzó una rodilla cubierta de seda sobre la otra. Estiró la boca reflexivamente abierta, mostrando dientes brillantes de pasmosa blancura, y se frotó la mejilla con los ahusados dedos de una esbelta mano.

—Creo que tú no negocias, ¿verdad, Dimas? —preguntó—. No, sé que has orientado tu vida, en tu cabeza, en un sentido muy diferente. Bueno, Nicholas, amigo mío, consideremos tu oferta. Puedo concederte lo que solicitas; eso no hace falta decirlo; no me llaman el Príncipe de este Mundo por nada. La pregunta sería, ¿me ofreces tú suficiente retribución?

—Mi alma —dijo el Limosnero con sorprendida indignación.

—¡Ah!, pero, mi querido amigo, ¿a qué nos referimos con eso? Sé que existe la opinión generalizada de que, después de la muerte de un hombre, cierta porción intangible de él llega, bajo ciertas circunstancias, hasta mí, y que yo aso esa porción durante toda la eternidad. ¿Es a eso a lo que te refieres?

El Limosnero asintió con la cabeza. Su corazón latía demasiado furiosamente para hablar. ¿Vería el Diablo el engaño del que se proponía hacerle víctima?

Eso pensaba continuó el desconocido; y tus cálculos son que, si nunca mueres, tu alma nunca vendría a mí. Un truco astuto, amigo mío, y digno de un clérigo. Lo que pensaría de él un mero carterista es otra cuestión. Déjame que te lo aclare desde el primer momento; el sabor de las almas friéndose no es más dulce para mis narices que para las de cualquier otro, y un alma tan nauseabunda como la tuya no la querría a ningún precio.

Estas últimas palabras las pronunció con una especie de tranquilo desdén. Antes de que el Limosnero se recuperase, continuó, todavía con una voz grave de desprecio.

—Estoy harto de tanto hablar de almas. En este mundo tan agradable hay millones de viles criaturas decididas, si así lo queréis, a «salvar sus almas», con lo cual se refieren, según parece, a sofocar todo deseo natural, por limpio y sano que sea, y sustituirlo por ideas sucias y deformes, con la esperanza de que gracias a tan mezquina maldad disfrutarán en lo sucesivo de una desproporcionada recompensa eterna. Con ese fin ejercitan todos los vicios más viles e insignificantes del espíritu, persuadiéndose de que dichos vicios son virtudes, interfieren con los placeres de sus vecinos, y se engañan para creer cosas nocivas. Incluso su cuerpo, la única posesión de la que pueden estar seguros, y es una posesión de la que en cualquier momento pueden verse privados, incluso su cuerpo, digo, lo atormentan y lo abandonan y lo matan de hambre, y, cuando el hedor de su suciedad ofende el olfato de todos los hombres decentes, lo llaman olor de santidad.

—Me parece, señor —dijo Dimas gentilmente—, que estáis hablando un poco en la forma en que uno espera que hable el Diablo, y confieso que estoy atónito; pues me

había formado la idea de que, si me permitís el uso de una expresión popular y muy expresiva, no sois tan negro como os pintan. Y ahora da la impresión de que los esfuerzos de los hombres que intentan ser santos os resultan desagradables, y ésa, sin duda alguna, es la opinión más común.

—Explícate un poco más, Dimas —dijo el forastero, sonriendo.

—Señor, parece obvio que lo que os resulta desagradable a vos debe resultarle agradable a Dios, ya que los dos sois adversarios. Si esto es cierto, entonces estos hombres santos están en lo correcto, y reconozco que ésa es una idea que detesto compartir.

—¡Ah!, en eso tenemos que retroceder un poco más. ¿Dios y yo adversarios? Debes recordar que fueron estos mismos hombres santos quienes dieron origen a esa idea. Ciertos hombres de antaño tenían una visión opuesta, es decir, que Dios y yo somos uno y el mismo. Cuál de estas opiniones es la correcta, si es que lo es alguna, es algo que no os corresponde saber a vosotros, y yo no diré nada más al respecto. Sin embargo, podéis hacerme caso cuando digo que Aquel que hace regalos no se siente contento cuando esos regalos son despreciados y desperdiciados, y que Aquel que dio la vida querría que la vida fuese atesorada, y no despreciada. Hay otro regalo que tú también, Dimas, hasta hace poco tenías en poca estima, y tu amigo aquí presente todavía quiere rechazarlo cuando le llegue su momento.

—¿Os referís a la muerte, señor?

—Así es. Os he oído referiros a ella como reina ramera...

—¡Es sólo una cita, señor! —le interrumpió Dimas.

—No obstante, no es un nombre agradable para alguien cuya llegada otorga a ese otro regalo, la vida, todo su sabor. Pero bueno, estábamos hablando del alma del Hermano Nicholas. A qué se refiere con eso no puede decírnoslo, pero supongamos que se refiere a su ser y su naturaleza más íntimos; es la explicación más racional de un término que, lo confieso, tiene poco o ningún significado para mí.

Miró penetrantemente al Limosnero hasta que el monje pareció secarse y hundirse como una vejiga pinchada.

—Mira, Dimas —murmuró el forastero—. Verás de qué está compuesta su alma.

Sobre la negra oscuridad de la cripta más allá de las llamas de las velas, un confuso remolino de imágenes empezó a formarse. Santos de duro semblante salieron brillando de la nube, sus rasgos tallados con todo el horror de la envidia, el odio, la maldad y la crueldad.

—Ésos son sus preciosos ejemplos y los objetos que un lado de él adora —susurró el extraño, e hizo un gesto con la mano.

La nube se disipó, y volvió a levantarse una vez más. Una multitud de imágenes nadaban en la bruma, y cada imagen llevaba el rostro de Nicholas. Una llevaba la mitra de un abad, otra la de un obispo, otra el sombrero de un cardenal, y una más una triple corona. Dimas supo que estaba contemplando las ambiciones del hombre. Éstas se esfumaron, y se mostraron la riqueza y el poder, y la cruel ansia de sangre;

látigos y estacas e instrumentos de tortura, fuego y tormentos insólitos, todo lo que el hombre ha concebido para zozobra de sus enemigos.

La nube volvió a arremolinarse, y brazos rosados asomaron, pechos blancos y muslos redondeados, delicados hombros y lomos curvos. Las imágenes se hicieron cada vez más espesas, la primera y fresca lozanía del deseo exuberante convirtiéndose en figuras que empezaron a repugnar la mente limpia de Dimas.

—¡Basta, señor, basta! —suplicó—. La virtud del hombre, si es que tal puede llamarse, se ha quedado rancia de tanto guardarla.

Tembló, y deseó tener la oportunidad de vomitar. El forastero sonrió ante su turbación, y expulsó la nube con un gesto de la mano. El cuerpo del Limosnero empezó a hincharse hasta su tamaño habitual. Abrió los ojos lánguidamente.

—Bueno, amigo —dijo el forastero enérgicamente—, he tomado una decisión. No tienes nada que ofrecer que yo desee, pero no obstante te concederé tu deseo.

—¿Me daréis la vida... y la juventud? —jadeó el Hermano Nicholas.

—Sí, hasta que te canses de ambas; y vivirás para agradecerme que ponga ese límite a tu deseo, pues la vida interminable es un regalo temible. Puedes salir al mundo, y aprender a purificar tu ser con el higiénico proceso de la saciedad. Vamos, amigo, te pondré en camino. Dimas, aquí nos separamos; adiós. Has orientado tu vida por el cauce que es digno de un hombre.

Dimas se quedó solo.

Pensativamente extinguió las velas, y lentamente subió hasta el aire exterior. Atravesó la puerta que el portero abrió de par en par, y descendió por la pendiente del camino. La oscuridad había caído, y el sendero estaba lleno de baches, pero avanzó con facilidad, dándole vueltas en la cabeza a las palabras del Príncipe de las Tinieblas.

Sí, la vida no era un regalo que despreciar, ni mutilar ni amputar con sucias fantasías de recompensas futuras. Puede que contuviera penalidades y sufrimientos, pérdidas y pesares amargos, pero también tenía alegrías que recoger y placeres que saborear; y no había miedo a que el dolor fuera insoportable, ni temor a placeres excesivamente empalagosos, pues, siempre más allá de la vida, en un punto indeterminado del camino, esperaba la Muerte, no una envidiosa reina del terror, sino la sabia y buena Muerte.

Siguió caminando por el camino polvoriento, respirando profundamente las fragancias veraniegas de los campos y los setos, exultante por la ágil actividad de los firmes músculos y los incansables tendones.

Débilmente recortada contra el cielo oscuro se alzaba la vieja mansión. Apretó el paso. La puerta se abrió de golpe cuando sus pisadas crujieron sobre la grava, y una marea de luz suave inundó el camino. En medio de los rayos estaba Radegonde, y detrás de ella el salón iluminado, una promesa de consuelo y amor, y de vida vivida en plenitud.

FIN